

3

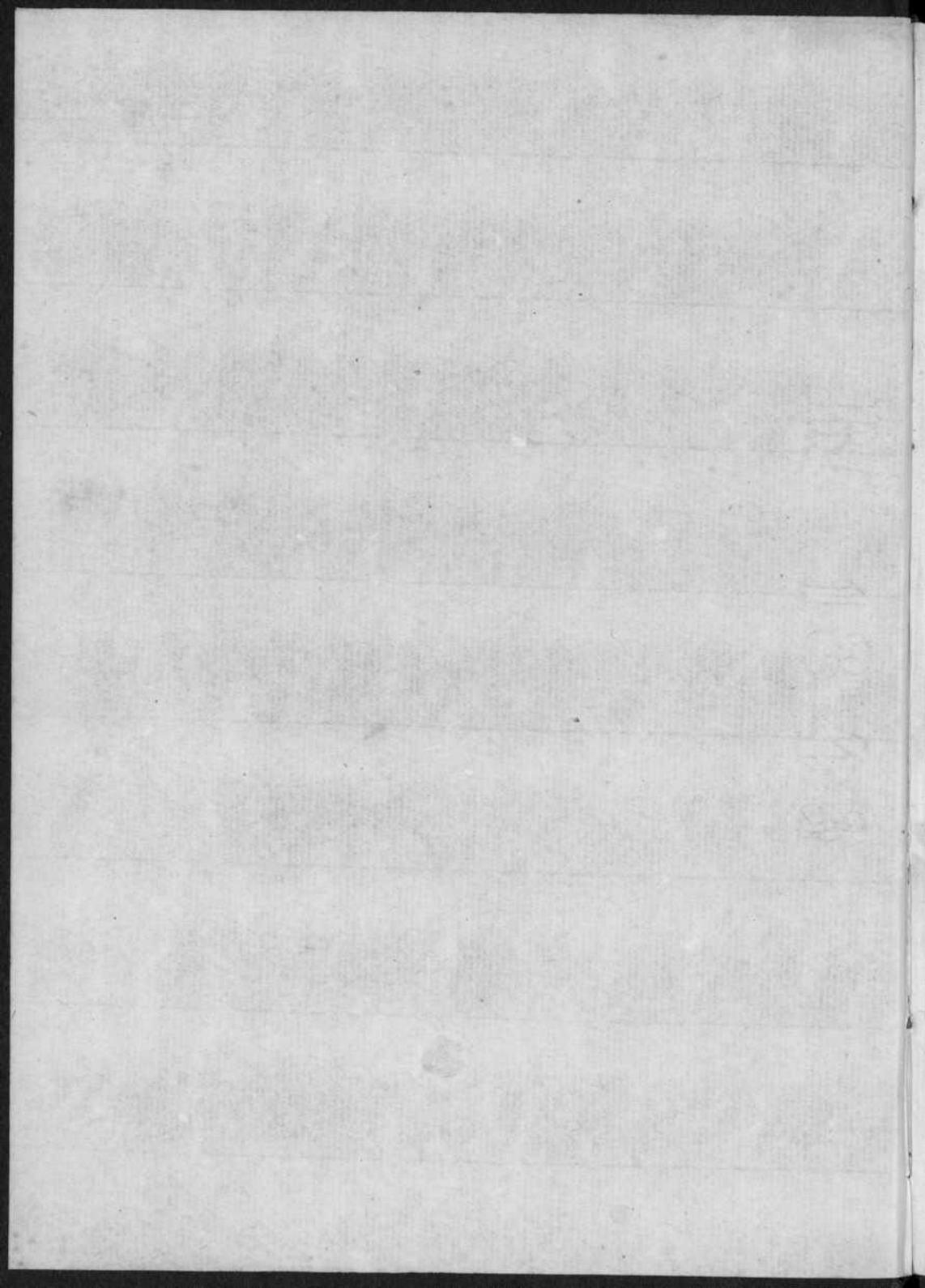
13162

18433

41  

---

196



# COLECCION COMPLETA

DE LAS OBRAS

## DEL GRANDE HIPOCRATES

TRADUCIDA POR DON JUAN ESTEBAN FERRANDO CON LOS MANUSCRITOS Y TODAS  
LAS VERSIONES DE LA LENGUA GRIEGA, Y CON UN EXAMEN CRITICO-FILOLOGICO  
Y COMPARATIVO DE LA LENGUA CASTELLANA

VERSION VERIFICADA AL CASTELLANO Y AÑOTADA CON TEXTOS DE  
OTROS GRANDES MEDICOS Y AUTORES ESPAÑOLES.

CON LA COLABORACION DE DON JUAN DE LA ROSA Y DON JUAN DE LA ROSA

A LOS SEÑORES

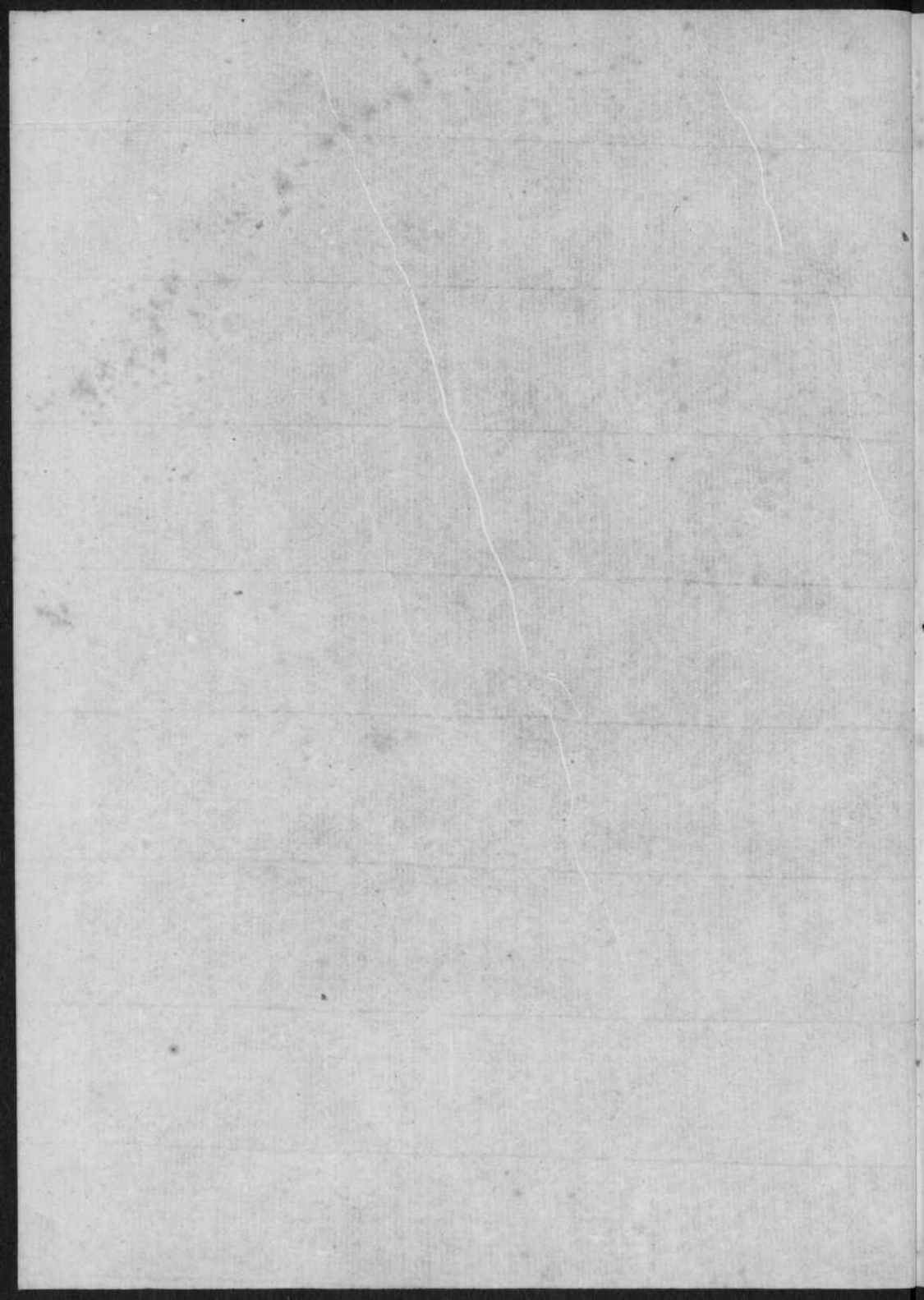
D. JUAN ESTEBAN FERRANDO,

Presidente de la Real Academia de Medicina y Cirugía, correspondiente del Instituto medico de Francia, de la Academia de Ciencias naturales y Artes de Madrid, etc.

TOMO II.

MADRID, 1844.

EN LA LIBRERIA DE DON JUAN DE LA ROSA, CALLE DE SANTA MARIA NUMERO 31.



# COLECCION COMPLETA

DE LAS OBRAS

## DEL GRANDE HIPOCRATES.

TRADUCIDAS NUEVAMENTE DEL TESTO GRIEGO CON LOS MANUSCRITOS Y TODAS LAS EDICIONES A LA VISTA, PRECEDIDAS DE UN EXAMEN CRITICO-FILOSOFICO Y COMENTADAS ESTENSAMENTE

*por Mr. E. Littré*

VERSION VERIFICADA AL CASTELLANO Y ANOTADA CON TESTOS DE NUESTROS MAS CELEBRES COMENTADORES ESPAÑOLES,

POR LOS PROFESORES DE MEDICINA Y CIRUJIA

D. TOMAS SANTERO

EX-ALUMNO INTERNO DEL COLEGIO NACIONAL DE ESTA FACULTAD EN MADRID, INDIVIDUO DE LAS ACADEMIAS NACIONALES DE MADRID Y BARCELONA, SOCIO DE NUMERO FUNDADOR DE LA ANTIGUA ACADEMIA DE EMULACION DE CIENCIAS MEDICAS Y DE IGUAL CLASE EN EL ACTUAL INSTITUTO MEDICO DE EMULACION, REDACTOR DE LOS ANALES PUBLICADOS POR ESTA CORPORACION, SOCIO PROFESOR DEL INSTITUTO MEDICO QUIRURGICO. &c.

Y

D. RAMON ESTEBAN FERRANDO,

*Socio de número fundador de la antigua Academia de Emulacion de ciencias médicas, corresponsal del Instituto médico de Emulacion, de la Academia de ciencias naturales y físicas de Málaga. &c.*

---

**TOMO II.**

---

MADRID, 1842.

IMPRENTA MEDICA, CALLE DE SANTA MARIA NUMERO 32.

COLECCION COMPLETA

DE MANUSCRITOS

DEL GRANDE HIPOCRATES

TRADUCIDA POR ANTONIO DE LA ROSA Y ENRIQUE DE FIGUEROA  
CON UNO DE LOS MANUSCRITOS Y TODAS  
LAS EMENDAS DE LA BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD DE MADRID  
Y CON UNO DE LOS MANUSCRITOS

MADRID 1843

TRADUCIDA POR ANTONIO DE LA ROSA Y ENRIQUE DE FIGUEROA  
CON UNO DE LOS MANUSCRITOS Y TODAS  
LAS EMENDAS DE LA BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD DE MADRID  
Y CON UNO DE LOS MANUSCRITOS

LOS EDITORES DE MADRID Y CUBA

A. J. VALLS

EX-ALIBRO DE LA BIBLIOTECA NACIONAL DE MADRID  
Y DE LAS ACADEMIAS DE CIENCIAS DE MADRID Y BARCELONA  
Y DE LA ACADEMIA DE CIENCIAS DE MADRID  
Y DE LA ACADEMIA DE CIENCIAS DE BARCELONA  
Y DE LA ACADEMIA DE CIENCIAS DE MADRID  
Y DE LA ACADEMIA DE CIENCIAS DE BARCELONA  
Y DE LA ACADEMIA DE CIENCIAS DE MADRID  
Y DE LA ACADEMIA DE CIENCIAS DE BARCELONA

A. J. VALLS

EX-ALIBRO DE LA BIBLIOTECA NACIONAL DE MADRID  
Y DE LAS ACADEMIAS DE CIENCIAS DE MADRID Y BARCELONA  
Y DE LA ACADEMIA DE CIENCIAS DE MADRID  
Y DE LA ACADEMIA DE CIENCIAS DE BARCELONA  
Y DE LA ACADEMIA DE CIENCIAS DE MADRID  
Y DE LA ACADEMIA DE CIENCIAS DE BARCELONA  
Y DE LA ACADEMIA DE CIENCIAS DE MADRID  
Y DE LA ACADEMIA DE CIENCIAS DE BARCELONA

TOMO II

MADRID 1843

IMPRESA DE LA BIBLIOTECA NACIONAL DE MADRID



estados de guerra y justo recuerdo de nuestros célebres compatriotas que en el siglo XVII y siguientes fueron la gloria de este país. En estos libros, en que están como en un libro la ciencia, el arte y el comercio, se ve un cuadro de los progresos que ha hecho el mundo en todas las ciencias y artes, y se ve también el estado de las ciencias y artes en el presente siglo. Este libro es un tratado de los progresos que ha hecho el mundo en todas las ciencias y artes, y se ve también el estado de las ciencias y artes en el presente siglo.

**ADVERTENCIA DE LOS TRADUCTORES.**

Antes de dar principio á las obras del ilustre príncipe de la medicina que forman objeto de la presente publicación, será preciso que demos una breve idea del rumbo que en ellas pensamos adoptar, y que ya en bosquejo, por no prolongarnos demasiado, manifestamos en nuestro prólogo.

El cotejo que el autor ha hecho de las actuales ediciones con los manuscritos de la biblioteca real de París, que ha tenido á su libre disposición, le ha suministrado sobrados materiales para introducir en el texto comun correcciones interesantes que aclaran mucho el sentido de pasages oscuros hasta el día.

Esta es una de las ventajas mas positivas que hacen en la actualidad preferible esta edición á todas las demas, por cuyo motivo cuidaremos mucho de no omitir ninguna de las que produzcan notables alteraciones, si bien pasaremos por alto todas aquellas que, sirviendo para hacer mas correcto el texto griego, no influyan con todo visiblemente en el sentido de la diccion. El omitir nosotros, por las razones sabidas, el espresado texto, autoriza estas supresiones de que no podriamos dispensarnos de ningun modo en el caso contrario.

Las obras de M. F. C. de Ravena, Foessio y Vander-Linden, que son las mas comunes y notables, la primera por haberse directamente hecho de los manuscritos antes de que el original griego se imprimiese, la segunda por la excelente traduccion y las preciosas notas que contiene para explicar las causas que movieron al autor á variar en ella el sentido del testual, y la tercera por haberse generalizado mucho por lo cómodo de su forma y la claridad de su version, nos servirán de mucho ya para asegurar la exactitud de la nuestra en los puntos en que todas estas ediciones se hallan conformes, cuanto para señalar bien las variantes ó diferencias de diccion que presenta Mr. Littre.

Habiéndonos propuesto, como ya en el prólogo dijimos, consignar en

esta obra un glorioso y justo recuerdo de nuestros célebres compatriotas que en el siglo XVI y siguientes fueron la antorcha de este especial estudio, en que estriba como en su base la ciencia entera, tendremos tambien á la vista en cada uno de los tratados en particular las obras de estos célebres escritores cuyos famosos nombres forman un precioso laurel de la brillante corona de nuestras antiguas glorias literarias, y tomando de ellas todo aquello que nos parezca conforme á nuestro objeto, lo anotaremos en los pasajes en que nos parezca oportuno:

Aprovecharemos por último esta ocasion favorable para dejar expresamente sincerada nuestra conducta con respecto á haber preferido esta edicion á toda otra, de cuya explícita manifestacion no tendríamos necesidad en este sitio, si despues de publicada una buena parte del primer tomo no hubiéramos visto una acusacion formal contra nuestro espanolismo, en una nota puesta por el Sr. Chinchilla en la pág. 174 de sus *Anales históricos de la medicina*, en la que sintiendo que no hayamos aspirado al honroso título de *espositores y comentadores* teniendo mas que sobrados materiales de nuestros compatriotas para arrebatár la gloria al traductor francés, concluye con manifestar que es mengua mendigar en los estrangeros lo que abunda en nuestro pais.

A fuer de puros y leales espanoles tambien nos ha lastimado semejante inculpacion anunciada lisamente sin entrar en mas reflexiones, y solo contestariamos, como lo hacemos, en un periódico de la facultad, si el hallarse tal censura gravada en una obra que será transmitida de generacion en generacion, no nos hubiera impelido á aprovechar este momento oportuno de dejar tambien impresa en caracteres iguales nuestra justa indicacion para que las edades venideras no nos juzguen solamente por el testimonio de nuestro cólega.

El fundamento de la acusacion seria valedero y nuestra comprobada falta sellaria tímidamente nuestro labio, si al tratar de la obra que nos ocupa adoptásemos cumplidamente el trabajo del autor francés, olvidándonos torpemente de tantos ilustres nombres como nuestra historia pasada ofrece al porvenir en páginas indelebles rodeados de una aureola brillante de inmarcesible gloria. Mas ya nuestros lectores saben que dando pruebas evidentes de nuestro puro nacionalismo lejos de omitir tan notable circunstancia, hemos siempre cuidado de recalcar en nuestros anuncios estampándolo en nuestro prólogo y en la misma portada de las obras, que *anotariamos el texto del autor* en los pasajes que nos pareciesen oportunos *con textos de nuestros célebres comentadores*, y ya ha podido observarse en el curso del primer tomo que no hemos dejado de aprovechar la oportunidad de cumplirlo, si bien no con la estension que hubiera podido ser, por no prolongar demasiado las páginas de la introduccion. Esto por una parte desvanece la especie de censura que se nos ha dirigido, precisamente por un laborioso autor contemporáneo, que ha obtenido tambien mencion en nuestras citas.

En cuanto á los motivos que nos han inclinado á elegir para nuestro intento la obra de Mr. Littré, no necesitará decirse mucho para que el lector se convenza de su valor.

Ninguno de nuestros comentadores compatriotas se ha ocupado de los escritos hipocráticos en conjunto sino de algunos en particular, ni todos separadamente han sido tampoco traducidos y comentados por ellos; por manera que de sus trabajos no podría formarse coleccion completa; ni tendríamos otro recurso si intentásemos llenar este vacío, que el de acudir á las ediciones comunes de Calvo, Mercurial, Cornario, Foësió, Vander-Linden ó algun otro á sacar de ellas el testo para nuestra traduccion. Pero no poseyendo medios necesarios para ofrecer al público una novedad capaz de fijar su atencion en nuestra obra, hubiera prometido algun resultado probable la version reproducida de autores que figuran en casi todas las bibliotecas tanto públicas como privadas? Publicándose por otra parte, al mismo tiempo por Mr. E. Littré un trabajo tan perfecto que apenas deja nada que desear y formado á presencia de un considerable número de manuscritos que le han suministrado correcciones importantes en que estriva especialmente su mérito, no hubiera sido esponderse á luchar inútilmente por adquirir un laurel, que nuestros mismos hermanos no habrian podido menos de colocar á presencia nuestra en la frente de nuestro competidor? El público científico al acoger una obra no mira paises, ni para su atencion en nombres; busca mérito verdadero que satisfaga su anhelo de saber, y acoge con entusiasmo al que mejor llena su objeto.

Persuadidos pues de estas razones hemos juzgado preferible proporcionar á nuestros comprofesores la presente edicion de Mr. E. Littré, producto indudablemente de largas y penosas meditaciones, haciéndola en lo que nos sea posible, mas completa con la adiccion de las notas que nuestros inmortales autores en sus trabajos especiales nos suministren, tomando por máxima:

*Que el que proporcione á sus comprofesores mayor número de nuevos y buenos conocimientos, será el mas digno de su aprecio, cualquiera que sea el origen en que los busque.*

Tratado de las enfermedades de la cabeza. De Sydenham. Liber primus et secundus.

Tratado de las enfermedades de la cabeza. De Sydenham. Liber tertius.

Tratado de las enfermedades de la cabeza. De Sydenham. Liber quartus.

Tratado de las enfermedades de la cabeza. De Sydenham. Liber quintus.

Tratado de las enfermedades de la cabeza. De Sydenham. Liber sextus.

Tratado de los instrumentos de medicina. De Boerhaave.

El Juramento.—Juramentum.

La Ley.—Lex.



## OBRAS DE HIPOCRATES.

PRIMERA CLASE.

### OBRAS QUE SON DE HIPOCRATES.

---

- Tratado de la *Medicina antigua*.—De Veteri medicina.
- Tratado de los *Aires, Aguas y Lugares*.—De Aeribus, Aquis et Locis.
- Los *Pronósticos*.—Pronostica.
- Tratado del *Régimen de las enfermedades agudas*.—De victus ratione in acutis.
- Primero y tercer libro de las *Epidemias*.—De Epidemiis liber primus et tertius.
- Tratado de las *Heridas de cabeza*.—De capitis vulneribus,
- Tratado de las *Fracturas*.—De Fracturis.
- Tratado de las *Articulaciones*.—De Articulis.
- Tratado de los *Instrumentos de reduccion*.—De Mochlico.
- El *Juramento*.—Jusjurandum.
- La *Ley*.—Lex.

ORGANIZACIÓN DEL EJERCITO

Artículo 1.º

El Ejército de Chile se compone de las siguientes armas:

- 1.º Arma de Caballería
- 2.º Arma de Infantería
- 3.º Arma de Artillería
- 4.º Arma de Ingenieros
- 5.º Arma de Comunicaciones
- 6.º Arma de Aviación
- 7.º Arma de Armamento
- 8.º Arma de Sanidad
- 9.º Arma de Veterinaria
- 10.º Arma de Música
- 11.º Arma de Bandera
- 12.º Arma de Señales
- 13.º Arma de Transporte
- 14.º Arma de Construcción
- 15.º Arma de Mantenimiento
- 16.º Arma de Logística
- 17.º Arma de Intendencia
- 18.º Arma de Educación
- 19.º Arma de Cultura
- 20.º Arma de Deportes
- 21.º Arma de Recreación
- 22.º Arma de Asesoría
- 23.º Arma de Investigación
- 24.º Arma de Estudios
- 25.º Arma de Planificación
- 26.º Arma de Control
- 27.º Arma de Vigilancia
- 28.º Arma de Seguridad
- 29.º Arma de Protección
- 30.º Arma de Defensa
- 31.º Arma de Operaciones
- 32.º Arma de Táctica
- 33.º Arma de Estrategia
- 34.º Arma de Inteligencia
- 35.º Arma de Reconocimiento
- 36.º Arma de Búsqueda
- 37.º Arma de Rescate
- 38.º Arma de Evacuación
- 39.º Arma de Asistencia
- 40.º Arma de Primeros Auxilios
- 41.º Arma de Higiene
- 42.º Arma de Nutrición
- 43.º Arma de Psicología
- 44.º Arma de Sociología
- 45.º Arma de Antropología
- 46.º Arma de Geografía
- 47.º Arma de Historia
- 48.º Arma de Lengua
- 49.º Arma de Literatura
- 50.º Arma de Artes
- 51.º Arma de Ciencias
- 52.º Arma de Matemáticas
- 53.º Arma de Física
- 54.º Arma de Química
- 55.º Arma de Biología
- 56.º Arma de Medicina
- 57.º Arma de Farmacia
- 58.º Arma de Veterinaria
- 59.º Arma de Zootecnia
- 60.º Arma de Acuicultura
- 61.º Arma de Silvicultura
- 62.º Arma de Agricultura
- 63.º Arma de Ganadería
- 64.º Arma de Pesca
- 65.º Arma de Minería
- 66.º Arma de Geología
- 67.º Arma de Topografía
- 68.º Arma de Cartografía
- 69.º Arma de Fotogrametría
- 70.º Arma de Levantamiento
- 71.º Arma de Nivelación
- 72.º Arma de Altimetría
- 73.º Arma de Hidrografía
- 74.º Arma de Oceanografía
- 75.º Arma de Meteorología
- 76.º Arma de Climatología
- 77.º Arma de Sismología
- 78.º Arma de Vulcanología
- 79.º Arma de Geología
- 80.º Arma de Paleontología
- 81.º Arma de Estratigrafía
- 82.º Arma de Sedimentología
- 83.º Arma de Petrología
- 84.º Arma de Mineralogía
- 85.º Arma de Geoquímica
- 86.º Arma de Geofísica
- 87.º Arma de Geología
- 88.º Arma de Geología
- 89.º Arma de Geología
- 90.º Arma de Geología

# LIBRO DE LA MEDICINA ANTIGUA.

## COMENTO.



El libro de la *Medicina antigua* contiene á la vez una polémica; un método y un sistema; y esta es la razon que me ha movido á colocarle á la cabeza de las obras que yo considero como copias de Hipócrates, porque ocupando este lugar, forma una especie de introduccion tanto mejor y mas segura quanto que es debida al mismo autor y no contiene nada ageno.

Voy á examinar sucesivamente el punto sobre que gira la polémica, cual es el método, y en qué consiste el sistema.

Se dirige la polémica contra aquellos que, estableciendo una hipótesis, hacen derivar de ella cómo de una sola causa el origen de todas las enfermedades. Expliquemos esto mas latamente. En tiempo de Hipócrates admitian los médicos en el cuerpo humano el calor, el frio, la sequedad y la humedad, de cuya hipótesis hacian derivar todas las dolencias. Ya he tenido ocasion de esplicarme en la Introduccion acerca de lo que debe juzgarse sobre estas cualidades, y diré solo al presente que los antiguos médicos que referian á una causa única todos los padecimientos morbosos, no hacian otra cosa que los que entre los modernos los han atribuido ya al sistema nervioso ó bien á las alteraciones de la sangre.

Hipócrates los combate con dos argumentos, uno particular y otro general.

El primero es el siguiente: á un hombre aniquilado por un mal régimen, le curareis con el calor, con el frio, con la sequedad ó con la humedad? Bien seguro es que no: le curareis con un buen régimen, sin saber esplicar qué cualidades son las que predominan en las sustancias reparadoras que le administréis. Además, cuando prescribís una sustancia á un enfermo, podeis asegurar que sea simplemente cálida ó fria, ó seca ó húmeda, sin que esté dotada de otra porcion de propiedades activas? Es pues cierto que vuestra hipótesis se halla en contradiccion con los hechos.

Pero no lo está menos con la filosofia de la ciencia, y este es el argumento general. Nadie, dice Hipócrates, se halla autorizado á fundamentar

la medicina sobre un hipótesis cualquiera que ella sea; porque la medicina tiene hechos positivos de los cuales es forzoso partir con preferencia á toda suposicion. Hipócrates no permite hipótesis sino en donde faltan observaciones directas, y cita por ejemplo los cuerpos celestes ó los ocultos en la tierra. Describiendo entonces el enlace de la experiencia médica y uniendo á ella la seguridad de la ciencia, toma desde su origen el principio de la medicina; manifiesta que tiene analogías con las mejoras que la alimentacion primitiva de los hombres recibió con el progreso de los siglos; expone despues como se revelaron los malos efectos de aquella en las enfermedades, y demuestra en fin cómo la medicina propiamente dicha procede de este cúmulo de observaciones reales y positivas; descubrimiento tan útil y tan grande, que se creyó deberla consagrar, atribuyéndola á un Dios. Esta consideracion sobre el origen de la medicina se funda en tres ideas antiguas. Asi dice Isócrates hablando de los egipcios. «Ellos inventaron la medicina para el alivio de los hombres; no esta medicina que se vale de medios peligrosos, sino de la que usa de remedios tan seguros en su administracion como nuestro sustento diario, y que es tan ventajosa que los egipcios, segun la opinion de todos, son el pueblo mas sano y de una vida más larga» (a). Strabon dice lo mismo sobre la medicina de los judios, la cual recurre generalmente no á los medicamentos sino al régimen alimenticio (b). En este cúmulo de experiencias, en todos estos hechos se funda la base de la medicina, y de ella debe partirse sin temor de equivocarse. Una hipótesis sustituida á la realidad aqui establecida, es un desvarío del verdadero camino, y un error capital que cambia una ciencia verdadera en una especulacion vana y sin fundamento.

Hipócrates se adelanta á decir que por cualquier otro método no es posible encontrar nada, no admitiendo que pueda hallarse cosa alguna si se apoya en una suposicion, y creyendo que el separar la ciencia de los hechos es desviarla de su centro, y constituir la en el mayor estado de esterilidad.

Llama Hipócrates nuevos los sistemas que buscaban en un elemento único el juego regular de la vida ó las alteraciones de la enfermedad: en efecto, procedian de la escuela de Eolia. Xenófano, Parmenides, Zenon y Meliso, habian sostenido que el universo forma una inmensa unidad; el mismo Zenon habia introducido en su fisica las cuatro cualidades de cálido, frio, seco y húmedo. Estos filósofos eran anteriores á Hipócrates; su doctrina influyó, como sucede siempre, sobre la medicina, y el tiempo necesario, para que este influjo se hiciese sensible, manifiesta como Hipócrates indica la novedad de las opiniones que introducian en la patología la idea sistemática de Eolia, y querian referir á una sola causa el origen de todas las enfermedades. El yerno de Hipócrates, Polibio, combate en fisiología tal doctrina y advierte espresamente que sostener la unidad de composicion en el cuerpo es justificar la opinion de Meliso (c). Al hacer Hipócrates la critica de los

(a) Isocr. in laude Busiridis.  
(b) Pag. 677. Ed. Bas. 1549.  
(c) Pag. 20. Ed. Frob.



que pretendian en su tiempo referir á una ó dos causas el origen de todas las enfermedades, condenó de antemano todos los sistemas que se apoyasen en semejante base. Sus argumentos dirigidos contra los médicos discípulos de la filosofía de Eolia, lo son tambien en el progreso de los siglos contra los pneumáticos que hacian depender las enfermedades del *pneuma*; contra los metódicos que las referian al *strictum et laxum*; contra los jatroquímicos que las hacian proceder de la fermentacion, ó de la acidez, ó de la alcalescencia; contra aquellos en fin que las consideraron producto de la irritabilidad ó de la irritacion. En todos estos sistemas se parte en efecto de una hipótesis, cual es la de suponer que no existe en el cuerpo mas que una propiedad, segun la que se sistematiza toda la patología; y esta hipótesis, dice Hipócrates, es faláz, se aleja de lo verdadero, y añade que es ademas inútil en una ciencia que tiene los hechos por punto de partida. Sthal repitió muy justamente despues de Hipócrates: «Debet ante omnia medica pathologia occupari circa res veras qua vere sunt et existunt (Sthal. p. 442).

El método de Hipócrates procede inmediatamente de su polémica; quiere ante todo que la medicina se apoye en las observaciones, en los hechos, en lo que él llama la realidad, pero no se limita á esto su precepto. Las observaciones, los hechos, la realidad son sin duda aquello que cada uno vé y experimenta; (a) pero su sentido es aqui mas lato, y la tradicion de la ciencia suministra observaciones, hechos, una realidad que es preciso tomar en consideracion y desarrollar con el auxilio de un recto raciocinio. Efectivamente, es imposible tener una idea mas clara y mas estensa del estudio de la medicina.

Hé aqui el método de Hipócrates; hé aqui su sistema. Vió en el cuerpo humano, tanto en el estado de salud como en el de enfermedad, modificarse y atemperarse los humores por sus mismas modificaciones á las condiciones de estos dos estados, y de esto dedujo que la salud se sostenia con la justa mezela de los humores; y que la enfermedad se producía por su falta de proporcion. Admitió ademas, atendiendo al cambio de estos humores, que sufrían una coccion que los hacia volver á sus determinados límites. Y en fin, siendo el tiempo una condicion necesaria del desarrollo patológico, intentó comprobar la ley de la crisis y de los dias críticos.

Tal es su sistema: pero fijemos bien la atencion y veamos que no creyó en todo esto formar ninguna hipótesis; porque él llama hipótesis á una concepcion mental sin demostracion posible, y para aquel se apoya

(a) Con este motivo no puedo dispensarme de manifestar una nueva semejanza de Platon con el autor del libro de la *Medicina antigua*. Hipócrates dice en él, que es preciso *no separarse de la realidad*. Platon dice tambien que el sér que pudiera despojarse de los sentidos y de todo el cuerpo para no usar mas que de la inteligencia, *hallaria*, mejor que todos los demas, *la realidad*. (Phædon, t. I. p. 114. Ed. Tauch.)

en hechos y observaciones de que piensa hacer un uso legítimo.

El tiempo, que ha corrido sobre su método sin alterarle, no ha respetado su sistema. En otro lugar he hablado en general de la patología humoral, de la cocción y de las crisis, (a) y volveré á tener mas adelante ocasion de examinar algunas aplicaciones particulares. Solamente haré notar que Hipócrates procuró añadir á su doctrina de los humores, algunas nociones sobre la influencia de la estructura de los órganos; pero la imperfeccion de los conocimientos de su tiempo no le permitieron elevarse á estensas consideraciones, y comparando lo poco que dijo sobre esto con los minuciosos pormenores que dá sobre los movimientos de los humores, se ve como la observacion de estos movimientos fué mas cultivada por los antiguos médicos que la de los órganos.

He investigado á cuál de los dos sistemas anteriores podia referirse el de Hipócrates, y me ha parecido que la idea fundamental procede de Alcmeon siendo por consiguiente de un origen pitagórico. En efecto, antes que Hipócrates admitiese que la justa mezcla de las cualidades era la causa de la salud y su alteracion la de las enfermedades, Alcmeon habia dicho: «Lo que sostiene la salud es la distribucion igual de las cualidades, de lo húmedo, lo seco, lo cálido, lo frío, lo amargo, lo dulce y las demas; el predominio de una de ellas sobre las otras produce las enfermedades, y este predominio es deletéreo.» (b). Este sistema es exactamente el de Hipócrates; el sentido y las expresiones son análogas. La justa mezcla, la crasis la union, la igualdad, la simetría y la armonía, eran en el fondo las doctrinas pitagóricas. Filolao, otro pitagórico, dijo del modo mas general que los principios de las cosas no eran semejantes ni homogéneos; que no era posible que estuviesen ordenados, si la armonía no los penetraba de cualquier modo que fuese. (c) Este principio, en su aplicacion particular á la organizacion del cuerpo, se interpreta por la armonía, por la simetría, por la justa mezcla de los humores. La armonía, en lenguaje pitagórico, era sinónimo de simetría (d). Desde el mo-

(a) Véase al efecto el libro de Mr. Hondart titulado; *Estudios históricos y críticos sobre la vida y doctrina de Hipócrates*, par. 1836. Combate el autor con mucha fuerza los principales puntos del sistema de Hipócrates. Ha comprendido el carácter pronóstico de este sistema, que ha determinado la redaccion de las historias particulares de las Epidemias. Ha tratado con toda libertad las fábulas con que la vida del médico de Coe ha sido embellecida; y en fin, aunque solo se ha ocupado de paso de la autenticidad de los diferentes escritos de la Coleccion hipocrática, ha reconocido y demostrado, como Mr. Ermerins hizo anteriormente en su *Tesis*, que las *Pronociones de Coe* sirvieron de materiales á Hipócrates para el *Pronóstico*. Se vé que el libro de Mr. Hondart es una obra de que he sacado ideas y demostraciones que me han instruido.

(b) Plut. De plac. Phil. VI. 50.

(c) Stob. Ed. I. p. 460. Boeck, Philol. núm. 4.

(d) Plut. de place. Phil. I. 3.

mento en que la doctrina de Hipócrates se refiere á un filósofo pitagórico, no debe causar admiracion el encontrar en ella desempeñando á los números un papel muy principal. De aqui la investigacion atenta de los dias críticos y los cálculos que él fundó en diversos sitios de su libro sobre esta consideracion. Asegura Galeno que la prioridad de la doctrina de la *crisis* ó union pertenece á Hipócrates, y en esto se equivoca, como acabamos de ver; pero añade que esta doctrina le distingue de Empedocles y que, aunque este atribuye la composicion de nuestro cuerpo y de todos los situados al rededor de la tierra á los mismos cuatro elementos, no es á la mezcla de ellos, sino á su juxta posicion en las partes mas ténues á quien la refiere (a). Hipócrates difieria pues de Empedocles en un punto esencial. De aqui procede el modo notable con que reprueba aquel la doctrina de este en una frase del tratado de la *Medicina antigua*, que falta en todas las ediciones, y cuya importante restitution la debo á un manuscrito.

En el curso de la esposicion de su sistema es en donde, interrumpiéndose repentinamente, consigna un gran pensamiento, que es el resumen de toda su filosofia sobre la ciencia de la vida, á saber; que para estudiar el cuerpo humano es preciso hacerlo en sus relaciones con todas las cosas. Este pensamiento ha sido anunciado y citado por Platon, y bajo la inspiracion del filósofo y del médico es como ha dicho Pascal: «Las partes del mundo tienen todas tal enlace y tales conexiones las unas con las otras, que creo imposible conocer una sin todo lo demas.

Estudiando el cuerpo humano en sí mismo, los médicos y los filósofos combatidos por Hipócrates, deducian todos los cambios que padece de la consideracion de una sola propiedad, y sacaban esta deducion de una doctrina muy semejante á la de algunos médicos de nuestros dias que han explicado todas las enfermedades por las lesiones anatómicas. Hipócrates, por el contrario, considera el cuerpo viviente como una sustancia cuyas propiedades no pueden determinarse *á priori*, ni en virtud, decia él entonces, de la composicion del calor, el frio, la sequedad y la humedad; ni de la textura de las partes, diria en el dia. El buscarlas de esta manera es proceder por mal camino; y estas propiedades no se dejan comprender sino por una esperiencia general, que comprueba qué efectos recibe de cada cosa la sustancia viva. El conocimiento de estos efectos constituye la ciencia del cuerpo humano. Esto es lo que llamaré el *vitalismo* de Hipócrates, que considerando la vida como una cosa positiva y el sér viviente como una sustancia, busca en ella las relaciones de accion y de reaccion con los diversos objetos de la naturaleza; vitalismo que será eternamente verdadero al lado de todos los trabajos que tienen por objeto, y puede añadirse que han tenido por resultado, arrojar un rayo de luz sobre ciertos fenómenos del organismo por el exámen de la forma y de la textura. A medida que avanza la esplicacion cesa la vida, hasta que al fin desaparece y para siempre

(a) Tom. V. p. 8. Ed. Bas.

quedará incomprendible; de modo que debemos siempre considerar el sér á quien anima como un cuerpo dotado de propiedades que se trata de estudiar por la esperiencia, como un cuerpo en quien es preciso aprender, como dice Hipócrates, el modo de conducirse con respecto á las demas cosas. Esto precisamente nada hay en el mundo que pueda hacerlo comprender *á priori*. ¿Quién, para servirme de un ejemplo usado por Hipócrates, habria probado, buscando la organizacion del cerebro, que el vino perturba sus funciones? ¿Y á quién habrian enseñado los conocimientos anatómicos del cuerpo humano, que los miasmas pantanosos producen fiebres intermitentes?

Este es sitio de notar (porque el mismo Hipócrates me conduce á esta advertencia que no me parece poco importante), que la fisiología se compone de tres partes esenciales; la primera es el estudio del desarrollo del sér desde su creacion hasta la muerte; la segunda es el estudio del mecanismo de las funciones; la tercera es el de los efectos que el organismo experimenta de todas las cosas que se hallan con él en relacion, mientras la sustancia vive.

Estas tres partes han sido igualmente tratadas, y en general los modernos han fijado mucho la atencion en la segunda. Las investigaciones anatómicas y los experimentos fisiológicos han producido resultados muy grandes y aclarado el juego de muchas funciones que fueron un misterio para nuestros predecesores. La primera parte, es decir, el desarrollo del individuo desde el principio hasta el fin de la vida, ha empezado á tratarse con todo el cuidado que se merece y forma una larga y admirable seccion de la grande obra de Burdach. (a) Pero la tercera no ha obtenido todavia tanta consideracion; pertenece mas directamente á la higiene y á la patología, y llamó mas particularmente que las otras la atencion de Hipócrates y de los antiguos en general.

El libro de la *Medicina antigua* tan notable por la rectitud del juicio y la profundidad de los pensamientos, no lo es menos por la belleza y superioridad del estilo: de manera que en él la forma es un todo digna del fondo. Los períodos, generalmente largos, están contruidos con una perfecta regularidad, y sus miembros se equilibran y relondean en ellos de tal modo, que aparecen tan gratos al entendimiento como al oído; la expresion llena de exactitud y claridad es siempre grave y firme, y se embellece con todo de trecho en trecho de manera que se deja ver el escritor, que dueño de su objeto y de sí mismo, se contiene en los límites trazados por el buen gusto. Es seguramente un hermoso trozo de literatura griega, y este tratado es un modelo acabado de discusion científica sobre los puntos generales y sublimes de la medicina.

Tal vez no ha sido fácil conocer este mérito en las ediciones anteriores que tienen por objeto y puede añadirse y por el examen de la forma y de la textura. A medida que avanza la explicacion esta la vida hasta que el fin desaparece y para siempre.

(a) *Tratado de fisiología considerada como ciencia de observacion*, trad. de alm. por A. J. L. Jourdan Par. 1837-1839, 8 volúm. en 8º.

teriores del modo como ellas presentaban el tratado de la *Medicina antigua*, porque este es uno de los libros que han sufrido mas descuidos de los copiantes, y aun tambien de los tratados en que el cotejo de los manuscritos me ha suministrado ocasion de hacer los cambios mas considerables, y me atrevo á decir, los mas felices. Yo he podido llenar estos vacíos, aclarar los pasages que estaban muy oscuros ó eran completamente ininteligibles, restablecer la regularidad de las frases trastornadas en muchos pasages, y publicar en vez de un testo corrompido en muchas partes por defectos, omisiones y alteraciones de todo género, un testo puro en que todo marcha y se sigue sin dificultad. No hay mas que dos ó tres puntos en que me han faltado los manuscritos, y en los que he tenido que recurrir á la conjetura. Los que comparen el testo vulgar con el de mi edicion y pasen una ojeada sobre las variantes (1) que he recogido y discutido, reconocerán las importantes mejoras que debe el actual tratado al cotejo esacto de los manuscritos.

En conclusion, el libro de la *Medicina antigua* dá una idea de los problemas agitados en tiempo de Hipócrates y del modo cómo se discutian. Tratábase lo mas comunmente de la patología y de determinar la causa de las enfermedades, ó en otros términos, de fundar las bases de un sistema de medicina. Algunos médicos decian que, siendo esta causa única, residia en una propiedad única del cuerpo, que ellos especificaban. Hipócrates repetia que en el hecho se hallaba esto en contradiccion con la esperiencia, que este principio era una hipótesis vaga y estéril, y que solo habia seguridad en el estudio de los hechos y en la tradicion de la ciencia que conduce á esto. Asi, 400 años antes de J. C. se intentaba sujetar toda la medicina á una sola propiedad hipotética, como se ha intentado en nuestros dias; solo que esta propiedad era el calor, el frio, la humedad ó la sequedad.

Cuatrocientos años antes de J. C. un espíritu severo y luminoso combatió semejantes opiniones en nombre de la esperiencia, manifestó que, no pudiéndose referir á una sola las causas de las enfermedades, el campo de la patología general era mucho mas vasto de lo que se creia, y formuló lo que la observacion le habia permitido deducir; pero esta deducion no abraza mas que la alteracion en la mezcla de los humores, su coccion y sus crisis. Desde entonces se perpetuó el método de los médicos á quienes impugnó Hipócrates, el de este mismo, la hipótesis y la observacion, como lo atestigua de la historia de la ciencia; pero no son ya ni la antigua hipótesis ni la antigua observacion.

Es seguramente instructivo el estudiar los problemas, en el curso de los tiempos, tales como se han propuesto, y las discusiones que han promovido. Se ve que la ciencia antigua tiene una gran semejanza con la moderna: desde la época que nos vemos precisados á admitir como

(1) Variante es la diferencia de lectura que se nota en los ejemplares de una misma obra cuando se cotejan. Hacemos esta esplicacion para aquellos que pueden leer esta obra sin conocimiento de esta voz.

la aurora de la medicina, desde los primeros monumentos que poseemos; se han debatido las cuestiones fundamentales y tocado los límites del entendimiento humano. Pero dentro de estos límites, encuentra la ciencia, en una inmensidad inagotable de combinaciones, los materiales que la hacen marchar, y es imposible dejar de conocer, que bajo un suelo y con los alimentos que le suministran las cosas y la experiencia, se desenvuelva en virtud de un principio interno de vida que reside en el encadenamiento necesario de su desarrollo sucesivo.

En conclusión, el libro de la Medicina antigua de una idea de los problemas agitados en tiempo de Hipócrates y del modo como se resolvieron. Trácese lo mas comunmente de la patología y de determinar la causa de las enfermedades. Algunos médicos decían que, siendo esta causa de un sistema de medicina. Algunos médicos decían que, siendo esta causa una, residía en una propiedad única del cuerpo, que ellos expresaban por el nombre de *crisis*. Hipócrates repetía que en el hecho se hallaba esto en contradicción con la experiencia, que este principio era una propiedad vaga y abstracta, y que solo había seguridad en el estudio de los hechos y en la tradición de la ciencia que conduce a esto. Así, 400 años antes de J. C. se intentaba sujetar toda la medicina a una sola propiedad hipotética, como se ha intentado en nuestros días; solo que esta propiedad era el calor, el frío, la humedad o la sequedad.

Quatrocientos años antes de J. C. un espíritu severo y luminoso combatió semejantes opiniones en nombre de la experiencia, tratándose que no se pudiese reducir a una sola las causas de las enfermedades, el campo de la patología general era mucho mas vasto de lo que se creía, y demostró que la observación le había permitido deducir; pero esta deducción no atraxa mas que la atención en la mezcla de los humores, su cocción y sus crisis. Desde entonces se perpetuó el método de los médicos a quienes imputó Hipócrates, el de este mismo la hipotesis y la observación, como lo atestiguan de la historia de la ciencia; pero no son ya ni la antigua hipotesis ni la antigua observación.

Es seguramente instructivo el estudiar los problemas, en el curso de los tiempos, tales como se han propuesto, y las discusiones que han promovido. Se ve que la ciencia antigua tiene una gran semejanza con la moderna; desde la época que nos vemos precisados a admitir como

(1) Varias es la diferencia de lectura que se nota en los ejemplares de una misma obra cuando se copia. Hacemos esta explicación para aquellos que puedan leer esta obra sin conocimiento de esta voz.

## BIBLIOGRAFIA.

El tratado de la Medicina antigua ha sido el objeto de las siguientes publicaciones:

Zvingerus le publicó en su coleccion, con el testo griego, las variantes y la traduccion. Esta es una edicion muy buena. Tiene un comentario difícil de leer á causa de su forma tabular.

Gorræus dió con la traduccion latina (en 4º 1544) el testo griego: este es tambien un buen trabajo.

Cornarius le publicó en latin. (Basil. 1543. in 4.º)

Euseb. Schenk. Dissertatio de iis quae Hippocrates tradidit in præmio de veteri medicina. 1619 en 4.º No he visto esta disertacion.

Ex libris Hippocratis de nova et prisca arte medendi de que diebus decretoriis epithomæ Michaelis Angeli Blondi. Romæ 1545. Esta es una sencilla traduccion de los tratados del *Arte* y de la *Medicina antigua*, que me ha parecido mala.

Fl. Schuyt pro veteri medicina, Lugd. Bat. et Amstelod. apud Gaa-besquios. 1670 in 24. Esta es una polémica en favor de Sylvius, en que el autor se apoya mucho en el libro de *Veteri medicina*.

In Hippocratis librum de veteri medicina Lucae Antonii Portii Neapolitani paraphrasis, Romæ, 1681. Esta es una traduccion muy libre en que ha introducido el autor algunas esplanaciones. Juzga que la doctrina espuesta por Hipócrates en este tratado es la de Demócrito. Yo he manifestado anteriormente que Hipócrates tomó de Alcmeon una de sus principales ideas sobre la salud y la enfermedad.

Varios tratados sobre las paracéas ó remedios universales, sobre los abusos de la medicina vulgar, con una traduccion de Hipócrates de la causa de las enfermedades, y los consejos de Van-Helmont sobre la composicion de los remedios, por Jacques Massard, decano del colegio de médicos de Grenoble, segunda edicion. Amsterdam, 1686, en 24.

El autor que titula el tratado de la *Medicina antigua*, tratado de la

*causa de las enfermedades y de la medicina antigua*, dice en la página 87, en un corto preámbulo: «Hipócrates compuso este tratado de la *«Medicina antigua* contra algunos innovadores de su época que establecieron por causa de las enfermedades el calor y el frío, la sequedad y la humedad, y con este falso principio derribaron las bases de la *«medicina antigua*. Aquel grande hombre combatió este peligroso error, «é hizo ver que el fundamento de la ciencia debe ser sensible; que debe juzgar de los alimentos y los remedios por su relacion con la naturaleza «y segun el bien ó el mal que de ellos esta recibe, y no por suposiciones «imaginarias, como hacian estos nuevos autores. Probó que los alimentos «ni aprovechan ni dañan por el calor ni por el frío, sino por la relacion «que se acaba de enunciar.»

Sigue la traducción en que el autor suprimió algunos pasages.

Jo. Henr.. Schulze. De medico vehementer laudari digno ad Hippocratem de veteri medicina, Halœ, 1735, en 4.º No he visto esta disertacion.

Nosotros no tenemos noticia de que ningun autor español se haya ocupado de este tratado hipocrático, que generalmente se ha tenido por no genuino. LL. EE.

**NOTA.** *Es evidente (y se convencerá fácilmente el lector por los variantes) que el manuscrito de la biblioteca real de Paris 2253 representa una edición diferente de la seguida por los demas manuscritos, y por consiguiente de los impresos. Es tambien positivo que contiene una porcion de lecciones que llenan vacíos, restablecen el sentido y suministran excelentes correcciones, siendo ademas el mas antiguo que existe en esta biblioteca; y probaré en el curso de las variantes que no solamente es diverso de nuestros demas manuscritos de Paris, sino tambien de todos los que han consultado los editores anteriores. Por consiguiente le daré por lo comun la preferencia.*



Por ejemplo en las discusiones sobre los cuerpos delatos o subterráneos cuando intentamos saber de ellos se ocupa saber lo que son estos objetos ni en los que se escriben sobre ellos se alcanza a saber alguna cosa de ellos. Por lo tanto, si se quiere saber de ellos se debe recurrir a la experiencia y no a la especulación. En las discusiones de la medicina se ve también que se trata de cosas que no se pueden conocer sino por la experiencia. En las discusiones de la medicina se ve también que se trata de cosas que no se pueden conocer sino por la experiencia.

## DE LA MEDICINA ANTIGUA.

Indudablemente los que desconocen la medicina se pueden saber como en otras y concluir sus doctrinas. En las ciencias naturales se ve también que se trata de cosas que no se pueden conocer sino por la experiencia.

1. Todos los que de viva voz ó por escrito han tratado de la medicina, se han propuesto como base de sus racionios la hipótesis del calor ó del frio, ó de la sequedad ó de la humedad, ó de otro cualquier principio que les ha parecido, simplificando las cosas y atribuyendo las enfermedades y la muerte, en el hombre, á uno ó dos solos agentes como á una causa primitiva y constante, engañándose evidentemente en muchos de los puntos que sostienen; y son tanto mas vituperables cuanto que se equivocan en un arte que existe, que aplican las gentes á las cosas mas importantes, y que honran particularmente en la persona de los prácticos escelentes. Se sabe que hay médicos buenos y malos; y esta distincion no seria posible, si la medicina no fuese mas que una hipótesis, y no tuviese nada observado ni demostrado, pues entonces serian todos igualmente inespertos é ignorantes, y la casualidad sola decidiria de la suerte de los enfermos. Pero no sucede así: en la medicina como en las demas artes difieren mucho los profesores por su habilidad y conocimientos. De este hecho palpable he deducido que no tiene aquella necesidad de ninguna suposicion vana, como las cosas oscuras y dudosas, en las cuales si se quiere discurrir es preciso valerse necesariamente de hipótesis: por

:

ejemplo, en las discusiones sobre los cuerpos celestes ó subterráneos, cuando intenta el que de ellos se ocupa saber lo que son estos objetos, ni él ni los que le escuchan podrán alcanzar evidencia alguna sobre la verdad ó falsedad de sus aseveraciones, porque no es posible comprobarlas.

2. Pero la medicina há mucho tiempo que existe y posee un principio y un método que ha encontrado, con cuyo auxilio se han hecho muchos y grandes progresos en el trascurso de los tiempos, y se adelantará todavía mas, si los hombres capaces é instruidos en los descubrimientos antiguos los toman por punto de partida en sus investigaciones. Pero los que desechando y menospreciando estos inventos buscan otros métodos y abren nuevos caminos, presumiendo haber hallado algo de bueno, han sido engañados y se equivocan; porque esto es imposible, como voy á demostrar con la misma esplicacion de lo que es la medicina, de lo cual resultará la prueba de que no puede descubrirse nada sino por este camino. En mi juicio, el que quiera discurrir sobre el arte medico debe sobre todo limitarse á decir cosas conocidas del comun de las gentes, porque los discursos é investigaciones de un médico no deben tener otro objeto que las enfermedades que las afectan y las alijen.

Indudablemente los que desconocen la medicina no pueden saber como empiezan y concluyen sus dolencias, ni qué causas influyen en sus crecimientos y remisiones; pero les es fácil comprender lo que otros han explicado y hallado, porque no les cuesta mas que recordar, al oír al médico, lo que ellos mismos han sufrido.

Los que separándose de sus conocimientos no se captan de tal modo su atencion, se alejarán tambien de la realidad de las cosas. Todo lo cual prueba que la medicina no necesita de hipótesis.

3. En su origen no seria este arte ni hallado ni buscado, porque no se haria sensible su necesidad, si los hombres se aliviaban en sus padecimientos con beber, comer y continuar con el mismo régimen de que usaban hallándose buenos, sin tener otra cosa mejor que hacer. (a)

(a) Toda esta larga frase, perfectamente clara del modo que queda espuesta, no lo es de ningun modo en el testo de Foesio, al que ha acomodado su traduccion, diciendo: «*Quin etiam alia victus ratio contulisset nisi essent alia meliora;*» cuyo sentido no me es posible comprender. Yo he seguido en todas las restauraciones de este pasage, que está muy alterado, el testo del manuscrito 2255, solo que me ha parecido conveniente reunir toda la

Pero la misma necesidad obligó á los hombres á buscar é inventar el arte médico, porque se persuadieron de que el régimen de la salud no convenia á la enfermedad, como no conviene en el día. Y aun, remon-tándonos á los siglos pasados, juzgo que el género de vida y de ali-mentacion de que en el día usamos no hubiera sido descubierto, si al hombre le hubiera podido bastar para comer y beber lo que es suficiente al buey, al caballo, y los demas seres que le rodean, á saber; las sim-ples producciones de la tierra, los frutos, las yervas y el heno. Los ani-males con esto se nutren, crecen y viven bien, sin tener necesidad de ningun otro género de alimento. En los primeros tiempos no tuvo sin duda el hombre otro, y el que usamos en el día me parece una invencion per-feccionada en el largo curso de los años; pues de una alimentacion fuerte y agreste se originaban muchos padecimientos intensos, tales como los experimentaríamos en la actualidad si continuase la misma causa, y en los que se sustentaban con sustancias crudas, indigestas y muy activas sobrevenian dolores fuertes, enfermedades y una muerte pronta. Es pro-bable que los hombres padeciesen menos entonces á causa de la cos-tumbre; pero sin embargo, los males eran muy grandes, y la mayor parte, sobre todo los sugetos débiles, perecian; los que tenian una constitucion robusta resistian mas, lo mismo que sucede en nuestros días, que unos digieren con facilidad alimentos muy fuertes, mientras otros lo verifican con gran trabajo y dolor. Esta me parece que fué la causa que obligó á los hombres á buscar una alimentacion conforme con nuestra naturaleza, encontrando la que usamos al presente. En efecto, aprendiendo á mace-rar, á mondar, moler, cribar y amasar los granos, hicieron con el trigo pan, y con la cebada una masa á que dieron mil preparaciones. Hiciéron hervir, y asaron y compusieron mezclas en que hacian mas suaves las sustancias fuertes con la union de otras mas débiles, adoptándose en

verdadera leccion, de que los demas manuscritos contienen únicamente por-ciones mas ó menos incompletas, como puede verse en las variantes. (En seguida anota el autor las variaciones que deben hacerse en el testo griego, y concluye diciendo): De este modo se hace claro el sentido; la frase, aun-que larga, está regularmente construida, y ademas del apoyo que encuen-tra en las lecciones estropeadas de los otros manuscritos, le garantiza el testo del número 2255, lo que dá una perfecta claridad á un pasage tan embro-llado que no ha sido aclarado por un autor tan hábil como Foesio.

todo á la naturaleza y fuerzas del hombre; (a) por qué juzgaron que las sustancias demasjado fuertes para poder ser vencidas por la naturaleza, introducidas en la economía deberian causar padecimientos, enfermedades y la muerte, y por el contrario, todo lo que fuese digestible contribuiria á la nutricion, al desarrollo y á la salud. Y á tales investigaciones, á semejantes descubrimientos, ¿qué nombre darles mas justo y conveniente que el de medicina, habiendo sido inventada para la conservacion, nutricion y salud del hombre, en cambio del régimen que no le habia producido mas que padecimientos, enfermedades y muerte?

4. Si se dice que este no es un arte, no me opondré á ello: pues de lo que nadie ignora, de lo que todos entienden por el uso y la necesidad, no puede decirse que hay artistas. Mas á pesar de eso todo esto forma una invencion importante, llena de arte y de observación. Aun en el día los que se ocupan de la gimnasia y del desarrollo de las fuerzas continuamente la están perfeccionando, inquiriendo por el mismo método qué clase de bebidas y de alimentos serán mas apropiados para hacer mas fuerte á un individuo.

5. Examinemos pues la medicina propiamente dicha, la que fué inventada por los enfermos, la que tiene un nombre y profesores, y veamos si se propone algunos de estos mismos objetos y de dónde ha podido tomar su origen. (b) Nadie me parece, como dije al principio, que hubiera buscado la medicina, si el mismo régimen hubiera convenido en estado

(a) El autor manifiesta aqui en una nota que el testo de Foesio y el de casi todos los manuscritos que ha seguido se halla manifestamente alterado, no en el sentido que es claro, sino en la construccion que es muy irregular. Espone las variantes y adopta la puesta al márgen de la edicion de Mercurial.

(b) Vander-Linden, Foesio, y Calvo de Ravena, han traducido este pasage diciendo, «Examinemos pues la medicina por todos roconocida, la que fue inventada por los enfermos, y veamos si tiene un nombre y profesores &c. Nuestro autor, citando la variante, advierte que en vez del diptongo *ei* con la aspiracion suave en la *i*, que se lee en el testo de estos autores, debe leerse una *e* larga (*eta*), con aspiracion áspera. Evidentemente, dice Littré, no preguntó Hipócrates si la medicina tiene un nombre y prácticos; es preciso leer este pasage del modo que hemos manifestado; ademas que el sentido del razonamiento asi lo exige. La invencion de la alimentacion no tiene nombre ni profesores; pero la medicina sí.

de enfermedad que en el de salud. En nuestros mismos dias los pueblos que no tienen médico, los bárbaros y algunos de los griegos, (II) lo pasan cuando están enfermos del mismo modo que en estado de salud, no consultando mas que su antojo, no absteniéndose de nada que les agrada, ni sometiéndose á regla alguna. Pero los hombres que buscaron y encontraron la medicina, guiados por las mismas ideas que aquellos de quienes he hablado mas arriba, creo en primer lugar que disminuyeron algo de la cantidad habitual de los alimentos, y en vez de permitir que se comiese mucho, hicieron comer poco. Este régimen bastó para algunos enfermos, que ciertamente reportaron de él ventajas conocidas; mas no á todos les era suficiente, hallándose algunos en tal estado, que no podian digerir la porcion mas pequeña de alimentos. Se creyó deber dar á estos alguna cosa mas suave, y se inventaron los caldos en los que se mezcla un poco de sustancia con mucha agua, separándose lo que en ellos hay mas sustancioso con la mezcla y la coccion. En fin, á los que ni aun podian soportar el uso de los caldos, se les suprimió, dándoles bebidas solamente cuya cantidad y temperatura cuidaban de proporcionar, no administrándolas ni escasa ni abundantemente, ni tampoco en un mal temple.

6. Es preciso tener entendido que hay enfermos á quienes no conviene el caldo, aumentándose evidentemente en ellos la fiebre y los dolores si lo usan; de manera que tomando esta sustancia se hace para la enfermedad pábulo y causa de acrecentamiento, siéndolo para el cuerpo de debilidad y de menoscabo. Si á sugetos que se hallan en tales condiciones se les prescribe una alimentacion sólida de masa de trigo ó pan, aunque sea en cantidad pequeña, padecen diez veces mas y de un modo mas ostensible que si hubiesen estado reducidos al uso de caldos, solo por la circunstancia de ser mas sustancioso el alimento para la disposicion en que se encuentran. Por otro lado, el enfermo que puede tomar caldo, pero no comer, se hallará mucho mas molesto si come mucho, que si come poco; pero aun asi le será perjudicial. (a) Todas

(II) Foesio, Vander-Linden y otros autores traducen este pasage diciendo: «Los pueblos que no usan de la medicina, los bárbaros vecinos de los griegos &c».

(a) Toda esta frase se halla variada en los manuscritos y en los impresos; resultando del modo como está escrito en Foesio y otros autores, que uniendo el principio de este último párrafo con el final del precedente viene

estas causas de padecimiento; vienen á parar á un solo punto, á saber: que los alimentos mas fuertes dañan mas y de una manera mas perceptible. ( a )

7. El que se llama pues médico, el que por confesion de todos posee un arte y descubrió el régimen y alimentacion de los enfermos, parece regular que haya seguido otro camino que el de cambiar en su origen el género de vida salvaje y brutal de los hombres, atrayéndoles al modo de alimentacion de que usamos en el dia? En mi juicio, el método es el mismo; el descubrimiento idéntico. El uno se ocupó en separar todo lo que era superior á las fuerzas de la economía humana en estado de salud, á causa de sus cualidades agrestes y poco adecuadas, y el otro en quitar todo lo que era refractario á las fuerzas de la constitucion por el estado accidental en que se hallaba. ¿En qué se diferencian ambos, sino en que el segundo tiene mas latitud, es mas variado, exige mas habilidad, habiendo sido el primero el punto de partida?

Comparando la alimentacion de los enfermos con la de las personas sanas, comprenderá cualquiera que no es esta mas nociva á aquellos, que la de las fieras y los de las animales lo es á las personas que disfrutan de salud. Consideremos en efecto un hombre acometido de una afeccion ni de las mas graves é insoportables ni tampoco de las mas benignas, sino de modo que se resienta de cualquier exceso en el régimen, que probase á comer

á decir: «*Si á sujetos que se hallan en tales condiciones se les prescribe una alimentación sólida de masa de trigo ó pan, aunque sea en cantidad corta, padecen diez veces mas y de un modo mas manifesto que si hubiesen tomado solo caldos; por ser mas sustancioso el alimento para una afeccion en que pueden tomar caldo, pero no comer. Si come mucho &c. &c.*» El manuscrito 2255 le ha presentado á nuestro autor el texto como debe ser, y cuya traduccion hemos hecho literalmente. Hablando este, en la variante, del de Foesio y los otros, dice asi: «*Esto no puede ser. En efecto, Hipócrates dice que hay enfermos á quienes no conviene caldo, y que, si tomasen alguna cosa cálida, padecerian diez veces mas que si le hubiesen tomado: no puede decir pues al mismo tiempo que les convenga tomar caldos.*» Habria en efecto contradiccion en el sentido del mismo párrafo.

La traduccion de Calvo Ravena está conforme con la de Littre.

( a ) En la traduccion de Vander-Linden y otros concluye asi este párrafo: «*dañan mas y de una manera mas perceptible al hombre, ya esté sano ó enfermo.*» El autor presenta aqui una variante del manuscrito 2255.

pan, carne ó cualquier otra cosa provechosa en estado de salud, y no digamos en gran cantidad, sino aun en menor porcion de la que hubiera tomado hallándose bueno: supongamos por otra parte otro hombre sano, dotado de una constitucion ni muy robusta ni muy débil, que empezase á hacer uso de sustancias útiles y reparadoras para un buey ó un caballo, como la algarroba, la cebada ú otras sustancias análogas, tomadas no en exceso sino en menor cantidad de la que pudiera: resultaria de este experimento que el hombre sano no se hallaria espuesto á menos padecimientos ni á menos peligros, que el enfermo que hubiera comido inoportunamente pan ó masa de trigo. Todo esto prueba que, buscado por este método todo el arte de la medicina, podría hallarse de nuevo.

9. Si todo fuese tan sencillo como se piensa, si toda alimentacion fuerte perjudicase y la débil fuese apropiada para el sostenimiento del hombre sano ó enfermo, no habria en esto dificultad ninguna, porque no correriamos peligro alguno en inclinarnos siempre á este modo de alimentacion. Pero se cometeria igual falta, que no seria menos perjudicial al hombre, si se le diese una alimentacion escasa é insuficiente para sus necesidades; porque la abstinencia influye mucho en la economía humana para debilitar, para producir enfermedades y ocasionar la muerte. Proceden de ella todo género de males, diferentes, es verdad, de los que ocasiona la replecion, pero no menos funestos. Asi que la medicina no tiene una faz sola, y exige un gran cuidado. Es preciso pues formarse una medida; pero no se hallará esta ni en un peso ni en número á que pudiera referirse para establecer el cálculo, sino que únicamente reside en la sensacion del cuerpo. Por lo cual es muy difícil adquirir tanta exactitud en el juicio que no se hierre de un modo ni de otro, y yo admiro mucho al médico que no comete sino leves equivocaciones: pero raras veces se ve una habilidad tan grande. La mayor parte de los médicos se parecen á los malos pilotos: mientras reina la calma, no se manifiestan sus desconcertadas maniobras; mas cuando se levanta una fuerte tempestad ó un impetuoso viento, dejan perecer la embarcacion, sin que nadie desconozca en tal desastre la torpeza y la ignorancia de quien no supo remediarle. Lo mismo sucede á los malos médicos, que son el mayor número: mientras tratan leves afecciones en que los mas grandes errores no podrian ocasionar accidentes serios (y es preciso advertir que las enfermedades poco graves son mas frecuentes que las peligrosas), son poco notados sus yerros por el vulgo; pero si les toca una afeccion grave, intensa, temible, entonces se hacen claros sus errores y su poca destreza es conocida: el castigo de las faltas del piloto y del médico no se hace esperar; viene bien pronto.

10. Que una abstinencia intempestiva ocasione tantos padecimientos como una repleccion inoportuna, nos lo manifestará claramente una consideracion sobre el estado normal. Hay personas que lo pasan bien sin hacer mas que una comida, y que por hallarse bien asi se impusieron esta regla. Otras hay que por igual razon, es decir, porque su salud lo exige, almuerzan por la mañana; al paso que otras no se acostumbran á lo uno ni á lo otro por necesidad, sino por placer ó por cualquier otro motivo: y en efecto, es indiferente á la mayor parte habituarse á comer una sola vez ó á almorzar tambien por la mañana. Pero hay algunos que no podrian soportar con facilidad una alteracion del régimen que les conviene, resultándoles graves molestias de un cambio en mas ó en menos, aun por un dia, aunque no fuese entero. Los unos, si contra su costumbre almuerzan, se ponen perezosos, pesados de cuerpo y de espíritu, tienen bostezos, somnolencia y sed; y si luego comen, les sobrevienen flatos, dolores de tripas, y tienen abundante diarrea: este es con frecuencia el principio de una enfermedad de consideracion, y les basta comer en dos veces (y nada mas) los mismos alimentos que suelen tomar en una. Los otros, que acostumbran á almorzar porque su salud lo exige, si dejan de efectuarlo, se encuentran acometidos, desde que pasa la hora de su costumbre, de una debilidad general; los ojos se ponen amarillentos; la orina se hace espesa y cálida; la boca se pone amarga; hay tirantez de las entrañas, vértigos, mal humor é ineptitud para el trabajo: y con todo esto, cuando se ponen á comer les parecen las viandas menos gratas, y no pueden concluir lo que solian tomar á esta hora, cuando comian dos veces: descienden los alimentos con dolores y ruido de tripas, ponen caliente el vientre, y el sueño de la noche es penoso y agitado con ensueños. Por lo comun es este tambien el principio de una enfermedad.

11. Exáminemos las causas productoras de estas molestias. En el primero, el que infringió la costumbre de hacer una sola comida, creo que sea el no haber pasado el tiempo suficiente para que el abdomen hubiese consumido y digerido perfectamente los alimentos ingeridos en él la víspera y vuelto al estado de relajacion y de reposo; sino que hallándose aun los órganos digestivos en el de calor y fermentacion, le llenó de nuevo: en tales casos digieren los estómagos con mucha mas lentitud y necesitan mas intervalo de inaccion y de reposo. En el segundo por el contrario, el que tenía costumbre de comer dos veces, cuando el cuerpo exigía alimento con urgencia y la comida anterior estaba digerida no habiéndole quedado nada que consumir, no introdujo en su estómago nuevos alimentos, y á este es el hambre lo que le abate y le atormenta; porque todos los ac-



cidentes que acabo de ennumerar los atribuyo al hambre; y en efecto, cualquier hombre sano que estuviera dos ó tres dias sin comer; experimentaria padecimientos análogos á los que acabo de manifestar en el que, acostumbrado á dos comidas, omitió una de ellas.

12. En mi juicio, las constituciones que se resienten mas pronta y fuertemente de tales desvíos son mas débiles que las demas; el débil es el que se aproxima mas al enfermo, pero el enfermo es todavía mas débil: asi que debe resentirse mas que otro cualquiera, de las faltas en el régimen. Es difícil, no poseyendo el arte una exactitud correspondiente, alcanzar siempre el mas alto grado de precision; y sin embargo muchos casos, de que hablaré mas adelante, no requieren menos que este grado. Ciertamente que lejos de impugnar al arte antiguo su realidad y la bondad de su método, y de condenarle por no tener certeza sobre todas las cosas, sostengo que es digno de elogio, por hallarse en un camino en que juzgo que puede aproximarse á la exactitud todo lo posible por medio del razonamiento (a), y digno de admirar (b) como de la honda sima de una pro-

(a) Mr. Littré, anotando una variante en este párrafo, dice que manifestando el manuscrito 2255 una excelente correccion, ha arrojado un rayo de luz sobre este pasaje; pero que al mismo tiempo le ha causado la mayor perplejidad otra que suministra sobre esta misma frase. Habla de *ὄ* en lugar de *ὄν* y se espresa de este modo. Si se considera lo segundo, Hipócrates quiso decir que el razonamiento puede llevar cerca de la perfeccion al arte médico; y si lo primero, quiso significar lo contrario. Estos dos sentidos diametralmente opuestos necesitan discutirse aqui, aunque brevemente. En el segundo se gloria Hipócrates de que el arte médico se halle en caso de que el razonamiento no pueda conducirlo á la perfeccion, y debe traducirse; es digno de elogio el arte médico, porque juzgo que no puede llegar por «el razonamiento al grado posible de certeza.» Pensamiento que al principio me sedujo; pero las siguientes reflexiones me decidieron por el otro sentido que he adoptado. Hipócrates dijo, al principio del libro de la *Medicina antigua*, que el método seguido por el arte antiguo era el único que pudo conducir á ulteriores descubrimientos: es pues natural que elogie aqui en dicho arte el hallarse en camino de poder corregir sus imperfecciones, y no el encontrarse en camino en que el razonamiento no pueda perfeccionarle. Por otro lado, hablando Hipócrates un poco mas adelante de los que siguen un buen método, no condena el razonamiento; lo que vitupera es la hipótesis to-

funda ignorancia han salido descubrimientos, no por efecto de casualidad, sino por sabias y rectas investigaciones.

13. Volvamos á los que siguiendo el mismo método, buscan el arte con una hipótesis. Si es el calor ó el frío ó la sequedad ó la humedad lo que daña al hombre, preciso será que el médico hábil cure el frío con el calor, el calor con el frío, la sequedad con la humedad y la humedad con la sequedad. Supongamos un hombre de una constitucion no robusta sino débil, comiendo trigo tal como se cria, crudo y sin preparacion, y carnes de igual manera, y bebiendo agua. De resultados de este régimen estoy seguro que experimentará muchas y graves incomodidades; le atormentarán dolores; se debilitará su cuerpo; sufrirá descomposiciones de vientre, y no podrá vivir por cierto mucho tiempo. ¿Qué remedio administrar en semejantes circunstancias? ¿El calor ó el frío; la sequedad ó la humedad? Ciertamente que el uno ó el otro: (c) porque si alguna de estas cuatro condiciones es la productora de la enfermedad, es necesario remediarla con lo contrario, segun su propio modo de discurrir. El modo mejor y mas seguro de hacerlo es pues el cambio del género de vida de que usaba, dándole á comer pan en lugar de trigo, carnes cocidas en vez de crudas, y haciéndole beber vino despues de la comida. Es imposible que con este cambio deje de restablecerse, á menos que su constitucion no se halle profundamente alterada por la prolongada duracion del mal régimen anterior. ¿Y que diremos de esto? Serán las sustancias frias

mada como punto de partida, y por base de una ciencia que se halla enteramente formada por lo que nosotros llamamos hechos y el denomina realidades. Estos motivos me han impelido á adoptar el testo vulgar, y desechar la correccion del manuscrito 2255, como equivocacion de algun copiante.

(b) Aquí hace notar el autor la necesidad que habria para el sentido, en todos los manuscritos que ha reunido incluso el 2255, del verbo que él pone en el testo y que Severino encontró; y añade que el manuscrito que tuvo este á la vista seria ciertamente digno de consultarse.

(c) Foesio y otros autores han traducido este pasage entendiendo, que Hipócrates quiso significar que una de estas cualidades es sencilla «Si quidem horum quodque simplex est;» cuya construccion no es exacta. El manuscrito 2255 ha presentado la esplicacion verdadera, del modo que queda espuesto.

las que produjeron la enfermedad y las calientes las que curaron. ó al contrario?

Muy embarazado creo que me hallaria si hubiese de responder á estas cuestiones: porque, es el calor ó el frio, la sequedad ó la humedad la que se quita al pan al hacerle (a), sometiéndole al influjo del fuego y del agua y haciéndole sufrir muchas preparaciones de las que cada una tiene una virtud particular, perdiendo una parte de sus principios y combinándose y mezclándose con otros?

Estoy bien seguro de que es muy diferente para el cuerpo usar de un pan hecho con arina cernida ó no cernida, con un grano bien ó mal molido, amasado con mucha ó poca agua, que esté mas ó menos trabajado, bien ó mal cocido, y asi de otras preparaciones que tiene que experimentar. Lo mismo debe entenderse relativamente á la masa hecha con arina de cebada. El influjo de cada una de ellas es muy grande y en nada se parece una á la otra (a). El que no observa estas diferencias, ó el que observándolas no sabe darlas su verdadero valor, cómo podrá conocer las afecciones morbosas en el hombre?

Porque cada una de estas cualidades obra sobre el cuerpo y le modifica de diverso modo, y en esto consiste la vida en el estado de salud, de convalecencia y de enfermedad. Nada pues es mas preciso, ni mas útil saber. Los primeros inventores, que se valieron en sus investigaciones de un buen método y de un recto raciocinio, habiendo sabido acomodar estas diferencias á la naturaleza del hombre, pensaron que tal arte seria digno de dedicarse á un Dios; cuya opinion fue realizada. Juzgando que no es el frio ni el calor, ni la sequedad ni la humedad lo que daña al hombre ni de lo que necesita, sino lo que es mas activo en cada cualidad,

(a) Las ediciones ponen aqui un punto ó dos puntos y los autores traducen esta frase como afirmativa. El autor opina que debe ser este párrafo interrogativo, porque de no, dice que no habria en el testo la disyuntiva y. Hipócrates pregunta si la preparacion del pan quita al trigo el frio, el calor, la sequedad ó la humedad.

(a) El testo comun, comparado con el manuscrito 2253, presenta aqui un gran vacío, que no se hubiera echado de ver, porque el sentido es claro, pero cuya restauracion ha creido el autor conveniente para la regularidad de la frase.

y lo que es mas fuerte que la constitucion humana, reputaron por dañoso todo lo que esta no podia vencer, y procuraron separarlo (a). Ahora bien, lo que debe entenderse segun esto por mas activo es, entre las cualidades dulces, la mas dulce; entre las amargas, la mas amarga; entre las ácidas, la mas ácida; en una palabra, el mayor grado de cada una de ellas: porque vieron que existian en el hombre y que le eran dañosas.

Se encuentra efectivamente en el cuerpo lo amargo, lo salado, lo dulce, lo agrio, lo acerbo, lo insípido, y otras mil cosas cuyas propiedades varian al infinito en cantidad y vigor. Mezcladas todas ellas y equilibradas unas con otras, no se hacen manifiestas ni ocasionan padecimientos; pero si cualquiera de ellas se aísla y se separa de las demas, entonces se hace sensible y produce dolor. Lo mismo sucede á los alimentos que no son apropiados para el hombre y cuya ingestión le ocasiona enfermedad; cada uno de ellos tiene una cualidad que sobresale, ya la amarga ó la salada, la ácida ú otra cualquiera fuerte y destemplada, y por esto perturban la salud, lo mismo que las cualidades que en nuestro cuerpo se aíslan. (b). Pero los alimentos y bebidas de que habitualmente se usa es evidente que no contienen estos principios escesivos y desproporcionados; tales son el pan, la masa de cebada, y todas las demas sustancias de semejante naturaleza, de que se hace un uso diario y abundante, exceptuando de esto las viandas condimentadas y sazonadas para satisfacer el gusto y la sensualidad. Estos alimentos saludables, que constituyen la principal parte de la alimentacion del hombre, no producen alteracion ni disgregacion de las cualidades ocultas en la naturaleza; pero él servir para robustecer, nutrir y acrecentar el cuerpo no

(a) El autor advierte faltas en la acentuacion de este párrafo, en las obras de los traductores Mercurial, Foesio, Mark y Gardeil, y añade que el estilo de este tratado está tan bien meditado y tan bien distribuidos sus periodos, que en donde se halla alguna equivocacion, no puede menos de atribuirse á errores de los traductores ó de los copiantes.

(b) Tambien presenta aqui el manuscrito una correccion que aclara el sentido. Se ha traducido *excernuntur* en vez de *aíslar*: pero no es esta la verdadera leccion: porque no se refirió Hipócrates en este sitio á lo que del cuerpo se segrega; sino á lo que en él se separa de lo demas, y se hace dañoso á causa de su separacion.

lo deben á ninguna otra virtud sino á la de tener todos sus principios en una feliz combinacion, sin que presenten nada desproporcionado ni activo, sino formando un todo sencillo y atenuado (a),

15. Por lo que á mí toca, cuando oigo á esos forjadores de sistemas que arrastran la medicina hácia las hipótesis, separándola del camino verdadero, no puedo comprender cómo tratarán las enfermedades en conformidad con sus principios; porque ellos no se que hayan encontrado cosa alguna cálida, fria, seca ni húmeda en sí misma y sin mezcla de ninguna otra cualidad, é indudablemente no poseen otras bebidas ni otros alimentos que de los que nosotros usamos; sino que atribuyen á esta ó á la otra, cualquiera de las cualidades espuestas. Pero la incertidumbre será mayor cuando traten de prescribir á un enfermo que tome alguna cosa cálida en sí propia, y este les pregunte qué cosa es esta: se hallarán entonces reducidos á responder con vaciedades ó á recurrir á cualquiera de las sustancias conocidas. Si acontecè que una sustancia cálida sea al mismo tiempo acerba, que otra lo sea insípida y otra perturbadora (pues hay una porcion de sustancias cálidas que tienen cualidades opuestas), será preciso administrar ya la sustancia cálida que es acerba ó la que es insípida, ó bien la sustancia fria (porque lo mismo es en unas que otras) en circunstancias iguales. (b) Pero es seguro que lo uno y lo otro producen efectos contrarios no solamente en el hombre sino tambien en el cuero y en

(a) Dice el autor que en todos los manuscritos que ha consultado ha encontrado esta leccion equivocada, y que no puede conservarse porque está en contradiccion con el curso de las ideas: en lugar de  $\muὴ \acute{\alpha}\chi\rhoὸν$ , tienen  $\acute{\alpha}\chi\rhoὸν$ . ¿Dice Hipócrates que la alimentación habitual es saludable porque no tiene nada desproporcionado ni activo, y que presenta un todo sencillo y fuerte ( $\acute{\alpha}\chi\rhoὸν$ )? Esto no puede ser. Vander-Linden introdujo una modificacion anteponiendo  $\omega\kappa$  á esta palabra, cuya leccion ha tomado de las variantes admitidas por Foesio, la cual corrige el testo: mas con todo no le satisface esto á Mr. Littré, el cual dice que sino se hubiera propuesto por norma, en lo posible, presentar las lecciones tales como los manuscritos las admiten, haría una sustitucion de palabra en el testo griego, que expresa á continuacion.

(b) Presenta esta frase una variedad de lectura muy embarazosa entre los manuscritos y los impresos: la variante puesta al márgen del manuscrito

madera, cuerpos mucho menos sensibles, pues no es lo cálido lo que posee la mayor actividad, sino lo acerbo y lo insípido, y todas las cualidades que he referido en el hombre y fuera de él, en lo que come y en lo que bebe, y en las sustancias que sirven para untarle y aplicárselas sobre el cuerpo.

16. Yo juzgo que, de todas estas cualidades, el frío y el calor son las que menos actividad tienen sobre la economía humana, por las razones siguientes: mientras que permanecen mezcladas entre sí estas dos cualidades, ningún mal se experimenta, porque el frío se halla templado y modificado por el calor y viceversa, y solo cuando uno de ellos se desequilibra acontece la enfermedad: pero en el momento mismo en que sobreviene el frío y causa dolor, al punto y solo por esta causa aparece el calor y es desprendido por el cuerpo, sin que necesite de ningún auxilio ni preparación. Y esto se verifica tanto en el hombre sano como enfermo. En efecto, si un sugeto en estado de salud quisiera en la estación de invierno refrescarse el cuerpo ya por medio de un baño frío ó de cualquier otro modo, cuanto mas veces lo repita, no llegando al extremo de ocasionar la congelación, mayor calor experimentará luego que se haya vestido y abrigado.

Mas al contrario, si se quisiera calentar ya por medio de un baño caliente ó con un gran fuego, despues de permanecer con el mismo vestido y en el mismo sitio en que despues se refresque, experimentará un frío mucho mas intenso y tiritará mucho mas. El que se haga aire por causa de un calor sofocante, procurando refrescarse de este modo, en el momento en que deje de hacerlo sentirá un calor diez veces mas ardoroso y angustioso, que otro que en iguales circunstancias no haya hecho nada de esto. Hé aqui un ejemplo todavía mas notable: los que andando por la nieve ó espuestos á una temperatura muy baja han experimentado un frío intenso en los pies, en las manos ó en la cabeza, cuánto no sufren por la

2255 le parece al autor mas inteligible. Foesio, Vander-Linden y otros han hecho la traduccion como si hubiera un interrogante preguntando «que en caso de haber una sustancia al mismo tiempo cálida y acerba &c. &c. cuál «convendrá tomar.» Nuestro autor cree que este es un error: el sentido, dice, segun indica el razonamiento, es el siguiente: si una sustancia es á la vez cálida y acerba, será preciso administrar ó no podrá menos de administrarse algo de cálido y acerbo.

noche, cuando se hallan abrigados y colocados en un sitio caliente, po efecto del ardor y comezon que los atormenta? A veces les sobrevienen flictenas, como si se hubiesen quemado en el fuego, y no sienten estas molestias hasta despues de haber entrado en calor: tanta es la facilidad con que el calor y el frio alternativamente se suceden! Aun pudiera citar otras muchas observaciones semejantes. Y en cuanto á los enfermos, no es á los que tienen escalofrios á los que acomete la fiebre mas ardiente? (a) Pero no es muy intensa; cesa al poco tiempo, y las mas veces no tiene malos resultados: mientras dura, ocasiona un calor general que, recorriendo todo el cuerpo, termina sobre todo en los pies, en donde el temblor y el frio fueron mas pertinaces y mas intensos. En fin, cuando despues del sudor desaparece la fiebre, el enfermo experimenta mas frio que si no la hubiera padecido. Pues si los dos contrarios se suceden con tanta rapidex y se neutralizan espontáneamente, qué hay que esperar en ellos de intenso y grave, ni qué necesidad hay de grandes auxilios contra el uno ó contra el otro?

17. Se objetará que en las fiebres ardientes, las periphneumonias y otras enfermedades graves no desaparece el calor repentinamente, ni alternan el calor y el frio; y precisamente creo yo encontrar en esto la prueba mas segura de que la fiebre no es producida tan solo por lo cálido, y de que esta no es la única causa de la dolencia; sino que lo son igualmente lo cálido amargo, lo cálido ácido, lo cálido salado y otras mil, asi como tambien lo frio con otras equalidades diversas. Estas son las verdaderas causas

(a) Los traductores han variado mucho el sentido de este párrafo. Calvo y Mercurial no ponen interrogacion, y traducen este pasage como si Hipócrates hubiese querido decir que no es seguido el escalofrio de una fiebre intensa; cuyo sentido no es probable, sobre todo si se para la atencion en lo que se dice mas adelante. Zvinger ha traducido lo que sigue de este modo: «Aut in quibus non adeo vehemens, sed pauco tempore quiescens;» cuyo parecer ha seguido Fossio. Gardeil ha hecho abstraccion del sentido para poner lo que le ha parecido mas razonable, y ha traducido asi: «Si el frio no es largo, la fiebre no lo es tampoco.» Las divergencias de los traductores manifiestan la dificultad de este pasage. Por mi parte, ateniéndome al testo y comparándole tambien con lo que sigue, he creido que Hipócrates quiso decir realmente que al escalofrio sigue una fiebre aguda; y que refiriéndose á las intermitentes, añadía que no era violenta y que cesaba pronto,

del mal; y si lo cálido sobresale, no es porque tenga virtud alguna especial, sino porque dirige, activa y aumenta la cualidad que se le une.

18. Que las cosas sucedan de este modo, lo probarán los signos siguientes: (a) en primer lugar, los evidéntísimos que todos hemos ya experimentado y experimentaremos todavía. Cuando uno se halla afectado de un coriza y se establece un flujo por las narices, este humor, que se hace mucho mas acre que lo que era anteriormente en el estado habitual, hace hinchar la nariz y promueve un calor excesivo y una sensacion de quemadura; y si se urge á menudo y persiste el flujo mucho tiempo, se escoria la parte, aunque es seca y poco carnosa. El ardor de la nariz se mitiga, no mientras dura el catarro y la flegmasia subsiste, sino cuando el humor se hace espeso, menos acre, y cuando se mezcla mas, por la coccion, con el líquido primitivo; entonces solamente cesa el ardor. En los que por el contrario se ha producido el mal claramente por la sola cualidad fria sin el concurso de ninguna otra cosa, consiguen librarse de él por el solo tránsito del frio al calor, y la vuelta del calor al frio, los cuales se suceden prontamente el uno al otro sin necesidad de coccion alguna; (b) pero todo lo que he dicho ser producto de la acritud y

(a) Los impresos y manuscritos difieren mucho en este testo, dividiendo parte del primer periodo del párrafo. El manuscrito 2255 lo presenta del modo debido, y el sentido confirma esta buena colocacion.

(b) El autor presenta aqui una variacion en el testo sin apoyarse en autorizacion de manuscrito alguno, esponiendo en seguida las razones que á ello le han movido. Voy á demostrar en primer lugar, dice, que la frase tal como se halla en los impresos es embarazosa. Cita á continuacion el testo de Foesio y de todos los demas autores, el cual fué traducido por este del siguiente modo: Quibusdam vero ex sola frigiditate et nullius alterius accessione hic affectus plenè excitatur: qui omnes liberantur si ex frigore quidem percalescant, ex ardore vero perfrigescant. La palabra *omnes* forma aqui una anfibologia. Si dice el autor griego que la cualidad fria puede ocasionar *en unos* por sí sola el coriza ¿cómo habria de añadir que el calor curase en *todos* el frio y el frio al calor sin otros auxilios? Esto implica evidentemente contradiccion en el razonamiento general de Hipócrates, segun el cual no cura el frio al calor y viceversa sino cuando estas cualidades elementales han obrado solas y sin mezcla; pero siempre que



destemple de los humores, entra en calma del mismo modo, es decir, por la mezcla y la coccion.

19. Otro ejemplo: las fluxiones que se padecen en los ojos, que tienen intensas y varias acrimonias, ulceran los párpados, escorian en algunos las mejillas, las partes situadas debajo del ojo y todas aquellas por donde corren, llegando á veces á destruir y corroer la membrana que cubre la cornea. Y hasta cuándo duran los dolores, la inflamacion y el calor excesivo? hasta el momento en que la fluxion se espesa por el trabajo de la coccion, y el humor que la constituye se hace legñoso. Haber sufrido la coccion, equivale en los humores á haber sido mezclados, equilibrados los unos con los otros y cocidos. En cuanto á las fluxiones de garganta que producen las ronqueras, las anginas, las inflamaciones y las periphneumonias, todas suministran al principio los humores salados, aquosos y acres, y entonces es cuando la enfermedad está en su crecimiento; pero cuando estos se espesan por la coccion y pierden su acrimonia, es la época de la resolucion de las fiebres y de todo lo que al enfermo le atormenta. Porque es preciso sin duda considerar como causa de cada enfermedad todo lo que mientras existe sostiene este modo de ser,

no haya sido de este modo la curacion, no se consigue sino por medio de la coccion: y la mejor prueba, dice Hipócrates, de que las enfermedades febriles no dependen de la cualidad fria ó caliente, es el tener necesidad de un largo tiempo para llegar á la solucion, durante el cual sufren varias modificaciones. De modo que no dijo que la curacion se efectuase en todos por el cambio del frio al calor, ni del calor al frio. En esto apoya el autor la causa que le ha movido á introducir la variacion en el texto, poniendo en armonía con este sentido algunas voces dudosas; y para esforzar su razon, cita lo que Hipócrates dice mas adelante: «todo lo que proviene de puro calor ó frio «sin participar de ninguna otra cualidad, podrá cesar con el paso de frio á «calor ó de calor á frio.» Comparando estas últimas líneas de la frase que se examina, se inclina el autor á creer que aqui faltaba alguna cosa; de modo que deberia espresar; «pero aquellos á quienes acontece esto solamente «por el frio ó por el calor, sin el concurso de ninguna otra cosa, se libran «de ello por el solo paso de frio á calor y de calor á frio.» Yo hubiera hecho tambien, dice, esta adición griega, sino profesara el principio de que no son permitidas las correcciones sino en los casos de evidente ó indispensable necesidad.

desapareciendo cuando se trasforma en otra mezcla. Pues si todo lo que procede de un calor ó un frio puro, sin intervencion de ninguna otra cualidad, termina por el cambio del frio en calor ó del calor en frio, cuyo cambio se verifica del modo que he manifestado, es cierto que las demas enfermedades á que el hombre está sujeto, provienen todas del influjo de las cualidades.

Vease cuando predomina el humor amargo que se llama bilis amarilla, qué ansiedad, qué calor, qué debilidades se manifiestan. Desembarazado de ella el enfermo y evacuada ya espontáneamente ó por medio de un purgante, si la evacuacion ha sido oportuna, se libra de los padecimientos y del calor febril; pero en tanto que estos humores se hallan en movimiento, sin mezcla ni coccion, no tiene la medicina medio alguno para calmar el dolor y la fiebre. Cuando se desarrollan esas acedias acres y herrumbrosas, qué irritaciones tan intensas, qué dolores como de mordedura en las visceras y el pecho, qué angustias se experimentan! Y estos accidentes no se calman, hasta que las acedias han sido depuradas, calmadas y mezcladas con lo demas. El cocerse, cambiarse, atenuarse y espesarse los humores se verifica de muchos y diversos modos, de lo que resulta que las crisis y el cálculo de los dias tienen en esto un grande influjo; y de todo esto nada hay en verdad que pueda atribuirse á lo cálido ni á lo frio, porque ni con uno ni con otro se verificaria la maduracion ni adquiririan los humores esa espesura. Qué deberemos pues ver en esto? mezclas de humores que tienen propiedades diversas los unos con respecto á los otros; pues lo cálido no tiene para perder su calor mas que la mezcla con lo frio, y este no se neutraliza sino por aquel (a).

Todos los humores en el cuerpo son tanto mas suaves y mejores, cuanto mas mezclas han sufrido; y el hombre se encuentra en el estado mas

(a) Este pasage es dificil y ha embarazado mucho á los traductores, como se advierte por la diversidad de sentidos que han adoptado, y por la oscuridad de sus traducciones. Yo me he adherido á la leccion del manuserito 2253, que tiene la ventaja de restablecer la regularidad de la construccion y facilitar en gran manera la inteligencia de este pasage. Hipócrates combate en él todavia á los que pretendian referir los fenómenos morbosos á la cualidad cálida ó fria, siendo asi que estas no hacen mas que neutralizarse una con otra: mas para que puedan efectuarse la maduracion y la coccion de los humores, hay necesidad de mezclas de propiedades muy diversas entre sí.

favorable, cuando todo permanece en coccion y en reposo, sin que nada manifieste una cualidad predominante. Acabo de demostrarlo á mi parecer de un modo suficiente.

20. Dicen algunos sofistas y médicos que no es posible aprender medicina sin saber lo que es el hombre, y que todo el que quiera ejercer con acierto el arte de curar debe poseer este conocimiento. Pero sus discursos tienen la tendencia de la escuela filosófica de los libros de Empedocles (II) y de los demas que han escrito sobre la naturaleza, y expuesto lo que es el hombre en su origen, cómo ha sido formado en su principio, y de dónde procede su composicion primordial (a). Por lo que á mi toca, juzgo que

(II) Empedocles, natural de Agrigento, discípulo de la escuela pitagórica, fue médico y filósofo á la vez. Se separó mucho del sistema de su maestro, sustituyendo á la doctrina de los números la de los cuatro elementos *aire, fuego, tierra y agua*, ó sea *frio, caliente, seco y húmedo*, que suponía entrar en la composicion de todo lo creado, y los consideraba dirigidos por dos causas poderosas que habian presidido á la formacion del universo; una de *creacion* y otra de *destruccion*, que han querido referir algunos físicos á nuestras fuerzas de *atraccion* y *repulsion*. Por esta hipótesis pretendió esplicar tambien los fenómenos de la vida.

Este médico-filósofo, tan estimado en la antigüedad, es del que dice el Sr. Chinchilla en sus *Anales históricos de la Medicina*, que volvió á la vida á una muger asfixiada, abandonada ya como muerta por todos los demas médicos; cuya curacion, reputada por divina, le dió una gran celebridad que sirvió para envanecer demasiado su orgullo. Dice que se presentaba siempre rodeado de discípulos y esclavos, vestido con un manto de púrpura, sujeto con un cinturon de oro, los cabellos tendidos y la cabeza ceñida con una corona. Los historiadores aseguran, añade, que deseando hacerse mas célebre y aparentar que habia sido arrebatado al cielo, subió al Etna y se arrojó al volcan.

Tambien dice el Sr. Chinchilla en una nota, pág. 44, que la teoría de los cuatro elementos, que hemos citado, no es suya; sino que es la reunion de las emitidas por sus antecesores. Segun Tales emanaban del agua todos los cuerpos; del aire segun Anaxágoras; del fuego segun Pitágoras, y de la tierra segun Gacopliane de Colofon.

(a) En los manuscritos y en los impresos falta una gran porcion de este

todo esto que han dicho los unos y los otros acerca de la naturaleza pertenece más bien á la literatura (b) que á la medicina; y estoy además bien convencido de que solo por el estudio de esta se llegarán á adquirir conocimientos positivos acerca de aquella, siempre que se abrace la medicina en su verdadera generalidad. De otro modo me parece que distamos mucho de tales conocimientos, quiero decir, de saber lo que es el hombre (H).  
trozo, y se lee en ellos de esta manera: «Dicen los sofistas y los médicos que es imposible aprender medicina sin saber lo que es el hombre en su primitiva formacion, y la composicion de su cuerpo.» Héchase de ver el gran vacío que existe, el cual es considerable porque comprende un pasage importante, cual es la cita Empedocles por Hipócrates, que no es circunstancia despreciable para la historia médica y literaria. Una de las faltas más comunes de los copiantes ha sido el saltar en los manuseritos todo lo que se hallaba comprendido entre una misma palabra repetida; y aqui sucede cabalmente con la voz *ἀνθρώπου* hombre, que es la causa de este vacío: cuyo hecho prueba que, aunque en las bibliotecas públicas se tengan muchos manuseritos del libro de la *Medicina antigua*, no tenemos en realidad mas que dos: el 2253, y el otro que presenta el vacío y ha servido para que se copien los demas, en los que se halla tambien este vacío, imposible por lo demas de sospechar. Es singular que no haya sido registrado con cuidado aquel manuserito.

(b) Todos han traducido esto por el arte de la *pintura*: á mí me pareció que tal mencion era oscura en este sitio, cuya oscuridad me hizo dudar de la bondad de la traduccion. Sin embargo, no me atreví á separarme del sentido de los traductores latinos que así se espresan *ars pictoria*, ni á adherirme al sentido adoptado por Gardejil que pone *un compositor de libros*, en vista de que los diccionarios griegos dan por significado de la voz del testual *ἔργον* el arte de pintar. Lo que posteriormente me ha impellido á dar á la espresada voz el sentido de *estilo escrito*, de *literatura*, es el uso que de ella se hace en esta acepcion, con *λέξις* espresado ó sobreentendido; como por ejemplo en esta frase de Aristóteles (Rethor. 3. 12): *se halla condenada justamente en los libros la supresion de las conjunciones y las repeticiones frecuentes*. Me parece que esto autoriza á introducir este sentido en el pasage de Hipócrates, en que todo parece que lo exige.

bre, por qué causas existe, y todo lo demas con exactitud. Por manera que estoy firmemente persuadido de que todo médico debe estudiar la naturaleza é investigar cuidadosamente, si quiere desempeñar bien su cometido, las relaciones que tiene el hombre con los alimentos y bebidas de que usa y con todo su género de vida, y la influencia que ejercen las cosas entre sí. Y no basta contentarse con saber que el queso es mal alimento, porque ocasiona dolor á los que de él se sacian, sino que es preciso averiguar qué dolor causa, por qué razon, y á qué humor del cuerpo es contrario. Existen realmente otra gran porcion de alimentos y bebidas que son perjudiciales á la economía humana, pero que no la escitan del mismo modo. Sirva de ejemplo el vino puro que bebido en gran cantidad produce en el hombre cierta debilidad, cuya causa se reconoce á simple vista en la propiedad del vino y en el vino mismo, y sabemos sobre qué parte de la economía ejerce su accion. Esta verdad, aqui tan clara, quiero que lo sea tambien en todos los demas casos. El queso (ya que no me he valido de este ejemplo) no daña á todas las personas; hay algunas que pueden satisfacerse de él sin el menor inconveniente, aun nutriendo muy bien á aquellos sugetos á quienes conviene, y otras por el contrario le digieren con mucha dificultad. Difieren pues las constituciones de los unos y los otros, y se diferencian en esto: en que el humor que no es compatible en el cuerpo con el queso, se revuelve y pone en movimiento con esta sustancia. Las naturalezas en que este humor sobreabunda y predomina, deben forzosamente padecer mas con tal alimento; pero si este fuese dañoso á toda la constitucion humana, perjudicaria á todos los hombres. Conocer pues estas diversas propiedades, seria saber preservarse de los males que producen.

21. En las convalecencias y en las enfermedades que duran mucho tiempo, sobrevienen frecuentes molestias; espontáneamente unas y ocasionadas otras por cosas imprudentemente administradas. Si en el mismo dia en que esto acontece se ha hecho por casualidad alguna innovacion, como por ejemplo un baño, un paseo, un alimento diferente, á pesar de ser cosas que conviniesen, sin embargo la mayor parte de los médicos, como el vulgo, las atribuirán la alteracion acaecida, no conociendo la verdadera causa y proscribiendo acaso lo mas útil. Esto es una falta; porque no deben ignorarse los efectos de un baño inoportunamente tomado, ni los de un ejercicio intempestivo. Jamás ocasionan un mismo mal el baño y el ejercicio, como tampoco las demas cosas, la replecion ó tal ó cual alimento. El que desconozca pues el modo cómo aquellas se comportan con el hombre no podrá conocer tampoco sus efectos ni su uso conveniente.

22. En mi juicio, debe el médico saber además qué afecciones proceden de las potencias y de las figuras. Y qué quiero significar con esto? Llamo potencias á las cualidades estremaas y á las fuerzas de los humores, y figura á las diversas conformaciones de los órganos de que se compone nuestro cuerpo. Los unos son huecos, y de anchos se van haciendo estrechos, otros son latos, macizos y redondeados otros, algunos anchos y péndulos, largos, apretados, blandos y jugosos, esponjosos y laxos. Pues bien, si se tratase de atraer los humores de todo el resto del cuerpo, qué órganos, pregunto, tendrían mayor poder para ello; los huecos y ensanchados, los macizos y redondeados, ó los huecos que se van angostando? Yo creo que estos últimos, segun puede juzgarse por lo que esteriormente se observa: pues si se tiene abierta la boca, no puede absorverse líquido alguno; mas prolongando los labios y comprimiéndolos, si se hace la succion se tomará todo el líquido que se quiera, sobre todo si se auxilia la accion por medio de un tubo: lo mismo sucede con las ventosas anchas en su fondo, y estrechas hácia el cuello, que han sido inventadas para atraer los humores de lo interior. Tambien se verifica esto con otras muchas cosas. De los órganos situados en lo interior del cuerpo, la vejiga, la cabeza y el útero tienen una constitucion y una forma de esta especie; y ciertamente son los órganos que mas aspiran, hallándose siempre llenos del humor que atraen. Los órganos huecos y ensanchados recibirían mejor que los demas los humores que afluyesen; mas no podrían atraerlos tan bien. Los sólidos y redondeados ni atraen ni reciben, porque el humor se derramaria, no teniendo en que aposarse ni detenerse. Los esponjosos y laxos, tales como el bazo, el pulmon y las mamas, colocados en contacto con los líquidos los absorverian, y estas partes sobre todo son las que se endurecerian y se hincharian con el aflujo de los humores (a); porque estos no estarian en el bazo como en una víscera hueca que los contuviese en su interior y los diese diariamente salida (b). Pero cuando este hubiera absorbido y recibido en

(a) Vander-Linden á imitacion sin duda de Cornario, añade aqui esta frase, y *especialmente el pulmon*: ningun manuscrito presenta esta adiccion.

(b) El testo se halla aqui muy alterado, y es difícil restablecerle con seguridad. Las ediciones y los impresos varían mucho en este pasaje. Ningun manuscrito presenta una lectura que satisfaga ó que pueda sustituirse con toda certeza. Sin embargo, á favor de lo que precede y de lo que sigue se deja ver el sentido, y esto es lo que debe servir de guía en el uso que puede

su interior el líquido, se encontrarían llenos los huecos, las areolas y los pequeños intersticios; y de poroso y blando que era se habría convertido en duro y denso, porque no es apto para la coccion ni para la espulsion de los humores. Todo esto sucede en razon de su figura. Todo lo que produce desarrollo de aire y revolueion en el cuerpo ocasiona naturalmente ruido y sonido en las vísceras huecas y espaciosas, tales como el vientre y el pecho; pues no llenándose de modo que queden inmóviles, sino quedando espacio para que se muden y muevan, es preciso que sus movimientos se vean y sus ruidos se perciban.

Por igual motivo los órganos carnosos y blandos experimentan entorpecimientos y obstrucciones, como sucede en las apoplegías. (a). Cuando el aire interior encuentra en su paso un órgano ancho y viene á chocar con el, si este no tiene naturalmente bastante fuerza para resistir su impulso y sufrir la incomodidad que le produzca, ni suficiente blandura y laxitud para ceder al choque del aire y seguirle, sino que es por el contrario tierno, denso, lleno de jugo y de sangre, como el hígado, entonces á causa de su anchura y de la densidad de su tejido, resiste en vez de ceder. Aumentándose el aire interior y redoblando su esfuerzo con la resistencia que se le opone, despliega mayor impulso contra el obstáculo; el

hacerse de la multitud de variantes que presentan aqui los manuscritos. Efectivamente, Hipócrates quiso decir que los órganos esponjosos y areolares no son como las vísceras huecas que contienen humores y los vacian cada dia, sino que llenan sus areolas y se ponen duros y densos en razon á que no tienen disposicion para espelerlos. El sentido es bien seguro á pesar de la incertidumbre del testo. En seguida presenta el autor algunas conjeturas sobre las causas de la alteracion del testo en este pasage, deducidas del modo como se halla escrito, y su opinion sobre el modo cómo debería arreglarse.

(a) Este es uno de los pasages alterados en que los manuscritos no presentan una buena lectura ni ofrecen un sentido conveniente. Mercurial ha puesto *glándulas linfáticas del cuello*. Me ha parecido que Hipócrates presentaba mas bien un ejemplo que una comparacion, y esto me ha decidido á traducir ésta palabra dudosa del modo que lo he hecho; con tanta mas razon, cuanto que era opinion admitida en la patología antigua, que las apoplegías y suspensiones del movimiento eran debidas á este aire interior de que vamos hablando. (Calvo y Vander-Linden tradujeron *degolladuras*.)

órgano por su blandura y la sangre que contiene no puede menos de padecer, de modo que se halla espuesto á los dolores mas vivos y mas intensos, á supuraciones, y toda clase de abscesos. Se hacen sentir tambien con fuerza estos movimientos hácia el diafragma, pero mucho menos: pues aunque es en verdad ancho, tenso, y presenta resistencia, con todo su constitucion es mas nerviosa y robusta, por lo cual sufre menos. Sin embargo, tambien sobrevienen en él dolores y abscesos.

23. En lo interior y exterior del cuerpo hay otras muchas formas de órganos que influyen de muy diverso modo en los padecimientos del hombre sano ó enfermo. Tales son, una cabeza grande y pequeña, un cuello grueso ó delgado, un vientre plano ó abultado, la anchura ó estrechez del pecho y de los costados, y otras mil circunstancias cuyas diferencias deben conocerse, para observar con exactitud las causas de cada cosa.

24. En cuanto á las cualidades de los humores y al exámen de las acciones que cada una de ellas puede ejercer sobre el cuerpo, ya he hablado anteriormente, asi como de las afinidades que tienen entre sí. (a) Y pregunto yo: ¿si un humor suave se trasformase en otro, no por una mezcla accidental sino por un cambio espontáneo, cuál aparecerá primero? ¿Será el amargo, el salado, el acerbo ó el ácido? Creo que el ácido. Con que de todo lo que podria administrarse, el ácido seria el mas malo, en caso de que el humor dulce ó suave fuese de todos el mas conveniente. Asi el que pudiese conocer la naturaleza de las cosas exteriores, con tales investigaciones, podria elegir siempre lo mejor; pues lo mejor es aquello que dista mas de lo dañoso.

(a) Los editores traducen diciendo: *Considerar las cualidades de los humores &c. como se ha dicho, mas arriba.* El autor se ocupa mucho de esta frase considerándola gramaticalmente en el texto y cotejándola con la que presenta el manuscrito 2253, y deduce que no debe ser el sentido sino el que él espone.



## LOS TRADUCTORES.

---

No habiéndose ocupado ningún comentador español de este interesante tratado, indudablemente á causa de haberle creído apócrifo, separándole por lo tanto de los que debían ser objeto de atención y serio detenimiento, vamos á ensayar el hacerlo presentando á nuestros lectores el fruto que nuestro escaso talento nos ha suministrado como resultado de una detenida meditacion sobre el libro que detalladamente hemos traducido. Dos puntos esenciales vemos descollar principalmente en este escrito hipocrático, lleno de interés en verdad, cabalmente por ellos mismos: la idea que de la ciencia formó su generador, y el principio que le guió en sus profundas y sabias investigaciones.

El punto de vista en que colocó la medicina es grande, sublime, y el vasto horizonte que desde su centro se divisa se pierde insensiblemente en los últimos confines del saber humano. La ciencia del hombre decia

que no estribaba tanto en el estudio intrínseco del ser á que se refería, como en el detenido exámen y profundo conocimiento de sus acciones y reacciones con las cosas que le rodean. Principio eterno que resistirá indestructible á los mas rudos ataques de los tiempos. Bastará reflexionar brevemente sobre su sentido para quedar convencidos de su certeza. El hombre, animal de organizacion, si no mas perfecta, filosóficamente hablando, sí mas complicada y digna de admiracion, se encuentra sumergido en una atmósfera sujeta á numerosas variaciones, tanto de temperatura cuanto de densidad y pureza. Los alimentos que le han de nutrir reparando las pérdidas ocasionadas por el uso de su organismo; las aguas que han de diluir sus espesados humores reponiendo su parte mas sutil y evaporable; los excitantes que á sus sentidos ponen en la necesaria actividad para relacionarle con todos los objetos que le rodean; las pasiones escitadas por la impresion que estos mismos produjeran, y el ejercicio mismo de los órganos todos, son causas que, obrando de continuo sobre el cuerpo sensible, le modifican de mil modos, dando por resultado variaciones muy considerables tanto en el estado normal cuanto en el patológico, para que no sean dignas de ocupar seriamente la atencion del médico, constituyendo su estudio una parte principal de su educacion científica.

Es suficiente esta reseña de los modificadores de la economía humana para venir en conocimiento del lejano termino á que debe guiar su entendimiento todo buen profesor en el largo curso de sus delicadas tareas. La astronomía, la física, la geografía, la geología, la química y la historia natural, hé aqui en resumen trazado el cuadro de los vastos conocimientos que forman la escala necesaria para tocar el umbral del encumbrado templo de la ciencia de la vida. Sin ellos no puede el médico arrancar á la naturaleza sino á medias los misteriosos y profundos secretos que con afán indaga y escudriña, y solo someramente podrá iniciarse en sus arcanos. En efecto ¿de que servirá conocer hasta el ramillo vascular y nervioso mas sutil, que escapando de los límites de lo sensible, apenas pueda ser seguido con los ojos de la imaginacion; qué ventajas podrá reportar el médico de buscar cuidadosamente todos cuantos enmarañados enrejados forman sus ramificaciones cruzándose y tornándose á cruzar en lo interior ó en la superficie de diversos órganos, si mientras vanamente consume días y mas días en llevar su delicado escalpelo hasta la última fibra que la finura de su vista pueda apenas distinguir, abandona ó no se cuida del estudio de las cosas que aisladamente ó en conjunto obran de continuo modificando sin cesar la organizacion del cuerpo, cuyas partes mas sutiles se propone con tanto empeño penetrar?

Este conocimiento es muy bueno, aunque solo fuese para poder gloriarse el hombre de haber conducido á la perfeccion posible esta parte de la ciencia, á la verdad fundamental: mas concretado á su terreno el profesor, no hará grandes progresos ni en la fisiología, ni en la higiene, ni en el pronóstico, ni en la terapéutica, sin haber tendido su escudriñadora mirada por el vasto campo que anteriormente trazamos á su vista.

Apenas habrá en el día quien se oponga á esta verdad: las ciencias físicas y naturales se hallan enlazadas con vínculos tan estrechos, que sin conocimiento al menos de lo mas fundamental de todas ellas no puede marcharse sino á costa de un ímprobo trabajo en el difícil estudio de cada una en particular. Y tanto mas en medicina, cuanto que es la aplicacion de todas ellas al estudio del hombre.

Surgido este en una atmósfera que de continuo respira, que gravita incesantemente sobre la superficie de su cuerpo y que obra sobre todo él en cada instante segun las condiciones particulares, porque le baña y empapa, por decirlo así, por todas partes, es claro que el que se ocupe del estudio de la vida no podrá menos de investigar las alteraciones de que es susceptible un agente tan poderoso, porque en los seres que de ella disfrutan han de refluir estas necesariamente, y de analizar las causas que las producen, para saber predecirlas y preaver oportunamente sus funestos efectos. Sabido es el influjo que en su estado de reposo ordinario ejerce el curso de los astros: las variaciones de la luna y la respectiva colocacion en el paso de algunos planetas ocasionan fuertes revoluciones en las capas de la atmósfera, que se agita procelosamente sacudiendo con violencia á los cuerpos con quienes choca. Conocido es tambien el flujo y reflujo diario, semejante al de los mares, que en la atmósfera se observa, presentando el barómetro una muestra evidente de este fenómeno en los alternativos ascensos y descensos que de seis en seis horas nos ofrece; cuyas continuas variaciones ejercen tambien una poderosa accion sobre la economía animal, especialmente estando enferma. Los aspectos de Saturno y Júpiter, dice nuestro Bonafon, y de Saturno y Marte, son los precursores de las mas terribles calamidades, y entre otras, de las enfermedades contagiosas y epidémicas. Las calenturas malignas que han devastado tantas veces la Europa con tan gran furor, lo prueban suficientemente. La cruel peste del año 1127 se verificó despues de la conjuncion de Saturno y Júpiter. Bocacio y Guy de Chaulieu refieren que el aspecto de Júpiter y Saturno ocasionó la peste de 1348; Marcelo Ficino, uno de los mayores filósofos de su tiempo, señala como causa de la que desoló el mundo el año de 1478 el eclipse del sol y de la luna y la

conjuncion de Saturno y Marte; y asi de otras muchas epidemias acacidas por causas semejantes, y predichas por médicos sabios que sabian apreciar debidamente tan provechosas observaciones.

Nada diremos acerca de la grande influencia que en el organismo sano ó enfermo ejerce el estado de sequedad y humedad de la atmosfera, y el de frialdad y calor, porque son bien manifiestas á todos los profesores para que necesitemos detenernos en demostrarlo. El diferente peso especifica de las capas atmosféricas segun su mayor ó menor altura, el diverso estado de electricidad de la atmósfera, y los varios modificadores de que el aire se sobrecarga, ya por su proximidad á un pantano, á un estanque desecado, á un pudridero ó á otros focos de infeccion, ó bien por bañar un suelo bien soleado y alfombrado con multitud de plantas aromáticas, un bosque, un prado, una vega ó una costa marítima, son condiciones todas á cual mas dignas de estudio y meditacion, porque en ellas encuentra el hombre sellos inevitables que han de imprimir en su físico, y de consiguiente en su moral, alteraciones muy considerables.

Por no detenernos demasiado no haremos iguales consideraciones acerca de las aguas, medio generalmente distribuido en la naturaleza para la conservacion de los animales y que tan notables diferencias presenta en las diversas regiones del globo ejerciendo igualmente una accion tan diferente sobre la economía, en la que representa á veces el interesante papel de un agente benéfico y terapéutico, convirtiéndose en otros en un pernicioso destructor. Su peso, su temperatura, y los principios de que se sobrecarga son causas muy influyentes en la salud de los hombres, que experimentan de ella diversos efectos segun que es llovediza, de fuente, de estanque, de rio, de mar, ó de algun manantial mineralizado.

Los alimentos sabemos tambien cuán diferentemente modifican la economía segun su mayor ó menor facilidad para digerirse, la mayor ó menor porcion de sustancias inertes que los compongan, y el diverso modo como se les prepare. Las carnes, los pescados, los harinosos, los leguminosos, proporcionan diversa alimentacion, dando por consiguiente diferente robustez al hombre. Lo mismo relativamente debe entenderse de todos los demas agentes que obran sobre el organismo.

Ahora bien, consistiendo el clima en el conjunto de todas estas circunstancias reunidas en las diversas localidades de que el globo terráqueo se compone, echase de ver tambien la necesidad que tiene el médico del estudio de la geografia, no solo para la topografia de los lugares que habita, cuyo exacto conocimiento le instruirá en la clase de enfermedades endémicas y esporádicas que deben reinar en ellos de pre-

ferencia, sino tambien para conocer á que punto debe aconsejar á sus enfermos que vayan á residir cuando el estado de su salud exija la mudanza de domicilio.

Este profundo estudio fue el que grangeó al grande Hipócrates el renombre de *Padre de la ciencia*, á pesar de los escasos conocimientos anatómicos que poseia. Sus doctrinas fisiológicas distaban tambien mucho de la actual exactitud, si bien se observan en ellas los gérmenes de los descubrimientos posteriores: mas á pesar de todo colocó la medicina en un terreno muy firme, y sobre él marchó luego con seguridad porque sus fundamentos eran indestructibles.

El método que indica para aprender la ciencia, despues de sentado el anterior principio, es otro punto notable que merece nuestra atencion; y el haberle abandonado por el espacio de muchos siglos, ha sido indudablemente la causa de que la ciencia haya marchado derrumbada de precipicio en precipicio al traves de tantas generaciones que han sufrido los desgraciados efectos de los errores en ella introducidos.

Como se echa de ver en el tratado de que nos ocupamos, y ya nuestro juicioso autor ha sabido hacer notar con su gran criterio, no deben referirse á una sola causa todas las alteraciones que el hombre experimenta en su salud. Hipócrates vitupera en este tratado á los que en su tiempo lo referian todo á lo frio, lo cálido, lo húmedo, lo seco &c., y en esta impugnacion va envuelta implícitamente la reprobacion de todos los sistemas exclusivos. La ciencia no debe ligarse á ninguno de ellos, porque ni el cuerpo humano es un todo homogéneo, ni los modificadores que sobre él actúan se reducen tampoco á una sola especie. La máquina animal se compone de sólidos y líquidos diferentes en composicion, estructura, situacion y conexiones; y tanto los principios químicos como los orgánicos entran en su íntima constitucion. Estos, pues, han de obedecer respectivamente á sus determinadas leyes; los primeros á las químicas, los segundos á las vitales; y como todo cuerpo colocado en la naturaleza, no puede menos de regirse el humano por las leyes generales de la materia: la gravedad, la porosidad, la densidad, la capilaridad y todas las demas leyes que son del dominio de la fisica determinan tambien en el sus acostumbrados efectos, si bien con las modificaciones anejas á la constitucion del cuerpo sobre que obran. De modo que componiéndose el cuerpo de elementos orgánicos é inorgánicos, y representándose en ellas acciones físicas, químicas y vitales, se viene muy luego á la vista que ningun sistema exclusivo puede usurpar el dominio de los fenómenos de la vida. No los fundados en la fisica ni en la química, por-

que el cuerpo humano es un compuesto de tejidos y elementos orgánicos que se rigen por leyes especiales: no los que estriban únicamente en las propiedades vitales, porque los elementos químicos que forman la trahazon de la máquina animal obedecen á pesar de todo, á la atraccion molecular y á las leyes que de ellas se derivan; y tampoco los establecidos sobre las propiedades físicas, porque su influjo no es en ella tan absoluto y omnímodo.

Todos estos sistemas contienen algo bueno, y ningun no deja de tener principios verdaderos y respetables: mas cuando desquiciándolos de su verdadero lugar se los quiere dar un impulso superior á su verdadero alcance, precipitan á la ciencia en un abismo de errores. El campo de la medicina es sumamente vasto: el punto de vista en que la puso el divino oráculo de Coe presenta un horizonte de una estension tan grande, que apenas pueden fijarse con exactitud sus límites. Todo lo que rodea al hombre ejerce sobre él acciones diversas, y su complicada máquina se resiente de diverso modo, segun el modo de obrar de dichos cuerpos y la parte sobre que ejercen su principal influjo. Asi que el verdadero sistema del médico debe consistir en el estudio de todos los objetos de la naturaleza, porque todos á su vez reaccionan sobre el hombre; en el conocimiento de la máquina humana, porque ella ha de recibir las modificaciones que aquellos hayan de imprimirla; y en la atenta observacion de las relaciones que entre ellos existen recíprocamente, porque en ellos consiste el ejercicio de las funciones y el deterioro de la salud. Deben pues tenerse en cuenta las acciones físicas, químicas y vitales; y mientras por una sola traten de explicarse los multiplicados fenómenos de la vida, la ciencia no será mas que un tejido de hipótesis fundamentadas en una sola clase de hechos.

Las hipótesis son necesarias para la esplicacion de actos ocultos por la naturaleza á la penetracion del hombre. No se trata de es cluir las enteramente del dominio de la ciencia, porque es uno de los medios de inteligencia de las cosas: sino que estas hipótesis deben estar fundadas en hechos probados, y constituir una probabilidad que raye en el término de la certeza. El mismo Hipócrates hemos visto en el curso de este tratado que no desecha las hipótesis para la esplicacion de algunos fenómenos; pero es preciso que no se trate de fundamentar la ciencia entera sobre una suposicion que, aunque tal vez racional contenida en sus justos límites se hace absurda y se pierde en la falsedad más ridícula cuando llega á traspasarlos, sino que teniendo muy en cuenta los principios en que se apoya, segun dejamos manifestado anteriormente, se admitan para la

explicacion de los fenómenos no una, sino las hipótesis necesarias, tomadas de la misma observacion de los hechos.

Este es en resúmen el principal resultado que nos ha parecido dar el exámen atento del tratado que hemos concluido, el cual es por cierto grande, como que encierra en si propio el gran principio de la verdadera ciencia.

TRATADO DE LOS AIRES.

DE LOS AGUAS Y DE LOS LUGARES.



Este tratado no necesita de un largo prólogo; porque está destinado á la exposicion de observaciones y hechos que, aunque antiguos, se por ser tan sencillos inteligibles y familiares á los modernos.

Contiene sus puntos principales que llaman en el de Hipócrates.

1.º Indaga la influencia que ejerce sobre la conservacion de la salud y la produccion de las enfermedades la situacion de las ciudades con respecto al sol y á los vientos.

2.º Examina las propiedades de las aguas buenas y malas.

3.º Se esfuerza en explicar las enfermedades que predominan segun las estaciones, y segun las alteraciones que cada una de ellas experimenta.

4.º Finalmente, compara la Europa con el Asia; y refiere las diferencias que, físicas como morales que distinguen á sus habitantes, á las enfermedades del norte y del clima.

5.º Trata con sus cuatro importantes cuestionnes que Hipócrates trata en este libro. Hallase expuestas con mucha claridad y la verdad que cabe que de ellas espere se halla hospedada con rasgos sublimes, pero, debo repetir, reiterando siempre 7 la.





Hipócrates se contenta con anunciar el resultado de sus experimentos, y no explica como halló tales resultados, ni por consecuencia con el auxilio de que medios pudo haberlos conseguido. Cuando consideramos la situación, por ejemplo, de la corte, dice que las enfermedades que allí se encuentran, tienen en sus causas el estado de la atmósfera, y en general las acciones de las estaciones; que la mas peligrosa causa es el viento que sopla en las montañas; que las enfermedades que allí se encuentran son de naturaleza aguda; y las que se encuentran en las montañas son de naturaleza crónica; que las enfermedades que allí se encuentran son de naturaleza aguda; y las que se encuentran en las montañas son de naturaleza crónica.

**TRATADO DE LOS AIRES.**

**DE LAS AGUAS Y DE LOS LUGARES.**

**COMENTO.**

Este tratado no necesita de un largo comento, porque está destinado á la esposicion de observaciones y teorías que, aunque antiguas, no por eso son menos inteligibles y familiares á los modernos.

Cuatro son los puntos principales que llaman en el la atencion de Hipócrates:

- 1.º Indaga la influencia que ejerce sobre la conservacion de la salud y la produccion de las enfermedades la situacion de las ciudades con respecto al sol y á los vientos.
- 2.º Examina las propiedades de las aguas buenas y malas.
- 3.º Se esfuerza en señalar las enfermedades que predominan segun las estaciones, y segun las alternativas que cada una de ellas experimenta.
- 4.º Finalmente, compara lá Europa con el Asia, y refiere las diferencias tanto físicas como morales que distinguen á sus habitantes, á las diferencias del sol y del clima.

Tales son las cuatro importantes cuestiones que Hipócrates trata en este libro. Hállanse espuestas con mucha claridad, y la verdad que cada una de ellas encierra se halla bosquejada con rasgos sublimes, pero, debo decirlo, solamente bosquejada.

Hipócrates se contenta con anunciar el resultado de sus observaciones, y no explica cómo han sido obtenidos estos resultados, ni por consiguiente con el auxilio de que medios pudieran realizarse. Cuando considera una situación, por ejemplo la del Norte, dice que las enfermedades que ordinariamente reinan en una ciudad de este modo colocada son las pleuresias, y en general las afecciones llamadas agudas; que la mas pequeña causa es suficiente para ocasionar supuraciones en los pulmones; que las oftalmías en semejantes poblaciones son raras, y las que se presentan secas y violentas, que producen con frecuencia la pérdida de los ojos; finalmente que sus individuos hasta la edad de treinta años se hallan sujetos, durante el estío, á fuertes epistaxis. Tales son las aserciones de Hipócrates, y tal su modo de esponerlas en este libro. En el dia se procedería de otro modo, y se desearía que una estadística detallada y observada por muchos años estableciese sobre hechos particulares las verdades generales que contienen.

Sin embargo, es preciso advertir que las ideas consignadas en este tratado constituyen un conjunto digno de toda nuestra atencion, y que la doctrina que en él se halla es una de las mas pingües herencias que la ciencia moderna ha recibido de la antigua. Influencia de la situación y de los vientos en la produccion de las enfermedades, influencia de las aguas de que se hace uso y de las estaciones, influjo, en fin, de los climas en la conformacion física y disposicion moral de los hombres, hé aqui un conjunto de acciones cuya trabazon está llena de sabiduría. Este estudio, considerado relativamente, ha recibido mayor impulso y hecho mas progresos entre los antiguos que entre los modernos. Conocemos mejor el globo terrestre y nos es mas accesible; son mas diversas las situaciones en que se encuentran los hombres; en una palabra, los esperimentos en cuanto á la situación, al uso de las aguas, á las estaciones y á los climas, se hace sobre una escala mayor y de mas estension, pero sin que sepamos aprovecharnos de ello; y el tratado de Aires, Aguas y Lugares compuesto por Hipócrates para un horizonte muy limitado, debería estar hoy arreglado á mayores dimensiones, y dar por consiguiente resultados mas variados y comprensivos.

La doctrina de la influencia de los climas sobre el carácter, disposiciones y costumbres de los pueblos, establecida por Hipócrates con mucha claridad, ha sido bien recibida y aceptada sin restriccion por grandes talentos, y bastará que en comprobacion citemos á Montesquieu: pero no debe avanzar tanto que llegue á una completa abstraccion de las demas circunstancias. Indudablemente el clima ejerce una poderosa accion sobre los pueblos; é Hipócrates tuvo necesidad de emplear una observacion muy atenta y una filosofia muy profunda, para reconocer que el hombre, ser inconstante, y variable, y al parecer independiente por esto mismo, es sin embargo modificado por las influencias permanentes del sol, de la atmósfera y de la temperatura; porque á primera vista, y por decirlo así *à priori*, ¿qué relacion puede encontrarse entre las facultades intelectuales y las condiciones climatológicas? Una existe sin embargo, que á la ciencia antigua ha sido dado el comprender en su realidad: pero á la ciencia moderna corresponde el circunscribirla á sus justos límites, y la historia se ha en-

cargado de este cometido. Hipócrates dice que la naturaleza del clima hace que los europeos sean mas belicosos que los asiáticos. Pues bien, en el curso de los tiempos ha llegado á suceder que los persas, tan fácilmente vencidos por los griegos, han sido despues invencibles para los romanos; que los griegos han sido débiles en la época de su decadencia, y que los árabes han alcanzado, á su vez, la palma del valor guerrero. Estos ejemplos son suficientes para demostrar que la pericia militar no es dependiente de ningun clima.

El mismo Hipócrates da á su doctrina alguna restriccion, cuando dice que las instituciones políticas modifican notablemente la moral de los pueblos; y añade que las naciones asiáticas, sometidas al despotismo, son menos guerreras que las naciones europeas gobernadas por sus propias leyes. Aquí debo hacer la misma advertencia que hice mas arriba; que la pericia militar no depende mas de las instituciones políticas que de la influencia del clima, sino que estriba únicamente en la disciplina y en la ciencia de la guerra. Hipócrates creyó que la superioridad de los griegos, en cuanto á la guerra, consistia principalmente en el clima y las instituciones; pero se engañó; era efecto de una mejor disciplina y de mas ciencia. En la actualidad misma bastará dirigir una mirada á lo que sucede en nuestro derredor para convencerse de la verdad de esta observacion: los rusos, sin disciplina y sin ciencia militar, fueron vencidos y dispersados en Pultawa por un puñado de suecos, pero disciplinados é instruidos se tienen por las mejores tropas de Europa; los ingleses han formado con los indios excelentes soldados; y en pocos años el moderno Egipto ha reunido un buen ejército. Se ve, pues, que el clima y las instituciones influyen poco en el valor militar; la disciplina y la ciencia lo hacen todo.

Hablando de los escitas y de los egipcios, advierte Hipócrates que los individuos de estas dos grandes naciones tienen entre sí mucha semejanza, que atribuye á los efectos de un clima y un sol que presenta pocas variaciones. De este modo, segun él, por una parte, se diferencian los pueblos entre sí por hallarse colocados en parages del globo distintos por su aspecto, configuracion y temperatura, y por otra, los individuos de un mismo pueblo que se halla en una comarca por todas partes igual, solo presentan diferencias poco considerables: estas dos proposiciones pertenecen á la misma doctrina antropológica, á saber; que los hombres son profundamente modificados por el país que habitan. Hipócrates guarda aquí silencio sobre las razas, de que los modernos, en estos últimos tiempos, se han ocupado esclusivamente, y todo lo refiere á las desigualdades y diferencias de las moradas. El punto de vista hipocrático merece una atencion particular; y Mr. Geoffroy-Saint-Hilaire en el artículo *Domesticacion* (*Encyclopédie nouvelle*, publicada bajo la direccion de MM. Leroux y Reynaud, Paris 1838) ha probado que los animales domésticos que entre nosotros presentan entre sí tantas diferencias, las deben á las diferentes condiciones á que la voluntad del hombre los somete, y que estas diferencias desaparecen con volver al estado salvaje, como se observa en los perros y caballos salvajes de América, que provienen de animales originariamente domésticos. Y añade: "Tanto en las razas humanas como en

«los animales domésticos, los modificadores son siempre las circunstancias locales, especialmente la habitacion, el género de vida y el régimen dietético; los efectos son las variaciones, primeramente en la estatura y en el color, y después en la proporcion y forma de los órganos.» La doctrina de Hipócrates sobre las diferencias de los hombres tiene muchos puntos de contacto con la de Mr. Geoffroy-Saint-Hillaire sobre las diferencias de los animales domésticos; y si por una parte, segun el naturalista francés, el número y grado de variedades en los animales expresan el número y grado de las diversas influencias á que se han hallado sometidos, por otra, segun el médico griego, las diferencias de los pueblos representarán las del sol y del clima; y la semejanza entre los individuos de una misma nacion probará que se hallan sometidos, en una grande escala, á las mismas influencias, ya por razon de un estado semimorboso, como los escitas, ya por las castas, como los egipcios.

Hipócrates describe una enfermedad singular que reinaba entre los escitas. Los hombres atacados de ella se hacian impotentes y se dedicaban á los trabajos de las mugeres, comportándose absolutamente como ellas, y aun imitándolas en la voz y en el lenguaje. Herodoto, poco mas antiguo que Hipócrates, dice tambien que los escitas se hallaban sujetos á una enfermedad particular que designa con el nombre de *enfermedad femenina*: «Venus castigó á los escitas que saquearon el templo de Ascanon y á sus descendientes, con la *enfermedad femenina*; por lo mismo á esta causa es á la que la atribuyen; y los viajeros que van á la Escitia pueden ver el modo cómo padecen estos enfermos que los escitas llaman *ευνεγίτες*.» Muchas veces se ha cuestionado qué podria ser esta *enfermedad femenina*, y las soluciones han sido muy diversas. El doctor C. G. Stark ha tratado de probar, en una disertacion, que esta *enfermedad femenina* era la que decia Hipócrates que alligia á los escitas. Yo soy tambien de esta misma opinion. Las espresiones de Herodoto dan á entender que esta dolencia se reconocia con solo el aspecto de los enfermos, y esto coincide enteramente con la descripcion de Hipócrates. Casi en las mismas comarcas han encontrado viajeros modernos fenómenos semejantes. Dice Reinegg (Allgem. topograph. Beschreibung des Kaukasus etc. herausgegeben von Fr. E. Schröder, Th. I, 1796, p. 269), hablando de los tártaros Nogais: «Cuando los hombres se ven atacados de una debilidad incurable, ya sea efecto de enfermedad ó de los años, se arruga la piel de todo su cuerpo, pierden la poca barba que tienen, se hacen impotentes, y todos sus sentimientos y acciones dejan de ser los propios de un hombre. En este estado, huyen de la sociedad masculina, viven entre las mugeres y toman sus vestidos.» Jules de Klaproth manifiesta tambien la existencia entre los Nogais de una enfermedad semejante, que compara con la afeccion indicada por Herodoto y descrita por Hipócrates (Reise in den Caucasus und nach Georgien, Berlin 1812, Th. I, p. 283.) Hipócrates aconseja no dar ningun purgante ni hacer medicacion alguna grave y de trascendencia, en el momento en que las estaciones experimentan cambios considerables, por ejemplo en los solsticios y equinoccios. Estas observaciones debieron ser inspiradas por climas en que las

mudanzas de estacion fuesen mas manifiestas que en nuestros paises. En Francia, donde es tan inconstante la atmósfera, no hacen los médicos prácticos mucho caso de este precepto. Sin embargo, hay circunstancias en que puede ser muy útil tenerlo presente: tal es el caso en que sobreviene, en nuestras comarcas, una enfermedad epidémica peligrosa. El cólera nos ha proporcionado un ejemplo de esto; y yo creo que, en un estado tan extraordinario y tan poco conocido como en el que se engendran las grandes epidemias, todo médico amante de cubrir su responsabilidad hará bien en abstenerse de cualquier medicacion un poco activa, á menos que no sea urgente la necesidad.

En este tratado se encuentran algunas observaciones de física.

Las aguas se diferencian, no solo por el sabor, sino tambien por el peso.

Esplicacion del modo de formarse la lluvia: Evaporada el agua, se separa la parte mas turbia y forma las nubes y nieblas. La mas ligera asciende á las regiones superiores del aire; y si vientos contrarios la reunen repentinamente en cualquier parte, entonces este conjunto rompe por el lado en que se halla mas condensado.

La fuerza del calor es la que produce las aguas termales, las minas de hierro, de cobre, de plata, de oro, de azufre, de alumbre, de betun ó de nitro.

La sal no es mas que el residuo de un agua salada que se ha evaporado.

El sol quita á todos los cuerpos su humedad.

Si se espona uno al sol, estando vestido, las partes cubiertas se humedecen con el sudor, y aquellas á quienes hieren los rayos solares no se mojan, porque el sol absorve el sudor poco á poco.

La congelacion priva al agua de su parte mas ligera. Para convenceros de esto, dice Hipócrates, haced el esperimento siguiente: poned en un vaso, durante el invierno, una cantidad dada de agua, hacedla helar; liquidarla despues, y midiéndola encontrareis que se halla muy disminuida.

Refiero todo esto como indicios de la física antigua, mas no como experiencias y resultados incontestables.

La idea de que ciertas enfermedades provienen del castigo divino era muy comun en el tiempo en que escribia Hipócrates. Segun él, ninguna es mas divina que otra; todas son igualmente divinas; es decir, *que todas son el efecto de causas naturales*. A este punto de vista es al que han llegado la ciencia moderna y la filosofía. Los antiguos admitian que Dios intervenia á cada instante en el mundo e interrumpia sus leyes por medio de actos escepcionales, á que se daba el nombre de milagros. El grande y eterno milagro es la existencia de las cosas, su sucesion, el encadenamiento de sus fenómenos; y esto es lo que Hipócrates espresa en el orden de los fenómenos patológicos, al decir que todos proceden igualmente de una causa divina.

El método que usa el autor de este tratado es el mismo que emplea el autor del de la *Medicina antigua*. En este último libro aconseja Hipócrates estudiar las relaciones del hombre con todo lo que le rodea, y asegura

que este es el único camino para llegar á comprender el cuerpo humano; en el libro de *Aires, Aguas y Lugares*, recorre las influencias de la situación, de las estaciones, de las aguas y los climas, é indica los efectos que estas influencias producen. Se ve, pues, que sigue en ambos el mismo método; método que debia conducir, como ya lo habia anunciado, á conocimientos profundos y positivos sobre el ser humano. Efectivamente ¿qué cosa mas positiva y al mismo tiempo mas profunda que sus concepciones sobre la accion de las causas generales, y sobre las relaciones incontestables que unen al hombre con las influencias cósmicas?





Hippocrates de aere, aqua et regionibus, in Collect. operum Rhasis, Venet. 1497 fol.

De aere, aqua et regionibus, Gr. lat. Jano Cornario interprete, Bas. 1529, in 4.º; Paris, 1512, in 4.º

Hippocratis Coi de aere, aquis, et locis liber, Rostock, 1591, in 8.º

Ha sido además publicado este tratado, por Adrien Lalemant, que publicó en 1557, en París, el testo griego acompañado de la version latina solamente (Bas. 1570, y en sus obras, t. 8, p. 1), en que añadió un largo comentario; por Antonio Pasieno (Brixia 1574) que dió una traduccion latina muy libre, y ordenó el tratado de otro modo muy diferente que lo hizo Foesio, sin razon, porque el órden de Foesio, si se exceptúan algunos desórdenes poco considerables, está conforme con el de la antigua traduccion latina del manuscrito 7027: por Teodoro Zvinger, que en 1579 publicó veinte y dos tratados de Hipócrates con el testo griego, en cuyo número se cuenta el de *Aires, Aguas y Lugares* que lleva al márgen variantes de importancia; la traduccion latina está cuidadosamente revisada, y es una edicion que suministra muy oportunos auxilios: por Baccius Baldus (traduccion latina y comentario, Florencia 1586); el autor ha añadido algunas variantes que en su mayor parte son las mismas del manuscrito de Gadaldino: por Lázaro Soto, Madrid, 1589, in f.º; por Lud. Sep-talius que dió una edicion grieco-latina y un estenso comentario (Colon. 1590), cuyo trabajo ha gozado de mucha reputacion: por Camillus Flavius, que le parafraseó, Ven., 1596, in 4.º; por Juan Martin, que publicó el testo griego y una traduccion latina con un comentario muy corto; por Juan Damascene que publicó la primera traduccion francesa de este tratado, París 1662, in 4.º, la cual fue hecha sobre la version latina de Cornario; por Fr. Clifton, que publicó una traduccion inglesa, Lóndres 1784, con notas, y unió la descripcion de la parte de Atenas por Tucídides por el doctor Magnan, que dió de ella una traduccion francesa en 1787; por J. N. Chailly que publicó de ella una traduccion en el mismo idioma en 1817, por D. L. V. (Delavaud), que dió la traduccion latina de Foesio con una traduccion francesa y varias notas, de las cuales algunas son instructivas, París, 1804, en 8.º

Baldus Baldus in Hippocr. text. 23, de aere, aquis, et locis, Roma 1637, in 4.º Toda esta disertacion versa sobre un pasage del *tratado de Aires, Aguas y Lugares*.

Pongo en último lugar el mas importante trabajo que ha visto la luz pública acerca de este tratado; este es el de Coray: *Tratado de Hipócrates de los Aires, Aguas y Lugares*, traduccion nueva, 2 vol. París, 1800.

El primer volumen contiene un preámbulo muy largo, en que Coray analiza el tratado de Hipócrates y da una noticia detallada de todos los manantiales (manuscritos, ediciones y comentarios) donde ha bebido; despues el testo griego corregido y mejorado, la traduccion y finalmente, todas las variantes que ha podido recoger. El segundo volumen está consagrado enteramente á notas en que se discute el testo, ya médica, ya filológicamente, las cuales estan llenas de muy útiles nociones.

El doctor Hæglmüller ha publicado (Viena, 1804, en 8.º) una traduc-



cion alemana de la traduccion y notas de Coray, y el profesor D. Francisco Bonafon una traduccion española del prefacio y testo de Coray, con un discurso preliminar, Madrid, 1808, in 8.º

En 1816 hizo Coray reimprimir en casa de Eberhard, en París (1 vol, in 8.º) el testo puro y la traduccion francesa, sin las notas que trataba de arreglar. El prefacio está en idioma griego moderno.

Por su triple cualidad de griego, médico y helenista, es Coray quien mejor ha podido dar una edicion del *Tratado de Aires, Aguas y Lugares*; por mi parte he creído no poder encontrar un manantial de erudicion tan abundante y seguro.

Hipócratis Cei de aere aquis et locis liber renuo recesitus et varietate lectionis Foesianae et Coraiana instructus á Christiano Petersen, Phil. Dre. Hamburg. 1833, in 8.º

Sabido es que el tratado de Aires, Aguas y Lugares se presenta en los manuscritos bajo la forma de dos tratados diferentes, cuya forma es debida á un error de los copiantes. Los editores han hallado dificultades en reunir estas dos fracciones en el órden conveniente: pero yo, con el auxilio del manuscrito latino 7027, he conseguido una segura restauracion. Antes que yo, habian llegado al mismo resultado Mr. Petersen y Septalio.

El autor sin duda no tenia noticia de otras ediciones españolas, puesto que no las cita, haciéndolo solamente con la de Lázaro Soto, cuyo título es: *Animadversiones medicæ. et commentarii in Hippocratis librum de Aere, aqua, et locis.* (1589 en fol.)

En 1625 publicó otra edicion en 4.º nuestro Antonio Zamora, titulada: *Aurea expositio ad textum Hippocratis de aere, aqua, et locis.* Hay además otra traduccion de Serrano Manzano.—*Los traductores.*



que no se hubiera hecho cargo de antemano de estos datos esenciales. Preparado de este modo, predecirá, á medida que adelanten la estacion y el año, tanto las enfermedades generales que afligirán á la ciudad en el estío ó el invierno, como aquellas á que cada uno en particular se halla espuesto por el cambio de género de vida. En efecto, conociendo las revoluciones de las estaciones, el salir y ponerse de los astros, y todas las circunstancias de cada uno de estos fenómenos, podrá prever la futura constitucion del año. Con estas investigaciones y tal prevision de los tiempos, tendrá el médico el mayor conocimiento sobre cada caso en particular; será quien mejor sepa conservar la salud, y ejercerá con el mayor éxito el arte de la medicina. Si se objetára que todo esto es del dominio de la meteorología, lejos de ser de poca utilidad al médico, le es de suma importancia, porque el estado de los órganos digestivos cambia con las estaciones.

3. Quiero explicar detalladamente cómo es preciso observar y entender cada uno de los puntos de que se ha hablado. Supongamos una ciudad espuesta á los vientos cálidos, que son los que soplan en invierno entre el levante y poniente; reinando en ella estos vientos, se encuentra al abrigo de los del norte. En esta localidad las aguas serán abundantes, poco profundas, y por lo tanto calientes en el estío y frias en el invierno (a). Los habitantes tienen la cabeza húmeda y pituitosa; experimentan frecuentes desarreglos de vientre á causa de la pituita que baja de la cabeza; en general la constitucion carece de tono y no les permite comer y beber bien, porque aquellos cuya cabeza es débil, no podrán soportar el uso del vino siéndoles la embriaguez mas incómoda que á los demas (I). En cuanto á la

(a) En primer lugar debe advertirse aqui que Coray, siguiendo el manuscrito 2146, ha admitido una adiccion en el testo, que desde luego, me pareció, dice el autor, un sumario tal como se halla en una porcion de manuscritos; colocado primero al márgen, é interealado despues en el testo, en cuya opinion me confirmó el manuscrito latino 7027: que no presenta estas palabras, por cuyo motivo he desechado tal adiccion del testo. Paso ahora á una correccion mas importante.

Los impresos tienen á continuacion un largo trozo, que es el siguiente traducido al latin: *Et quæ quidem urbes bene sitæ sunt ad solem et ad ventos*

(I) Bonafon no traduce *embriaguez*, sino *cualquiera de los males de cabeza que (el vino) suele producir*.

fermedades endémicas, desde luego se observa que las mngeres son enfermizas y espuestas á flujos: ademas, muchas son estériles, no por naturaleza sino por mala salud, y los abortos son frecuentes.

Los niños padecen convulsiones y dificultad en la respiracion, accidentes que hacen temer originen el mal de los niños, es decir la epilepsia. Los hombres están sujetos á las disenterias, djarreas, fiebres epialas,

*et aquis bonis utuntur, hæ minùs à talibus mutationibus afficiuntur. Quæ verò aquis palustribus ac lacustribus utuntur, et non bene sita sunt ad ventos et ad solem, hæ magis. Et siquidem æstas sicca fuerit, citius sedantur morbi: si vero pluviosa, diuturni sunt: et phagedænas adedentes ex omni occasione oboriri verisimile est si ulcus fiat.....* Este trozo está evidentemente dislocado: ni tiene conexion con lo que precede ni con lo que sigue. Muchos autores lo han sospechado: así que Gadaldinus, Pasiemus y Coray presentan algunas mudanzas, pero ninguno de ellos ha acertado, como voy á demostrar. El manuscrito 2255 divide en dos partes este tratado; la primera se titula *De los Aires, Aguas y Lugares*, y la segunda *De los pronósticos de las estaciones*. En esta segunda es en donde presenta colocado este manuscrito, en lugar conveniente, el pasage á que nos referimos; de lo cual deduje que este era su verdadero sitio. Pero esta conclusion, que reunia en favor suyo todas las probabilidades, adquirió para mí el grado de certeza, cuando hallé en el manuscrito latino 2027 colocado el citado trozo en el mismo parage que el exámen del anterior me habia manifestado. Hé aqui el contesto de este trozo en el manuscrito latino. Despues de *hos morbos irruere*, continúa (p. 48 lin. 10): *Et quæcumque civitatum bene jacent ad solem et flatus, aquis autem utuntur optimis, equidem minime sentiunt hujusmodi immutationes; quæcumque autm aquis utuntur paludestribus et stagnosis, positæ sunt non bene ad flatus et ad solem; hæ autem magis. Et si æstas sicca fuerit, facile desinunt morbi; sin vero pluvialis, diuturni efficiuntur morbi, et fagedænas metus innasci ex omni occasione, si vulnus innatum fuerit. Et lienteria et hydropes &c.* No es preciso decir que en este manuscrito falta este trozo en el lugar en que los impresos le colocan. Estas traducciones latinas antiguas merecen consultarse mas de lo que se cree: una me ha suministrado el *Tratado de las Semanas* y arrojado un rayo de luz inesperado sobre la coleccion hipocrática, tal como los copiantes posteriores nos la habian dejado, y este nos manifiesta el verdadero lugar de un trozo, cuyo sitio no habian podido hallar hombres muy hábiles, con el auxilio de simples conjeturas.

á las largas fiebres de invierno, á las erupciones nocturnas y á las hemorroides. En cuanto á las pleuresias, peripneumonias, fiebres ardientes y todas las enfermedades llamadas agudas, no son aquí muy frecuentes, porque semejantes afecciones no pueden prevalecer en aquellos que tienen el vientre flojo. Se manifiestan oftalmias húmedas, que no son duraderas ni tampoco peligrosas, á menos que por la mudanza de estación no se hagan epidémicas. De los cincuenta años en adelante los hombres están expuestos á fluxiones que provienen del cerebro, y que producen parálisis cuando han sido heridos repentinamente en la cabeza por el sol, ó atacados por el frío. Tales son las enfermedades comunes á los habitantes de estas localidades, sin hablar de las enfermedades que pueden ocasionar las vicisitudes de las estaciones, de las que participan igualmente.

4. Las ciudades que tienen una situación contraria, es decir, que estando al abrigo del viento del mediodía, como también de todos los vientos calientes, reciben habitualmente los vientos fríos que soplan entre el poniente y levante del estío, presentan las particularidades siguientes: Las aguas son generalmente gruesas y frías; (a) los hombres deben ser

(a) Este pasaje ha dado mucho que hacer á los traductores por una palabra que se halla en el texto griego, habiendo sido traducido por ellos generalmente de este modo: *Primum quidam aquæ et duræ et frigidae ut plurimum dulcescunt*. Hipócrates en efecto no ha podido decir que las aguas asperas y frías se suavizan. De qué modo? Próspero Marciano, dice Coray, tom. II, p. 44, creyó salvarlo diciendo que esto se verificaba corrigiéndose en el estómago por el calor de los órganos digestivos que es comunmente mas considerable en los países fríos. El proponer semejante esplicacion á los lectores, es en verdad formar muy pobre opinion de ellos. Dacier ha traducido este pasaje como si Hipócrates hubiese querido significar que las aguas se volvian *sosas*, cuya cualidad atribuia al frío excesivo, que congelándolas las quitaba su sabor. Mas no han parado la atención en que, al hablar Hipócrates de las aguas en este tratado, ha usado de la voz *suaves* en oposicion á la de *crudas ó salobres*. Coray, en razon á estas observaciones, ha agregado una negacion que presume haya sido admitida por los copiantes, y traduce este pasaje diciendo á propósito de las aguas, *que no son ciertamente fáciles de corregir*. Esta correccion no deja de ser hipotética: la mia lo es también, aunque tal vez un poco menos.

Nuestro Bonafon traduce este párrafo del modo siguiente: *Las aguas son duras y frías, y no pueden corregirse ó purificarse de ningun modo.*

vigorosos y secos; en la mayor parte las cavidades inferiores son estreñidas y difíciles de mover, las superiores son mas fáciles; los temperamentos son mas biliosos que flemáticos; el cerebro sano y seco; las roturas interiores son en ellos frecuentes. (II) Las enfermedades que les son comunes son las pleuresias y todas las afecciones llamadas agudas. En efecto, cuando el vientre está seco, inevitablemente toda causa ocasional producirá en muchos supuraciones del pulmon; lo cual procede de la rigidez del cuerpo y dureza del vientre, porque la sequedad de la constitucion y el frio de las aguas disponen los vasos á romperse. Los hombres que tienen esta constitucion deben comer mucho y beber poco; porque no se puede ser á la vez gran comedor y bebedor. Les sobrevienen por intervalos oftalmias, que son secas y violentas y producen rápidamente la pérdida del ojo: hasta llegar á los treinta años se hallan espuestos durante el estío á fuertes epistaxis, y las enfermedades llamadas sagradas (la epilepsia) son en ellos raras, pero intensas. Es natural que aqui se viva mas tiempo que en otra parte. Las úlceras no se hacen sórdidas ni toman tampoco un carácter maligno y rebelde. Su moral es mas aspera que afable. En los hombres se observan las enfermedades enumeradas mas arriba, sin hablar de las que experimentan como todos, por la mudanza de las estaciones: la dureza, crudeza y frialdad del agua hacen generalmente estériles á las mugeres (III); la evacuacion menstrual no tiene en ellas ni la regularidad ni las cualidades convenientes, es poco abundante y de mala naturaleza. Los partos son laboriosos, pero los abortos raros. Las mugeres no pueden lactar los hijos que paren, porque la dureza y crudeza de las aguas disminuye la secrecion de la leche. Con frecuencia padecen tisis ocasionadas por el parto, cuyos esfuerzos producen desgarraduras y roturas. Los niños, mientras son pequeños, padecen frecuentemente hidropesias del escroto, las cuales desaparecen á proporcion que avanzan en edad. La pubertad es tardía en estas localidades. Esto es lo que tenia que advertir acerca de la acción de los vientos cálidos y frios, y de la condicion de las poblaciones que están espuestas á ellos.

5. Paso ahora á tratar de las ciudades espuestas á los vientos que so-

(II) Bonafon y otros autores dicen: *están por lo general mas espuestos á roturas de los vasos.*

(III) Esta frase no es literalmente la del autor; pero la hemos adoptado conformándonos con el texto de nuestro Bonafon y la de otros autores por ser mas clara.

plan entre el levante del estío y del invierno, y de las que tienen una situación contraria. Las que se hallan situadas al oriente son naturalmente más sanas que las que se hallan espuestas al norte ó mediodía, aun cuando la distancia no escada de un sétadio (1000 pasos). En primer lugar, el calor y el frio son en ellas más moderados; además las aguas, cuyos manantiales miran al oriente, son necesariamente claras, de buen olor, (IV) blandas y agradables; porque el sol, al salir, las purifica, disipando con sus rayos la niebla que ordinariamente ocupa la atmósfera por las mañanas. (a) Los habitantes tienen mejor color y más lozana complexión, á menos que á esto se oponga alguna enfermedad. Su voz es clara; son de un carácter más vivo, y de un talento más penetrante que los habitantes de las regiones septentrionales; todas las demás producciones son también mejores. Una ciudad situada de este modo goza, á causa de la templanza del calor y del frio, de un temperamento semejante al de la primavera. Las enfermedades son en ellas menos frecuentes y violentas, pero tienen analogía con las que reinan en las ciudades espuestas á los vientos cálidos. Las mugeres son estremadamente fecundas y paren con facilidad. Tales son estas localidades.

6. En cuanto á las ciudades que miran al occidente, que se hallan al abrigo de los vientos de oriente, y sobre las cuales los vientos cálidos de mediodía y los frios del norte no hacen más que pasar ligeramente, son por necesidad las más insalubres en razón á su posición. En primer lugar, las aguas no son en ellas cristalinas, pues la niebla ocupa generalmente la atmósfera desde la madrugada, y mezclándose con el agua enturbia su transparencia; porque los rayos del sol no iluminan estas localidades hasta que está ya muy elevado sobre el horizonte. En segundo lugar, corren, durante las madrugadas del estío, brisas frias, cae mucho rocío, y en lo restante del día, avanzando el sol hácia occidente, quema extraordinariamente á los hombres: así es que son descoloridos, enfermizos, participan de todas las enfermedades de que se ha hablado, y ninguna les afecta exclusiva-

(IV.) Bonafon dice *sin olor*: y nos parece más propio.

(a) El texto ha sufrido aquí alguna variación: se halla algo oscuro. Sin embargo, describiendo Hipócrates un poco más abajo la exposición contraria, dice: *porque la niebla embaraza generalmente la atmósfera por la mañana*. Esto basta para precisar el sentido de la frase en cuestión.

mente. (a) Tienen la voz grave y ronca á causa del aire, que en estas localidades es generalmente impuro y mal sano, porque no le purifican los vientos del norte que en ellas apenas se hacen sentir; y los que en ellas reinan son muy húmedos por ser tal la naturaleza de los vientos occidentales. Una ciudad situada de esta manera se asemeja principalmente al otoño con respecto á las alternativas de calor y frio que experimentan en un mismo dia; porque la diferencia de temperatura entre la mañana y la tarde es en ellas muy considerable. Tales son las observaciones hechas sobre los vientos sanos é insalubres.

7. Voy á esponer ahora lo que hay que decir acerca de las aguas y á manifestar cuáles son mal sanas y cuáles muy saludables, que molestias ó qué buenos efectos resultan de su uso, y por qué egercen una grande influencia sobre la salud de los hombres. Las aguas detenidas, ya sea en lagunas ya en estanques, son necesariamente, durante el estío, calientes, gordas y de mal olor; no teniendo corriente y hallándose aumentadas continuamente por nuevas lluvias y calentadas por el sol, se hacen turbias, mal sanas, y propias para aumentar la bilis. Durante el invierno por el contrario, las heladas las penetran, la nieve y el hielo las alteran, y las hace mas aptas para la produccion de la pituita y las ronqueras. Los que de ellas hacen uso tienen siempre el bazo voluminoso y duro, el vientre estruendo, flaco y caliente, y las espaldas y clavículas (V) descarnadas. En

(a) Este pasage ha parecido oscuro ó alterado. Mercurial le ha traducido asi: *et ex omnibus morbis participari, nulla enim re ab ipsis separantur* cuya construccion no parece exacta, no hallándose tampoco el sentido en relacion con las palabras. Zvinger tradujo: *et ex omnibus prædictis morbis eosdum participare nihil prohibet*. Tampoco está conforme con el texto este sentido. Foesio (y Vander Linden) admiten la version de Mercurial, y Dacier se contenta con decir; *se hallan sujetos á todas las enfermedades de que he hablado*, suprimiendo las palabras que no entendia. Coray, haciendo una pequeña adiccion al texto adopta un sentido que me parece el verdadero, cual es el que yo he seguido. El manuscrito 7027 traduce, *et nihil eorum privatim*; habiendo entendido en él el traductor este pasage como Coray.

\* Nuestro Bonafon le tradujo tambien del mismo modo: *Deben participar de todas las enfermedades de que hablamos, y de las cuales no hay una que las afecte esclusivamente*. (Pág. 179.)

(V) Bonafon en vez de *clavículas* pone *la cara*; en Vander Linden se expresa lo uno y lo otro.



efecto, el bazo crece á espensas de las carnes, y esta es la causa del enflaquecimiento de estos hombres. Con semejante constitucion se hallan ambrientos y alterados: tienen el vientre superior é inferior muy seco, desuerte que para purgarlos son necesarios medicamentos enérgicos. Este estado enfermizo les es habitual tanto en el verano como en el invierno. Ademas las hidropesías son en ellos tan frecuentes como peligrosas; porque durante el estío padecen los habitantes disenterias, diarreas, fiebres y cuartanas de larga duracion, enfermedades que prolongadas se terminan, en semejantes constituciones, por hidropesías, y causan la muerte. Tales son las afecciones que reinan durante el verano: en el invierno padecen los jóvenes periphneumonias y enfermedades acompañadas de delirio, y en una edad mas avanzada fiebres ardientes, á causa de la dureza de vientre. Las mugeres están sujetas á los edemas y á la leucoslegmasia; conciben y paren con dificultad, y los niños que dan á luz son al principio gruesos y abotagados; mas luego se estenuan y se ponen encanijados: el flujo que sigue á los partos no se verifica del modo conveniente. Los niños principalmente padecen hernias, y los hombres varices y úlceras en las piernas. De modo que la longevidad no es compatible con semejantes constituciones, y llega la vegez antes de tiempo. Ademas, las mugeres parecen estar embarazadas, y á la epoca del parto desaparece el volúmen del vientre: esta preñez aparente es efecto de una hidropesía de la matriz. Considero pues estas aguas como muy malas para toda clase de uso: las peores, despues de estas, son las que provienen de peñascos, lo eual las da necesariamente dureza, ó las que proceden de un terreno en que haya aguas calientes ó minas de hierro, cobré, plata, oro, azufre, alumbre, betun ó nitro. Todo esto es resultado del calor; por consiguiente las aguas de semejantes terrenos no pueden ser buenas: son duras y ardientes, salen difícilmente con la orina, y estriñen el vientre. Las mejores son aquellas que vienen de sitios elevados y de colinas; son dulces, claras, y pueden mezclarse con una pequeña cantidad de vino. Se hacen calientes por el invierno, y frias en el estío, lo que prueba que provienen de manantiales muy profundos. Pero se deben preferir las corrientes de aguas que proceden del lado de levante, y particularmente de levante de estío; porque son necesariamente mas cristalinas, ligeras y de buen olor. Ningun agua salobre, cruda y dura es buena para beber; sin embargo, hay constituciones y enfermedades en que es útil su uso, de las cuales hablaré mas adelante. La situacion influye tambien en las cualidades del agua de manantial: aquellas cuyo origen mira á levante son las mejores; siguen despues las que se aproximan al oriente; colócanse en tercer lugar aquellas cuyo curso está entre el poniente del verano y el del

invierno, y finalmente, las peores son aquellas que se hallan mirando al mediodia, y las que están entre el oriente y poniente de invierno: los vientos del mediodia aumentan sus malas cualidades; los del norte las disminuyen. En cuanto al uso que debe hacerse de estas aguas, hé aqui las reglas que deben seguirse: el hombre sano y robusto no tiene necesidad de elegir; puede beber siempre de las que tenga mas á la mano: pero el que, en razon de un estado enfermizo, siente necesidad de buscar el agua mas conveniente, deberá guardar para recobrar la salud, las precauciones siguientes. A aquellos que son duros de vientre ó estreñidos y se les enardece con facilidad, les conviene beber las aguas mas suaves, mas ligeras y cristalinas; mas á los que tienen los órganos digestivos, blandos, húmedos y pituitosos, les son mas provechosas las aguas duras, crudas y ligeramente saladas, que son efectivamente las mas apropiadas para consumir los excesos de humedad. Las aguas que mejor sirven para la coccion, y las mas disolventes, son tambien las que mejor laxan y humedecen el vientre; las que son crudas, duras y no sirven para la coccion, constriñen mucho y desecan los órganos digestivos. Por falta de esperiencia sin duda, no se tienen conocimientos exactos de las virtudes de las aguas saladas; se las cree laxantes, siendo asi que las mas veces son de una naturaleza diametralmente opuesta; por que, siendo crudas é impropias para la coccion, ejercen sobre el vientre una accion mas bien astringente que laxante. Tales son las observaciones que hay que hacer acerca de las aguas de manantial.

8. Paso ahora á considerar las aguas llovedizas y de nieve. Las primeras son las mas ligeras, las mas dulces, las mas ténues y las mas cristalinas: porque lo primero que el sol atrae y eleva de las aguas, es lo que tienen de mas sutil y ligero. Esto se prueba por la formacion de la sal: la parte salina, á causa de su densidad y peso, no se eleva y forma la sal; y la mas sutil, en razon á su ligereza, es evaporada por el sol; alteracion que se ejerce no solo en las aguas de las lagunas sino sobre el mar y sobre todo lo que contiene líquidos. Lo mismo se verifica en todos los cuerpos que tienen humedad, y en el humano atrae el sol la parte mas ténue y ligera de los humores. Hé aqui la mejor prueba de esto: espóngase al sol un hombre vestido; las partes del cuerpo que hieran sus rayos no sudarán porque el sol atraerá el sudor á medida que vaya apareciendo; pero las que estén cubiertas por los vestidos ó de otra cualquiera manera se humedecerán; pues el sudor producido y llevado á la parte esterna no se disipará porque lo impedirán los vestidos. Pero si este mismo hombre se espone á la sombra, todo el cuerpo se humedecerá por igual; puesto que ya sobre él no ejerce su accion el sol. De todas las

aguas la que se corrompe tambien con mas prontitud es la de lluvia , y adquiere mal olor , porque de todas es la que contiene mas sustancias en disolucion , y esta mezcla acelera la corrupcion. Mas por otra parte , el agua elevada y conducida á las regiones superiores , divaga por la atmósfera , con la cual se mezcla , se desprende de sus partes opacas y turbias que forman las nieblas y el rocío , y conserva las mas ténues y ligeras que se purifican con la accion calorosa del sol , pues por medio de la coccion todo se purifica siempre. Mientras esta parte ligera permanece dispersa y sin condensarse , discurre por lo alto de la atmósfera , pero cuando el encuentro repentino de vientos opuestos la reúne y condensa , entonces se precipita por el punto en que la condensacion ha sido mas considerable. Indubablemente la lluvia se forma de preferencia cuando las nubes que el viento no deja reposar llegan por el movimiento que las conduce á chocar repentinamente con un viento contrario y con otras nubes ; la condensacion se verifica primero en el punto de encuentro ; las nubes que llegan despues se acumulan , se espesan , se hacen opacas y se condensan ; su peso determina la precipitacion , y la lluvia cae. Por esta razon es el agua de lluvia la mejor ; pero es preciso cocerla para prevenir la corrupcion ; sin esta precaucion adquiere mal olor , y deja roncós á los que de ella hacen uso. Las aguas que provienen de la nieve y del yelo todas son malas. Una vez congeladas no recobran su primera cualidad ; lo que tenian de cristalino , de ligero y suave se pierde y desaparece , y no queda sino lo mas turbio y pesado. Os convenceis por el siguiente experimento : Poned en un vaso , durante el invierno , una cantidad dada de agua , y esponedla al aire en un sitio en que se congele completamente ; á la mañana siguiente volved á colocar el vaso en un sitio en que el calor funda el hielo ; despues de estar deshelado medidla de nuevo , y la encontrareis notablemente disminuida. Esto prueba que la congelacion evapora las partes mas ligeras y sutiles y no las mas pesadas y espesas ; lo que seria imposible. En consecuencia , yo considero las aguas de nieve y hielo y las análogas como las peores para cualquiera uso que sea. Esto es lo que se observa con respecto á las aguas de lluvia , nieve y hielo.

9. Los cálculos , las afecciones nefríticas , la estranguria , la ciática y las hernias son frecuentes en los sitios en que los habitantes beben aguas de diversa naturaleza , como las de los grandes rios que reciben las de otros mas pequeños , las de los lagos en que desaguan toda especie de arroyos , y finalmente todas aquellas que , no viniendo de las cercanias , sino de sitios lejanos , se hacen heterogeneas en el largo trayecto que recor-

ren. Un agua no puede parecerse á otra; unas son dulces, otras saladas y aluminosas, otras proceden de manantiales calientes; al mezclarse luchan entre sí sus propiedades, y la mas poderosa es la que siempre triunfa: ademas, no es una misma siempre la mas poderosa, sino que ya lo es una ya otra, segun la influencia de los vientos. A una la da preeminencia el vientre del norte, á otra el del mediodia, y asi de las demas. Necesariamente estas aguas han de depositar en los vasos que las contienen barro y arena, y su uso ha de producir las enfermedades que he enumerado; no indistintamente en todos los hombres, y hé aqui la razon: aquellos que tienen el vientre libre y sano, no demasiado calor en la vejiga, ni el cuello de este órgano muy apretado, evacuan la orina con facilidad y nada se condensa en su vejiga. Pero cuando el vientre tiene demasiado calor, la vejiga participa de esta afeccion; se enardece mas de lo que naturalmente debe; su cuello se inflama; y afectada de este modo, no lanza la orina que permanece en ella espuesta á la accion de un exceso de calor. Se separa de este líquido la parte mas ténue y pura, que es la única que se espele fuera de la vejiga; la parte mas espesa y turbia se condensa y consolida, y esta concrecion pequeña en un principio, crece sucesivamente, porque tranqueteado en la orina se agrega los sedimentos espesos que deposita; de esta manera aumenta de volúmen y se endurece. Empujado por la orina en el momento de la emision, se aplica el cálculo al cuello de la vejiga, impide orinar y causa un violento dolor; por esta razon los niños que padecen cálculos frotan su miembro y le estiran, creyendo que con esto se ausilia la emision de la orina. La prueba de que el cálculo se forma por depósito, es que los que padecen esta enfermedad vierten una orina muy cristalina (a); la parte mas

(a) El testo vulgar pone aqui, *una orina tan cristalina como el suero*, cuya comparacion han admitido Foessio, Vander-Linden y otros muchos. El primero que la separó de su traduccion latina, fue Baccius Baldinus, bajo la fé de un manuscrito cuyas variantes le fueron remitidas por un amigo. Dice Coray que antes de que el viese el trabajo de este autor, habia ya conocido este error de los copiantes, advirtiéndole que esta frase agregada caia precisamente en el mismo sitio en que se habia hecho una viciosa traslacion al tratado de las *heridas de cabeza*, cuya separacion no ha sido hecha uniformemente por todos los copiantes. Nuestro autor que copia al pie de la letra la nota en que Coray se ocupa de esto estensamente; concluye diciendo: Coray ha hecho bien en borrar *estas voces intrusas*, cuya destruccion justifica el manuscrito

espesa y turbia queda en la vejiga, donde se condensa. De este modo es como se forma esta enfermedad en el mayor número de casos. También se produce en los niños por la leche, cuando este alimento, en vez de ser saludable, es ardiente y bilioso. Promueve un exceso de calor en los órganos digestivos y vejiga, y la orina, haciéndose ardiente, experimenta los cambios que originan la formación del cálculo. Soy de opinión que vale más dar á los niños vino bastante aguado; pues esta bebida inflama y deseca menos las venas. Las doncellas no están tan expuestas como los jóvenes á padecer cálculos; tienen la uretra corta y ancha, de manera que es espulsada la orina fácilmente; no se las ve como á los muchachos frotarse las partes genitales, ni llevar la mano al estremo de la uretra; esta se abre directamente cerca de la vagina, mientras en el hombre este canal no es directo y es menos ancho; y finalmente, beben ellas más que ellos. Estas son sobre poco más ó menos las causas de esta diferencia.

10. Hay observaciones con cuyo auxilio se puede juzgar si el año será mal sano, ó si será saludable. Si no se manifiesta ningún desorden en los signos que acompañan la salida y postura de los astros, si llueve en el otoño, si es moderado el invierno, ni muy suave ni excesivamente frío, si en la primavera y el estío son las lluvias conforme á estas dos estaciones, semejante año será sano naturalmente. Por el contrario, cuando á un invierno seco y boreal se sigue una primavera lluviosa y austral, producirá el estío necesariamente fiebres, oftalmías y disenterias. En efecto, sobreviniendo de repente un calor sofocante, mientras que la tierra está todavía húmeda por las lluvias de primavera y por la acción del viento del mediodía, se establece un doble manantial de acaloramiento, uno en la tierra humedecida y caliente, y otro en el sol cuyos rayos son ardientes. Añádase á esto que el vientre no ha tenido tiempo de estreñirse, ni el cerebro de desembarazarse de los humores; porque con semejante primavera, es imposible que el cuerpo y las carnes no estén empapadas de humedad. Así es, que reinarán generalmente las fiebres más agudas, principalmente en los sujetos flemáticos; y las mugeres y todas las personas de una constitución muy húmeda, serán atacadas de disenterias (VI). Si al entrar la canícula llueve, si se forman

to 7027, que traduce del mismo modo: *urinam unam lipidam hui facient, quum quod pinguius et turbulentius et condensatur*: en donde se ve que no hace mérito de semejante frase. Bonafon tampoco la pone en su traducción.

(VI) Nuestro Bonafon agrega aquí el siguiente paréntesis: (serán estas enfermedades de corta duración si el verano es seco; y al contrario muy largas si fuese lluvioso).

tempestades, y empiezan á soplar los vientos etesios, se puede esperar que cesen las enfermedades y que sea el otoño sano. De otro modo es de temer que los niños y mugeres sucumban á las afecciones reinantes que son de poco peligro para las personas entradas en edad, y que los que de ellas se salven contraigan fiebres cuartanas que terminen despues en hidropesías. Si el invierno es austral, lluvioso y suave y la primera boreal, seca y fria, las mugeres embarazadas que deben parir en la primavera, abortan; y las que paren, echan al mundo niños débiles y enfermizos, que mueren inmediatamente, ó que viven miserables, débiles y valetudinarios. Tales son los accidentes propios de las mugeres. El resto de la poblacion está sugeto á las disenterias y oftalmias secas; y en algunas personas se verifican fluxiones de la cabeza sobre los pulmones. Es probable que los individuos flemáticos y las mugeres, en razón á que es húmeda su constitucion y á que la pituita descende en abundancia del cerebro, sean atacados de disenteria; que los sugetos biliosos, por tener las carnes calientes y secas, lo serán de oftalmias secas; y que los sugetos de edad, á causa de tener las venas flojas y vacías, lo sean de fluxiones; accidentes que hacen perecer rápidamente á los unos, y que producen en otros parálisis ya del lado derecho, ya del izquierdo. En efecto, siendo el invierno austral, ni la sangre (a) ni las venas, en un cuerpo enardecido, pueden contraerse; y si á este invierno se sucede una primavera boreal, seca y fria, entonces el cerebro, en el momento en que debia, por la entrada de esta última estacion, alojarse y purgarse por

(a) Me he atrevido á admitir aquí un testo diferente del que presentan las ediciones y los manuscritos, en ninguno de los que se encuentra *aiuz sanguis*; mas el testo comun se halla alterado, de modo que no está inteligible, y habiendo de admitir una correccion, he preferido la que ofrece el manuscrito latino 7027, que indudablemente presenta un buen testo en muchas ocasiones, á pesar de hallarse escrito en un latin bárbaro: *et calido corpore non consistente sanguine nequevenis*. Me ha parecido mejor adoptar el testo de un manuscrito latino que una congetura, como el *σάμα* que ha impreso Coray y algunos otros autores.

Nuestro Bonafon traduce este párrafo del modo siguiente: *Porque siempre que á un invierno austral, lluvioso y cálido*, (la traduccion y el testo de Vander-Lendn, tambien pone estas dos cualidades al invierno, que no se hallan espresadas por el autor, aunque ya se sobre entienden tratándose de una estacion austral ó meridional), *durante el cual ni el cuerpo ni los vasos han podido compactarse* &c.

los corizas y las ronqueras, se condensa y se aprieta; finalmente, la llegada del estío, la invasión del calor, y el cambio repentino producen las enfermedades enunciadas mas arriba. Las ciudades cuya situacion es favorable en cuanto al sol y los vientos, y en que las aguas son de buena calidad, se resienten menos de estas vicisitudes; pero aquellas en que se hace uso de aguas estancadas y pantanosas y cuya situacion es mala, padecen mas. Si el estío es seco, las enfermedades cesan antes; si es lluvioso, se prolongan; y es de temer que á la menor causa, se cambien las heridas en úlceras fagedenicas (a). Sobrevienen lenterias e hidropesias al final de las enfermedades, porque el vientre no se deseca con facilidad. Si el estío, y luego el otoño es lluvioso y austral, necesariamente el invierno será mal sano; los sugetos flemáticos y las personas que no lleguen á los cuarenta años se verán espuestos á las fiebres ardientes, y los sugetos biliosos á las pleuresias y peripneumonias. Si el estío es seco y boreal, y el otoño lluvioso y austral, habrá en el invierno siguiente cefalalgias, afecciones graves del cerebro, ronqueras, corizas, y aun, en algunos sugetos, tisis.

Si el tiempo, durante el estío y el otoño, es boreal y seco, y no llueve á la entrada de la Canícula ni á la de Arturo, esta constitucion será favorable especialmente á los sugetos flemáticos, á las naturalezas húmedas y á las mugeres; pero es diametralmente contraria á los sugetos biliosos. En efecto, los reseca demasiado, y de esto resulta que padecen oftalmias secas,

(a) Todo este trozo desde *Las ciudades cuya situacion &c.* hasta este punto, es el que hizo notar el autor en la pág. 2<sup>a</sup> que se hallaba dislocado en las ediciones y puesto en un lugar no conveniente, sin ofrecer conexion con lo precedente ni con lo subsiguiente, cuya alteracion habia sido ya reconocida por otros muchos editores, pero sin indicar el verdadero sitio á que correspondia. Se apoyó entonces el autor para hacer ver esto mismo, en el manuscrito 2255, y mas principalmente en el 7027: y en efecto, este último no presenta ninguno de esos trastornos que ofrecen los pocos manuscritos griegos que existen de este tratado; lo cual es la mejor garantía de que el manuscrito griego de que se ha hecho esta antigua traduccion latina, no habia sufrido aun alteracion alguna.

En seguida pasa el autor á probar con mas razones de construccion gramatical, que este es el verdadero sitio del párrafo en cuestion, deduciendo de todo, que dicho pasage se acomoda perfecta y precisamente al lugar en que el manuscrito latino le ha colocado.

fiebres tanto agudas como crónicas, y en algunos produce afecciones melancólicas. La parte mas húmeda y acuosa de la bilis se disipa, y solo queda la mas espesa y acre: lo mismo sucede á la sangre, y esto es lo que produce las enfermedades en los sugetos biliosos. Pero á los flemáticos es favorable todo esto; su cuerpo se seca, y llegan al invierno desembarazados de los humores superabundantes.

11. Examinando de este modo el curso de las estaciones con reflexion, se preveerán la mayor parte de los efectos que producirán sus vicisitudes. Sobre todo se deben tener en cuenta las mudanzas mas considerables, durante las cuales no se debe administrar ningun purgante sin gran necesidad, ni practicar cauterizacion ni incision en las partes inmediatas al vientre antes que hayan pasado por lo menos diez dias. Las vicisitudes mas considerables y peligrosas son los dos solsticios, principalmente el del estío y los dos equinoccios, sobre todo el del otoño. Es preciso tambien tener en consideracion la salida de las constelaciones, primero la de la Canícula, despues la de Arturo, y tambien la postura de las Pleyades; porque en estos dias es en los que especialmente se juzgan las enfermedades, siendo unas mortales, cesando otras, ó adquiriendo otra forma y otra constitucion. Esto es lo que concierne á las estaciones. (VII)

12. Voy ahora á comparar el Asia con la Europa y á manifestar cuanto difieren en todo una de otra estas dos regiones, asi como la figura de los habitantes que no se parecen en nada los de una á los de otra. Largo seria mi discurso si hubiera de enumerar todas las diferencias; me limitaré pues á las que son mas importantes y manifiestas, esponiendo la opinion que yo tengo formada. Digo pues que el Asia difiere considerablemente de la Europa, tanto por la naturaleza de todas sus producciones como por la de sus habitantes. Todo lo que corresponde al Asia es mas hermoso y magnífico; es mejor el clima y los pueblos tienen un carácter mas dócil y afable.

La causa de esto es el justo equilibrio de las estaciones; pues situada en medio del oriente, se halla igualmente distante del calor y del frio. Lo

(VII) Bonafon coloca en este sitio el párrafo dislocado que nuestro autor ha puesto en la página 73 con arreglo al manuscrito 7027, que empieza de este modo: *Las ciudades que tienen una escelente posicion con respecto á los vientos y al sol etc.*



que mas contribuye al crecimiento y bondad de las producciones es un clima en que nada predomina con exceso, y en que todo se halla exactamente equilibrado. No es la misma por todas partes el Asia; pero en las que se hallan colocadas á igual distancia del frio y del calor, los frutos de la tierra son mas abundantes, los arboles mas hermosos, el aire mas sereno, y mejores las aguas tanto de lluvia como de manantial. Ni el exceso de calor abrasa estas regiones, ni las sequedades y falta de aguas las desolan, ni las abate el rigor del frio; y como se halla sostenida la humedad por las lluvias abundantes y por nieves, naturalmente debe llevar el suelo frutos mas copiosos, ya provengan de granos sembrados, ya de vegetales que espontáneamente produce la tierra, y que los habitantes por una cultura que dulcifica las cualidades silvestres y por medio de trasplantes convenientes, saben apropiarse á su uso. Los animales que aqui se crian son muy robustos; sobre todo es muy grande su fecundidad, y crecen mucho. Los hombres tienen buena presencia, se distinguen por sus bellas formas y talla aventajada, y difieren poco entre si en su aspecto y estatura. Semejante comarca se asemeja mucho á la primavera por su constitucion y la dulzura de las estaciones: pero ni el valor de hombres, ni el sufrimiento en las fatigas, ni la constancia en el trabajo, ni la energia moral se podrán distinguir en sus habitantes, cualquiera que sea su raza indigena ó estrangera, y necesariamente prefieren el placer á todo lo demas.... Por esta razon se encuentran entre los animales formas tan variadas. Hé aqui, en mi opinion, lo que sucede á los Egipcios y á los Libios. (a)

(a) Dice el autor que ha seguido en este párrafo la leccion de Galeno en su cita tom. I, pág. 348. Zvinger nota un vacío, y Coray opina que debe sobreentenderse un verbo; pero aquel juzga que no y dice, que seria singular que se hallase el mismo vacío en los manuscritos y en la cita de Galeno. Llegado á esta conclusion, he procurado, dice el autor, entender el testo tal como le tenemos á la vista, y me ha parecido el sentido muy diferente del que han dado generalmente los traductores á este pasage. Coray le ha traducido del modo siguiente. «Pero es imposible que los hombres de tal pais sean valerosos y vivos, que soporten la fatiga y el trabajo... (Aqui el primer vacío. «Todo, hasta los animales, es en él dominado por el atractivo del placer, hasta el extremo que no se distingue especie ni sexo, cuando se trata de satisfacer los deseos de la naturaleza; y de aqui proviene que se vean formas tan variadas entre los animales silvestres.... (Aqui un segundo vacío.) Hé aqui lo que me ha parecido observar acerca de los habitantes del Egipto

13. En cuanto á los habitantes de las regiones situadas á la derecha del oriente de invierno (VIII), hasta la laguna-Meotis (porque este es el límite entre la Europa y el Asia), se parecen menos entre si que los pueblos hasta aquí enumerados; y esto á causa de las variaciones de las estaciones, y de la naturaleza del pais. En efecto, lo mismo sucede con la diferencia de los paises en cuanto á su naturaleza, que en cuanto á la generalidad de los hombres. En donde las estaciones experimentan grandes y extraordinarias vicisitudes, el terreno es silvestre y desigual; se encuentran en él gran número de montañas frondosas, de llanuras y praderas; pero en donde por el contrario, las estaciones no experimentan grandes mudanzas, es el suelo muy igual. Obsérvense ahora los hombres, y se les encontrará en las mismas relaciones: unos son de naturaleza análoga á la de los paises montuosos y húmedos, otros á la de terrenos secos y ligeros, otros á la de un suelo cubierto de praderas y pantanos, y otros finalmente á la de llanuras secas y áridas; lo cual consiste en que las estaciones que modifican las formas del cuerpo son diferentes entre si, y mientras mayor es esta diferencia hay mas variaciones en la figura de los hombres.

14 Dejando á un lado los pueblos que se diferencian poco entre si, me limitaré á señalar las considerables variaciones producidas ya por la naturaleza, ya por la costumbre. Trataré primero de los *Maeracéfalos*:

y de la Libia. (*Nuestro Bonafon traduce idénticamente este pasage.*) Se ve pues que Coray admite dos vacios; mas la cita de Galeno se opone á la admision del primero. Esto supuesto, creo que el vacío que existe realmente en este lugar se halla antes de las palabras.... *Hé aquí &c.*... En Galeno, que invocando la autoridad de Hipócrates para probar que un clima suave hace blandos á los hombres, cita esta frase entera como espresando un sentido completo y acabado, he hallado una fácil y plausible interpretacion de dicho pasage.

(VIII) Bonafon dice.... *situados á la derecha de levante de verano*: nos parece que sufrió una equivocacion; porque no solo el autor pone *de invierno*, sino también las demas ediciones que hemos tenido á la vista.

ninguna otra nacion tiene la cabeza conformada como estos. En su origen era solamente la costumbre la causa de su desproporcionada longitud; pero en el dia contribuye mucho á ello la naturaleza. Esta costumbre procede de la idea de nobleza que tienen de las cabezas largas. Hé aqui lo que suelen hacer: luego que nace el niño, y mientras que en su tierno cuerpo conserva la cabeza su blandura, se la componen con las manos y la obligan á prolongarse por medio de vendages y máquinas apropiadas que alteran la forma esférica y aumentan la altura. En un principio, era este uso el que verificaba, á la fuerza, el cambio de configuracion de la cabeza; pero con el tiempo este cambio ha llegado á hacerse natural, y no es ya necesaria la intervencion del uso. En efecto, el licor seminal proviene de todas las partes del cuerpo; sano de las partes sanas, alterado de las enfermas. Si pues de padres calvos nacen hijos calvos generalmente, de padres con ojos azules hijos con ojos azules, de padres vizcos hijos vizcos, y asi de lo demas con respecto á otras variedades de la forma; ¿qué inconveniente hay en que un macrocéfalo engendre un hijo de igual disposicion? Pero en el dia no sucede lo que antes; se ha perdido la costumbre con el trato frecuente de otros hombres. Tal es, segun creo, la historia de los Macrocéfalos.

15 Los habitantes del Faso, otro pueblo digno de consideracion, ocupan una comarca pantanosa, caliente, húmeda y frondosa: las lluvias son en ella, en todas las estaciones, tan fuertes como frecuentes; pasan su vida en los pantanos, y sus habitaciones de madera y caña se hallan construidas en medio de las aguas. Andan poco; solo van á la ciudad y al mercado, abierto á los estrangeros, y el resto del tiempo se ocupan en subir y bajar por los muchos canales que tienen, en canoas hechas de un solo tronco de arbol. Hacen uso de aguas calientes, estancadas, corrompidas por el calor del sol y continuamente aumentadas con las lluvias. El mismo Faso es de todos los rios el que presenta mas lentitud en su corriente. Los frutos que esta comarca produce son malos é insípidos, á causa de la abundancia de agua que les impide madurar completamente, y que ademas esparce por el pais nieblas continuas. Por esto los habitantes del Faso se diferencian de los demas hombres: son efectivamente de estatura alta; de una gordura tan escesiva que no se distinguen en ellos ni articulaciones, ni venas; su color es tan amarillo como el de los ictericos; su voz es mas áspera que la de otros hombres, á causa del aire que respiran, que en vez de ser puro está cargado de humedad y de niebla; son poco aptos para soportar las fatigas corporales. Las estaciones no experimentan en este pais variacio-

nes grandes de frio ni de calor ; los vientos que de preferencia reinan son húmedos , escepto una brisa local que incomoda por la violencia con que sopla algunas veces y por su calor; la llaman Cenchron (viento que seca.) El viento del norte apenas se deja sentir; y aun cuando sopla, es sin fuerza y sin vigor. Tal es la diferencia que existe entre la naturaleza y forma de los asiáticos y europeos.

16. En cuanto á la pusilanimidad y falta de valor , si los asiáticos son menos belicosos y de un natural mas dulce que los europeos , es en razon á que las estaciones no experimentan en sus climas grandes vicisitudes de calor ni frio , siendo sus variaciones poco sensibles. En efecto , ni la inteligencia experimenta aqui trastorno alguno , ni el cuerpo sufre cambios de consideracion que imprimen en el hombre el carácter de ferocidad, haciéndole mas indócil y fogoso, cuyos efectos no produce una temperatura siempre igual. Las mudanzas grandes son las que despertando el espíritu del hombre , le hacen salir de su inmovilidad. Tales son, en mi juicio , las causas de que depende la pusilanimidad de los asiáticos ; pero aun es preciso añadir á esto las instituciones. La mayor parte del Asia se halla en efecto sometida á reyes ; y en donde los hombres no son señores de sí mismos (IX), no se dedican al exercicio de las armas, teniendo mas bien interés en no pasar por guerreros, porque los peligros no se hallan repartidos con igualdad : van los hombres á la guerra, (X) soportan sus fatigas , y aun mueren por sus señores , lejos de sus hijos , de sus mugeres , de sus amigos ; y mientras los señores se aprovechan, para acrecentar su poder, del valor y de los servicios prestados, ellos solo recogen por fruto los peligros y la muerte; ademas están espuestos á ver sus campos convertidos en desiertos por la guerra y la cesacion de los trabajos.

De modo que, aunque entre ellos haya algunos dotados por la naturaleza de valor y bizarría , se verán obligados por la indole de sus instituciones á no hacer uso de estas propiedades. Una gran prueba de to-

(IX.) Bonafon y algunas ediciones latinas añaden esto;... *ni están gobernados por leyes propias etc.*

(X) Bonafon y algunas ediciones latinas ponen: *Los vasallos van forzados á la guerra etc.*

do lo que espongo, es que en Asia todos aquellos griegos ó bárbaros que no sujetos al yugo de señores se rigen por sus propias leyes y trabajan por su propia felicidad, son los mas guerreros de todos; porque se esponen á los peligros por sus propios intereses, recogen el premio de su valor, y sufren la pena de su cobardía. Por lo demas, tambien se encontrarán en los asiáticos algunas diferencias con respecto á su mayor ó menor valor; lo que depende de las vicisitudes de las estaciones, como he indicado mas arriba. Esto es lo que tenia que esponer acerca del Asia.

17. En Eúropa hay un pueblo escita que se halla en las inmediaciones de la laguna Meotis, y se diferencia de todos los demas pueblos; estos son los Sauromatas. Sus mugeres montan á caballo y con ellos juegan el arco y disparan las flechas; hacen la guerra mientras son doncellas; no se casan hasta haber muerto á tres enemigos; ni viven (X) con sus maridos hasta que han hecho los sacrificios prescritos por la ley. Luego que se casan dejan de montar á caballo, á menos que una gran necesidad obligue á toda la nacion á tomar las armas. A estas mugeres les falta la mama derecha; las madres tienen cuidado de destruirla en su infancia, aplicando sobre ella un instrumento de cobre hecho al intento, despues de haberle calentado extraordinariamente: quemada de este modo, deja de crecer la mama, y toda la fuerza y nutricion se emplea en la espalda y brazo del mismo lado. (a)

18. La uniformidad de las facciones en los demas Escitas, tan semejantes entre sí como diferentes de los demas pueblos, se esplica como en los egipcios, á no ser que sea efecto en unos del esceso de ca-

(X.) Bonafon, VanderLinden y otros traducen *cohabitar* en vez de *vivir ó habitar*; y el autor dice que en el manuscrito latino 7027 se lee este pasage de estemodo: *et non prius conjunguntur nisi ante sacra immolent.*

(a) La anotacion puesta al márgen del manuserito 2255 prueba, dice el autor, que se ha referido la fábula de las Amazonas, á la historia de Hipócrates sobre las costumbres guerreras de las mugeres escitas, de que han hablado otros historiadores: y añade en comprobacion un pasage de un historiador mas moderno que Hipócrates, médico tambien y Asclepiade de la escuela de Cnido.

lor y en otros del exceso de frio. (XI) Lo que se llama el *desierto de la Escitia*, es una llanura abundante en pastos, elevada, y medianamente húmeda; porque se halla atravesada por grandes rios que se llevan las aguas fuera de las campiñas. En ella viven los escitas llamados *Nomadas*, cuyo nombre han recibido por no tener habitacion fija y habitar en carros, de los cuales los mas pequeños tienen cuatro ruedas y los otros seis. Están cerrados con fieltro y contruidos como casas; unos solo tienen una habitacion, los otros tienen tres; unos son tirados por dos pares de bueyes y otros por tres, que no tienen cuernos; el frio es que priva de ellos á estos animales. Solo habitan las mugeres en estos carros; los hombres las acompañan á caballo seguidos de sus rebaños, sus vacadas y yegudas. Permanecen en un mismo sitio mientras el forrage es bastante para el alimento de sus bestias, y cuando todo está consumido se marchan á otra parte. Comen carnes cocidas, beben leche de yegua, y hacen tambien con esta leche un queso llamado *hippace*. Tales son sus costumbres y su género de vida.

19. Resta hablar de las estaciones, de las diferencias de los Escitas con los demas hombres, y de la semejanza que tienen entre sí como los egipcios, de su poca fecundidad, y de la pequenez y escaso número de animales que cria esta comarca. La Escitia, efectivamente, se halla colocada debajo de la Osa y de los montes Rifeos de donde sopla el viento del norte. El sol no se acerca á ella mas que en el solsticio del estio, y aun entonces la calienta por poco tiempo y con poca fuerza. Los vientos que proceden de las regiones cálidas llegan á ella muy rara vez, y debilitados; por el contrario, soplan por el septentrion vientos frios á causa de la nieve, los hielos, y la humedad excesiva que jamás abandona los montes Rifeos, lo cual los hace inhabitables. Una niebla densa ocupa las llanuras de la Escitia durante el dia, y en ellas es donde viven. El invierno reina allí constantemente; hay pocos dias de verano,

(XI.) Bonafon, conforme con las traducciones latinas, traduce este párrafo del modo siguiente: «En cuanto á la uniformidad de las facciones que se observan entre los demas Escitas, tan semejantes entre sí como diferentes de los demas pueblos, hay que advertir que este fenómeno les es comun con los egipcios y depende de la misma causa, con la diferencia de que estos están agoviados por un excesivo calor y aquellos por un frio estremado.»

que ni aun son demasiado calientes. Estas llanuras altas y descubiertas no se hallan rodeadas de montañas, pero se elevan tanto que llegan hasta debajo de la Osa (a). Tampoco nacen allí animales grandes, sino pequeños, para que puedan resguardarse bajo de tierra: lo que se opone á su incremento es el frio del invierno y la aridez del terreno, que no les proporciona abrigo ni proteccion. Las estaciones son bastante uniformes, y no experimentan vicisitudes grandes ni intensas: de aqui procede la semejanza que los Escitas tienen entre sí; pues usan tanto en estío como en invierno de los mismos alimentos, se abrigan con igual clase de vestidos, respiran un aire húmedo y denso, y beben aguas de nieve y de hielo; son ademas perezosos, y tienen una vida poco laboriosa, porque es imposible que el cuerpo y el alma soporten mucha fatiga en donde los cambios de las estaciones no son considerables. Por estas razones son los Escitas obesos, de una gordura tal que borra las articulaciones, y de una constitucion húmeda y debil: las cavidades, especialmente las del bajo vientre, están llenas de humor; porque es imposible que el vientre se seque en semejante pais, con la espresada constitucion, y en clima de tales condiciones. Su gordura y el hallarse su piel desprovista de pelo hacen que se parezcan los hombres unos á otros, lo mismo que las mugeres entre sí; porque siendo casi las mismas las estaciones, no sobreviene corrupcion ni alteracion alguna en la coagulacion del licor seminal, á no ser por alguna violencia ó enfermedad.

20. Daré una prueba bien evidente de la humedad de su cuerpo. La mayor parte de los Escitas y todos los Nomadas en general, se hacen cauterizaciones en las espaldas, en los brazos, en las muñecas, en el pecho, en las nalgas y lomos: y la única razon de esta práctica es la

(a) Es dudoso el testo en este pasage, lo que ocasiona la incertidumbre del sentido. Coray se detiene en manifestar la conveniencia de una correccion de la cual resultaria que las llanuras elevándose procedian de los montes Rifeos, lo que me parece hallarse en contraccion con el testo de todo este trozo; la frase quiere en efecto dar á entender que las llanuras van elevándose bajo la Osa, es decir, hasta el pie de los montes Rifeos.

Vander Linden pone.... *sed fere sub ipsis Ursis acclives: pero que van ascendiendo casi hasta la Osa misma.*

Nuestro Bonafon parece que se aproxima á la opinion de Coray, pues dice.... *porque son unas llanuras altas y desnudas que principian cerca de la Osa y que se prolongan elevándose mas y mas, sin ser coronadas de montes.*

de modificar la humedad y blandura de su constitucion, que les impide estirar el arco y apoyar sobre el hombro el tiro de la flecha; pues la cauterizacion consume el exceso de humor en las articulaciones, y da á sus miembros mas firmeza, mas nutricion, y mejor forma. Su cuerpo es flojo y pequeño; en primer lugar, porque no los fajan de niños como en Egipto, costumbre que no toman á fin de tenerse mejor á caballo; y en segundo, porque su vida es sedentaria. Los muchachos, hasta tanto que no se hallan en disposicion de montar á caballo, van en los carros la mayor parte del tiempo, y apenas andan á pie, á causa de sus continuas emigraciones. En cuanto á las mugeres, son estraordinariamente húmedas y flojas. La raza escita tiene el color rojo curtido, lo cuales efecto del frio. El sol tiene poca fuerza, y el frio quema y altera la blancura de la piel, que se pone roja.

21. Semejantes naturalezas no pueden ser muy prolificas. En los hombres es poco viva la inclinacion á los placeres del amor, á causa de la humedad de su constitucion y de la flogedad y frialdad del vientre, disposicion que los hace poco aptos para la generacion: fatigados ademas por una continua equitacion, pierden mucho de su potencia viril. Tales son, en cuanto á los hombres, las causas de infecundidad: por lo que á las mugeres toca, las causas son la humedad y gordura del cuerpo; la matriz no puede recoger el licor seminal, porque la evacuacion menstrual no se verifica con la regularidad necesaria; es poco abundante, y aparece por largos intervalos; y el orificio del útero obstruido por la gordura no admite el semen. Añádase á esto su indolencia, su obesidad y la frialdad y laxitud de su vientre. Todas estas causas reunidas deben hacer necesariamente poco fecundos á los escitas. Sus esclavas suministran una buena prueba de la verdad de lo que acabo de esponer: no bien tienen comercio con algun hombre, cuando ya quedan embarazadas, lo que consiste en que trabajan y son mas flacas que sus amas.

22. Otra observacion que debe hacerse acerca de los Escitas, es que se encuentran entre ellos muchos hombres impotentes, los cuales se condenan á sí mismos á los trabajos de las mugeres, y hablan como ellas: los dan el nombre de *afeminados*. Los indígenas atribuyen la causa de esta impotencia á la Divinidad, y veneran y adoran esta especie de hombres, temiendo cada uno para sí semejante castigo. Yo creo que esta enfermedad proviene de la Divinidad como todas las demas enfermedades; que ninguna es mas divina ó mas humana que otra, y que todas son igualmente divinas. Cada enfermedad tiene, como esta, una causa natural, y sin estas ninguna se produce. Hé aqui en mi concepto, como se



contrae dicha impotencia. El hábito de estar siempre á caballo que tienen los Escitas les produce hinchazones en las articulaciones, en razon á que llevan siempre los pies colgando del caballo, y llega á ocasionar la cogera y distension de la nalga en los que son atacados de gravedad. El tratamiento que emplean para curar su impotencia es del modo siguiente: en el principio del mal, abren la vena que está detras de cada una de las orejas: luego que corre la sangre, la debilidad escita el sueño, se duermen, y unos despiertan curados y otros no. Pero este tratamiento me parece que altera el licor seminal; porque hay detras de las orejas venas que, cortadas, privan á los que han sufrido esta operacion de la facultad de engendrar, y me parece que son estas las venas que ellos abren. Hecho esto, se aproximan á una muger; y si no pueden cohabitar con ella, en un principio se inquietan y descansan; pero si dos, tres ó mayor número de tentativas no les producen mejor resultado, creen haber cometido alguna ofensa al Dios á quien atribuyen este castigo, y toman los vestidos de muger, declaran su impotencia, y desde entonces viven como las mugeres, y se dedican á las mismas ocupaciones. Esta enfermedad no afecta á los Escitas de la clase infima, sino á los ricos y á los mas poderosos por su nobleza y fortuna: la equitacion es su causa, y si los pobres están menos sugetos á ella, es porque no van á caballo. Si pues esta enfermedad viniese de Dios de un modo mas directo que las otras, no debería ser esclusiva de los nobles y mas ricos de los Escitas, sino que debería atacar á todos igualmente, y aun de preferencia á aquellos que poseen menos intereses y que no ofrecen sacrificios, si es verdad que los Dioses se complacen con los homenajes de los hombres y los recompensan de ellos con sus favores; porque los ricos pueden inmolar numerosas víctimas, presentar ofrendas y hacer uso de su fortuna para honrar á los Dioses, en tanto que los pobres, por su indigencia, se hallan imposibilitados de honrarlos igualmente, acusándolos, por el contrario, de esta misma indigencia. Asi es que la pena de semejantes ofensas debería recaer mas bien sobre los pobres que sobre los ricos. Pero, como he dicho mas arriba, esta afeccion es tan divina como todas las demas; se produce segun las leyes naturales, y la enfermedad de que hablo proviene en los Escitas de la causa que he indicado. Por lo demas, lo mismo sucede á los demas hombres; en donde la equitacion es un egercicio diario, se afectan muchos de fluxiones en las articulaciones, de esciática, de gota, y llegan á ser inhábiles para la generacion. Estos males afligen á los Escitas y los hacen los mas impotentes de los hombres: añádase á estas causas

de impotencia el que gastan calzones constantemente , que están casi siempre á caballo , sin poder apenas llevar la mano á las partes genitales, que por el frio y la fatiga olvidan el deseo de la union de los sexos , y que en el momento en que hacen alguna tentativa han perdido ya su facultad viril. (a) Esto es lo que tenia que decir de la nacion de los Escitas.

23. En cuanto á las demas naciones de la Europa , se diferencian unas de otras por su forma y estatura , cuyas diferencias provienen de las mudanzas de las estaciones. En efecto , las variaciones son considerables y frecuentes, los calores fuertes, los inviernos rigurosos, las lluvias abundantes, y ademas sobrevienen sequedades muy largas y vientos que multiplican y hacen muy varias las alternativas atmosféricas. Es natural que se sientan estas influencias en la generacion , que varie la conformacion del embrión , y que no sea la misma aun para la misma persona en el estío ó en el invierno , durante las lluvias ó mientras duran las sequedades. Por esta razon , á mi modo de ver , se diferencian entre si en la forma los europeos mas que los asiaticos, y por esto se observan variaciones de estatura entre los habitantes de cada ciudad; porque la conformacion del embrión experimenta mas alteraciones en un

(a) El testo no es en este pasaje muy seguro, y las autoridades se dividen en cuanto á su verdadera acepcion. Coray fundando su opinion en razones que espone, traduce este trozo del modo siguiente: «Añádase á esto que el frio «y el egercicio distraen enteramente su imaginacion del deseo de la aproximacion de los sexos, *de modo que no se atreven á intentar nada sin estar antes bien asegurados de haber recuperado la virilidad.*» La edicion de Alde, el manuscrito 2146 (y nuestro Bonafon) siguen este sentido, debiendo agregar á esto que el manuscrito 7027 dice tambien; *nihil commoveri priusquam vivificant*, que sin duda ha sido una equivocacion del copiante, que en vez de *vivi fiant* pone *vivificant*. Sin insistir en la adiccion de Coray, que para facilitar el sentido que adopta ha añadido *sin estar antes bien asegurados*, creo que en esta traduccion no se sigue exactamente el razonamiento de Hipocrates. Dice este que los Escitas son los hombres mas impotentes de los hombres, porque la mayor parte del tiempo estan á caballo, lo que les impide entregarse á ninguna clase de escitacion manual de los órganos genitales y porque el frio y la fatiga les hacen olvidar el deseo de la union de los sexos:

clima en que el cambio de las estaciones es frecuente, que en otro en que sean estas semejantes entre si. Esta misma reflexion se aplica á lo moral; en tales naturales predominan las disposiciones feroces, la aspereza y la audacia; porque los frecuentes trastornos que presenta el clima dan rudeza al carácter, y estinguen en él la dulzura y afabilidad. Por esta razon creo que los habitantes de Europa son mas valientes que los del Asia: una constante uniformidad favorece la indolencia; un clima variable inclina al egercicio al cuerpo y al alma: si pues el reposo y la indolencia sostienen la cobardia, el egercicio y el trabajo proporcionan valor. Los europeos son por esta razon mas belicosos, y tambien por efecto de sus instituciones; porque no están como los asiaticos gobernados por reyes, y en los hombres sometidos á la esclavitud ó al despotismo falta necesariamente el valor como tengo ya manifestado; pues hallándose el alma esclavizada, se cuidan poco de esponerse á los peligros sin necesidad para acrecentar el poder de otro. Pero los europeos, gobernados por sus propias leyes, convencidos de que los peligros que corren los arrostran por su propio interés y no por el de otro, los aceptan con gusto y se arrojan atrevidamente á ellos, porque esperan recoger el premio de la victoria: tan cierto es el influjo que tienen las leyes sobre el valor. Tal es el aspecto general de la Europa comparada con el Asia.

24. Existen tambien en Europa pueblos que difieren entre si en estatura, forma y valor, cuyas variedades proceden de las causas que he enumerado mas arriba, y que voy á esplanar mas. Los habitantes de una comarca montañosa, desigual, elevada, provista de aguas, en que las estaciones experimentan variaciones considerables, son de una ele-

pues esto supuesto, como habria de decir despues que nada intentan hacer *antes de haber recobrado su virilidad*, ni como habria de verificarse esto con esta falta de excitacion, con este olvido de todo deseo? Asi que, en mi entender, quiso decir Hipócrates que pierden irremisiblemente su facultad viril bajo la prolongada influencia de tales condiciones; y que cuando quieren hacer alguna tentativa, se encuentran completamente privados de ella. Faltándoles toda excitacion mental ó manual, no se aperciben de los progresos que en ellos hace la impotencia; y cuando quieran *intentar alguna cosa*, la naturaleza no responde á sus esfuerzos y el poder viril se halla estinguido.

La dificultad ha estribado en poner *αἰσθητικῶς* (recuperar la virilidad ó *αἰσθητικῶς* recobrar la virilidad.)

vada estatura y de una constitucion apropiada para el trabajo y los actos de valor; pero al mismo tiempo tienen estos naturales con especialidad una disposicion feroz y agreste. Los habitantes de un pais situado en bajo, cubierto de pastos, en que reinan calores sofocantes, donde soplan los vientos cálidos con preferencia á los frios y las aguas potables son calientes, no son generalmente ni grandes ni bien proporcionados, pero son rechonchos y sobrecargados de carnes; tienen los cabellos negros, y en general su color es mas moreno que blanco; su constitucion es mas bien flemática que biliosa, (XII); el valor y la aptitud para el trabajo tampoco existen naturalmente en ellos en tan alto grado; pero estas cualidades florecerian en su alma, si fuesen regidos por leyes apropiadas. La salud será buena y el color, si el pais estuviese atravesado por rios que arrastraran el agua estancada y la de lluvia; mas si al contrario, careciesen de rios y bebiesen aguas detenidas, estancadas y pantanosas serán ventrudos y tendrán el bazo voluminoso. Los habitantes de paises elevados, húmedos y batidos por los vientos son de alta estatura y tienen entre si grandes semejanzas; su carácter es mas afable y menos violento. Los habitantes de terrenos de poca miga, secos y áridos, en que las mudanzas de las estaciones no son moderadas, tienen la constitucion seca, nerviosa, y el color mas bien blanco que moreno; su génio se inclina á la arrogancia é indocilidad; porque en donde las estaciones experimentan variaciones mas considerables y difieren mas entre si, es donde se encuentran mayores diferencias en el hábito exterior del cuerpo, en el carácter y en la constitucion. Estas son las causas que mas profundamente modifican la naturaleza humana; despues sigue la naturaleza del terreno de que se estrae la subsistencia, y las aguas de que se usa. Efectivamente, se observa en general que á la natura-

(XII) Vander Linden, Calvo, y otros autores con nuestro Bonafon, dicen que *su temperamento es menos flemático que bilioso*: nuestro autor lo traduce al contrario, sin explicar la causa de esta variacion ni advertirlo en las erratas. No sabemos á qué atribuir esta divergencia, si bien es de advertir que los caracteres que Hipócrates va describiendo en estos sugetos asi como las condiciones topográficas corresponden mas bien al temperamento bilioso que al flemático; hallándonos por lo tanto mas conformes con la version de nuestro compatriota Bonafon y los otros autores, que con la de nuestro autor.

leza del pais corresponden la forma del cuerpo y las disposiciones del alma. En todas partes en que el suelo es fértil, blando y húmedo, donde las aguas por estar muy superficiales son calientes en estío y frias en invierno, y en donde las estaciones tienen una temperatura favorable, son los hombres carnosos, débiles, de una constitucion húmeda, de un carácter indolente, y por lo comun cobardes. La indiferencia, la languidez domina en ellos, y su rudo talento carece de sutileza y sagacidad para el egercicio de las artes. Pero en un terreno árido, sin abrigo, áspero, abatido por los rigores del invierno y abrasado por los ardores de sol, tienen los hombres la constitucion dura y seca, las articulaciones pronunciadas, el cuerpo nervioso y velludo; en tales naciones predominan la actividad, la penetracion, y al mismo tiempo la arrogancia é indocilidad; mas bien ásperos que afables, son mas diestros é inteligentes en el egercicio de las artes, y mas bravos en la guerra. El influjo del terreno se estiende igualmente á sus producciones, las cuales son correspondientes á la misma tierra. Hé aqui cuales son las constituciones físicas y morales mas opuestas. Partiendo de estas observaciones se podrá juzgar de lo demas sin temor de equivocarse.

## ADICION.



En la *Advertencia* que el autor coloca al principio de su segundo tomo, de que dimos un extracto al final del *Apéndice á la introduccion* manifestando que agregaríamos á cada tratado lo que relativamente á cada uno de ellos manifiesta en ella, se insertan, como adición al presente, los párrafos que trasladamos á continuacion.

Ya hacia tiempo que se hallaba impreso el tratado de Aires, Aguas, y Lugares con que empieza este segundo volúmen, cuando llegó á mi noticia el libro de Mr. Rosenbaum sobre la historia de la sífilis. (1) \*Esta obra llena de las mas curiosas investigaciones sobre las señalès de la enfermedad venérea en la antigüedad, ha consagrado una muy buena disertacion á la enfermedad de que se hallaban afectados los Escitas, segun refieren Herodoto é Hipócrates.

Habiendo hablado poco en el corto comentario que he colocado al frente del tratado de las Aguas, Aires y Lugares, quiero llenar aqui este vacío con el auxilio de Mr. Rosenbaum.

«Los Escitas, dice Herodoto, que saquearon el templo de Ascalon y sus descendientes fueron castigados por la Diosa con la enfermedad femenina. Esta es la causa á que los mismos Escitas refieren dicha afeccion,

(1) Geschichte der Lustsenche. *Ertlter Theil*. Die Lusteuche in Alterhume. Halle, 1839.

y los viageros que van á la Escitia pueden ver á los que se hallan en tal estado.

Las opiniones que se han formado sobre su naturaleza pueden reducirse á las tres clases siguientes :

1.<sup>a</sup> Un vicio, á saber : (A) la sodomia, que es la opinion mas antigua indicada ya por Longin (De subl. c. 28.), defendida principalmente por Bouhier (a), y á que los comentadores de Longin, Tolle y Pearce se han adherido, como tambien Casaubon (Epistolæ) y Costar (b); (B) el onanismo, opinion á que se inclina Sprengel. (c)

2.<sup>a</sup> Una enfermedad corporal, á saber : (A) las hémorroides, opinion sostenida por Pablo Tomas de Girac, (d) por Valckenaer en sus apuntes sobre el pasage de Herodoto, por Bayer, (e) y por los redactores de la Historia universal (f); (B) una verdadera menstruacion, lo cual parece haber sido sostenido por Lefevre y Dacier; (2) (g) la blenorragia que han creido ver en ella Guy Patin, (h) Hensler (i) y Degen (j); (D) una verdadera impotencia segun Mercurial, (k) opinion á la que tambien suscribe, al menos en parte, Stark, que ve en ella una verdadera transformacion del sexo masculino en el femenino.

3.<sup>a</sup> Una enfermedad mental, una especie de melancolía, segun Sau-

(a) Recherches et Dissertations sur Herodoto, Dijon, 1746, in 4.<sup>o</sup> d. 207—212. chap. XX.

(b) Costar. Defense des œuvres de Voiture, et Apologie, p. 194.

(c) Apologie des Hippocrates. Leipz, 1792, The. 2, S. 616.

(d) Reponse á l' Apologie de Voiture, par Costar, p. 54.

(e) Memoria Scythica, in Commentat. Petropolitana, 1752 t. 3, p. 377, 78.

(f) Parte 6.<sup>a</sup> p. 35.

(g) Danier espresó esta opinion en sus advertencias sobre Longin; pero en las notas que siguen á su traduccion del tratado de Aguas, Aires y Lugares (Les œuvres d' Hippocrate, traduites en francais, t. 2, p. 552.) se retracta, y no ve en ella mas que una afeccion que hace á los hombres impotentes y afeminados.

(h) Comment. in vetus monument. Ulpiae Marcellin. P. 413.

(i) Geschichte der Lustseuche. Altona, 1785. Bd. I, S, 211.

(j) Uebertsetzung des Herodot. Bd. 1. S. 81, Anmerk.

(k) Varice lection. lib. 3, p. 64.

vages, (a), Heyne (b), Bose (c) Coray, (d) y Friedreich. (e)

Mr. Rosenbaum cree que la *enfermedad femenina* de que habla Herodoto es la sodomia, y que esta espresion designa en particular lo que los latinos llamaban *pathici* (impuros). La primera objeccion que se ha hecho á este parecer, es que Herodoto dice que esta enfermedad fue efecto de la venganza de Venus, y que esta diosa no hubiera podido imponer una pena semejante; pero Mr. Rosenbaum hace ver con diferentes testimonios, que era muy propio de los antiguos atribuir á la venganza de Venus todos los padecimientos de los órganos sexuales.

El segundo punto que examina Mr. Rosenbaum, es el saber cómo pudo decir Herodoto que la *enfermedad femenina* se trasmitia por herencia. Segun el médico aleman significa esto que era dicha afeccion hereditaria, como lo son otras muchas corporales ó mentales. En cuanto á los *pathici*, hace notar que muchos autores han admitido que este vicio era trasmisible por herencia: asi Parmenides, segun Celio Aureliano, dijo en su libro sobre la naturaleza, que la disposicion á este vicio se trasmitia con la sangre. (f) Lysias, en su discurso contra Alcibiades, dice que la mayor parte de los miembros de esta familia habian traficado con su cuerpo. (Orat. contra Alcibiad. I, p. 550.) Segun Celio Aureliano, muchos de los principales médicos habian admitido que era esta una verdadera enfermedad, y que con el semen se trasmitia de padres á hijos. [(g) Es pues cierto que los antiguos habian supuesto semejante trasmision, y que el parecer de Herodoto se halla conforme con las ideas que reinaron en la antigüedad. Solamente me repugna ad-

(a) Nosol. Meth. Lyon, 1772, t. 7, p. 565.

(b) De maribus inter Scythas morbo effeminatis et de hermaphroditis Floridae, in comm. Societ. Gotting. 1779. vol. 1, p. 28—44.

(c) Progr. de Seytharum, Lips., 1774, 4.

(d) Hipp. De aere, aq. et. loc., t. 2. p 526.

(e) Ein historisches Fragment, en su: Magazin fur Seelenheilkunde, Hft. 1. Würzburg, 1829, S. 71—78 y en sus Analek ten zur Natur-unde, Würzburg, 1831. S. 28—33.

(f) Permenides libris quos de Natura scripsit, eventu inquit conceptionis molles aliquando seu subactos homines generari. Celius Aurelianus, Morb. Chron. 4, 9, ed. Amman, p. 545, Amstel., 1772.

(g) Multi proterea sectarum principes genuinam dicent esse passionem; et propterea in posteros venire cum semine. Loc. cit.



mitir la consecuencia que de esto deduce Mr. Rosenbaum: cree que esta trasmision por la via de la generacion deberia ser un obstáculo para admitir, como lo han hecho muchos autores, que tal enfermedad hubiese consistido en una especie de impotencia, y que si los Escitas que saquearon el templo de Ascalon hubieran sido castigados por Venus con una enfermedad que les hubiese privado de la facultad de engendrar, no hubieran podido tener descendientes. Pero es preciso no ceñirse á una leyenda incierta, sino colocarse en el estado de las cosas de que Herodoto pudo ser testigo ó pudo oír hablar. Ahora bien, lo que resulta de su relacion es que la enfermedad femenina se trasmitia por herencia; y pudo suceder muy bien que algunos individuos que aun no se hallasen atacados de la enfermedad femenina, pero que tuviesen ya la predisposicion, la trasmitiesen á sus hijos, como vemos en algunos individuos á quienes se ha transmitido la tisis ó la locura, sin que se haya manifestado en los padres hasta despues de haber engendrado á sus hijos.

Contra la opinion de que la enfermedad femenina de Herodoto es la sodomia se ha objetado que, segun el historiador griego, se reconocia esta enfermedad á simple vista. Esta objecion no puede ya sostenerse: Mr. Rosenbaum refiere muchos pasages de autores que han escrito sobre la fisonomia, como Aristóteles, Polemon y Adamantio, cuyos pasages prueban que el *pathicus* (impuro) tenia ciertas maneras, un modo de andar, y una presencia tal, que le hacian reconocer muy fácilmente.

Mr. Rosenbaum examina detalladamente lo que significan las palabras de que se sirve Herodoto, *enfermedad femenina*, *νουςος θάλασσα* y demuestra que los antiguos se sirvieron frecuentemente de las palabras *morbis νουςος* para espresar un vicio, y entre otros aquellos que dependen de la incontinencia. Advierte tambien que los que han visto en la espresion de Herodoto una afeccion mental han tenido razon; solo que no debieron perder de vista que esta enfermedad mental era producida por el abuso de los placeres sexuales. Esto supuesto, qué significa el adjetivo *θάλασσα*? Significa *lo que asemeja á las mugeres*; de modo que dicha frase querrá decir un vicio que da á los hombres los gustos y costumbres de la muger; es decir la especie de desarreglo ó estravío á que se entregaban los que en la antigüedad llamaban *pathici*, *cinædi*, *molles*, *subacti*. Mr. Rosenbaum refiere un pasaje del retórico Tiberio, en que se dice que la enfermedad femenina de Herodoto es el vicio de que aqui se trata. (De figuris ed. J. Fr. Boissonade, Lóndres, 1815, cap. 35 p. 56.) A continuacion cita Mr. Rosenbaum los pasages de diferentes autores, como Filon el judío,

Herodio, Eusebio de Pamfília, el obispo Sinesio, Clemente de Alejandría, Hefestion, los cuales todos han empleado la misma espresion para significar la especie de estravío á que se entrega el *pathicus*.

La conclusion que deduce Mr. Rosenbaum con respecto á Herodoto se aplica tambien á la enfermedad de que Hipócrates dice que se hallaban afectados los Escitas; porque generalmente se conviene en que el historiador y el médico hablaron de la misma afeccion.

Lo que me ha chocado en la disertacion de Mr. Rosenbaum es que me parece haber probado hasta la conviccion, que la *enfermedad femenina* de Herodoto ha sido considerada en la antigüedad como significando el vicio á que se entrega el *pathicus*, y que esta espresion ha sido empleada unánimemente en este sentido por diferentes autores. Esto merece mucha consideracion para el que examina críticamente la cuestion que nos ocupa. En efecto, para nosotros los modernos se requieren pruebas absolutamente decisivas si hemos de renunciar á una significacion admitida generalmente por la antigüedad.

Esto supuesto y bien entendido, volvamos á Hipócrates y notemos que muchos pasages de su descripcion se refieren precisamente á una especie de impotencia, para poder ser aplicados ya á los sodomitas en general, ya á los *pathici* en particular. Hipócrates atribuye la afeccion de que aquí se trata á la equitacion, de que tanto usan los Escitas y les produce infartos, y á la costumbre de llevar calzones muy estrechos; indica el proceder de que se valían para curarse, que consiste en abrir la vena que se halla detrás de la oreja, y añade que con este método se curaban unos y otros no; que despues de haberle puesto en práctica trataban de tener comercio con alguna mujer, y que, si despues de muchas tentativas no lo conseguian, declaraban su impotencia y tomaban vestidos de mujer. La causa que Hipócrates asigna á esta afeccion enteramente fisica, los esfuerzos que hacen los Escitas para librarse de ella, el tratamiento á que se someten, los ensayos y pruebas que hacen para asegurarse del restablecimiento de su facultad viril, finalmente la condena de impotencia que no pronuncian contra sí mismos sino despues de diversas tentativas, todo esto hace imposible el que solo se vea en ella un estravío de la funcion.

De este modo se halla uno indeciso entre la significacion que la antigüedad ha dado á la palabra *enfermedad femenina*, y los pasages de Hipócrates opuestos á esta interpretacion. Mr. Rosenbaum atribuye esta contradiccion á las esplicaciones erróneas de Hipócrates sobre una causa supuesta, cuando ignoraba la verdadera. «Si ahora, dice Mr. Rosenbaum, separamos los hechos referidos por Hipócrates de las esplicaciones que de

ellos hace, se verá palpablemente que aquí se trata de lo mismo que describió Herodoto. Se encuentran entre los Escitas hombres que tienen el aire de mujer, que hablan como ellas, que se dedican á las mismas ocupaciones y viven con ellas. Su estado se tiene entre los Escitas por un castigo de la divinidad, y por consiguiente tienen á estos hombres un temor respetuoso. Todo lo demas pertenece á la imaginacion del autor, que hace todo cuanto puede por descubrir una causa natural, pero que deja á un lado la mas natural de todas únicamente porque no la conoce, y porque sabia el hecho no por una esperiencia propia, sino solamente de oidas.... Si esta descripcion fuera el resultado de su propia observacion, al decir el autor que los Escitas se hacen abrir las venas de detras de las orejas, hubiera podido espresarse diciendo; son estas las venas que me parece se abren. Sea de esto lo que quiera, es lo cierto, como ya he manifestado, que el autor ignoraba la causa propia de la afeminacion de los Escitas, y que las esplicaciones, probablemente por una equivocacion en las espresiones *αἰσθησις* y *εὐνοχία* no tienen otro objeto que el referir la pérdida de la facultad viril, la *αἰσθησις* propiamente dicha, á una causa natural, en cuya indagacion no considera la afeminacion sino como una circunstancia accesoria.

Creo que la disertacion de Mr. Rosenbaum ha conducido la cuestion al siguiente dilema: O bien, si se ha de referir Herodoto á Hipócrates, es preciso no entender la *enfermedad femenina* del primero como la han entendido la mayor parte de los autores antiguos que han llegado hasta nosotros y han hablado de ella, ó bien, si se ha de referir Hipócrates á Herodoto, es decir si se ha de entender, segun los testimonios antiguos, que la *enfermedad femenina* significa el vicio del *pathicus*, es preciso admitir que Hipócrates se preocupó tanto con la impotencia, que descuidó la afeminacion; y que al buscar la causa física de esta impotencia mezcló con la esplicacion de los hechos algunas otras, que hacen dudar de que hubiese visto por sí mismo lo que refiere en su libro.

Es diffeil decidirse en esta clase de cuestiones. Sin embargo, debo decir que me inclino á creer con Mr. Rosenbaum que mas bien debe referirse Hipócrates á Herodoto que Herodoto á Hipócrates, porque, como el, tambien me inclino á creer que el médico de Coe no consignó en el libro de Aguas, Aires y Lugares resultados que únicamente fuesen debidos á su esperiencia personal. La opinion que yo he formado, despues de la lectura de tan notable libro, es que Hipócrates, guiado por la fecunda idea de estudiar las influencias de los medios que rodean al hombre, reunió, no solamente lo que por sí mismo habia observado, sino todos los

materiales que la ciencia de su tiempo poseía sobre este objeto. Y para hacer ver que no faltaban materiales de este genero , séame permitido trasladar aquí una cita de Bailly que no me parece fuera de propósito.

«Si se considera que los antiguos no observaron jamas la salida y postura de las estrellas sino con el objeto de conocer y predecir los tiempos favorables á los trabajos del campo; que por consiguiente han debido acompañar cada una de sus observaciones de la de los vientos , lluvias, frio y calor; si se considera ademas que estas observaciones se habian esparcido por la Grecia desde Chiron, y por lo menos hasta Hiparco, lo cual hace un intervalo de 1200 años; que Calístenes encontró en Babilonia una serie de observaciones hechas en el espacio 1900 años, que probablemente eran en su mayor parte observaciones de este género, se convenirá en que estas observaciones continuadas por tan considerable número de siglos podian efectivamente ser útiles para conocer las causas de la destemplanza de las estaciones , ó por lo menos para predecir su revolucion , cualesquiera que fuesen sus causas. Se convenirá en que debemos echar de menos estas observaciones meteorológicas, nosotros que apenas tenemos de ellas un centenar de años, y que sobre este particular no llevamos mas ventajas que la exactitud de nuestros instrumentos y de las observaciones que de ellos resultan; ventaja que no siempre compensa la antigüedad de ellas mismas. Estas reflexiones deben hacernos respetar el trabajo de los antiguos. Si nosotros los hemos sobrepujado en muchas partes, aun sin embargo han de pasarse muchos siglos antes de que lleguemos al termino que los caldeos y tal vez los griegos consiguieron. (Histoire de l'Astronomie ancienne. Paris 1775, pág. 251.)

## EL EDITOR. (\*)



Mucho siento no haberme podido proporcionar los comentarios de nuestros célebres autores Lázaro Soto y Antonio Nuñez Zamora, con que hubiera deseado anotar este tratado, á pesar de las vivas diligencias que he practicado para conseguirlos. No quiero sin embargo dejar pasar este escrito sin que en él queden grabados sus nombres inmortales, así como tambien deseaba citar á nuestro Juan de Dios Huarte, no porque se haya ocupado de traducirle ni comentarle, sino porque, apoyándose especialmente en su doctrina, compuso su erudito libro titulado *Exámen de ingenios*.

(\*) Tenemos el sentimiento de comunicar á nuestros lectores que circunstancias particulares han obligado al colaborador D. Ramon Estéban Ferrando á variar de residencia, separándose á larga distancia de esta Córte, lo cual le ha precisado á abandonar esta empresa; la cual, quedando exclusivamente á cargo de D. Tomas Santero, continuará sin interrupcion, con la actividad y esmero que sea posible.

Por mi parte poco podré esponer acerca del sublime escrito que acabamos de trasladar á nuestro patrio idioma, por ser tan clara, sencilla y verdadera la doctrina que contiene, que apenas necesita de comentarios. Se ve en él consecuente al autor con las ideas emitidas en el libro de la Medicina Antigua que precede, y manifiéstase ostensiblemente la profundidad de conocimientos que este genio sublime poseía. Las verdades emitidas en este gran libro con respecto al notable influjo de los climas y las estaciones en la salud y moral de los hombres, emanadas de su penetrante observacion y fino talento, se encuentran tan sólidamente fundadas, que tan florecientes aparecen en el dia como en la época remota de su feliz creacion. Prosigue en este tratado su venerable autor considerando la ciencia en su punto de vista mas estenso, dando á conocer la variada y necesaria influencia de los agentes que al hombre rodean de continuo, y que empezando á obrar fisiológicamente sobre su economía, concluyen por modificar su constitucion en términos de ocasionar dolencias verdaderas; y demostrando hasta á la evidencia este principio con el resultado de su fina observacion con respecto al influjo de los terrenos, las aguas y los vientos, hace ver la imprescindible necesidad que tiene el verdadero médico de estudiar topográfica y geográficamente el pais en que haya de ejercer su noble ministerio, si ha de llegar á conocer la naturaleza de sus habitantes, su idiosincrasia morbífica, el carácter y género de dolencias que deben afligirles de preferencia, y los medios por consiguiente mas adecuados para usar el método curativo que mas convenga. Basta para convenirse practicamente de sus eternas verdades, observar la disposicion fisiológica y predisposicion patológica de nuestros mismos provincianos y considerar las endemias que suelen abatir algunas de nuestras propias comarcas, y á poco que reflexionemos, no podremos menos de darnos por satisfechos.

Qué diferencia no existe en lo físico, en lo moral, y en las predisposicion morbosa entre un navarro y un andaluz, un gallego y un valenciano, un catalan y un estremeño, un aragones y un castellano? Sus formas, su índole, su disposicion intelectual, sus inclinaciones, sus hábitos, su temperamento en fin distan tanto entre ellos, que á simple vista puede ya advertirse la notable diferencia que los separa.

Hipócrates atribuye al poderoso influjo de los climas el valor guerrero de los pueblos, y nuestro autor rebaja hasta cierto punto la verdad de este aserto, como en su comentario hemos visto, poniendo por ejemplo algunos sucesos contrarios que la historia de las naciones ha presentado despues, y diciendo que el arte de la guerra es el que influye en el predominio de los ejércitos. Mas á pesar de todo, el hecho citado por Hipócrates, intriuse-

camente considerado, es irrefutable: los hombres de ciertos climas, los que habitan parages frios, elevados y bien ventilados adquieren una fibra mas fuerte y un ánimo, para despreciar los peligros por inminentes que sean, mucho mayor que los aclimatados en llanuras, poblaciones templadas, sitios húmedos y poco venteados. Pregúntese á los generales entendidos de la historia, fijemos la vista en nuestro pais y recorramos las páginas de nuestras mismas revoluciones, y véamos de parte de qué soldados ha estado siempre el mayor valor, cuando solos han peleado sin gefes instruidos, sin orden, sin táctica militar, y fiados únicamente á su suerte y ánimo valeroso. Muchas condiciones pueden por de contado modificar esta virtud, resultado inmediato de la organizacion, como ya el mismo Hipócrates advierte; y el que la historia nos presente sucesos opuestos á la regla general no debe servir de obstáculo para admitirla, principalmente en la guerra, en que la astucia puede siempre mas que el valor, por extraordinario que sea. Por lo demas, el valor, lo mismo que las demas cualidades morales de los hombres, van tan unidas á la organizacion animal, y estas dependen tanto del influjo del clima, que por ser un hecho manifiesto, ha sido invariable la doctrina espuesta por el padre de la ciencia en el tratado de que nos estamos ocupando.

El hombre es un ser sumamente modificable por lo mismo que es sensible; y todos los agentes físicos y químicos que de continuo egercen sobre él una accion constante no pueden menos de inducir en su organismo una variacion particular. El aire, por ejemplo, gravita continuamente sobre su cuerpo; y este peso que está siempre obrando sobre su superficie no puede menos de ocasionar una mayor ó menor condensacion de la piel y membrana pulmonar, segun su grado, dificultando en consecuencia relativamente el curso de la circulacion. Cuanto mayor dificultad esperimente la sangre en vencer el paso de los vasos capilares, tanto menos frecuente será la pulsacion; pero en cambio será tambien tanto mas enérgica, cuanto que, llenándose el corazón de mucha sangre por la lentitud con que circula, ha de producir una contraccion mas vigorosa para poder desembarazarse de ella. Lo contrario será efecto de una menor presion. Este diverso modo de circular el humor sanguineo, escitante general de todos los órganos, es claro que ha de imprimir en ellos y en su conjunto un sello particular. En efecto, las pulsaciones mas frecuentes obran sobre el organismo de un modo mas continuo y proporcionalmente menos intenso, y escitando mas á menudo, en un tiempo dado, los órganos todos y entre ellos el cerebro, centro de nuestras afecciones morales, ha de producir necesariamente en el hombre una sensibilidad mas esquisita, una movilidad mayor, propor-

cionada, y todas las condiciones orgánicas anejas á este modo de ser particular. La imaginacion y la memoria en tales sugetos serán mas vivas; el genio alegre y bullicioso; sobresaldrán en el estudio de las artes nobles; serán emprendedores, pero poco constantes y sufridos; y las enfermedades que padezcan no podrán menos de presentar las señales propias de tal temperamento. Por el contrario, las pulsaciones menos frecuentes pero mas enérgicas, imprimen en los órganos escitaciones menos repetidas pero mas profundas; producen en sus fibras una tension mayor y proporcionada, porque han de resistir al impulso mas fuerte de la oleada sanguínea; y esta continua resistencia ocasiona precisamente en ellas un desarrollo mas pronunciado. El vigor resultante de tal estado de la constitucion ha de ser grande por consecuencia; los movimientos de la economía serán mas lentos, pero tendrán mas energía; la imaginativa será menos creadora, pero el juicio mas profundo; el genio menos suave, y la constancia mayor en las empresas; sufrirán mas los sugetos de esta clase todo genero de molestias, y cuando agotado el sufrimiento traten de romper la cadena que los subyugue, no encontrará dique la pasion que los conmueva; porque todas las reacciones de su cuerpo y de su espíritu han de presentar la energía que el movimiento de la sangre ha hecho tomar á las fibras de su organismo. Lo mismo debe suceder en las dolencias que les aflijan.

Abstractamente considerado el efecto de la gravitacion del aire sobre el cuerpo humano, ha de ser el que brevemente hemos descrito con sus principales caractéres; mas una gran porcion de circunstancias concurren tambien simultáneamente á modificar ó bien á corroborar este resultado, como son la temperatura, el estado de sequedad ó humedad, y otras cualidades especiales que el terreno da á la atmósfera que le rodea. Un aire caliente ha de ser por precision mas raro, debiendo disminuir por lo tanto los efectos de la gravedad; y vice-versa, un aire frio se hallará mas condensado, y sus efectos han de ser congéneres de los ocasionados por un peso mas considerable. El calor no solo disminuye la presion y acelera por consiguiente el movimiento de la sangre, promoviendo los efectos que anteriormente hemos notado, sino que produce tambien expansion en los humores, determinando por consiguiente mayor facilidad para segregarse por sí, cuya accion es favorecida por la flojedad y laxitud que á las fibras acompaña, á causa de la poca resistencia que tienen que oponer al círculo sanguíneo. Por consiguiente, las propiedades orgánicas del cuerpo humano sometido á la accion de un aire poco pesado y caliente serán las anteriormente espuestas, pero en un grado mucho mayor. El frio por el



contrario, determina los mismos efectos que la mayor gravedad, constriñendo los tejidos y aumentando la rigidez de la fibra, así como también produce la condensación de los humores.

La humedad, es decir, el agua en forma de vapor absorbida por los poros del cuerpo, se interpone entre las moléculas de los sólidos orgánicos y los ablanda, disminuyendo su cohesión, y asociada á los humores dulcifica también sus propiedades escitantes, haciéndolos más fluidos; de modo que obra en sentido de la poca gravedad y del calor, quitando el tono á los sólidos, y rebajando la fuerza de agregación de los fluidos del organismo. La sequedad produce resultados contrarios; favorece la acción del frío y de la presión.

Hechase pues de ver las diferentes modificaciones que el aire ha de ocasionar en el cuerpo humano, según la diversa combinación de estas cualidades que tan variadamente se unen en los diferentes climas. Los terrenos además, según sus condiciones particulares, agregan á estas cualidades modificadoras algunas otras que no dejan de influir en la alteración de la atmósfera. Los sitios muy poblados de árboles son por lo común umbrosos; los pantanosos impurifican el aire con los perniciosos miasmas que desprenden de su maléfico seno; los litorales sobrecargan, con la humedad de los mares, á la atmósfera que los rodea, de los principios que saturan las aguas de estos; y los que se hallan alfombrados con diversidad de plantas aromáticas embalsaman su alrededor con las imperceptibles moléculas odoríferas que continuamente exhalan. Estas circunstancias particulares de los terrenos comunican al ambiente una cualidad especial, que aumenta la tonicidad del frío y de una presión moderada, ó modifica las condiciones opuestas, ó bien obra en sentido contrario amortiguando la sensibilidad y el círculo de la sangre, hasta ocasionando en los humores una alteración muy depravada.

La situación de los pueblos influye además en el predominio de los vientos, según que ocupen un profundo valle, ó la cúspide de una elevada colina, ó el declive de una escabrosa montaña. Se hallarán en tales casos ó bien resguardados de sus continuas agitaciones, ó espuestos al embate sucesivo de todos ellos, ó bajo el solo dominio de los septentrionales, los meridionales, los del oriente ó los del ocaso, según el punto por donde descubran un horizonte más estenso y más lejano. El predominio pues de los vientos hará las poblaciones más frías ó más calientes, más húmedas ó más secas, modificando á su vez las cualidades de la atmósfera en el sentido que hemos espuesto, y haciéndolas también de un temperamento igual ó muy variable.

Vemos pues cuanto pueden influir unas condiciones tan variadas en el organismo del hombre, produciendo cambios notables en su físico y su moral. Pero no son los aires los únicos modificadores de su economía: los terrenos crían plantas, y en ellos se apacientan multitud de animales destinados exclusivamente á su nutrición y sostenimiento, brotando además en su superficie manantiales mas ó menos ricos, mas ó menos numerosos de aguas potables ó impuras, cuyos agentes no son en verdad los que menos contribuyen á los cambios enunciados. La vegetación no es igual en todos los climas, ni en todas las alturas se desarrolla con la misma lozanía. En los climas templados y algo cálidos se despliega con el mayor vigor, al paso que en los excesivamente frios solo crecen plantas pigmeas que fructifican con mucha lentitud.

En parages bajos y húmedos los vegetales son tiernos y jugosos, preponderando en ellos el mucilago, al paso que en sitios de condiciones opuestas adquieren mas robustez, tienen mayor consistencia, y abundan en principios activos, acres y amargos.

Conócese fácilmente cuan de diverso modo han de obrar sobre la economía cualidades tan diferentes, proporcionándola aquellas una nutrición escasa y elementos acuosos ó insípidos, mientras estas por el contrario dan fuerza y vigor á los animales que las usan. Claramente se advierte, en consecuencia, cuan diversos serán los productos suministrados por estos, segun la clase de pastos con que se hallen alimentados: los unos darán una carne bien hecha, en que prepondere hasta con exceso la fibrina, una leche crasa que segregue poco suero, y así de lo demás, mientras la carne de los otros será blanda, pálida, insípida, mas gelatinosa que fibrinosa, la leche clara y muy serosa, y sus órganos todos presentarán un carácter análogo.

No se necesitan por cierto grandes comentarios para demostrar los diferentes efectos que han de dar por resultado alimentaciones de cualidades tan opuestas, formándose con una hombres fuertes, vigorosos, sanguíneos, activos, laboriosos, y con otra hombres flojos, linfáticos, cobardes e indolentes.

Los moradores de zonas excesivamente frias ó cálidas, donde el rigor de las estaciones no permite el desarrollo de la vegetación, ni el sostenimiento, por consiguiente, de los animales criados á pasto por el hombre para su alimentación, se ven precisados á proporcionarse con la caza los medios precisos para el sustento diario, logrando con ella animales silvestres y carnívoros, únicos que pueden vivir en un terreno seco y estéril; cuya especie de alimentación, juntamente con el género de vida y algunas

otras circunstancias, produce en ellos la ferocidad, haciéndoles hasta salvajes y verdaderos antropófagos.

La naturaleza intrínseca de los terrenos influye mucho también en todas estas modificaciones, pues un suelo arenoso, arcilloso, calizo, primitivo, ó de transición, no es igualmente apto para la vegetación, conservándose además en unos por mucho tiempo las aguas, mientras otros las dan un pronto paso.

El buen juicio del lector comprenderá fácilmente la multitud de modificaciones que la reunión de estas circunstancias pueden inducir en los climas, y conocerá muy bien el efecto que han de producir en la organización de los hombres que en ellos moren. Anejos á estos cambios de organización han de ser los trastornos morbosos á que se hallen espuestos, y el carácter que en ellos predomine no podrá menos de ser correspondiente. En los habitantes de climas cuyas condiciones sean apropiadas para mantener hombres robustos y sanguíneos, las flegmías, las fiebres de índole inflamatoria, las hemorragias y flujos activos, y las hipertrofias serán las afecciones que predominen; y en los de circunstancias opuestas, las lesiones contrarias serán las que preponderen: en todas las enfermedades que afecten á aquellos, el elemento positivo dará la ley; al paso que en las que afligen á estos las reacciones serán muy débiles, y la adinamia y la putridez estarán siempre amagando. Consiguientemente á esta consideración, el médico deberá estar prevenido para adoptar un plan curativo proporcionado, antiflogístico sin restricción en el primer caso, y con mucha reserva en el segundo, cuando las ocasiones lo requieran, recurriendo muy luego á los tónicos, antisépticos y escitantes, tanto internos como externos.

Si á esto pues agregamos el influjo que las aguas, el género de vida, y las instituciones de los pueblos ejercen en la economía, favoreciendo ó rebajando la acción de los modificadores espuestos, tendremos completado el cuadro magnífico que tan sábiamente supo delinear el inmortal Hipócrates.

Las aguas según su estado de pureza, su origen y temperatura obran de diverso modo, reparando convenientemente las pérdidas de los humores, ó bien modificando la constitución relativamente á sus cualidades.

Las de manantial, de fuente, de lluvia, las de nieve licuada con los ardores del sol y precipitadas en arroyos desde las altas montañas, las que pasan blandamente por el anchuroso cáuce de un río, y las detenidas en hondos y pestilentes pantanos no tienen en verdad las mismas propiedades; así como las termales difieren de las frías, y las que han sufrido la acción de algún mineralizador, sea el ácido carbónico ó el hidro sulfúrico,

ó bien las sales ó el hierro, producen en el organismo resultados muy diversos. Seria largo el esponer los efectos fisiológicos de estas clases de aguas; el padre de la ciencia los indicó muy bien, y no hay en la actualidad profesor que los desconozca. Los ejercicios á que los hombres se dedican se hallan por lo comun relacionados con su complexion misma; así que la gimnasia y la caza suele ser el entretenimiento de los pueblos vigorosos, al paso que los débiles y afeminados se entregan al descanso en brazos del amor y al arrullo de los placeres. No influyen menos las instituciones tanto políticas como religiosas en modificar el temperamento de los hombres; y en saber establecer sus dogmas de un modo conveniente, segun el carácter de los climas, consiste la verdadera ciencia del sabio legislador.

Deducido pues el espíritu filosófico de este gran libro, se encuentra en él encerrado el fundamento de la ciencia, y el gran principio de una buena legislacion. La fisiología, la higiene, la patología y la terapéutica hallan en su doctrina las bases en que se fundan, brillando juntamente en su esposicion los conocimientos astronómicos, geológicos, físicos y geográficos.

Con respecto al precepto que en este libro impone Hipócrates de no usar una medicina activa en épocas de grandes revoluciones atmosféricas, dice Mr. Littre que en Paris no puede observarse estrictamente, á causa de las continuadas variaciones que su clima experimenta. En este particular nos hallamos en Madrid en circunstancias análogas, viendo con mucha frecuencia variar el termómetro de uno á otro dia, y tal vez en uno mismo, de cuatro á ocho ó mas grados, y no ha mucho que hemos presenciado una variacion mayor: el precepto por consiguiente no puede guardarse de un modo muy riguroso en nuestros paises, en que tan frecuentes y repetidos son los cambios atmosféricos, porque nos hallaríamos reducidos casi siempre á ser meros espectadores de los graves trastornos acaecidos en la economía. Sin embargo, debe tenerse entendido que el repentino cambio de los vientos y las grandes alteraciones atmosféricas ocasionan generalmente movimientos notables en los cuerpos enfermos, y aun mas ó menos sensibles en los sanos, determinando un carácter especial en las dolencias que no puede fijarse de antemano. En efecto, una constitucion particular de la atmósfera determina en ocasiones un predominio inflamatorio, mientras en otras, al parecer análogas, produce un excesivo influjo nervioso. En las mudanzas naturales de las estaciones no es tan incierta esta relacion: conocido es el carácter que presentan las afecciones del invierno, de la primavera, del estío y del otoño, y ya anticipadamente puede conocerse;

mas no así en los cambios repentinos y extraordinarios. Esto sin duda hizo conocer al padre de la ciencia la gran reserva con que debía procederse en tales casos, siendo preciso que obre el médico con cautela para no esponerse á errar, adoptando un plan enérgico que tal vez favorezca los efectos desastrosos de la constitucion atmosférica. Harto sabido es que en unas, las sangrías, por ejemplo, producen escelentes resultados, al paso que en otras, hallándose bien indicadas, suelen ser seguidas del éxito mas funesto. Consúltese la historia de las epidemias, y miles de ejemplos vendrán en corroboracion de esta verdad demostrada por una larga esperiencia.

Creo pues, en vista de estas breves consideraciones, que siempre que acontezcan grandes y repentinos movimientos en la atmósfera, convendrá usar en las enfermedades una medicina espectante, si la gravedad de los accidentes ó la intensidad de los síntomas no reclama mas urgencia. En este caso deberá procederse con arreglo á las indicaciones; mas siempre con reserva, ínterin se manifieste francamente el carácter de la constitucion atmosférica. En los países destemplados, como el nuestro, podremos atemperar de este modo nuestra conducta médica al sábio consejo del oráculo de Coa, no permaneciendo en la inaccion en dichas épocas, mas sí obrando con cierta mesura hasta conocer la índole de dicha constitucion.

Se observa tambien en este escrito que Hipócrates no rehusaba absolutamente la esplicacion de los fenómenos naturales, pues le vemos en muchas ocasiones dar la razon de algunos de ellos, adaptándose á los conocimientos de su época; la observacion era su guía, y la sana razon analizaba despues el resultado de la esperiencia, que era su verdadero principio en todo caso.

Resplandecen en fin en este libro los profundos conocimientos que este hombre inmortal habia adquirido de las cosas físicas y de su influjo en la organizacion del hombre; y sus sábias máximas no solo florecen en el dia, despues del largo curso de veinte y tres siglos que en su rápido pasar marchitan todo, sino que radicadas en los eternos principios de una exacta verdadera esperiencia, partirán su perpetua vida con el porvenir entero. Terminaremos este pequeño artículo con las palabras de nuestro célebre Solano de Luque en su *Lapis Lidos Apollinis*, en que hablando de la verdadera doctrina hipocrática, y manifestando que en la mas juiciosa esperiencia tuvo origen la práctica del padre de la ciencia, que continuada llegó al aumento y repetida su constancia, pasó á la consistencia, tocando felizmente lo maduro, prudente y cierto de la senectud, concluye de este modo: «Hé aquí la cátedra, los libros y los ergos de que y con que Hipócrates formó y afianzó el mejor y mas seguro método de curar; esta fué

» la escuela donde cursó y aprendió toda su medicina, por lo cual ni las  
» edades, ni las sofistéricas, ni las cavilaciones de los hombres han podido  
» ni podrán oscurecerla, ni harán que sean otras las naturalezas de las  
» enfermedades, ni podrán llenar los tiempos ni períodos, ni cancelar la  
» ley de crecer y menguar de cada uno: conocido todo y promulgado por la  
» experiencia de este varon tan sin igual, es la razon que, como nada de lo  
» dicho depende de la opinion, ni tenga su ser en el entendimiento sino en  
» la naturaleza, por esto fué preciso que así como todos lo tocan y regis-  
» tran, cierto ninguno lo contradiga. Son finalmente las leyes médicas de  
» este príncipe tan firmes y seguras como los elementos del incomparable  
» Euclides, porque ni uno ni otro fundaron opiniones sino evidencias.»



Para formarse una idea de como concibe Hipócrates el estudio de la que  
 hay de común en las enfermedades agudas, bastará examinar una o dos sobre  
 los objetos de que se ocupa en este tratado. Examina sucesivamente la  
 atención del lector, la posición en la cama, el movimiento de las manos,  
 la respiración, los sudores, el estado de los hidrocóndrios, las hidrocóndrias,  
 que forman origen de las enfermedades, el estado de las deposiciones,  
 las orinas, las vomituras, el estado de los vasos de Hipócrates,  
 lo que el médico debe observar en el estado de la enfermedad, y lo que se  
 debe hacer en su curación. Este tratado no es un tratado de pronóstico de una  
 enfermedad particular, sino el de la enfermedad en general, descrito en que se  
 incluye católicamente la medicina de la escuela hipocrática.

# PRONOSTICOS.



Después de haber expuesto los signos de las orinas, siendo Hipócrates  
 y no se debía cuidar por el estado de la orina, si la vez que pasase al  
 y que se examinaba con el dedo índice, y no de otro modo.  
 y el cuerpo, y el estado de los vasos de Hipócrates,  
 había estado en la orina, en las deposiciones de los orina-  
 nos orinas, y en las deposiciones de los orinas, en las deposiciones de los orina-  
 tra la significación del Pronóstico, pues se trata en este libro de los signos  
 de todo el cuerpo, y no de los de un órgano en particular.  
 Este libro pues comienza el Pronóstico de Hipócrates, no como un libro  
 de semeiología, sino como un verdadero tratado de patología general. Cor-  
 responde el Pronóstico, por lo perteneciente a las enfermedades agudas lo-  
 cales, y nuestros libros modernos en que se expone la historia de las en-  
 fermedades; en vez de describir las acciones particulares, describe Hi-  
 pócrates las modificaciones comunes que el cuerpo recibe de ellas.

# COMENTO.



**E**L objeto del tratado del *Pronóstico* es la esposición de lo que debe considerarse en las enfermedades agudas. Así pues, debe advertirse que solo se trata en él de las enfermedades agudas y febriles; estender mas allá de este límite las ideas de Hipócrates sería equivocarse, y disminuir extraordinariamente el valor y mérito de su libro.

Tiene por objeto lo que los médicos de su época llamaban *prognosis*, *προγνωσις* ó *προγνωια*: cuya voz, á pesar de su significacion etimológica, comprende lo *presente*, lo *pasado*, y lo que ha de suceder en la enfermedad.

El resultado de esta doctrina es poner al médico en estado de juzgar del curso de las enfermedades y del valor reciproco de los síntomas, de emplear con mayor seguridad los medios terapéuticos, y grangearse, por esta habilidad de adivinar lo que no aprende por boca del enfermo, la confianza de aquellos que ponen en sus manos el cuidado de su salud.

Para formarse una idea de como concibe Hipócrates el estudio de lo que hay de comun en las enfermedades agudas, bastará echar una ojeada sobre los objetos de que se ocupa en este tratado. Examina sucesivamente la alteracion del rostro, la posicion en la cama, el movimiento de las manos, la respiracion, los sudores, el estado de los hipocondrios, las hidropesias que traen origen de las enfermedades agudas, el sueño, las deposiciones, las orinas, los vómitos y la expectoracion. Esto es, en juicio de Hipócrates, lo que el médico debe examinar con especialidad al acercarse á la cabecera de un enfermo. En este exámen no se encuentra el diagnóstico de una enfermedad particular, sino el del estado general; diagnóstico en que se fundaba enteramente la medicina de la escuela hipocrática.

Despues de haber espuesto los signos de las orinas, añade Hipócrates: «No os dejeis engañar por el aspecto de la orina, si la vejiga padece alguna enfermedad; porque entónces este aspecto es un signo, no de todo el cuerpo, sino solo de la vejiga.» Este pasage nos prueba que Hipócrates habia atendido á las alteraciones de la orina en las afecciones de los órganos urinarios y en las generales, y al mismo tiempo nos demuestra la significacion del *Pronóstico*, pues se trata en este libro de los signos de todo el cuerpo, y no de los de un órgano en particular.

Débase pues considerar el *Pronóstico* de Hipócrates, no como un libro de semeyótica, sino como un verdadero tratado de patologia especial. Corresponde el *Pronóstico*, por lo perteneciente á las enfermedades agudas febriles, á nuestros libros modernos en que se espone la historia de las enfermedades; en vez de describir las afecciones particulares, describe Hipócrates las modificaciones comunes que el cuerpo recibe de ellas, y como este conocimiento es el que indica el estado presente del enfermo, el que enseña á preveer el futuro, y el que manifiesta el uso conveniente y oportuno de la terapéutica, resulta que Hipócrates, al trazar este cuadro, ha enseñado al médico práctico todo cuanto le conviene saber, bajo el punto de vista de la medicina antigua, en el tratamiento de las enfermedades agudas febriles. Así que termina su libro diciendo: «No debe exigirse el nombre de alguna enfermedad que no se halle aquí inscrito; porque todo lo que se juzga en los períodos mas arriba establecidos se conoce por los mismos signos.»

Mientras mas nos hemos alejado de los tiempos de Hipócrates, mas tendencia hemos tenido á considerar su libro como una coleccion de proposiciones de semeyótica. Este es un grave error que hace desconocer completamente su significacion y utilidad. La semeyótica se propone, segun la conciben los modernos, indicar lo que anuncian en bien ó en mal los sig-



nos observados; y el *Pronóstico* de Hipócrates tiene por objeto esponer los síntomas comunes á todas las enfermedades agudas febriles. Se ve pues de cuan diferente modo se conciben la semeyótica moderna y el *Pronóstico* de Hipócrates.

Este tratado se refiere á la idea que dictó el libro de la *Medicina antigua*. En efecto, lo que Hipócrates recomienda en este, como doctrina fundamental de toda la medicina, es que debe estudiarse el ser viviente, ó en su propio lenguaje, *el hombre*, en sus relaciones con las cosas esteriorres, y comprobar las modificaciones que de ellas recibe. El *Pronóstico* es una aplicacion de este principio general. Hipócrates no esponer en él, como hacen los modernos, los signos particulares de las enfermedades; pero fiel á la doctrina de la antigua ciencia, abraza y reúne las principales modificaciones que experimenta el cuerpo enfermo bajo la influencia de las enfermedades agudas y febriles. Así, en lugar de esponer en él los síntomas especiales de la pulmonía, de la angina, de las fiebres, señala los síntomas comunes á estos diversos estados; de modo que considera el cuerpo en su conjunto, conforme al método espresado en el libro de la *Medicina antigua*.

La ciencia antigua, y por consiguiente la medicina que formaba una de sus ramas, era esencialmente sintética. Platon, en el *Charmida*, dice que no se puede curar la parte sin el todo. El filósofo habia tomado esta idea de la medicina que en su tiempo se enseñaba; la cual procedia del todo, del conjunto; y tenemos de ello una prueba en el *Pronóstico*, que nos manifiesta de una manera singular como se atempera la composicion de los escritos particulares á la idea general de la ciencia. Este libro, tal como Hipócrates le formó, no podia componerse mas que en una época en que la medicina conservase aun el sello de las doctrinas enciclopédicas, que habian constituido la esencia de la enseñanza oriental.

Se advertirá en él que se habla mucho de las afecciones del pecho, pulmonía y pleuresia, lo cual se observá tambien en otros muchos escritos hipocraticos: parece que en el clima de la Grecia se padecian con mucha frecuencia estas afecciones. La descripcion que de ellas hace Hipócrates, aunque á la verdad muy compendiada, me inclina á pensar que, si es exacta esta descripcion, no seguian el mismo curso que entre nosotros. En efecto, qué son esos empiemas que, segun Hipócrates, se abrian paso al exterior bajo la forma de espectoracion purulenta? ¿Podrá creerse que bajo la denominacion de empiemas se comprendiesen los derrames pleuríticos? Pero estos no se abren al exterior, sino que se curan por reabsorcion. Y entonces, ¿qué son esos empiemas señalados por Hipócrates como termi-

nacion de las periphneumonías, y esas espectoraciones purulentas que favorecen su evacuacion? Me es imposible responder á estas cuestiones: acaso observaciones hechas en la misma Grecia podrian resolver este problema.

Traspasaría los límites y el objeto de este comento, si examinase detalladamente el valor definitivo que puede darse, en el estado actual de nuestros conocimientos, á cada una de las proposiciones del *Pronóstico*. Me contentaré con dejar aquí consignado el juicio establecido por un hombre muy docto sobre las observaciones relativas á un objeto particular, al estudio de la orina.

«Las observaciones de Hipócrates, dice Mr. Rayer, sobre las orinas *crudas*, pálidas y transparentes, sobre las orinas espesas y *cocidas* (probablemente cargadas de ácido úrico y de uratos), sobre las orinas negras, (probablemente sanguinolentas), sobre las orinas cargadas de arenillas, y sobre las que presentan sedimentos mas ó menos considerables, han sido por largo tiempo la única riqueza de los semeyologistas, y el tema de sus comentarios. Pero, debemos decirlo, han reproducido toda su doctrina, y casi siempre sin crítica ni exámen. Todos han repetido, tomándolo de Hipócrates, que las orinas eran espesas en los niños, y que su transparencia era mal signo; y sin embargo nada era mas fácil que comprobar lo contrario. Todos han indicado la formacion de sedimentos en la orina al fin de las enfermedades agudas, sin añadir que se hacen con mucha frecuencia transparentes y menos cargadas cuando se declara la resolucion de la enfermedad ó la convalencia, y casi todos han referido á la situacion de las núbéculas, á su elevacion ó aposamiento, signos pronósticos que jamas ha confirmado la observacion. Con todo, á pesar de estos vacíos y de estos errores que francamente denuncio, porque han sido reproducidos en millares de volúmenes, las observaciones de Hipócrates sobre la orina ofrecen un verdadero interes.» (*Traite des maladies des reins*, t. I, p. 217.)

Lo que Mr. Rayer dice de las observaciones hipocráticas sobre la orina, se aplica en general á las demas observaciones contenidas en el mismo libro; es decir, que en parte se fundan sobre hechos bien observados, y en parte sobre conclusiones dudosas ó erróneas. En fin, me parece que el principal defecto que en ellas se encuentra es que están demasiado generalizadas, y que el autor no tuvo tan en cuenta como debiera las escepciones.

En todo caso, su valor semeyológico es, en sentido de la doctrina hipocrática, secundario. Agrupadas, como lo están, con el objeto de presentar el cuadro de fenómenos generales que las enfermedades agudas y febriles producen en la economía, tienen por objeto instruir al médico de

lo que va á sobrevenir, no para que lo prediga y se atenga á este conocimiento, sino para que obre segun convenga. Así que las indicaciones que para nosotros se deducen con especialidad del diagnóstico, resultaban para Hipócrates particularmente del pronóstico, entendido de esta manera.

Continuamente se habla en el *Pronóstico* de las crisis y de los dias críticos: Hipócrates los atribuye una generalidad que no han confirmado las observaciones modernas. Sin embargo, se encuentran algunos casos en que una crisis manifiesta determina la solucien de la enfermedad, lo cual se halla establecido de una manera incontestable por observaciones exactas. De aquí resulta que unas enfermedades no tienen crisis algunas manifiestas, y son el mayor número entre nosotros, y otras se terminan por un verdadero movimiento crítico. En el dia, pues, seria un objeto de estudio mas importante el procurar hacer la division entre las enfermedades críticas y no críticas, y señalar las circunstancias que concurren en unas y otras.

Hipócrates dice: «En todo año y en toda estacion los malos signos anuncian el mal y los buenos signos anuncian el bien.» Si me atreviera á oponer mi parecer al de Hipócrates, y consignar aquí lo que me ha enseñado la esperiencia, diria que en toda enfermedad aguda importan poco los buenos signos; que solamente es necesario apreciar la gravedad de los malos.

Un pasage de este tratado ha ocupado mucho á los comentadores, tanto antiguos como modernos, cual es el de lo *divino* en las enfermedades. Aunque esta espresion sea muy vaga, sin embargo, no se puede menos de creer que Hipócrates atribuye aqui las enfermedades á un castigo celeste. Hay en el tratado de *Aires, Aguas y Lugares* una polémica contra esta opinion vulgar, é Hipócrates, que sostiene allí de la manera mas esplicita que ninguna enfermedad es mas divina que otra, que todas son divinas y todas son humanas, y que ninguna se produce sin una causa natural, Hipócrates digo, habrá profesado en otra parte una opinion tan opuesta? Galeno, despues de discutir todas las opiniones emitidas antes de él sobre esta dificultad, cree que esta espresion significa aquí las influencias atmosféricas, las cualidades ocultas que el aire adquiere en algunas ocasiones y que se dejan conocer muy bien por la esplosion de diferentes enfermedades. Me parece que esta interpretacion de Galeno es inadmisibile, en razon al sentido preciso de castigo divino que la palabra θεων tiene en los pasages del tratado de *Aires, Aguas y Lugares*, en que Hipócrates combate á los que creen que hay enfermedades enviadas por la divinidad. Es pues lícito creer que en el intérvalo que trascurrió entre la composicion del *Pronóstico* y

la del libro de *Aires, Aguas y Lugares*, se modificaron las ideas de Hipócrates. De aquí se podría concluir que el *Pronóstico* es un libro de su juventud.

Algunos comentadores y traductores han supuesto que el *Pronóstico* era suficiente para la enseñanza de toda la medicina. Así, Bosquillon dice en su prefacio, que los *Aforismos* y el *Pronóstico* son el compendio de toda la ciencia. Esto es una exageración evidente, que hasta se convierte en detrimento del mismo libro de Hipócrates; en efecto, no solamente el *Pronóstico* no encierra toda la medicina, sino que únicamente está consagrado al exámen de las enfermedades agudas febriles, y aun en estas enfermedades solo trata de lo que tienen de común. Se ve pues, que los talentos estudiosos que en él buscaran un compendio de toda la medicina, se encontrarían chasqueados; pero si buscasen en él lo que contiene realmente, es decir, un punto de vista que parece nuevo á la ciencia moderna, justamente porque es antiguo, les serviría de provecho é instrucción.

El *Pronóstico* de Hipócrates, aun en el día, podría ser recomendado como el fundamento de un nuevo estudio; sería en efecto importante y útil el hacer con los conocimientos modernos lo que Hipócrates hizo en su tiempo sobre los síntomas de las enfermedades agudas y febriles. Independientemente de la afección local que existe, las enfermedades, y sobre todo las febriles, se generalizan con mucha fuerza y prontitud; el estudio de estas generalidades no está hecho; sería por lo tanto muy útil saber la parte que toman las fiebres, las pulmonías, las anginas, las lesiones traumáticas acompañadas de reacción febril, etc., en las modificaciones que imprimen en el organismo. De este cuadro carece tanto la fisiología como la patología, y ciertamente suministraría nociones útiles á los prácticos en los casos en que las indicaciones especiales y precisas no son muy manifiestas.

Lo mismo que el libro de la *Medicina antigua* y el tratado de *Aires, Aguas y Lugares*, se distingue el *Pronóstico* por la escelencia del estilo y de la esposición. Algunos trozos se conservan como clásicos; citaré la pintura que hizo Hipócrates de la fisonomía del enfermo descompuesta por el padecimiento, y que se conoce con el nombre de cara hipocrática. Una comparación hecha ya por Mr. Ermerins y Mr. Hudart, cuya completa exactitud he visto yo confirmada, ha demostrado que el *Pronóstico* ha sido radactado con los elementos que constituyen las *Prenociones* de Coo. Cualquiera que haya sido el autor ó autores de estas *Prenociones*, Hipócrates las tuvo á la vista, las ordenó, y con el auxilio de su esperiencia propia, entresacó de ellas las que le parecieron tener un carácter particular: despues, en un preámbulo, espuso el modo como él concebía que debía el

médico práctico observar las enfermedades agudas febriles para apreciar su intensidad y su curso, y á ellos arreglar su tratamiento y finalmente, en una conclusion que reasume todo su pensamiento, recuerda que la doctrina que acaba de esponer es la doctrina general de las enfermedades agudas febriles. De este modo se ha compuesto el *Pronóstico*.

En último resultado, el médico que en el dia quiera leer el *Pronóstico* de Hipócrates encontrará primeramente observaciones detalladas que casi siempre tienen el mérito de una gran verdad y que se han repetido muchas veces; notará despues la gran diferencia que separa el juicio antiguo del moderno por lo que toca á la medicina; y finalmente, si se halla dotado de un talento laborioso, conocerá que la comparacion del pensamiento antiguo es susceptible de fecundar el moderno, y que se encontraría un nuevo y vasto campo que explotar, si se aplicase la doctrina de Hipócrates á tantos hechos como ha recogido la medicina desde el tiempo de este hijo de los Asclepiades.

«Es propio, dice Galeno (t. 3, p. 390, Ed. Basil.) es propio de un médico hábil y digno del arte de Hipócrates, el prever el momento en que la enfermedad llegará á su máximun.» Esta prevision no es por parte del médico en el dia el objeto de una atencion tan constante, como le era para el médico formado en la escuela de Hipócrates. Se insiste en el diagnóstico, se buscan todos los detalles, se le determina tan rigurosamente como es posible, y con mucha razon sin duda; pero creo que no se debiera perder de vista el conjunto de la enfermedad y las fases que ha de recorrer. Si pues á la exactitud moderna se uniese algo de la *prevision* antigua, es decir, si se acostumbrase á combinar con el diagnóstico particular del asien- to ó de la especie de la enfermedad el diagnóstico general á que Hipócrates daba el nombre de prognosis, se utilizarían, con provecho de la medicina contemporánea, ideas y estudios que han servido mucho y pueden servir todavía; de tal manera, que yo veo en el estudio del *Pronóstico* de Hipócrates una doble ventaja: el práctico puede aprender en él á asegurar su práctica, y el patólogo á desarrollar ciertos puntos de la ciencia que permanecen todavía en la oscuridad.

## BIBLIOGRAFIA. (1)



Los manuscritos de la biblioteca real de Paris que contienen el *Pronòs, tico* son: el 36, 396, 1884, 2140, 2141, 2142, 2143, 2144, 2145, 2146, 2235, 2256, 2266, 2269, 2330, 2257, 2228, 2229, 1883, 2316, 2319, 446.

*Liber Pronosticorum Hypocratis.* (Este es el 5.º trozo en la coleccion de Articella, reimpressa muchas veces. Esta traduccion latina parece haberse hecho del Arabe.)

*Aphorismi Jo. Damasceni et Rasis cum prognosticis Hippocratis, Bonon. cura Platonis de Benedictis S. A. 4.º versio est ex arabico.*

(1) Las noticias bibliográficas que pongo aquí son tomadas del excelente artículo sobre Hipócrates de Ackermann, insertado en la *Biblioteca griega* de Fabricio, edicion de Harles. He añadido algunas, aunque raras adiciones hechas por Kühn, y otras aun mas raras por mí.

Hippocratis prognostica cum commentario Galeni, interprete Laurentio Laurentiano Florentino. Flor. 1508, in f. (Bibl. sen. Lips.) 1543, in 8.°, Paris, 1557, in 8.° 1631, in 12.

Hippocratis Cei præsigiorum libri tres, ejusdem de ratione victus in morbis acutis libri quatuor, interprete Guil. Copo Bas. Præfationem dedit Copus Lutet. X calend. Apr., 1511. — Repetita est hæc editio, sed Prognosticorum tantum, Basil. 1543, in 8.° Lugd. 1525, in 12. Additsunt huic editioni annotationes in quosdam locos commentariorum super prognostica Hippocratis, ex codice Hippocratis manuscripto, quæ in primis editionibus desiderantur. Cum præfatione Fr. Lenii: Vicent. 1611, in 16. Cum Aphorismis Nic. Leonicensi interprete prognostica prodierunt latine Guil. Copo interprete Paris ex officina Colinei, 1524, in 12. Latine apud H. Stephanum, 1512. Cum præfatione Jo. Jac. de Sabiis Bonon., 1526 in 4.°

Galenii commentarius ex versione H. Blacvædei. Paris 1525.

Galenii commentarii in Prognosticum Hippocratis. Paris, 1526 in f. 1527, in f. interprete Vassæo, 1535, in f.

Thaddæi expositio in divinum librum Prognosticorum. Ven. 1527, in f. Cum Galeni commentario.

Hippocratis et Galeni libri aliquot ex recognitione Fr. Rabelæsi Lugd. 1532, in 12, 1543, in 12, 1545, in 8.° Prognosticum continet in tres libros divisum. Venet., 1547, in 12, 1620, in 12. Cph á Vega versio. Salamant. 1552, in 8.°, Bura Opsopœi, Francf. 1587 in 16. Studio Thom. Mouffet. Francf. 1588, in 8.°

Le livre des presaignes, traduit par Pierre Verney, á Lyon, 1542, in 8.°, 1552, in 8.° (Hall. Bibl. med. pract. I, p. 36, 39.)

Henrique á Cuellar cum commentariis Galeni in Hippocratis Prognosticon. Coimbræ, 1543, 1582.

Hippocratis Prognosticon cum commentariis Galeni et adnotationibus Christophori de Vega. Lugduni, 1551, in 8.° (Gunz. Bibl.)

Bened. Victorii commentarius in Prognostica. Flor. 1551, in f.

Claudii Galeni in Hippocratis Cei Prognosticon comentarius in tres libros divisus, interprete Jo. Goræo. Lugd. 1552, in 12.

Hippocratis Aphorismi digesti in ordinem secundum locos congruentium secum materiarum, cum breve expositione ex Galen. commentariis. Ejusdem Hippocratis Prænotionum libri tres cum explanatione ex eodem fonte. Lugd. 1555, in 12. Joannes Butinus interpretes est, præfatione docenti. Altera editio. Lugd. 1580, in 12. Butinus nomen in titulo gerit et textum græcum simul exhibet. Altera est Aureliopoli, 1625, in 16.

Hippocratis aphorismorum libri VII. Prognostica. Coacæ prænotiones

Prorrheticorum libri II. De insomniis. Jusjurandum. Par apud Morelium, 1557, in 12. Cum excerpto ex libro Jac. Sylvii, de ordine et ordinis ratione in legendis Hippocratis et Galeni libris.

Hieron. Cardani comentarii. Baz. 1362, in f. et in Oper., t. VIII, p. 581.

Jo. Molpæi tabulæ quæ libros tres de Prognosticis complectuntur. Paris, 1567, in 4.º

Divi Hippocratis Prognosticon latina ephrasis ex mente Galeni, auctore P. Blondello Calexio, med. reg. Lutet. apud Robertum Stephanum. 1575, in 4.º.

And. Eglinger. poetica paraphrasis. Francof, 1579, in 8.º

Hippocratis Cei Jusjurandum, aphorismorum sectiones VIII, Prognostica, Prorrheticorum libri II, coeca præsentia, græcus et latinus contextus accurate renovatus cura Joa. Opsopæi, Francof, 1587, in 12. (Opsopæo se sirvió de un manuscrito que le habia proporcionado Cordeo, á quien ya he citado en algunas variantes anteriores.)

Fr. Vallesii in *Prænotionum comentarii tres*, Colonia, 1589, in f. (Cat. Gunz.) Paris 1664, in f.

Ant. Lopi breves adnotationes in *prænotionum librum*. Matrit, 1596, in 4.º

Hier. Mercurialis comentarii in Prognostica. Francof. 1602, in f., et in Pisanis prælectionibus. Ven., 1597, in f.

Rodrigo á Fonseca commentarius, Patav. 1597, in 4.º

The book of the presages of deuyne Hippocrates deuyded into three parts. Also the protestation, which Hippocrates caused his schollers to make. The whole newly collected and translated by Pt. Low, Arrelian doc, in the faculty of chirurgerie in Paris. Lond. 1597, in 8.º (Este libro se ha publicado con la obra del mismo autor titulada: The whole course of chirurgerie. Lond. 1597, in 8.º)

Hippocratis Cei prolegomena et Pronosticorum libri tres cum paraphrastica versione et commentario Jo. Heurnii. Lugd. Bat., 1597, in 4.º, 1603, in 4.º et in oper. omn. Lugd. Bat., 1609, in 4.º

Jac. Lavellii commentarius in librum I Prognosticorum Hippocratis. Ven., 1602, in 4.º 1609, in 8.º

Hippocratis Cei Aphorismi græce et latine una cum Prognosticis, Prorrheticis, Coacis et aliis decem ejusdem opusculis, pleraque ex interpretatione Jo. Heurnii. Lugd. Bat. 1607, in 12.

Jac. Ant. Phrigii comentarii. Ticini, 1608, in 8.º

Aphorismorum Hippocratis sectiones VII. P. Frc. Occlerio autore. Ven.



1620, in 12. Hic Oggerius auctor audit et Prognosticon peculiarem titulum habet. Iterum cum Aphorismis. Guil. Copo interprete. Ven. 1674, in 12. Iterum Vienn. 1726, in 12. Prognosticon ex Copi interpretatione legitur, á pag. 99.

Hon. Bicaise, sintaxis prœnotionum. Aquis Sext. 1635, in 12.

Hippocratis Aphorismorum sectiones VII, Nic. Leoniceno interprete, accessit octava ex Ant. Muse Brassavoli commentariis; item prognosticorum libri tres. Patav. 1638, in 12. Prognosticis qui titulum peculiarem habent, annus 1637, subscriptus est. Ven. 1647, in 12.

Melch. Sebitz de θεωριου seu divino Hippocratis, Argent. 1643, in 4.º

Vates medicus Hippocraticus, seu Hippocratis Cui Prognosticorum liber, commentariis et notis illustratus, in lucem emissus á Barthol. Horn, Strals, 1645, in 4.º. Textus græcus est cum versione latina et commentario practico.

Chr. Lange de facie hippocratica. Lips., 1651, in 4.º ed. Grunero, 1784, in 8.º et in Schlegel Thes. semiot. patholog. Stendal. 1786, in 8.º vol. I.

Jo. Vorst de divino in morbis, quod observare in Prognosticis Hippocrates medicum jussit. Leid. 1654, in 4.º

Car. Vallesii de Bourgdieu aphorismi prognostici in febribus acutis, commentariis illustrati. Rom. 1569, in f. (Cat. Gunz.)

Car. Sponii Sybilla medica Hippocratis libellum prognosticon heroico carmine latino exprimens, ad illustrem virum Guid. Patinum. Lugd. 1661 in 4.º 1666, in 4.º

In Jo. Jac. Beccheri Parnassus medicus illustratus: Ein neues Thier—Kräuter—und Bergbuch, samtp der Salernischen Schul, u. den Præsagii vite et mortis. Ulm, 1663, in fol. (En la cuarta parte, despues de los preceptos de la escuela de Salerno, se encuentra el *Pronóstico* traducido á el aleman de la version latina de Guillelmo Copo).

Erh. Heidenecii *ΠΡΟΓΝΩΣΤΙΚΩΝ* VII Hippocratis Aphorismorum sectionum, Prognosticorum libri Hippocratis synopsis brevissima. Bas. 1685, in 4.º

Ca. Ph. Gessner, de divino Hippocratis. Gott, 1739, in 4.º et in G. G. Richter's Opusc. med. vol. I, p. 42, in locum Prœnotionum, § I. t. I, página 448, ed Linden.

Magni Hippocratis Cui opúscula aphoristica semiotica-therapéutica VIII una cum Jurejurando, græce et latine. Bas. 1748, in 8.º N. 2. Prognosticon continet, in sectiones divisum, secundum Foesii textum.

Hippocratis Aphorismi et Prognostica cum recognitione et notis Andrea Pastæ. Bergam, 1750, in 4.º 1762, in 12. Prognostica etiam prodierunt latine. Amst. 1755, in 12.

*Las obras de Hipócrates mas selectas traducidas al castellano é ilustradas por D. Andres Piquer, médico de cámara de S. M. Madrid, 1757: 3 volúmenes en 4.º* (Se han hecho tres ediciones, la tercera es de 1788. El tomo primero contiene el Pronóstico en latin y en español; este tomo ha sido traducido al frances por J. B. P. Laborie, con este título: *Les Pronostics d' Hippocrate, commentés par A. Piquer, d' apres les observateurs praticiens tant anciens que modernes, ouvrage traduit de l'espagnol, et augmenté d' une notice biographique, Paris 1822, in 8.º*)

*Du pronostic dans les maladies aigües, par Ch. Leroy. Montpellier, 1776 in 8.º, 1784, in 8.º* Este libro contiene extractos de los Pronósticos y de los demas libros semeyóticos de Hipócrates. Se ha publicado una traduccion de él alemana en Leipsick, 1786, in 8.º

*Hippocratis Aphorismi et Prænotionum liber. Recensuit notasque addidit Ed. Franc. Marc. Bosquillon. Paris, 1784, 2 vol. in 12.* Bosquillon ha añadido algunas variantes tomadas de los manuscritos de la Biblioteca Real de Paris.

The prognosticis and prorrheties of Hippocrates, translated from the original greck, with large annotations critical and explanatory, to which is prefixed a chort account of the life of Hippocrates by John Moffat. Lond., 1788, in 8.º

*Pronostiques et prorrhétiques d' Hippocrate avec tous les passages parallèles, traduits par Lefebvre-Villebrune, bibliothecaire de la Bibliotheque Nationale, Paris, en 3; in 16,*

*Pronostics et prorrhétiques d' Hippocrate latin-francais, traduction nouvelle por E. Pariset, 2. vol. in 24, Paris, 1817.*

Ademas de los autores españoles citados por Littré en esta bibliografía, que son los que he hecho poner con letra bastardilla, se han ocupado de este libro los siguientes:

*Juan Bravo de Piedrahíta*, que escribió un libro titulado, *in libris prognosticorum Hippocratis commentaria*, en Salamanca; 1578 y 1583, en 4.º

*Alfonso Lopez (Pinciano)* que publicó otro en Madrid, en el año 1596, titulado *Hippocratis prognosticum*. Creo que este es el mismo que cita nuestro autor con el título de *Ant. Lopi breves adnotationes in prænotionum librum*; y me lo hace sospechar la circunstancia de no conocerse ningun Antonio Lopez comentador de este libro, y la de convenir sus citas, en el año y sitio de la publicacion, con la de Alfonso Lopez de Valladolid.

*Gines Pastor Gallego* compuso un libro titulado *Brevis epithome valde utilis ad prædicendum futura in morbis acutis*, un tomo en 8.º de 168 páginas, impreso en Orihuela en el año de 1624; y aunque no es un verdadero comentario á los Pronósticos de Hipócrates, con todo, se hallan basadas en sus doctrinas las ideas que en el emite acerca del modo de predecir en las enfermedades agudas y de las crisis, y me parece por lo tanto digno de citarse.

Tenemos tambien de *Valles* el siguiente, que es uno de los que he tenido á la vista en la traduccion de este tratado: *Commentaria in Prognosticum Hippocratis auctore Francisco Vallesio Covarruviano, doctore médico, primarioque medicæ facultatis in Complutensi Academia professore. Alcalá, un tomo en 8.º 1567.*

No debo dejar pasar esta ocasion sin manifestar, en prueba de agradecimiento, que la exactitud de mis anotaciones en cuanto á las noticias bibliográficas de las obras de que me ocupo, la debo en gran manera al favor de mi apreciable amigo y comprofesor D. Juan Gualberto Aviles, que ha tenido la singular bondad de franquearme su rica biblioteca, compuesta de multitud de libros antiguos y modernos, con especialidad de autores españoles, cuya reunion fué obra del sabio y erudito D. Antonio Hernandez Morejon, su padre político, que se dedicó con particular empeño al estudio de la historia de la medicina española, como á todos es sabido, dejando sobre ella escrito un escelente trabajo, que honra á su patria, próximo ya á publicarse por el Sr. Aviles, y digno de la mayor aceptacion por su objeto y por su autor.

\* Deseoso de complacer á varios profesores que me han indicado lo grato que les seria recibir el testo latino de los Pronósticos y los Aforismos juntamente con la traduccion, he determinado hacerlo así; eligiendo para el actual tratado el de nuestro Cristobal de Vega, por ser español, por la claridad de su dicion y la bondad de su estilo, y en justo recuerdo de la merecida reputacion que siempre tuvo. El testo latino irá á continuacion del castellano.

## PRONOSTICOS.

1. Me parece muy bueno que el médico sepa pronosticar: (I) penetrando y esponiendo, antes de todo, á la cabecera de los enfermos, lo presente, lo pasado y lo que ha de suceder en el curso de sus enfermedades, y manifestando lo que ellos olviden, se grangeará su confianza, y convencidos de la superioridad de sus luces no dudarán en someterse á sus cuidados. Dirigirá tanto mejor la curacion de los males, cuanto que sabrá, con el auxilio del estado presente, leer en el porvenir. Dar la salud á todos los enfermos es imposible, aunque esto valdria mas que predecir la marcha sucesiva de los síntomas; pero una vez que los hombres mueren, sucumbiendo unos, antes de haber llamado al médico, víctimas de la violencia del mal, otros inmediatamente despues de haberle llamado, sobreviviendo un dia ó poco

(1) Aunque esta no sea la version literal del autor, es sin embargo la generalmente aceptada en las ediciones latinas y en las de nuestros comentadores, y la prefiero por lo tanto: el sentido es idéntico en unas y en otras, pero creo mas exacta la redaccion que admito.

mas tiempo, y espirando antes de que haya podido combatir con su arte cada uno de los accidentes, importa mucho conocer la naturaleza de las afecciones, saber cuanto pueden sobrepujar á la fuerza de la constitucion, y aun explorar al mismo tiempo si hay en ellas alguna cosa de divino, porque tambien debe tenerse conocimiento de ello. (II). De este modo el médico será justamente admirado, y ejercerá hábilmente su profesion: en efecto, preveyendo muy de antemano los accidentes que pueden sobrevenir podrá preservar mejor del peligro á aquellos cuyas dolencias sean curables, y conociendo y pronosticando los que deben perecer ó salvarse, no será vituperado.

2. En las enfermedades agudas deberá hacer el médico las siguientes observaciones: examinar primeramente el rostro del enfermo y notar si su fisonomia es semejante á la de las personas sanas, y sobre todo si es parecida á la del mismo paciente en estado de salud. Esta es la mas favorable, y cuanto mas se aparte de su natural tanto mayor será el peligro. Llegan las facciones á su mayor grado de alteracion, cuando la nariz está afilada, los ojos hundidos, deprimidas las sienes, las orejas frias y encojidas, sus lobúlos echados hacia afuera, la piel de la frente seca, tirante y árida, toda la tez verdosa ó negra, ó lívida ó aplomada. Si el rostro presenta estos caracteres desde el principio de la enfermedad, y los demas signos no suministran indicaciones suficientes, se preguntará al enfermo si ha pasado muchos desvelos, si ha tenido alguna gran diarrea, ó si ha sufrido hambre; porque si hubiese acontecido cualquiera de estos accidentes, deberá considerarse el peligro menos inminente. Semejante estado morbozo se juzga en un dia y una noche, cuando las causas indicadas mas arriba han sido las productoras de esta descomposicion de la fisonomía: pero si así no fuese, si la afeccion no cesase en el tiempo prefijado, debe tenerse entendido que está proxima la muerte. Si está descomposicion de la fisonomía

(II) Nuestro Piquer agrega á este párrafo lo siguiente: *deben tambien advertirse cuidadosamente las diferentes enfermedades epidémicas, y no ha de ignorarse la constitucion del tiempo.* Ninguna de las ediciones que tengo á la vista dice esto, excepto la de Calvo que pone... *prætereā si quid divinum calivē et aeris non benigni sit in morbis etc.* Me parece que Piquer, al agregar este pequeño párrafo al anterior, solo tuvo por objeto aclarar el *divinum* que precede, tomando lo añadido, de lo último de este tratado, como luego veremos. Carterio hizo lo mismo segun pone el autor en una de sus variantes.

se verifica en una época mas avanzada de la enfermedad, al tercero ó cuarto dia, se harán las mismas preguntas anteriormente indicadas, y se examinarán los demás signos, tanto los que se observan en el rostro como los que suministra todo el cuerpo. (III) Si los ojos rehusan la luz, si involuntariamente se llenan de lágrimas, si se presentan torcidos, si el uno se pone mas pequeño que el otro, si lo blanco se tiñe de rojo, si aparecen en ellos algunas venillas lívidas ó negras, si se forman legañas al rededor de la niña, si se hallan escitados convulsivamente ó como saliéndose de la órbita ó profundamente hundidos, si las niñas están secas y empañadas, ó se presenta alterada la coloracion de todo el rostro, debe tenerse entendido que el conjunto de estos signos es muy malo y de pronóstico funesto. Conviene tambien considerar como se ponen los ojos durante el sueño; pues si aparece lo blanco del ojo al traves de los párpados incompletamente cerrados, sin que haya precedido diarrea ó la administracion de algun purgante, y sin que el enfermo acostumbre á dormir de esta manera, este

(III) Me he tomado la libertad de introducir una pequeña variacion en el testo del autor, que termina este párrafo diciendo..... *como los que suministran los ojos*. Calvo, Foesio, y Vander Linden dicen, *que deben tambien tenerse en cuenta los signos expresados por el rostro, el cuerpo y los ojos*, cuya dición siguen nuestro Valles y Piquer, entre otros, si bien este último lo pone de este modo en la traduccion española y no en la latina, en que se halla conforme con la de Vega. Este célebre compatriocio coloca un punto entre las palabras *el cuerpo y los ojos*, de modo que el párrafo concluye diciendo que *debe atenderse á los signos suministrados por el rostro y el cuerpo*, y el siguiente empieza con las palabras.... *Y los presentados por los ojos, &c. Et ea quæ in oculis sunt etc.* Me ha parecido esta colocacion la mas exacta, ya porque habiendo dicho que debe atenderse á los signos expresados *por el rostro* parece una redundancia el hacer mencion particular de una de sus partes, cuales son los ojos, sin que se advierta que estos con especialidad deben llamar la atencion, ya tambien porque en el párrafo que sigue se trata de las señales que en ellos deben buscarse; y no es posible que Hipócrates, tan exacto y tan preciso en todas sus obras cometiese esta imperfeccion, que regularmente será debida á los copiantes, y que se remedia con facilidad admitiendo la puntuacion de nuestro Cristobal de Vega. Así lo he creido conveniente, y por lo tanto me he permitido esta variacion en el testo que traduzco.

síntoma es muy malo y anuncia un riesgo inminente. Si los párpados, los labios, ó la nariz se ponen torcidos, ó toman un tinte lívido ó pálido, concurriendo simultáneamente la aparición de alguno de los demás signos, se juzgará muy próxima la muerte. También es de funesto presagio el presentarse los labios flácidos, caídos, fríos y enteramente blancos.

3. Conviene que el médico halle al enfermo acostado sobre el lado derecho ó el izquierdo, con los brazos, el cuello y las piernas en semiflexión, y todo el cuerpo tendido de modo que esté flexible; porque así es como descansan en la cama la mayor parte de las personas sanas, y la mejor posición es aquella que mas se parece á la que adoptan los sanos. El estar acostado de espaldas, y tener los brazos, el cuello, y las piernas estendidas es menos favorable. La tendencia á escurrirse en la cama, bajando el cuerpo por sí propio hácia los pies, es todavía peor. Si se encuentra al enfermo con los pies desarropados, sin que el calor le obligue á ello, con los brazos, el cuello y las piernas descubiertas, y en posiciones irregulares, deberá formarse mal juicio, porque esto es indicio de grande agitación. Es también funesto que duerma el enfermo con la boca constantemente abierta, y que, acostado de espaldas, tenga las piernas estremadamente unidas ó separadas. El echarse boca abajo, si el enfermo no tiene costumbre de dormir de este modo cuando se halla bueno, indica delirio, ó dolor en las regiones abdominales. El deseo de levantarse (IV) en la fuerza de la enfermedad es malo en todas las afecciones agudas, pero lo es sobre todo en las peripneumónicas. El rechinar los dientes en las calenturas (V), cuando no es hábito contraído desde la infancia, amenaza al enfermo con un delirio ma-

(IV) Nuestros traductores españoles Vega, Valles, y Piquer ponen, en lugar de *levantarse*, *residere*, *sentarse*; y así mismo lo traduce el último en castellano. Foesio y Vander-Linden dicen *sedere*, y Calvo con nuestro autor traduce *surgere*, levantarse.

(V) A pesar de que todos los autores que llevo citados ponen del mismo modo esta traducción, con todo, en la de nuestro autor se observa que solo dice... *El rechinar los dientes*, sin espresar lo restante de este miembro del periodo. No espone el motivo de esta supresión, que tanto altera el verdadero valor de la frase, como hace siempre en ocasiones semejantes, lo que junto á la circunstancia de hallarse también, en su texto griego, espresado *en las calenturas*, me hace creer que ha sido la causa un error de imprenta; por cuyo motivo me ha parecido conveniente suplirlo en mi traducción.

niaco, y es muy grave; aunque conviene advertir el peligro respectivo: porque si el rechinamiento se une al delirio, constituye un signo de mal presagio; pero si el primero sobreviene al segundo, indica un estado muy alarmante. Deberá informarse el médico de si existia desde el principio de la enfermedad alguna llaga, ó si se ha formado durante el curso de la dolencia: pues cuando el sugeto ha de sucumbir, se pone, antes de la muerte, lívida y seca, ó pálida y seca.

4. En cuanto á los movimientos de las manos, hé aqui lo que he observado: en las fiebres agudas, en las peripneumonias, en los delirios febriles, en las cefalalgias, el llevar las manos hácia el rostro como buscando objetos que no existen, ó el ademan de coger motas, de arrancar pelillos de la ropa, ó de quitar pajillas de la pared, presentan otros tantos indicios de una funesta terminacion.

5. La respiracion frecuente indica dolor ó inflamacion en las regiones supra-diafragmáticas (VI); la profunda y hecha á grandes intervalos anuncia el delirio, y cuando el aire espirado sale frio de las narices y la boca es de muy mal agüero. Conviene tener entendido que una buena respiracion ejerce grande influencia en la curacion de todas las enfermedades agudas que van acompañadas de fiebres y se juzgan en cuarenta dias.

6. Los mejores sudores en todas las enfermedades agudas son los que se presentan en los dias críticos y hacen desaparecer completamente la fiebre. Son buenos, aunque no tanto, los que siendo generales hacen al enfermo mas soportable su dolencia; pero los que no producen ninguno de estos efectos no son ventajosos. Los peores son los sudores frios y aquellos que solo ocupan la cabeza, el rostro y el cuello; porque anuncian en las fiebres agudas la muerte, y en las menos intensas, la prolongacion de la

(VI) Nuestro Piquer no traduce *supra-diafragmáticas*, sino que dice... en las partes que estan cerca del septo transversa (ó diafragma); y se funda para ello en que, á pesar de que la proposicion  $\acute{\upsilon}\pi\epsilon\varsigma$  (*hiper*) con genitivo corresponde á *supra*, *sobre*, equivale tambien en ocasiones á  $\kappa\alpha\tau\alpha$  *circa*, *juxta*; y esto, dice, es mas conforme con la mente de Hipócrates y con lo que se ve en la práctica; pues la respiracion acelerada no solo se ve en las inflamaciones del pecho, sino tambien en las del hígado y de otras partes que estan debajo del diafragma y cercanas á él.



enfermedad (a). Son tambien malos los que se presentan en todo el cuerpo con los caracteres de los sudores de la cabeza. Los miliares (es decir, los que al salir forman gotas poco fluidas parecidas á los granos de mijo) y limitados al cuello son malos; pero los que forman gotas (mas ténues) acompañadas de vapor son buenos. Debe tenerse en cuenta todo lo relativo á los sudores, porque se verifican unos por la disolucion del cuerpo, y otros por la intensidad continua de la inflamacion.

7. Los hipocondrios se hallan muy buenos, cuando están blandos, indolentes é iguales, tanto en el lado derecho como en el izquierdo: pero si estuviesen inflamados, dolorosos ó tensos, ó presentando desigualdad entre la region derecha y la izquierda, deberán escitar los temores del médico (VII). Si existen pulsaciones en los hipocondrios, es señal de agita-

(a) Todo lo comprendido desde este punto hasta la conclusion de este capítulo 6.º falta en el manuserito 2228 y en los ejemplares antiguos. Galeno, que lo advierte, parece que tambien desechó este pasage, que no quiso comentar. Dice este autor, despues de anotar una leccion de Dioscorides sobre uno de los capitulos ya espuestos: «Hay en seguida escritas algunas líneas sobre los sudores; pero este pasage, que no se halla en todos los ejemplares, ha sido desechado con razon por algunos, como no perteneciente á Hipócrates, y entre otros por Artemidoro y Dioscorides.» A pesar de la reprobacion de estos antiguos espositores y de Galeno, he conservado este pasage, atendiendo á que se encuentra en algunos ejemplares. Por lo demas, los manuseritos 2229 y 2146 presentan gran variedad en la lectura.\*

Respecto á lo que dice en esta nota M. Littré, puedo añadir acerca de las ediciones que tengo á la vista, que las de Calvo, Foesio, Vander-Linden y nuestro Valles ponen tambien el pasage en cuestion. Cristóbal de Vega y Piquer le suprimieron.

(VII) Las ediciones latinas ponen *hypocondrium* ó *præcordium*, y el autor lo traduce tambien en singular: yo, sin embargo, he creido mas conveniente á la claridad y á la exactitud de la version ponerlo en plural al traducirlo, persuadido de que la mente de Hipócrates fue indicar con esta voz lo comprendido en toda la region abdominal que llamamos epigástrica. Piquer así lo entiende tambien, explicando, en su comentario á este pronóstico, que la voz *hypo-condrium* es equivalente á *debajo de las ternillas*, y que signi-

cion ó delirio; pero en estos enfermos es preciso, al mismo tiempo, consultar el estado de los ojos, porque, si las pupilas se mueven con frecuencia, es el delirio el que debe esperarse. Un tumor en los hipocondrios, duro y doloroso, es muy malo si ocupa los dos lados; pero si existiese solo en uno, es menos peligroso en el izquierdo. Semejantes tumores, cuando se forman al principio de la enfermedad, anuncian una muerte rápida: pero si trascurren veinte dias y el tumor no se deprime ni disminuye la fiebre, se forma supuracion en este sitio. En estos enfermos suelen aparecer tambien, en el primer periodo, epistaxis que los alivian mucho; por eso es preciso preguntarles si tienen dolor de cabeza, ó si se les turba la vista, pues cualquiera de estos signos indica la tendencia á verificarse el flujo por esta parte. La hemorragia debe mas bien esperarse en los jóyenes que no han llegado á los treinta y cinco años. Los tumores blandos, indolentes, y que ceden á la presion del dedo se juzgan con mas lentitud, y son menos peligrosos que los anteriores. En este caso, si continúa la fiebre sin cesar, por espacio de sesenta dias, y el tumor no se deprime, se establecerá la supuracion; lo cual no solo se verifica en esta especie de tumores, sino tambien en todos los que se forman en lo restante del vientre: es decir, que los tumores dolorosos, duros, y voluminosos presagian un peligro de muerte cercana, y que los blandos, indolentes, y que ceden á la presion del dedo duran mas tiempo. Los tumores situados en la region del estómago supuran con menos frecuencia que los de los hipocondrios, y los desarrollados en las regiones subumbilicales (VIII) son los que menos tienden á la supuracion. Las hemorragias deben principalmente esperarse en las

fica, por consiguiente, todo lo que hay situado debajo del cartilago xifoides y de las ternillas en que acaban las costillas falsas que van á unirse á este cartilago; y apoyado mi parecer en su autoridad, me he determinado á introducir esta modificacion.

(VIII) Me he tomado la libertad de poner *regiones subumbilicales* en vez de *umbilicales* que dice el autor, fundado en que, en las demas ediciones que tengo á la vista, se halla este párrafo del modo siguiente: *Los tumores situados en el vientre supuran con menos frecuencia que los de los hipocondrios; pero los que se hallan debajo del omblijo no tienden á la supuracion.* Nuestro autor me parece mas preciso al traducir... *los tumores situados en la re-*

afecciones que tienen su asiento en las partes superiores; y siempre que los tumores persistan largo tiempo en ellas, debe preverse la supuracion. En estos abscesos debe considerarse lo siguiente: los que se dirigen hácia el exterior son los mas favorables, si son pequeños, con gran prominencia hácia afuera, y terminan en punta; pero los grandes, anchos, y que no terminan en punta son los peores. De los abscesos que se abren al interior, los menos malos son los que no tienen comunicacion ninguna con el exterior, que no forman prominencia, que son indolentes, y no producen alteracion en el color de la piel. Para que el pus sea de buena calidad, debe ser blanco, homogéneo, trabado, y sin mal olor; el que presente propiedades contrarias es malo.

8. Las hidropesías que provienen de enfermedades agudas todas son malas; no libertan al enfermo de la fiebre, y son muy dolorosas y funestas. Las mas de ellas proceden de los vacíos y de los lomos, y otras vienen del hígado. Cuando tienen su origen en los vacíos ó en los lomos, se hinchan los pies, y aparecen diarreas que duran mucho tiempo, que no disminuyen los dolores de dichas partes, ni ablandan el vientre. Cuando nacen del hígado, son atacados los enfermos de gana de toser (IX), apenas expectoran, se les hinchan los pies, no mueven el vientre como no sean deposi-

ción del estómago, pues en efecto, la porción de vientre que se halla comprendida entre los hipocondrios y la region del ombligo no es otra que la del estómago; pero no así al haber variado la redacción del otro periodo que dice que *los tumores desarrollados por debajo del ombligo no tienden á la supuración, minime vero suppurantur quæ infra umbilicum sunt*, porque no todas estas partes pertenecen á las *regiones umbilicales*, sino también á la hipogástrica, al bajo vientre; y no parece que Hipócrates escluyó á estas de su sentencia, como pudiera creerse según la version de Littre, sino que dijo... *quæ infra umbilicum sunt*. Por este motivo he creído conveniente á la exactitud de nuestra version, hacer la pequeña modificación que dejo expresada.

(IX) Las ediciones ponen, que tienen los enfermos *tos, y deseos de toser*: nuestro autor, conforme con Laurenciano, á quien corrige Vega en su comentario, no pone mas que lo segundo, lo que no parece exacto; pues no solo se encuentra así en las otras ediciones, sino que, el hablar en seguida Hipócrates de expectoracion, da á entender que debe ser así.

ciones duras y provocadas por la accion de los remedios (X), y se forman en el vientre tumores, ya á la derecha ya á la izquierda, que presentan alternativas de elevacion y de depresion.

9. Es malo que la cabeza, los brazos y los pies esten frios, mientras que el vientre y los costados están calientes; lo mejor es que todo el cuerpo esté igualmente caliente y flexible. Es conveniente que los enfermos se muevan con facilidad y que se levanten ligeros: asi que, si se manifiesta pesadez en los movimientos de todo el cuerpo, y en los de los brazos y pies, es mas peligroso. Si ademas de la pesadez, se observa que las uñas y los dedos se ponen lividos, debe temerse una muerte proxima. El color enteramente negro de los dedos y de los pies es menos funesto que el livido, pero es preciso tener en consideracion los demás signos: porque si parece que el enfermo sobrelleva el mal con facilidad, y juntamente con estos síntomas se manifiestan algunos signos de salud, se podrá esperar que la enfermedad termine por absceso, de modo que el sugeto se salvará, y caerán las partes gangrenadas. La contraccion de los testiculos y de las partes genitales anuncia dolores violentos, y peligro de muerte.

10. Por lo que toca al sueño, conviene, segun es costumbre en el estado de salud, velar de dia y dormir de noche. Si se cambia este orden, el mal es mas grave: esta mudanza con todo sería menos temible, si el enfermo durmiese desde la madrugada hasta la tercera parte del dia. El sueño á otras horas que estas es peor; pero lo mas funesto es no dormir ni de noche ni de dia, porque se sigue de este síntoma, ó que es el dolor y el mal estar que produce el insomnio, ó que el enfermo va á delirar.

11. Las mejores deposiciones son las blandas y consistentes, verificadas á las horas á que estaba acostumbrado el enfermo en su estado de salud, y que guarden proporcion con las sustancias ingeridas; porque las evacuaciones de semejante naturaleza prueban que el vientre inferior se halla en buen estado. Si las deposiciones son líquidas, conviene que se hagan sin ruido, que no sean muy frecuentes, y tampoco muy abundantes; porque la necesidad de levantarse con frecuencia fatigaría al enfermo y le

(X) Foessio, y Calvo estan conformes con este sentido del autor; pero Vega, Valles, y Piquer, dicen de estas deposiciones, que son duras y *espelidas con dificultad; agre.*

privaría del sueño, y las deyecciones copiosas y frecuentes le espondrían al peligro de desfallecimiento. Es conveniente que, en proporcion á la cantidad de sustancias ingeridas, se hagan dos ó tres deposiciones por dia, y que la mas copiosa sea por la mañana, como es costumbre en el estado de salud. Las deposiciones deben espesarse á medida que la enfermedad se aproxima á la crisis; deben tener un color que tire á rojo, y no exhalar muy mal olor. Tambien es bueno que se arrojen con ellas lombrices, al acercarse esta época. En toda enfermedad conviene que el vientre esté flexible y de un mediano volumen. Las deposiciones muy acuosas, ó blancas, ó amarillas, ó escesivamente rojas, ó espumosas, son todas de mala calidad. Lo mismo les sucede cuando son escasas, viscosas, blancas, ligeramente amarillas, y homogéneas. Las mas funestas son las negras, grasientas, lívidas, violáceas ó fétidas. Las que presentan variedad en su composicion anuncian mayor duracion del mal, pero no menos peligro; y se hallan compuestas de materiales semejantes á las raeduras, de materiales biliosos, porráceos, negros, que se evacuan á la vez ó ya separadamente. En cuanto á los gases intestinales, lo mejor es que salgan sin ruido; pero su espulsion estrepitosa es aun preferible á su retencion. Los espelidos con ruido, á no ser que salgan asi por voluntad del enfermo, indican que experimenta este algun dolor ó que delira. Los dolores y tumefacciones de los hipocondrios, si son recientes y sin inflamacion, se disipan con un borborismo desarrollado en estas regiones, sobre todo si se termina con la evacuacion de materiales alvinos, de orina y de gas; si asi no sucede, el borborismo por si solo consuela, y alivia todavia mas descendiendo á la parte inferior del vientre.

12. La mejor orina es la que presenta un sedimento blanco, trabado y homogéneo, durante todo el tiempo de la enfermedad, hasta la crisis; porque esto indica que no hay ningun peligro, y que el mal será breve. Pero si esta evacuacion ofrece alternativas, es decir, si unas veces es clara, y otras con sedimento blanco y trabado, la enfermedad se prolonga y el resultado es menos seguro. Si la orina es de un color que tira á rojo y tiene un sedimento tambien rojizo y trabado, anuncia una enfermedad que durará mas que en el primer caso, pero no es menos saludable. Los sedimentos parecidos á la harina de cebada mal molida son de mala naturaleza, pero los que estan formados por escamillas son todavia peores: los blancos y ligeros son fatales, pero aun lo son mas los semejantes al salvado. Las nubéculas que flotan en la orina, si son blancas, deben tenerse por buenas; y si negras, son de mal agüero. Mientras la orina permanece tenue y roja es señal de que la enfermedad no ha llegado todavia á su coc-

cion: mas si se prolonga tal estado es de temer que el enfermo no pueda resistir hasta el momento en que esta haya de verificarse. Las orinas mas funestas son las fétidas, acuosas, negras y espesas: para los hombres y mugeres, las negras; para los niños, las acuosas. Cuando por espacio de mucho tiempo se espelen orinas ténues y crudas, en union con otros signos que parecen anunciar el restablecimiento, se debe pronosticar que se formarán abscesos en las regiones subdiafragmáticas. El que sobrenaden en la orina porciones grasosas semejantes á las telas de araña es sospechoso, porque indica colicuacion. En las orinas en que se encuentran nubéculas debe examinarse si están en la superficie ó en el fondo, y qué color presentan; las que descienden al fondo, con los colores que se han descrito, deben ser consideradas como favorables y de buen agüero; mas las que se quedan en la superficie con los colores espresados, son malas y es preciso desconfiar de ellas. Es necesario cuidar de no equivocarse con orinas semejantes que podria suministrar la vejiga atacada de alguna enfermedad; porque en este caso suministran aquellas un signo que no pertenece á la totalidad del cuerpo, sino á la vejiga solamente.

13. El mejor vómito es el de pituita y bilis muy mezcladas, y no debe ser ni muy espeso, ni muy abundante; cuanto mas puros salen dichos humores, tanto peor es el vómito. Si las materias vomitadas son porráceas, ó morenas ó negras, es preciso considerar este sintoma como de mal agüero, cualquiera que sea de estos colores el que se observe; mas si el mismo enfermo vomita materiales de todos colores, esto es escesivamente grave. Los vómitos de materias morenas, si tienen mal olor, indican la muerte pronta; todos los olores fétidos y pútridos son malos en toda especie de materias vomitadas.

14. La expectoracion, en todas las enfermedades del pulmon y de los costados, debe ser arrojada pronta y facilmente, y la parte amarilla debe hallarse muy mezclada con el esputo. Si mucho tiempo despues del principio del dolor, toma la expectoracion un color amarillo ó rojo, ó produce mucha tos, ó bien presenta una coloracion poco mezclada, el caso es mas grave; porque si los esputos amarillos sin mezcla son peligrosos, los blancos, viscosos, y redondeados no lo son menos. Una expectoracion muy amarilla ó espumosa es tambien muy mala. Si fuesen los esputos compuestos solamente de un humor, en tales términos que pareciesen negros, el peligro es mas inminente que en los casos anteriores; pero tambien seria malo que no hubiese ninguna expectoracion, que el pulmon nada evacuase, y se llenase de materiales que produjesen hervidero en las vias aéreas. Los corizas y estornudos son malos en todas las afecciones del pulmon, ya

las precedan, ó bien sobrevengan durante su curso; pero, en otras enfermedades muy perniciosas, son útiles los estornudos. En los pulmoniacos, una expectoracion amarilla mezclada con una mediana cantidad de sangre es saludable y alivia mucho al principio de la enfermedad; pero en el sétimo dia ó mas tarde, es menos segura. Todos los esputos que no mitigan el dolor son malos: los peores son los negros, como ya se ha dicho, y los mejores son aquellos cuya evacuacion calma el dolor del lado. (XI)

15. Cuando las enfermedades de las regiones torácicas no cesan, ni por la evacuacion de los esputos, ni por las deyecciones alvinas, ni por las sangrias, las purgaciones, y la dieta, debe tenerse entendido que terminarán por supuracion. La supuracion que se forma mientras los esputos son todavia biliosos es muy mala, ya se arroje la expectoracion biliosa separadamente de la purulenta, ó ya se presenten juntas. Este caso es grave sobre todo, si la supuracion empieza á salir despues de la expectoracion biliosa, estando la enfermedad en el dia sétimo. Con semejante expectoracion debe temerse la muerte hacia el dia catorce, á menos que sobrevenga algun signo favorable. Estas señales ventajosas son las siguientes: sobrellevar la enfermedad sin gran decaimiento, tener la respiracion libre, calmarse el dolor, expectorar con facilidad, tener el cuerpo igualmente caliente y suave, no tener sed, y presentar en las orinas, las deposiciones, el sueño y los sudores, los signos que han sido descritos como favorables. Con la reunion de todas estas señales, el enfermo no perecerá; pero si tiene unos sí y otros no, sucumbira el paciente sin pasar del dia catorce. Los signos opuestos son: estar abatido por la enfermedad, tener la respiracion grande y frecuente, conservar el dolor, expectorar con trabajo, tener mucha sed (XII), estar

(XI) Las ediciones. ponen solamente... *el dolor*: nuestro autor ha querido ser mas explícito, y pone... *el dolor del lado*.

(XII) Mr. Litré pone *estar muy alterado* en vez de *tener mucha sed*, lo que me parece ser efecto de un error involuntario; pues no solamente todas las ediciones ponen *valde sitire*, sino que el mismo autor coloca entre los signos opuestos favorables que acaban de enumerarse, el *no tener sed*, al cual corresponde, entre los que ahora enunciamos, el que yo me he tomado la libertad de sustituir al espresado por el autor, creyendo con esto hacer la traduccion mas exacta.

el calor de todo el cuerpo repartido con desigualdad, tener muy caliente el abdomen y pecho mientras el rostro, brazos y pies se hallan muy frios, y finalmente, presentar en las orinas, cámaras, sueño y sudores, los signos descritos como desfavorables. Si cualquiera de estos fenómenos se une á la espectoracion, de que aqui se trata, no llegará el enfermo al día catorce, y sucumbirá el nueve ó el once. Asi que es necesario pronosticar sobre la suerte del enfermo teniendo presente que esta espectoracion es muy funesta, y que no le dejará llegar al día catorce. Comparando pues el valor de los signos malos y el de los favorables, es como se podrá formar un juicio que, con esta precaucion, tendrá de su parte todas las probabilidades. Las demas supuraciones del pecho se abren unas al vigesimo dia, otras al trigesimo, otras al cuadragésimo y aun algunas al sexagesimo.

16. Para conocer el principio de la supuracion, es necesario contar desde el dia en que el enfermo sintió por primera vez la reaparicion de la fiebre (XIII), ó aquel en que esperimentó frio y empezó á sentir, en vez del dolor, un peso en el sitio que padecia; porque estos síntomas sobrevienen cuando empieza la supuracion. Desde este momento, pues, se debe contar para esperar la rotura de los empiemas en las épocas fijadas mas arriba. Si el empiema no ocupa mas que un costado, el médico hará volver al enfermo, y se informará de si siente dolor en uno de los lados del pecho; exa-

(XIII) Las ediciones ponen aqui que es preciso contar *el primer dia en que el enfermo tuvo calentura*, en vez del *dia en que sintió por primera vez la reaparicion de la fiebre*, como dice nuestro autor. Me parece mas exacto el testo de Littré en esta parte, porque un órgano que va á supurar ha de haber estado inflamado anteriormente y escitado fiebre por lo tanto, y mas cuando se trata de los pulmones. Luego que es llegada la época de la supuracion, se escita de nuevo la fiebre con los caractéres particulares que describe Hipócrates en este lugar; de modo que, despues de haber cedido la desarrollada por efecto de la intensidad de la flegmasia del órgano afectado, vuelve á presentarse cuando va á formarse el pus; y no es que se desarrolle por primera vez para este acto, sino que, despues de haber disminuido mucho, aparece de nuevo. Esta fue sin duda la mente de Hipócrates, que es imposible que dejase de conocer un hecho tan constante, y por lo mismo he juzgado mas exacto el testo de nuestro autor que el de las otras ediciones.



minará si uno de los costados está mas caliente que el otro, y haciendo acostar al enfermo sobre el lado sano, le preguntará si siente en él como caer un peso de la parte de arriba: el costado en que el enfermo experimenta la sensacion gravativa es en el que se ha efectuado el empiema.

17. En general se reconoce á los empiemáticos por los signos siguientes: en primer lugar, la fiebre no los abandona; ligera por el dia, se exacerba por la noche; se establecen sudores abundantes; los enfermos tienen ganas de toser y sin embargo apenas arrancan nada; se hundén los ojos en las orbitas; se enrojecén las mejillas; las uñas se encorban; las manos adquieren un calor quemante, sobre todo en las palmas; se hinchan los pies; se pierde el apetito, y se forman flictenas en toda la superficie del cuerpo. Los enfermos afectados de empiema por espacio de largo tiempo se reconocen con estos signos, en los cuales se puede tener entera confianza; y los empiemas recientes se conocen tambien por estos mismos, si se les agrega alguno de los que pertenecen al principio de la supuracion, y si al mismo tiempo la respiracion es algo mas difícil. Los empiemas, cuya rotura ha de verificarse pronto tienen diferentes signos que aquellos cuya evacuacion ha de ser mas tardía. Si se siente el dolor desde el principio, si la disnea, la tos y la expectoracion frecuente se prolongan, se debe aguardar la rotura del empiema á los veinte dias y aun antes; mas si el dolor es menos intenso y todos los demas signos son menores proporcionalmente, la rotura será mas tardía; necesariamente antes de la salida del pus ha de sobrevenir dolor, disnea y una expectoracion mas frecuente. Podrá esperarse que se salvarán con especialidad aquellos á quienes falta la fiebre al dia siguiente de la salida del pus, que recobran prontamente el apetito, que se ven libres de la sed, que hacen desposiciones en poca cantidad y de materiales trabados, y en quienes el pus expectorado es blanco, homogéneo, de color uniforme, sin mezcla de pituita, y espelido sin dolor ni tos considerable. La curacion se verifica pronta y seguramente en los que presentan todos estos síntomas favorables, ó por lo menos en la mayor parte; pero es perdido el enfermo cuando no cesa la fiebre ó si cediendo al parecer, vuelve con mas fuerza, cuando persiste la sed sin que el apetito se restablezca, cuando hay diarrea, y cuando el pus expectorado es verdoso ó moreno, ó pituitoso y espumoso. La reunion de todos estos síntomas es fijamente mortal; mas cuando existen algunos y faltan otros, ó sucumben los enfermos ó no se restablecen sino despues de mucho tiempo: en este caso, como en todos los demás, se debe establecer el juicio segun el conjunto de todos los signos.

18. Cuando despues de las afecciones peripneumonicas se forman ha-

cia las orejas tumores que supuran, ó en las partes inferiores abscesos que terminan por una fistula, el enfermo se cura (a). Hé aqui las observaciones que deben hacerse en estos casos: si persiste la fiebre, si no se calma el dolor, si no se verifica la expectoracion convenientemente, si las deyecciones alvinas no se hacen biliosas, flúidas y homogéneas, si la orina no es abundante ni forma un gran sedimento, y, por otra parte, presenta el enfermo todas las demas signos que son saludables, deben esperarse semejantes abscesos. Estos aparecen en las partes inferiores, cuando los hipocondrios presentan algun infarto inflamatorio (XIV); y en las superiores, cuando, permaneciendo los hipocondrios flexibles é indolentes, experimenta el enfermo por algun tiempo una dificultad en la respiracion que cesa sin causa evidente. Los abscesos formados en los miembros inferiores, en las pulmonías intensas y peligrosas, son todos útiles; pero los mas favorables son los que se forman en la época en que los esputos sufren una modificacion: porque si la hinchazon y el dolor se manifiesta cuando la expectoracion de amarilla se hace purulenta, arrojándose al exterior, el enfermo tiene todas las probabilidades en su favor, y el absceso terminará bien

(a) En los antiguos codices griegos faltaba aqui la particula disyuntiva, tan indispensable para comprender bien el sentido; de manera que en ellos se leia esta frase significando que los abscesos que se forman cerca de los oidos supuran en las partes inferiores y se hacen fistulosos. Galeno fue el primero que ordenó este párrafo del modo que hemos expuesto, haciendo clara y sencilla su redaccion verdadera. Se observan tambien en aquellos otras varias diferencias en diferentes sitios de este libro, que notó en sus comentarios el célebre médico de Pergamo.

(XIV) El autor pone solamente infarto, *engorgement*; mas en vista de que las ediciones que dejo ya citadas convienen todas en poner inflamacion, ateniéndose á la voz *πλέματός* de que Hipócrates se vale, y reflexionando en que dice á continuacion..... *si los hipocondrios estan blandos é indolentes*, cuyas condiciones contrastan, en sentido opuesto, con las que deben tener en el caso anterior, siendo la tension y el dolor propios de la flegmasia, he creido conveniente á la exactitud que me he propuesto, hacer la modificacion que dejo manifestada. Calvo pone *quid pituita*.

pronto sin dolor. Si por el contrario, la expectoracion no se verifica convenientemente y la orina no presenta un sedimento favorable, es de temer que la articulacion en que se ha formado el absceso quede inhabilitada, ó que de mucho que hacer al médico. La desaparicion y retropulsion de los abscesos sin que preceda expectoracion ni cese la fiebre, constituye un accidente formidable, porque el enfermo está en peligro de caer en delirio y sucumbir. Los empiemas que siguen á las peripneumonias hacen perecer mas comunmente á las personas avanzadas en edad, mientras que las demás supuraciones son mas funestas á los mas jóvenes. Cuando se abre un empiema por la cauterizacion ó la incision, se salva el enfermo, si el pus es puro, blanco, y sin mal olor; pero sucumbe si es sanguinolento y como cenagoso. (b)

(b) En el manuscrito 1334 se halla colocada esta frase despues de... *no hay esperanza de salvar al enfermo*, en el párrafo inmediato: pero se encuentra seguidamente al *Pronóstico*, en este mismo manuscrito, un fragmento titulado *περὶ πυρετῶν de febribus*, que no es otra cosa que un extracto de este mismo tratado, y en él se omite este período. En la mayor parte de los impresos y manuscritos se encuentra colocado del mismo modo, y no debe ser así. En efecto, hablando Hipócrates de los dolores que mudan de lugar para fijarse en las partes superiores, dice que, si en esta traslacion sobrevienen signos funestos, es caso desesperado; pero que, al contrario, si no aparecen signos fatales, hay esperanza de curacion. Entre estos dos miembros de una misma proposicion, que son inseparables, no puede intercalarse el trozo de que nos ocupamos, que es enteramente extraño; primeramente porque trata de una materia muy diversa, y ademas, porque corta dos partes de una misma oracion que no pueden hallarse separadas por una frase tan heterogénea. Agreguese á esto que, ni Galeno, en su comentario sobre el *Pronóstico* en que se halla malamente interpuesto este período, ni M. Dietz en el suyo, dicen nada que á él pueda referirse. El silencio de Galeno no pasa de ser un argumento negativo, pero que deja mucho ensanche á la imaginacion para reconocer el error de algùn copiante; y no apoyándose la colocacion que los impresos dan á la espresada frase, en otra razon que en la de hallarse de igual modo en la mayoría de los manuscritos, ningun valor tienen contra las objeciones deducidas del sentido del testo y corroboradas por otras otros dos manuscritos (el 2269 y 446 supp.), de los cuales el primero la suprime, y el segundo la coloca en otro lugar. Hace mucho tiempo

19. Los dolores con fiebre que sobrevienen en las regiones lumbares y en las partes inferiores son muy funestos, si, abandonando la parte inferior, se dirigen hácia el diafragma: debe pues fijarse la atencion en los demas signos, porque si apareciese alguno de los adversos, no hay esperanza de salvar al enfermo; mas si, pareciendo dirigirse la enfermedad al diafragma, los demas signos no fuesen infaustos, se puede pensar con mu-

que se ha notado esto. Heurnius (Hippocratis Coi Proleg. p. 256, Lugd Batav. 1593) dijo: «Aphorismus hic (desde... cuando se abre, hasta... como cenagoso) aut librarii aut impressorum aut interpretum stupiditate, id quod ante neminem admonuisse miror, male collatus est, ideoque proxime sequi aphorismum 76 hic positum (es decir en el sitio en que le hemos colocado). Imo in quibusdam exemplaribus non legitur.» Se ve pues que Heurnius opina que debía colocarse esta frase despues de.... *las demas supuraciones son mas funestas á los jóvenes*, como yo he verificado; y sin embargo no adoptó en su obra esta colocacion, siguiendo la antigua, sin razon á la verdad, contra su propio convencimiento, y sin autoridad de manuscrito alguno que yo sepa. Bosquillon (Hipp. Aphor. et prænot. lib. t. 2, p. 173), sin citar á Heurnius le ha seguido enteramente: «Hæc sententia (dice aludiendo á nuestra frase) in vulgatis 68 sequitur, (que es el sitio en que se encuentra colocado comunmente); sed hoc loco aptius ponenda videtur, ne disjungantur duæ sententiæ quæ conjungi debent. Imo temere hic inserta videtur ex sect. VII, Aph. 43 et sect. VI, Aph. 27, nec non ex libro de Interis passionibus; unde hanc omnino tolleendam putamus, nam de est in multis codicibus, et hanc Galenus præterit in suis commentariis.» Gardeil, en su traduccion francesa, ha seguido el testo de Heurnius y de Bosquillon; y Grimm, en su version alemana, sigue el testo vulgar de Foesio, que es el peor partido que pudo tomar. La opinion de Bosquillon es el suprimir totalmente la frase, y para ello se apoya en el silencio de Galeno. En efecto, Galeno nada dice de ella al comentar el pasage en que nos hallamos ahora &c. y el comentario publicado por M. Dietz tampoco se ocupa de este periodo: pero no ofreciéndose en su inteligencia dificultad alguna, es posible que los dos autores dejasen de intento sin explicar este trozo, aunque le tuviesen á la vista. Repito que el argumento deducido del silencio de estos comentadores no es mas que negativo, y que no opone un obstáculo invencible á la admission de nuestra frase.

Sigue el autor manifestando que tal vez el comentario de M. Dietz conser-

elia razon que se formará un empiema (XV). La tension y el dolor de la vejiga son dos accidentes sumamente graves, sobre todo cuando á ellos se une una fiebre continua. En efecto, las dolencias de este órgano bastan por sí solas para causar la muerte. Mientras continúa el órgano en tal estado, no esple el vientre sino escrementos duros y con mucha dificultad (XVI). La solucion se verifica por medio de una orina purulenta con

va un leve indicio que puede oponerse á este silencio, y concluye esta anotacion diciendo: «seria pues temerario el suprimir esta frase solamente por el silencio de Galeo y la omision de un manuscrito (2269); y Bosquillon, que lo aconseja, no lo hizo tampoco. Por lo tanto, creo que debe seguirse, no el ejemplo, sino el consejo de Heurnius que se halla apoyado en el manuscrito 446, suppl. en que se halla la frase colocada en el sitio que mejor le conviene segun el sentido. Asi, el examen de este manuscrito, poco digno de consultarse por los muchos y crasos errores de que está lleno, me ha recompensado mi penosa tarea, apoyando con la autoridad de su texto, una colocacion que no pasaba de ser hasta ahora una sospecha.

(XV) Este es el sitio en que colocan la frase anteriormente debatida.... *Cuando se abre un empiema* §c. nuestro Piquer y M. F. Calvo de Ravena: tambien Cristobal de Vega, Valles y Foesio, y con él Vander Linden, la ponen en el sitio denunciado y combatido en la nota (b) por M. E. Littré.

(XVI) Refiriéndose aquí el modo como se verifica la escrecion de las heces ventrales en los casos de inflamacion de la vejiga urinaria, de que habla Hipócrates, pone nuestro autor... que no se espleca sino por la acción de los remedios, conforme con la traduccion de Foesio, que dice *et hoc coacte*, y con la de Calvo que pone tambien *vique coacti demittunt*: pero las de nuestros compatriotas Vega, Valles y Piquer ponen *agre, con dificultad*, en vez de *coacti*. Me parece mas esacta la version española, porque no es propio el administrar purgantes en los casos de inflamacion aguda de la vejiga de la orina, sino que mas bien sucede que el intestino recto, simpaticamente estimulado, entra en contracciones dolorosas, sin que agentes exteriores vengan á provocarlas, ha-

un sedimento blanco y homogéneo ; pero si este humor no toma ningún carácter de mejoría, si la vejiga no se pone flexible, y la fiebre continúa, debe esperarse que sobrevenga la muerte en los primeros periodos de la enfermedad. Esta forma ataca con especialidad á los niños desde los siete hasta los quince años. (XVII)

20. El mismo número de dias que guarda la curacion ó la muerte en las enfermedades es el que regla las crisis en las fiebres. Las mas benignas, aquellas que llevan en sí mismas los signos mas seguros, se terminan en cuatro dias ó antes ; y las peores, las que se acompañan de las señales mas funestas, quitan la vida en el mismo tiempo : tal es el límite de su primer período. El segundo se presenta al sétimo dia; el tercero al undécimo; el cuarto, al catorce; el quinto, al decimoséptimo, y el sexto el vigésimo: así pues se siguen estos períodos en las enfermedades mas agudas, de cuatro en cuatro dias, hasta concluir en el veinte. Estos cálculos no pueden hacerse rigurosamente por días enteros, porque ni el año ni los meses se cuentan por dias cumplidos. Continuando mas adelante con el mismo cálculo y la misma progresion, se encuentra un primer período que es de treinta y cuatro dias, un segundo que es de cuarenta, y un tercero que es de sesenta. Lo mas difícil es el conocer desde el principio la terminacion feliz ó desgraciada de las enfermedades que han de tardar mucho tiempo en juzgarse, porque los principios de las afecciones largas se parecen muchísimo: es preciso observar atentamente desde el primer dia, y examinar el estado de las cosas en cada cuaternario que vaya pasando, y de este modo no se en-

ciendo que la espulsion de las heces sea tanto mas dolorosa, cuanto mayor sea la inflamacion si la vejiga que tan contigua se halla. Esta razon me ha hecho preferir este modo de version, permitiendome la modificacion que dejo espresada en el texto.

(XVII) El autor con Calvo, Foesio, y Vander Linden, que sigue el testo de aquel, pone *hasta los quince años*, *πρωτα και δευτερα* y nuestros compatriotas dicen *hasta los catorce*; *in quartum decimum*. Creo que la idea es la misma, sino que los primeros querrán decir hasta el décimo cuarto exclusive y los segundos hasta el décimo quinto inclusive.

gañara uno en el rumbo que debe tomar la enfermedad (XVIII). La constitucion de la fiebre cuartana está sujeta á un orden semejante. La terminacion feliz ó desgraciada de los casos en que las crisis se presentan en un término mas breve es mas facil de conocer, porque los principios son muy diferentes: los enfermos que deben curarse tienen la respiracion facil no tienen dolor, duermen por la noche, y presentan los demas signos favorables; mas los que han de perecer tienen disnea, delirio, insomnio, y todas las señales mas alarmantes. Puesto que estas afecciones se comportan de tal manera, se debe establecer el pronostico segun el tiempo y cada período que se vaya aumentando en la forma dicha, á medida que las enfermedades marchan hácia la terminacion. En las mugeres siguen las crisis la misma regla despues del parto.

21. Los dolores de cabeza intensos y continuos, con fiebre, si se les agregan algunos signos desfavorables, son muy funestos. Pero si, faltando estas señales perniciosas, pasa la cefalagia de los veinte dias, siguiendo la fiebre, se debe esperar una hemorragia por las narices, ó algun absceso en las regiones inferiores; lo cual puede tambien verificarse antes de este término, siendo el dolor reciente y faltando del mismo modo los signos desfavorables, sobre todo si el dolor ocupa las sienes y la frente. La he-

(XVIII.) Las demas ediciones que dejo ya citadas en las notas anteriores difieren, en el principio de este párrafo, de la version de nuestro autor. En vez del modo como este se espresa, se lee en aquellas en la forma siguiente: *«Mas cuando comienzan las enfermedades, es mas difícil conocer las que han de tardar mucho tiempo en terminarse.»* Parece sin embargo preferible el testo de Litré, porque hablando Hipócrates unas líneas mas adelante de las afecciones contrarias, de las que duran poco, dice que se conoce facilmente la terminacion á que se inclinan: lo cual, hallándose en relacion con el párrafo actual, exige naturalmente una redaccion que se corresponda. Y aun en este mismo encontramos un indicio seguro que apoya este sentido; pues dice á la conclusion «que observando atentamente desde el primer dia y examinando el estado de las cosas en cada cuaternario que vaya pasando, no se engañará uno en el rumbo que debe tomar la enfermedad.» Si se refiere Hipócrates solamente, en este lugar, á la duracion de las enfermedades largas, ¿á qué espresarse en estos términos? Es sin duda preferible el testo de nuestro autor en la ocasion presente.

morragia es mas probable en los sujetos que no llegan á los treinta y cinco años, y la formacion de pus en las personas mas avanzadas en edad.

22. Un dolor agudo en el oído, con fiebre continua é intensa, es un accidente formidable, porque es de temer que el enfermo caiga en el delirio y muera: y puesto que la afeccion de esta parte es peligrosa, se debe, desde el primer dia, fijar la atencion en el conjunto de los signos (XIX). Los jóvenes sucumben á esta enfermedad al sétimo dia, y aun antes: los ancianos resisten mas, porque á su edad la fiebre y el delirio no sobrevienen tan facilmente, y la supuracion tiene tiempo de formarse en los oidos mas, en cambio, se hallan sujetos á recidivas que matan á la mayor parte de los enfermos. Los jóvenes, por el contrario, sucumben antes que el oido supure: con todo, si fluyese de este órgano un pus blanco y se uniese á esto algun signo favorable, habrá esperanza de curacion.

23. La ulceracion de la garganta acompañada de fiebre es grave, y, si sobreviene algun signo de los caracterizados como adversos, es necesario presagiar el peligro del enfermo. Las anginas mas funestas y que matan con mas rapidéz son aquellas en que no se percibe lesion alguna manifiesta en la garganta ni el cuello, y que sin embargo ocasionan mucho dolor y gran disnea; porque sofocan al enfermo en el mismo dia, en el segundo, el tercero, ó en el cuarto. Las que, ocasionando sobre poco mas ó menos el mismo dolor, van acompañadas de hinchazon y enrojecimiento de la garganta son muy funestas; pero dan mas treguas que las precedentes, si la rubefaccion se estiende mucho. Finalmente, las anginas en que existe rubicundez en la garganta y cuello son de duracion mas larga: en estos casos es en los que particularmente se salvan algunos enfermos, cuando la rubicundéz ocupa el cuello y el pecho y no retrocede. La desaparicion de la rubicundéz, sin formacion de abscesos al exterior ni espectoracion purulenta, verificándose en los dias críticos, presagia la muerte; no sucediendo en estos dias, denota la vuelta de la rubicundéz, si al mismo

(XIX) En vez de poner como el autor... y puesto que la afeccion de esta parte es peligrosa &c., dicen las demás ediciones ya citadas; mas como en esto se pueden padecer equivocaciones, es menester poner mucho cuidado en las demás señales que concurren, desde el primer dia.



tiempo el enfermo no siente dolor ni mal estar (c). Es mucho mas seguro que la hinchazon y el enrojecimiento salgan principalmente al exterior: la retrocesion sobre el pulmon produce el delirio, y se forman empiemas en la mayor parte de los que experimentan este accidente. Es peligroso sajar ó cortar la campanilla mientras está roja y engrosada, porque de esto resultan inflamaciones y hemorragias: en tales casos conviene procurar la reduccion del volúmen de dicha parte por medio de otros auxilios: pero cuando se ha formado completamente lo que se llama *grano de uva* (*staphyle* que dicen los griegos), es decir, cuando la estremidad de la campanilla se ha redondeado y engrosado y la parte superior se ha hecho mas delgada, entonces sepuede practicar con seguridad la operacion. Es preferible procurar evacuaciones alvinas antes de emplear los medios quirúrgicos, si las circunstancias lo permiten y el enfermo no amenaza sofocacion.

24. En las fiebres que cesan sin acompañarse de signos de solucion y en dias que no son críticos, deben esperarse recidivas. Las fiebres que se

(c) La mencion de los dias críticos es oscura, y los antiguos comentadores se vieron con ella embarazados. Dos esplicaciones antiguas hay de este pasage: la primera es de algunos comentadores que, segun Galeno, entendieron que Hipócrates queria espresar que *la erisipela no desaparecia en dia crítico*, á fin de hacer comprender que, *si desaparecia en tal dia*, habrian perdido los demas signos su funesto valor, y la segunda es del mismo Galeno que interpreta este pasage diciendo que Hipócrates entendia que, si estas tres cosas, desaparicion de la erisipela, falta de formacion de un tumor esteriormente, y de una buena espectoracion, coincidian en un dia crítico, el caso era funestisimo; pero que, si tal coincidencia se verificaba en otro cualquier dia, no era el éxito tan desesperado. Yo me conformo con el parecer de Galeno, y añado que mencionó Hipócrates la desaparicion de la erisipela fuera de un dia crítico para consignar la posibilidad de su reaparicion, porque es un principio de su doctrina que la cesacion de una enfermedad fuera de un dia crítico, lleva consigo la probabilidad de la recidiva. (\*)

(\*) Las ediciones que tengo á la vista ponen este párrafo de la manera siguiente: *Si en los dias críticos no desapareciese la erisipela, ni el tumor saliese á las partes exteriores, ni hubiese espectoracion purulenta, y sin embargo pareciese que el enfermo lo pasase bien y sin dolor, es señal de muerte ó de reaparicion de la rubicundez*

prolongan sin hallarse el enfermo en grave estado y sin persistir el dolor por efecto de una inflamacion ú otra causa evidente, determinan la formacion de abscesos con hinchazon y dolor en alguna de las articulaciones, particularmente en las inferiores. Semejantes abscesos se verifican con mas facilidad y prontitud en los sugetos que no llegan á treinta años, y desde el principio se debe sospechar su formacion, si la fiebre pasa sin declinar de los veinte dias: en las personas de mas edad sobrevienen con menos frecuencia, y en una época mas avanzada de la fiebre. Si esta es continua, el absceso será tal cual se acabá de esponer; pero si tiene intermisiones, si vuelve de una manera irregular y está cerca el otoño, en vez de terminar por absceso vendrá á parar en cuartana: y asi como los abscesos se forman en los sugetos que no han llegado á los treinta años, las fiebres cuartanas se determinan con preferencia en las personas que han cumplido esta edad, y en los que pasan de ella. En el invierno se forman los abscesos con mas facilidad y cesan con mas lentitud, pero estan menos espuestos á recidivas (XX). Si un enfermo, en una fiebre que no es mortal, se queja de dolor de cabeza, ó dice que se le pone delante de los

(XX) Nuestro autor, conforme con M. F. Calvo de Ravena, dice que *estan menos espuestos á recidivas* los abscesos, en el invierno: pero Foesio y nuestros comentadores Vega, Valles, y Piquer, traducen esta frase diciendo... *minus recurrere*, que esplican Vega y Valles, en sus comentarios, como significando que hacen menos retrocesos al interior, apoyándose en que los humores en el invierno son mas densos y se mueven con el frio mas lentamente; y Piquer, en su version castellana, lo pone lo mismo.

Me inclino á admitir la acepcion de nuestros comentadores, porque es bien sabido que en el verano son mas temibles las reabsorciones de pus que el invierno, ya porque el sistema absorbente, asi como el exhalante, tiene entonces mayor actividad, cuanto porque el calor disminuye la cohesion de los humores, al paso que debilita la tension de los sólidos, y los pone en ocasion de ser absorbidos mas facilmente. Unido está á que el frio es mas apropiado para ocasionar congestiones inflamatorias, y que por consiguiente los órganos que las padecen quedan, bajo su influjo, mas espuestos á recidivas que si se hallasen bajo la accion de un aire caliente, me mueve á creer mas bien en la interpretacion que dejo manifestada.

ojos como una especie de velo, y al mismo tiempo experimenta dolor en el estómago (XXI), no tardará en ser atacado de un vómito bilioso; si tiene además escalofrios, y las partes situadas por bajo de los hipocondrios están frías, se verificará más pronto el vómito; y si entonces el enfermo bebe ó come alguna cosa, lo arrojará al momento. En estos casos, si el dolor empieza el primer día, en el cuarto y quinto es cuando se encuentran peores los enfermos, y al sétimo aliviados: sin embargo, la mayor parte empiezan á sentir el dolor al tercer día, se empeoran en el quinto, y se libran de él al noveno ó al undécimo: finalmente, cuando principia el dolor el día quinto y sigue todo lo demás conforme queda dicho más arriba, la enfermedad se juzga al día decimo cuarto. Este curso de la enfermedad se observa en los adultos, hombres ó mugeres, principalmente en toda especie de fiebres tercianas; en los jóvenes se observa también en la misma especie de fiebres, y sobre todo en las tercianas legítimas y en las fiebres de tipo más continuo. Otro caso: si en una fiebre de igual clase, teniendo los enfermos dolor de cabeza, en lugar de ver como una especie de velo delante de los ojos experimentan debilidad en la vista ó perciben resplandores, y en vez de dolor de estómago sienten cierta tensión sin dolor ni inflamación, ya en el hipocondrio derecho ya en el izquierdo, se debe esperar que el vómito sea remplazado por una epistaxis, cuya hemorragia es mucho más probable en los jóvenes, y menos en los que tienen de treinta y cinco años arriba, los cuales están más propensos al vómito. En cuanto á los niños, son atacados de convulsiones, cuando la fiebre es aguda, si no mueven el vientre, si no duermen y se asustan, si prorrumpen en gritos, si mudan de color, y su rostro se pone amarillo, amoratado ó encendido. Estos accidentes atacan con más facilidad á los niños más pequeños hasta la edad de siete años. Los que son ya mayores y los adultos se hallan menos espuestos, en las fiebres, á ser atacados de convulsiones, á menos que no sobrevenga alguno de los signos más violentos y funestos como en el frenesí. Para pronosticar quienes han de curar ó sucumbir, lo mismo en los niños que en los demás enfermos, es preciso considerar el conjunto de los signos según hemos descrito cada uno en los casos particulares. Lo que acabamos de manifestar se aplica á las enfermedades agudas y á las que de ellas proceden.

(XXI) Dicen los autores ya citados.... *dolor como de mordedura en la boca del estómago.*

25. El que quiera saber pronósticar del modo conveniente qué enfermos curarán ó sucumbirán, y en qué casos durará mas la enfermedad y en cuáles menos, debe juzgar todas las cosas por el estudio de los signos y por la comparacion de su valor réciproco, tal como se han descrito, ya separadamente, como en el estado de la orina y los esputos; ó en su conjunto, como cuando la expectoracion es á la vez purulenta y biliosa. Deberá tambien tener muy desde luego en consideracion el predominio de las que incesantemente reinan de una manera epidémica, y no descuidar la constitucion del tiempo ó la estacion. Es preciso tener un conocimiento profundo de los signos y los demas síntomas, y no ignorar que, en todos los años y en todas las estaciones, los malos signos anuncian el mal, y los buenos el bien. Los que dejo enumerados tienen lugar en la Libia, en Delos y en la Escitia: por consiguiente, sepase bien que, en unas mismas comarcas, la conclusion sacada de los signos será con mas frecuencia verdadera que falsa, si por el estudio se aprende á apreciarlos y á calcular su valor. No se debe exigir el nombre de ninguna enfermedad que no este inscrita en este tratado, porque todas las que se juzgan en las épocas indicadas se conocen por los mismos signos.

... Erat autem talis, namque ex illis in exterioribus. Quod illi eadem tempore  
... et color totius in corpore  
... et color totius in corpore  
... et color totius in corpore

# PROGNOSTICA.



## LIBER PRIMUS.

### PROEFAATIO.

**Cap. I.** Medicum (mihī videtur) optimum esse providentiā ope-  
ram dare.

Prænosceus enim atque prædicens coram ægris præsentia, præterita et  
futura, et quæcumque prætermittunt ægrôtantes exponens, credetur magis  
cognoscere quæ ad ægrôtantes attinent; quare audebunt homines seip-  
sos medico committere.

**II.** Curationem autem optimè mollietur, prævidens futura ex præsentibus  
passionibus: omnes namque lánguidos sanare impossibile est; hoc enim me-  
lius esset quam eventura prænoscere.

**III.** Cum autem homines moriantur ex vi morbi, alii antequam medicum  
vocent, alii vero adhuc accito statim deficiant; hi quidem diem unum  
videntes, illi vero paulò plus temporis, antequam medicus arte repugnet  
adversus unumquemque morbum, oportet quidem cognoscere talium pas-  
sionum naturas, quantum superent corporum facultatem: pariter etiam, et  
si quid divinum in morbis inest, ejus etiam addiscere providentiam. Sic  
enim merito admirabilis ac bonus medicus erit. Etenim quos servare possi-  
bile fuerit, hos poterit rectius custodire, ex longiori tempore præmeditatus  
circa singula: et morituros ac salvandos præcognoscens, atque prænun-  
tians, vacabit crimine.

### PROGNOSTICA.

**I.** Considerare autem oportet hoc modo per morbos acutos: primum  
quidem ægri vultum, si sanorum similis sit, maximè vero sui ipsius: sic  
enim optimus erit. Summè autem contrarius similis, pessimus est.

II y III. Erit autem talis, nasus gracilis in extremis, Oculi cavi, tempora collapsa, aures frigidae et contractae, et lobi earum eversi, et cutis circa frontem dura, circumtensa, et arida existens, et color totius faciei chlo-  
rus, vel niger, et lividus, aut plumbeus.

IV. Si igitur in principio morbi talis fuerit facies, et nullo modo possibile fuerit aliis signis conjectari, interrogare oportet, vigilaveritne homo, aut venter vehementer solutus fuerit, aut fames ipsum oppresserit; et si quidem aliquid horum confessus fuerit, minus malum esse existimabit: judican-  
tur autem haec per diem, et noctem, si ob has manifestas causas facies ta-  
lis fuerit. Si tamen nihil horum esse dixerit, neque in praedicto tempore constiterit, nosse oportet hoc signum lethale esse.

V. Si tamen, morbo antiquiore triduo existente, talis fuerit facies, inter-  
rogare oportet de his, de quibus antè praecipui, et alia signa considerare, quae in tota facie, et in corpore sunt.

VI. Et ea quae in oculis sunt, si lucem effugiant, vel nollentes illacry-  
ment, vel pervertantur, vel alter altero minor fuerit, albas partes ru-  
bidas habuerint, vel lividas, aut nigras venulas in ipsis habuerint, aut sordes appareant circa pupillas, vel instabiles, vel eminentes, vel admo-  
dum cavi facti, vel pupillae squalidae, ac sine splendore, vel totius faciei color immutatus fuerit, haec omnia mala atque exitiosa esse existiman-  
dum est.

VII. Considerare autem oportet suspensiones oculorum per somnum. Si namque aliquid ex albo subapparuerit, non commissis palpebris, non ob ven-  
tris fluxum, aut medicamenti potionem, vel non sic dormire assuetus, ma-  
lum signum est, et lethale valde.

VIII. Si tamen retorta fiant, vel livida, vel pallida palpebra, vel labrum, vel nasus cum aliquo ex aliis signis, nosse oportet morti proximum esse: le-  
thale etiam est, si labia subsoluta, et suspensa, et frigida, et albicantia fuerint.

IX. Cubantem autem oportet inveniri aegrum à medico super latus dex-  
trum aut sinistrum, manibus, cervice, ac cruribus parum inflexis, et univer-  
sum corpus molliter jacens. Sic enim sanorum plurimi decumbunt: optimi vero sunt decubitus sanorum similes.

X. Supinum vero cubare, manibus, cervice, et cruribus extensis, mi-  
nus bonum est.

XI. Si vero proclivis sit, ac delabatur à lecto in pedes, gravius est.

XII. Si verò inveniatur nudos habens pedes (ubi non fuerint admodum calidi) et manus, cervicem, ac crura inaequaliter dispersa, ac nuda, malum est: inquietationem enim significat.

XIII. Lethale autem est hiantem dormire semper.

XIV. Pariter et crura supini cubantis vehementer reducta, distractaque.

XV. Super ventrem vero cubare, eum qui non sic assuevit dormire dum sanus est, delirium significat, vel dolorem partium quae sunt circa ventrem.

XVI. Velle autem aegrum residere, vigente morbo, malum est in omni acuto morbo: pessimum verò in peripneumonicis.

XVII. Stridere dentibus in febris, in quibuscumque id non est consue-  
tum à pueritia, maniam aut mortem significat, verum praedicere oportet ab

utrisque futurum periculum : si tamen delirans id efficiat, valde lethale jam est.

XXVIII. Ulcus autem sive præ fuerit, sive in morbo fiat, ediscere conuenit : si namque meriturus homo est, ante mortem lividum et siccum erit, aut pallidum et siccum.

XIX. De manuum vero latione hæc nosse oportet : quibuscumque in acutis febribus, vel pulmoniiis, vel phrenitidibus, vel capitis doloribus, ante faciem feruntur, vel venantur frustra, aut colligunt festucas, aut stamina de vestibus euellunt, vel stipulas de pariete carpunt, omnes malos esse atque lethales.

XX. Spiritus vero frequens dolorem significat, aut inflammationem in partibus quæ sunt supra septum transversum : si vero respiretur magnus, et ex longo intervallo, delirium nuntiat : frigidus vero expiratus ex ore, et naso, valde lethalis jam est.

XXI. Bonam autem respirationem existimare oportet, valdè magnam vim habere ab salutem, in omnibus morbis acutis, quicumque cum febre sunt et in quadraginta diebus iudicantur.

XXII. Sudores optimi quidem sunt in omnibus acutis morbis, quicumque in diebus decretoriis fiunt, et integrè febrem sedant. Boni vero quicumque ex toto corpore procedentes, fecere ut homo facilius morbum ferret : si verò nihil horum fecerint, inutiles sunt. Pessimi verò sunt frigidi, et circa caput tantum, et vultum, et cervicem facti : hi enim cum acuta febre mortem prænuntiant, cum leuiore vero morbi longitudinem. *Et qui toto corpore similiter, et qui circa caput fiunt. Qui vero sunt milio similes, et solum circa cervicem fiunt pravi; qui vero destillantes et vaporosi sunt, boni. Nosse autem oportet hoc in uniuersum de sudoribus; quosdam fieri præ corporis dissolutione; quosdam præ inflammationis vehementia (\*).*

XXIII. Hypochondrium optimum est, sine dolore, molle, atque æquale, dextra ac sinistra parte existens : inflammatum, verò, vel dolorem præbens, vel intentum, vel inæqualiter affectum, in dextris per comparationem ad sinistras partes, hæc omnia vitare oportet.

XXIV. Si verò pulsus insit in hypochondrio, perturbationem significat, aut delirium, sed oculos talium inspicere oportet. Si enim pupillæ frequenter moventur, hos valde insanire sperandum est.

XXV. OEdema verò in hypocondrio durum et dolens pessimum est, si fuerit circa totum hypocondrium : si vero in altera parte fuerit, in sinistra minus periculosum est.

XXVI. Significant autem huiusmodi oedemata in principio periculum mortis breui futuræ.

(\*) Este parrafito, puesto en letra bastardilla, es al que se refiere la nota (a) del texto, y está tomada de nuestro Valles.

XXVII. Si autem febris perseverans vigesimum diem transgrediatur, et œdema non subsistat, in suppurationem vertitur.

XXVIII. Fit autem his sanguinis eruptio ex naribus in primo circuito, et valde juvat. Veruntamen interrogare oportet, si dolet caput, vel hebetantur oculi: si namque quippiam tale fuerit, eò tendet.

XXIX. Sanguinis eruptionem magis expectare oportet in junioribus trigesimum quintum annum agentibus.

XXX. OEdemata verò mollia et sine dolore, et quæ digito compressa cedunt, diuturniores faciunt judicationes, ac illis minus gravia sunt.

XXXI. Si vero pertransierit dies sexaginta, febre detinente, et œdema non subsistente, suppurandum esse significat, et hoc, et quod fuerit in alio ventre similiter.

XXXII. Quæcumque igitur dolentia dura, ac magna sunt, periculum mortis brevi futuræ significant: quæcumque vero mollia, sine dolore, ac digito pressa cedunt, diuturniora illis sunt.

XXXIII. OEdemata, quæ in ventre sunt, minus faciunt abscessus, quàm quæ in hypochondriis: minimè verò suppurantur quæ infra umbilicum sunt.

XXXIV. Sanguinis verò eruptionem maximè de supremis partibus expectare oportet.

XXXV. In omnibus œdematibus quæ prorogantur circa has partes, suppurationes considerare oportet.

XXXVI. Suppurationes quæ inde proveniunt (\*) sic considerare oportet: quæcumque enim foras vergunt, optimæ sunt, et parvæ, et quàm maximè foras inclinantes, et in acutum curvatæ: quæ verò magnæ sunt, et latæ, et minime in acutum fastigiatæ, pessimæ.

XXXVII. Quæcumque verò intrò rumpuntur, optima sunt, quæ nihil cum exteriori regione communicant, sed sunt contracta, et sine dolore, et tota exterior regio unicolor apparet.

XXXVIII. Pus autem optimum album esse debet, æquale, ac leve, et quàm minimè fetidum: huic vero maximè contrarium pessimum est.

(\*) Vega dice... *Suppurationes in hoc libro sic oportet considerare*; supponiendo que Hipocrates quiso referirse á todas las supuraciones, en este caso, y así lo explica en su comentario: mas ninguno de los otros autores conviene en esto (incluso nuestro textual), ni tampoco el sentido parece requerirlo, por cuyo motivo he adoptado, en obsequio á la exactitud, la lección de Piquer, que, siguiendo á Vega en lo demás del texto latino, presenta en este lugar la modificación espuesta.



**LIBER SECUNDUS.**

**PROG. I.** Hydropes autem omnes, quæ ex acutis morbis fiunt, mali sunt, non enim à febre liberant, et valde dolorosi sunt, ac lethales: incipiunt autem plurimi quidem ex partibus inanibus et lumbis, quidam autem à jecore.

**II.** Quibus igitur ex partibus inanibus, et lumbis hydropum initia fiunt, pedes intumescunt, et alvi fluor diutius fit, nec solvens dolorem qui ex inani parte efficitur ac lumbis, neque molliens ventrem.

**III.** Quibuscumque vero à jecore hydropes fiunt, tussis, cupiditasque ipsis inest, et nihil excreant effatu dignum, et pedes intumescunt, et venter non dijicit nisi dura et ægrè, et circa ventrem fiunt œdemata, quædam in dextra, quædam in sinistra parte existentia, ac cessantia.

**IV.** Si caput, manus, ac pedes frigida sunt, ventre costisque calentibus, malum est.

**V.** Optimum vero est totum corpus calidum esse, ac mole æqualiter.

**VI.** Eum qui dolet, ut faciliè convertatur sitque resurgendo levis, oportet.

**VII.** Si ergo grave videatur reliquum corpus, et item manus ac pedes, periculosius est.

**VIII.** Si vero præter gravitatem, ungues quoque ac digiti lividi sint, expectanda mors statim est.

**IX.** Si digiti ac pedes omninò nigrescunt, minus perniciosi sunt, quam si liveant: sed alia signa consideranda sunt, si enim facile ferre malum videatur, et aliquod aliud signum salubre subindicet, morbum verti ad abscessum sperandum est, ita ut æger convalescat sit, et corporis partes denigratæ casuræ.

**X.** Testes ac pudendum contracta, fortes significant dolores, et periculum lethale.

**XI.** De somno verò quemadmodum secundum naturam nobis est in consuetudine, interdium vigilare, noctu dormire convenit: si tamen hoc transgressum fuerit, deterius est: minimè vero nocet, si dormiatur, prima luce ad tertiam diei partem. Somni tamen extra id tempus pejores sunt.

**XII.** Pessimum verò est, neque interdium, neque noctu dormire: vel enim ex dolore, et laboribus vigilabit, vel delirium indè significabitur.

:

XIII. Optima verò dejectio mollis est, et constans, et quæ eo tempore secernitur, quo per bonam valetudinem; quantitas verò secundum rationem ingestorum. Sic enim exeunte, imus venter benè utique valebit.

XIV. Si autem fuerit dejectio liquida, expedit ne subducatur cum stridore, aut erebrò, et sensim: laborans enim homo ex frequenti surrectione, vigilabit utique. Si vero accumulatum, et sæpè dejecerit, periculum est ne animo delinquat.

XV. Sed oportet pro quantitate ingestorum dejicere bis aut ter in die, noctu semel: plurimum autem subeat primo mane, quæmadmodum homini consuetum est.

XVI. Inerassari autem oportet dejectionem, morbo eunte in judicationem.

XVII. Subruffa autem sit, neque admodum gravè olens.

XVIII. Expedit autem lumbricos teretes cum dejectione exire, morbo ad judicationem eunte.

XIX. Deet autem in omni morbo ventrem flaccidum, ac bonæ molis esse.

XX. Valde tamen aquosum, vel album, vel chlorum, vel vehementer rubrum, vel spumosum dejicere, omnia hæc mala sunt.

XXI. Mala autem dejectio est, si fuerit parva, et glutinosa, et alba, et subchlora, ac lævis.

XXII. His autem magis lethales erunt, nigræ, vel pingues, vel lividæ, vel æruginosæ, vel fœtidæ.

XXIII. Varietatæ tamen dejectiones, his diuturniores sunt, sed nihilominus lethales: sunt autem tales, ramentosæ, et biliosæ, et cruentæ, et porraceæ, et nigræ, nonnumquam quidem simul, nonnumquam verò vicissim procedentes.

XXIV. Flatum verò sine sonitu ac crepitu exire optimum est. Melius autem est cum sonitu exire, quam revolvi, quamvis sic procedens significet hominem aliqua parte dolere, aut delirare, nisi volens sic flatum emiserit.

XXV. Dolores autem atque tumores ex hypocondriis, si recentes fuerint, ac sine flegmone, solvit murmurium factum in hypocondrio, et maxime si exierit cum stercore, urina, et flatu. Si verò non exierit, proficiet ubi ad inferas partes descendat.

XXVI. Urina verò optima est, quando sedimentum fuerit album, et læve, et æquale, per totum tempus, donec morbus judicetur: securitatem enim significat, ac morbum futurum brevem: si verò intermittat, ita ut aliquando pura mingatur, aliquando verò subsideat album at læve, morbus diuturnior ac minus securus est.

XXVII. Si verò urina fuerit subrubra, et sedimentum subrubrum ac læve, diuturnior quidem hæc quàm prior est, valdè tamen salutaris.

XXVIII. Subsidentia verò in urinis speciem farinæ crassioris referentes malæ sunt: his autem pejores sunt esquamosæ: tenues vero et albæ, valde malæ: his vero pejores sunt furfuraceæ.

XXIX. Nebulæ verò quæ urinis invehuntur, albæ quidem bonæ, nigræ verò malæ.

XXX. Quamdiu urina fuerit ruffa, et tenuis, crudum significat esse morbum.

XXXI. Si autem diurnus fuerit morbus, et urina talis fuerit, periculum est ne homo sufficere non possit, donec urina concoquatur.

XXXII. Ex urinis verò magis exitiosæ sunt fetidæ, et aquosæ, et nigre, et crassæ.

XXXIII. Viris autem, et mulieribus urinæ nigre pessimæ sunt, pueris verò aquosæ.

XXXIV. Quibuscumque tenuem ac crudam longo tempore mingentibus urinam, si cætera, ut in convalituris, indicia fuerint, iis abcessum ad partes septo transverso inferiores expectare oportet.

XXXV. Et pinguedines supernatantes, similes telis aranearum, dammandæ sunt: significant enim colliquationem.

XXXVI. Considerare autem oportet urinas in quibus nebulae sunt, an sursum, an deorsum existant, et colores quales habent; et eas quæ deorsum feruntur cum coloribus qui dicti sunt, bonas esse ac laudabiles: quæ verò sursum cum coloribus, qui dicti sunt, malas ac damandas esse.

XXXVII. Nec te decipiat, si vesica ægotans aliquam talem reddiderit urinam: non enim totius corporis morbum ostendit, sed ipsius solius.

XXXVIII. Vomitus autem utilissimus est, quam maximè pituita ac bile commixtus: non admodum crassus, nec multus. Syneeriores namque deteriores sunt.

XXXIX. Si tamen fuerit id quod vomitur, porraceum, vel nigrum, quicumque ex his coloribus fuerit, malum esse existimare oportet.

XL. Si tamen omnes colores idem homo vomuerit, valde lethale jam est.

XLI. Celerrimam autem mortem ostendit lividus vomitus, si foetidum oleat.

XLII. Omnes vero subputridi, ac foetidi humores, mali sunt in omnibus quæ vomuntur.

XLIII. Sputum autem in omnibus doloribus qui sunt circa pulmonem et costas, ut citò ac facile rejiciatur oportet.

XLIV. Permixturemque appareat flavum admodum, sputo.

XLV. Si enim multo post initium doloris spuatur flavum, aut ruffum, aut plurimam tussim inferens, et non admodum commixtum, deterius est.

XLVI. Flavum enim, cum sincerum sit, periculosum est, et album glutinosum, et rotundum, perniciosum.

XLVII. Malum verò, et quod valde chlorum est et spumosum.

XLVIII. Si verò aded sincerum fuerit, ut nigrum appareat, gravius illis hoc est. Malum autem si nihil aut expurget, aut admittat pulmo, sed plenus in gutture ferveat.

XLIX. Gravedines, et sternutamenta in omnibus morbis, quæ sunt circa pulmonem, præcedere ac supervenire malum. Verum in aliis morbis exitiosissimis sternutamenta utilia sunt.

L. Si verò sputum flavum sanguini non multo commixtum, in iis qui pulmonia laborant inter initia spuatur, valde utile est. Septimò vero aut tardiùs, minus securum est.

LI. Omnia sputa mala sunt, quæcumque dolorem non sedaverint. nigra vero pessima, ut scriptum est. Quæ verò cum rejiciuntur, dolorem sedant, omnibus sunt meliora.

LII. Quicumque autem dolores harum partium non sedantur, aut sputorum purgationibus, aut ventre exonerato, aut sanguinis missione, ac victus ratione, et purgatione per medicamentum, suppurationem fieri sperandum est.

LIII. Ex suppurationibus quæcumque pus effundunt, adhuc bilioso existente sputo, valde lethales sunt, sive vicissim, sive simul bilis ac pus rejiciantur.

LIV. Maximè verò si septima die morbi incipiat separari suppuratio ab hujusmodi sputo.

LV. Sperandum verò est moriturum decimoquarto die eum qui talia sputa, nisi aliquod signum bonum ei supervenerit.

LVI. Sunt autem bona hæc: facile ferre morbum, benè respirare, vacare dolore et sputum facile screeare, corpus æqualiter calidum, ac molle apparere, non sitire, atque urinas, dejectiones, somnos, et sudores, singula intelligere bona supervenire: sic enim omnibus supervenientibus, non utique peribit homo. Quòd si quædam ex his superveniant, quædam vero non, morietur utique homo, non pertransiens quatuordecimum diem. Per contraria tamen horum; difficile ferre morbum, spiratio magna et frequens, dolorem non cessare, vix spuerè, valde sitire, corpus à febre inæqualiter affici, ventremque ac costas vehementer incallescere, fronte, manibus, ac pedibus frigidis, urinæ verò et dejectiones, et somnos, et sudores: mala singula intelligere, ut descripta sunt. Sic certè si sputo quippiam horum accesserit, morietur homo, antequam ad decimum quartum diem perveniat, aut nonum, aut undecimum. Sic igitur conjectari oportet hoc tanquam valde lethale sputum, et non perducens usque ad decimumquartum diem. Eum verò qui de bonis ac malis signis supervenientibus ratiocinatur, ex his decet prædictiones præmittere: sic enim maximè vera dicet.

LVII. Aliæ verò puris eruptiones fiunt, plurimæ quidem vigesimo die, quædam verò trigesimo, quædam quadragesimo, quædam autem ad sexagesimum diem perveniunt.

LVIII. Considerare autem oportet principium suppurationis fore ratiocinantes, à prima die qua homo febricitavit, si quando primum rigor ipsum præhendit, et dixerit, in parte quæ dolore vexabatur, pro dolore, pondère ipsum gravari. Hæc enim in principis fiunt suppurationum. Ex his igitur temporibus rupturam suppurationum fore sperandum est, prædictis temporibus.

LIX. Si vero empiema in altera tantum parte existat, hos convertere, ac discere oportet, doleat nè quippiam in altero latere, et an alterum altero calidius sit. Atque cubantem super sanum latus interrogare, an videatur sibi onus aliquod desuper suspendi: si enim ita est, in quocumque latus pondus insit, in illo suppuratio existit.

LX. Hujusmodi signis omnes suppuratos dignoscere convenit. Primum quidem, si febris non dimisserit, sed interdium tenuiter afficiat, noctù vero

plus : et plurimi superveniunt sudores, atque tussendi cupiditas eis inest, et nihil excreant efflatu dignum: oculi fiunt cavi, malæ vero rubent, ungues manuum incurvantur, digiti incalescunt, et potissimum summi, in pedibus fiunt œdemata, cibos non appetunt, et phlictenæ per corpus erumpunt.

LXI. Quæcumque igitur ex suppurationibus prorrogantur, talia signa habent, et eis credere maximè oportet. Quæcumque verò recentes sunt, per hæc innotescunt, si quid apparuerit eorum, quæ in principio fiunt, simul autem etsi difficiliter spiraverit homo.

LXII. Quæ verò ex eis celerius aut tardius rumpuntur, his signis cognoscere oportet. Si dolor ab initio fiat, et difficultas respirandi, et tussis, et excretio perseveret, rupturam sperare oportet vigesimo die: et adhuc antè. Si verò dolor mitior fuerit, et reliqua omnia secundum rationem, in his posterius ruptura speranda est. Præcedere autem necessè est ante puris eruptionem, dolorem, difficultatem respirandi, et excretionem.

LXIII. Liberantur autem ex his maximè quidem, quos febris dimiserit eodem die post eruptionem, et qui cibos citius appetunt, et siti vacant, et venter pauca ac constantia dimittit, et pus album, læve, uniusque coloris fuerit, ac sine pituita, et sine dolore, aut tussi vehementi. Sic enim optimè ac citissimè liberantur. Sin minus hi, qui ad hos maximè accedunt. Morientur autem quos febris minime dimiserit, vel cum dimississe putetur, iterum incalescere videantur, et sitim habuerint, et cibos non appetant, venter humidus fuerit, et pus chlerum et lividum spuans, vel pituitosum, vel spumosum; si omnia hæc fuerint, moriantur. Quibus verò ex his quædam supervenerint, quædam verò non, quidam ipsorum morientur, quidam longo tempore salvabuntur: verum ex omnibus indicia in ipsis inventis, conjectari oportet de aliis omnibus.

LXIV. Quibuscumque ex pulmonia abscessus circa aures fiunt, et suppurantur, vel ad inferas sedes et fistulantur, ii liberantur.

LXV. Considerare autem oportet talia in hunc modum. Si febris detinet, et dolor non cessaverit, et sputum non excernatur secundum rationem, neque biliosæ fuerint alvi dejectiones, neque dissolutæ atque sinceræ, nec urina valdè multa, et crassa, ac plurimum continens sedimentum: paratur autem salubris ab omnibus aliis salutiferis signis: in his oportet huiusmodi abscessus futuros sperare.

LXVI. Fiunt autem hi quidem in partibus inferioribus, quibus circa hypocondria *φλεγμα*, id est, inflammatio quæpiam innascitur: illi verò in superioribus, quibus hypocondrium flaccidum, ac sine dolore perseverant: si verò aliquando difficulter spiraverit, sine alia manifesta occasione nec cessabit.

LXVIII. Omnes autem abscessus, qui fiunt in cruribus, in pulmonis vehementibus, ac periculosos, utiles sunt: optimi verò, qui fiunt sputo jam in pus mutato. Si namque tumor ac dolor fiant, sputo facto purulento ex flavo, et foras procedente, securissimè liberabitur homo, et abscessus citissimè cessabit sine dolore. Si tamen sputum non benè processerit, nec urina cum bono sedimine apparuerit, periclitatur articulus claudicare, aut multum negotium præbere.

LXIX. Si verò abscessus repenti occulantur, atque recurrunt, spūte non procedente, ac febre non dimittente, malum est: periclitatur enim homo delirari atque mori.

LXX. Ex empyicis, qui ex pulmonis morbis tales sunt seniores potius moriuntur: ex aliis verò suppurationibus juniores potius intereunt.

LXXI. Dolores verò cum febre facti circa lumbos et inferas sedes, si septum transversum attingerint, inferas sedes relinquentes, valdè lethale. Aliis igitur signis mentem adhibere convenit. Quoniam si aliquid signum malum apparuerit, desperatus homo est. Quicumque verò ex empyicis uruntur, quibus pus purum album, et sine pravo odore fuerit, servantur: quibus verò subruentum et cœnosum, moriuntur. Si autem assurgente morbo versus septum transversum alia signa supervenerint, non mala, ipsum empyicum futurum valde speratur.

LXXII. Vesicæ duræ ac dolorosæ, malæ omninò sunt, et exitiosæ. Exitiosissimæ verò quæcumque cum febre continua sunt. Dolores namque ab ipsis eventientes interimire valent, et ventres in talibus non deiciunt, nisi dura, et agrè.

LXXIII. Solvit verò morbum urina quæ purulenta mingitur, album ac læve habens sedimentum.

LXXIV. Si verò urina nullatenùs concedat, neque vesica mollescat, et febris continua vexaverit, in primis morbi circuitibus speratur dolentem moriturum.

LXXV. Modus autem iste potissimum tentat pueros à septimo in quartum decimum annum.

## LIBER TERTIUS.

PROG. I. Febres verò judicantur in eisdem diebus numero ex quibus supersunt homines, et ex quibus moriuntur.

II. Simplicissimæ namque febres, ac signis firmatæ securissimis, quarto die aut citius cessant: pessimæ verò, ac cum signis gravissimis factæ, quarto die aut citius interimunt.

III. Primus itaque insultus ipsarum in hunc modum finitur, secundus autem ad septimum perducitur, tertius ad undecimum, quartus ad quartum decimum, quintus ad decimum septimum, sextus ad vigesimum: hi igitur ex acutissimis morbis facta perquatour additione, ad vigesimum finiuntur.

IV. Fieri verò non potest ut aliquid horum integris diebus verè annumeretur, non enim annus, aut menses integris diebus annumerari solent.

V. Post hæc autem eodem modo et secundum eandem adjectionem, primus circuitus quatuor et triginta dierum, secundus quadraginta dierum, tertius sexaginta dierum est.

VI. Inter initia tamen horum difficilium est prænoscere ea quæ multo temporis spatio judicari debent: simillima enim eorum initia sunt. Sed à primo die animum adhibere opus est, ac per singulos quaternarios additos considerare; nec latebit quò vertetur morbus.

VII. Est autem et quartana constitutio, ex tali concinnitate.

VIII. Qui verò minimo temporis spatio judicari debent, facilissimi cogniti sunt; maximè enim ab initio differunt; qui enim convalescunt, faciliè spirant, et sine dolore agunt, noctu dormiunt, ac reliqua securissima habent: morituri tamen difficile spirant, delirantes, vigilantes, ac reliqua signa pessima habentes.

IX. His igitur ita evenientibus, conjectari oportet per tempus, ac per singulas additiones, morbis euntibus in judicationem.

X. Secundum eandem rationem, et fœminis judicationes fiunt ex partu.

XI. Capitis autem dolores vehementes atque continui cum febre, si quidem aliquod ex signis lethalibus accesserit, valdè exitiosum est. Si tamen absque talibus signis dolor viginti dies trascendat, et febris detineat, suspicari oportet sanguinis è naribus eruptionem, vel aliquem alium abscessum ad inferas sedes. Donec autem dolor recens fuerit, consimiliter sanguinis è naribus eruptionem, vel suppurationem spectare oportet, præsertim si dolor circa tempora et frontem fuerit.

XII. Magis autem oportet expectare sanguinis eruptionem in junioribus trigesimoquintum annum agentibus; in senioribus verò suppurationem.

XIII. Auris verò dolor acutus cum febre continua ac vehementi, malum: periculum enim est delirii, atque abolitionis. Quoniam igitur fallax hic locus est, citò mentem adhibere convenit, et omnibus aliis signis à prima die.

XIV. Pereunt autem ex hoc morbo juniores quidam septimo die, at adhuc citius, seniores verò multo tardius; febres namque et deliria minùs eis superveniunt, et hæc ob causam aures suppurari præveniunt: verum in his ætatibus recidivæ morbi supervenientes plurimos interimunt. Juniores tamen ante aures suppurationem moriuntur. Si autem pus album ex aure defluat, spes habetur de salute juvenis, si aliquod aliud bonum signum el superveniat.

XV. Fauces exulcerari cum febre, difficile: verumtamen si aliquod aliud signum supervenerit, eorum quæ malis adjudicata sunt, prædicendum hominem in periculo esse.

XVI. Anginæ autem gravissimæ sunt, ac celerrimè interimunt, quæcumque nihil conspicuum faciunt in faucibus, neque in cervice; plurimum verò dolorem inferunt, atque orthopneam. Hæc enim eodem die strangulant, et secundo, et tertio, et quarto.

XVII. Quæcumque verò dolorem alioqui alteri similiter inferunt,

attollunt autem, ac in faucibus rubores efficiunt, valdè quidem lethales, cæterum præcedentibus diuturniores, si magnus fiat rubor.

XXVIII. Quibus verò fauces et cervix simul rubent, hæ sunt diuturniores: et maximè in ipsis liberantur quibus cervix et pectus ruborem traxerint, nisi sacer ignis intrò recurrat.

XIX. Si verò neque in diebus decretoriis sacer ignis evanescat, neque tuberculum ad externam convertatur regionem, neque pus screeat, et facilè ac sine dolore agere videatur, mortem significat, vel conversiones ruboris.

XX. Securius verò est tumorem atque ruborem quàm maximè foras vergere. Si tamen in pulmonem vergat, insolentiam faciet, et ex ipsis magna ex parte sient empyici.

XXI. Gargareones secare, aut scarificare periculosum est, quandiù rubri fuerint, et magni; inflammationes etenim eis superveniunt, atque sanguinis eruptiones. Sed decet per id tempus hujusmodi tentare, aliis machinamentis extenuare. Quando verò jam separatum fuerit totum id quod vuam appellant, et facta fuerit summa pars gargareonis major atque orbiculata, superior verò tenuior, tunc temporis tutum est admovere manum. Sed melius est evacuato ventre manus operatione uti, si tempus concesserit, et non suffocetur homo.

XXII. Quibus febres desinunt, neque cum signis solutionis, neque in diebus decretoriis, recidivam in eis expectare oportet.

XXIII. Quæcumque febris prorogatur, salubriter affecto homine, nec ob inflammationem, nec ob aliam quamvis causam manifestam, dolore detinente, huic expectandus est abscessus cum tumore ac dolore, ad aliquem articularum, maximè eorum qui sunt in parte inferiori.

XXIV. Hujusmodi abscessus, magis ac in minori tempore fiunt, junioribus natu trigesimum annum agentibus.

XXV. Considerare autem oportet statim abscessus signa, si viginti diebus transactis febris detineat.

XXVI. Senioribus verò minùs accidant, ubi febris fuerit diuturnior.

XXVII. Oportet autem hujusmodi abscessum sperare, ubi continua fuerit febris: in quartanam verò deducetur, si intermittat, et erratio modo apprehendat, et sic agens autumnò appropinquet.

XXVIII. Quemadmodum verò junioribus trigesimum annum non attingentibus abscessus fiunt, sic quartanæ magis his qui triginta annorum sunt, et senioribus.

XXIX. Scire autem oportet abscessus magis fieri hyeme, tardius cessare, et minus recurrere.

XXX. Quicumque autem in febre non lethali dixerit caput dolere, aut etiam tenebrosum aliquod ante oculos apparere, et oris ventriculi morbus huic accesserit, biliosus vomitus aderit. Si autem, et rigor accesserit, et partes inferiores hypochondrii frigidæ habuerit, citiùs adhuc vomitus aderit: quod si aliquid biberit aut ederit per id tempus, valde celeriter vomet.

XXXI. Ex his verò quibus dolor fieri cæperit prima die, quarta præmuntur maximè, et quinta: ad septimum verò liberantur. Plurimi



autem ipsorum tertia dolere incipiunt, quinta verò maxime vexantur: liberantur verò nona aut undecima. Si tamen quinta dolere cœperint, et reliqua secundum rationem priorem ipsis eveniant, decimaquarta morbus judicabitur.

XXXII. Fiunt autem hæc mulieribus quidem et viris, in tertianis maxime: junioribus autem fiunt quidem et in ipsis, magis verò in febris perassiduis, et in legitimis tertianis.

XXXIII. Quibus autem per hujusmodi febrem capite dolentibus, pro tenebrositate ante oculos apparente, hebetudo fiat, vel splendores præsententur; pro morsu verò oris ventriculi, in hypochondrio, vel in dextra vel in sinistra parte, contendatur quippiam sine dolore aut phlegmone, pro vomitu sanguinem è naribus erupturum sperandum est: indè autem in juvenibus magis sanguinis eruptionem expectare oportet. In his verò qui triginta annorum sunt et senioribus, minus; sed in his vomitus sperandi sunt.

XXXIV. Pueris verò convulsiones fiunt, si febris acuta fuerit, et venter non excernat, et vigilant, ac perterreantur, et lugeant, et colorem mutant, et chlorus, vel lividus, vel rubicuadus emergat. Fiunt autem hæc promptissimè quidem pueris quam primùm editis, usque ad septimum annum. Adultiores tamen pueri et viri non amplius per febres convelluntur, nisi aliquid signum accesserit vehementissimum ac pessimum, qualia in phreneticis fiunt.

XXXV. Morituros autem ac liberandos ex pueris, atque aliis conjicere per omnia signa, quemadmodum in singulis singula scripta sunt.

XXXVI. Hæc autem dico de morbis acutis, et quicumque fiunt ex ipsis.

XXXVII. Oportet autem eum qui rectè præcognoscere debet salvandos ac morituros, in quibus etiam morbus plurium aut pauciorum dierum futurus est, cum signa didicerit, ipsorum vires ratiocinatus, invicem discernere, quemadmodum de aliis scriptum est, ac de urinis et sputis, quando simul pus ac bilem excreaverit.

XXXVIII. Decet autem morborum semper popularitèr grassantium impetum considerare, nec latere temporis constitutionem.

XXXIX. Rectè igitur nosse oportet de tecmeriis, id est, de conjecturis certis, atque aliis signis: nec latere quod omni tempore, et mala malum, et bona bonum significant.

XL. Quandoquidem et in Libya, et in Delo, et in Scythia quæ scripta sunt apparent veridica signa.

XLI. Benè igitur nosse oportet, quod in ipsis regionibus non est difficile multiplicia ipsorum consequi, si quis ediscens ipsa, rectè judicare ac rationari sciat.

XLII. Nullius morbi nomen desiderandum est, quod hic non fuerit scriptum: omnia quæ in temporibus prædictis judicantur, eisdem signis cognoscet.

## EL EDITOR.

**E**mpieza Hipócrates este precioso escrito recomendando á los médicos el arte de pronosticar, en el que solamente se adquiere suficiencia por medio de la observacion, como Piquer asegura en su comentario poniendo por ejemplo á los astrónomos y agricultores, y añadiendo que, «como ellos »podemos hacer los médicos en las enfermedades y con igual certeza, si »observamos atentamente los movimientos y acciones de la naturaleza, »procurando averiguar el enlace y conexion que estos tienen entre sí, »con la consideracion que en el cuerpo humano se guardan constante- »mente ciertas y determinadas leyes en la produccion y aumento de las »dolencias que en él se observan.” La *prognosis, providentia, præcognitio*, dice Vega explicando esta voz, es el conocimiento de todo lo pasado, lo presente y lo futuro, relativamente á la enfermedad, el cual no se consigue sino prestando la mayor atencion y poniendo todo cuidado en observar cuanto ocurre en los enfermos, teniendo muy presentes los preceptos de los antiguos. «Los que se desdeñan de consultar con frecuencia las obras de Hipocrates y Galeno, añade este autor, no merecen »perdon, ni son dignos de llevar el nombre de médicos; y se hallan tan »distantes de saber pronosticar, como de recoger el fruto que su conocimiento proporciona.”

Continúa Hipócrates manifestando las razones de conveniencia que deben impeler al médico al estudio del pronostico, las cuales se reducen á dos, una perteneciente al médico y otra al enfermo: mas, como dice el divino Valles, la que hace referencia al primero influye tambien en utilidad y provecho del segundo; pues al médico le sirve de honor el

predecir con acierto, y el paciente será mejor dirigido en la curacion por un profesor que se halle bien poseido del estado actual de la enfermedad, que comprenda claramente el órden sucesivo de los fenómenos que la representen, que aprecie en su justo valor el influjo de las causas que la produjeron ó favorecieron su desarrollo, y que prevea con fundamento los incidentes que pueden ocurrir, las complicaciones que deben temerse, y el modo como debe terminar: porque, habido este conocimiento, claro es que el plan curativo no podrá menos de ser el conveniente, ya para evitar los males que deban precaverse ó para disminuir su gravedad cuando no ha sido posible impedir su aparicion, como tambien para dirigir al enfermo al termino feliz de su dolencia. En confirmacion del crédito que granjea al profesor un buen pronóstico, cita Piquer, en su comentario á este párrafo, lo que sucedió á Galeno en Roma, recién llegado á esta ciudad. «Dice que le encontró un filósofo llamado Glaucon, que fiaba poco en los pronósticos de los médicos; pero que, habiéndose divulgado la fama que aquel tenia en pronosticar que mas le creian adivino que médico, le rogó que pasase á visitar á un médico conocido suyo que se hallaba enfermo. Fue en efecto, y como al entrar en la casa viese Galeno casualmente una deposicion que acababa de hacer el paciente, semejante al agua en que se lava la carne fresca, y notase que tenia este la respiracion acelerada y pequeña, junto con una tosecilla como de irritacion, y el pulso con señas de inflamacion, sin esperar que se le digese nada aplicó la mano hácia las últimas costillas falsas del lado derecho, asegurándole que allí sentiría dolor, que la tos le molestaria de rato en rato, que sería pequeña, y que no arrancaria nada. Añadió que debería sentir, ademas, peso hácia el hígado, y mayor dolor siempre que quisiese respirar fuerte, y tal vez una especie de tirantez hácia abajo en la axila correspondiente; y verificándose todo esto en el enfermo, causó mucha admiracion á todos los circunstantes, y logró que Glaucon tuviese en adelante á la medicina en mayor estimacion.» Efectivamente, un pronóstico acertado granjea al médico una gran reputacion; pero tanto crédito cuanto adquiere, si este juicio llega á realizarse, pierde proporcionalmente si el éxito no corresponde.

«Conviene que el médico tenga presente, dice Alfonso Lopez (Pinciano), que todo está sujeto á las vicisitudes de las cosas: nada debe »aventurar; nada despreciar. Debe tener seguridad en las cosas ciertas, y »ser cauto en las dudosas; porque el juicio proferido no puede ya recoger- »se, y mas estimacion se pierde con uno fallido, que se gana con diez pronósticos realizados. Sed, por lo tanto, diligentes en prejulgar (*in præ- »sensione*), por utilidad del enfermo; pero tardos en predecir (*in præ-*

»*dictione*), es decir, en manifestar esta juicio, por honor vuestro." Y unas líneas mas adelante, continúa de este modo: «Pesad bien pues, todos los signos: » si todos indican el restablecimiento de la salud, anunciadla; y si la muerte, » precedidla. Mas si van acordes todos los signos, y se presentan juntamente los favorables y los adversos, como sucede muchas veces, volved á » pesar su valor con el mayor ciudadano: si preponderan los primeros, tened » esperanza; y temed por el contrario, si los segundos predominan: pero » si de tal modo se presentan combinados que ninguno de esos signos ter- » minantes se presenta, guardad silencio hasta que esta oscuridad se » desvanezca, y no os avergonceis de confesar lo difícil del caso. Mirad » como Galeno dijo, en la historia de la enfermedad aguda que padeció la » esposa de Epicrates, al undécimo día de la afección, *que faltaban signos » para poder confiar en la curación, y para esperar un fin trágico.*" Este consejo de nuestro célebre compatriota, tan lleno de razón y de experiencia, dice lo bastante para que yo trate de estenderme mas acerca de este interesante punto. El médico, pues, debe emplear todo su estudio y la mas atenta y escrupulosa observación en confirmar practicamente las reglas que le guien por tan difícil terreno, obrando de todos modos con la mayor cautela en la exposición de su juicio, por razonado y probable que parezca.

Si el médico entiende los males que el enfermo padece, dice Hipócrates, y conoce los que han de venir, dirigirá con acierto la curación: relativamente á lo cual espone Piquer en aclaración que conviene no olvidar nunca que la naturaleza es la que quita las enfermedades, y que los medios de la medicina, hechos á tiempo y con juicio, aprovechan en cuanto ayudan á aquella á superar los males que la oprimen. Ella tiene en sí fuerzas suficientes para sostener, nutrir y desarrollar al hombre, y cuando decae profundamente ningun medio puede emplear el médico suficiente para reanimarla. Asi que deberá este observar su marcha para prestarla los socorros favorables, no empeñándose en contrariar las vías que elija para desembarazarse de lo que la dañe, ni precipitándose á acelerar las terminaciones que se han observado acaecer en épocas fijas. « Los » médicos, continúa este grande hombre, se han extraviado muchas veces por » seguir sus sistemas ó sus caprichos, que es lo mismo; y queriendo go- » bernar por ellos las máximas concernientes á la curación, no solo han » causado graves daños sino que se han hecho ridículos."

Asi realmente ha sucedido con todos los sistemas que han pretendido subyugar la ciencia á su exclusivo dominio: han logrado fascinar por el pronto una porción mas ó menos considerable de espíritus poco contem-

plativos ; se han afiliado proseliticos, entre los médicos aficionados á la novedad, que han adoptado con desmedido entusiasmo las doctrinas nuevamente proclamadas; pero bien pronto este movimiento tumultuario vino á ceder á la ley de la razon , y los palpables desengaños aprendidos en una costosa esperiencia por sus mas fanáticos defensores, han sido los primeros ataques dirigidos á su frágil poder prontamente desplomado. Abránse las páginas de la historia de la ciencia y sigánse las diferentes fases que en 2300 años ha corrido, y veremos manifestarnos esta luminosa antorcha la realidad de este hecho. Solamente ha permanecido siempre vigorosa la doctrina sentada por el admirable griego , cual magestuosa roca se mantiene firme en medio de los agitados mares, como haciendo alarde de la solidez y resistencia de la base en que se afirma. En sus sabias máximas han pretendido fijar el fundamento de sus hipótesis todos los inventores de sistemas para darlas crédito y valor, y esto es en verdad una buena prueba que acredita la certeza de la doctrina hipocrática.

Continúa el sabio anciano en sus profundas máximas advirtiéndole la necesidad de observar la naturaleza de la afeccion y calcular las fuerzas del enfermo, cuyo prudente consejo es de tal importancia, que encierra en pocas palabras el fundamento de un buen pronóstico, y el norte de la terapéutica. Sin conocer de antemano la índole de la enfermedad, cómo establecer un pronóstico fundado y fijar racionalmente un buen plan curativo? Sin apreciar las fuerzas que tiene la naturaleza para resistir el mal, cómo juzgar del éxito de esta lucha, y proporcionar los medicamentos apropiados en la cantidad debida? Bien conocido es el poderoso influjo que ejerce en la terminacion y en las indicaciones el diverso carácter de una misma especie de dolencia. Las anginas, por ejemplo, sin referirme á la convulsiva, consisten esencialmente en una irritacion flogistica de la mucosa que tapiza las fauces y la laringe, y el pronóstico, sin embargo, como el plan curativo que se adopte debe variar mucho en las francamente inflamatorias, en las pseudo-membranosas, y en las malignas ó *garrotillo español*, que define Escobar diciendo: «ser una afeccion *pestilente* de las fauces con dificultad de respirar y tragar, nacida de una inflamacion con *úlceras gangrenosas depascentes* (ó corrosivas) que de sí despiden algun hedor, acompañada siempre de calentura aguda y alguna vez de exantemas, con otros malos síntomas. (\*)»

(\*) Acerca de esta cruel enfermedad que ha reinado en España epidé-

El carbunco y la pústula maligna no ofrecen por cierto! la misma gravedad ni son combatidos del mismo modo que una flegmasía cualquiera de la piel, ni el tifus presenta el mismo riesgo ni por consiguiente iguales indicaciones que las fiebres inflamatorias francas ó las biliosas; porque tanto el carbunco como el tifus son enfermedades especiales, producidas por causas propias que egercen una accion deletérea particular sobre el sistema nervioso determinando el desarrollo de fenómenos reaccionarios que, aunque de índole flogística en un principio, llevan con todo el indeleble sello del mortífero agente que los produjo, y como tales, no solamente debe ser el pronóstico diverso del suministrado por una flegmasía cutánea ó por una fiebre gástrica ó inflamatoria, sino que tambien el método curativo debe variar con arreglo á las condiciones particulares de las espresadas dolencias. En cuanto á la fuerza de la naturaleza para resistir los males, es otra condicion tan indispensable, que no se debe perder jamás de vista, no solo para el establecimiento de un pronóstico acertado, sino tambien para la buena determinacion de los medios adecuados para combatirlos. «Es preciso que el médico contemple, dice Piquer en su comentario, si está el mal superior á la naturaleza, ó al contrario; porque »habiendo lucha de ambos, forzoso es que el de menos fuerzas quede »vencido." Y con este motivo manifiesta, que, no habiendo de verificarse el vencimiento hasta que llegue la enfermedad á su estado, *no ha de hacerse el juicio de la robustez del enfermo del dia solo de la dolencia, en que el médico la ve, sino con mira á los trabajos que tiene todavia que superar, como sucede á uno que lleva un gran peso, y con él tiene que hacer un camino largo.* Sabido es de todos los prácticos que para efectuar se la resolucione en las enfermedades es menester contar con las fuerzas á la naturaleza, y ya espresó bien este principio el gran Boherave en el aforismo en que dijo... *Ars curans per remedia morbos est vita persistens,*

micamente en varias ocasiones, especialmente en el siglo XVII, causando estragos considerables, habiendo sido tan universal en el año 1615 que le quedó el nombre de *año de los garrotillos*, segun dice Villalba en su *Epidemiologia*, escribieron muchos médicos compatrioticos; notándose entre los principales Gomez de la Parra, Heredia, Nuñez, Villareal, Gil de Pina, y el Dr. Cascales de Guadalajara, de quienes tomaron los extrangeros lo bueno que sobre esto han publicado.

*illa deficiente iners medella.* Cuando los órganos caen en aquella especie de inercia ó debilidad, que les hace inhábiles para efectuar la absorcion de los humores acumulados en sus areolas por efecto de la irritacion, en vez de ser estos trasportados al torrente de la circulacion, desahogando la parte congestionada, se aumenta, por el contrario, esta acumulacion de un modo pasivo, ya por el nuevo aposamiento que físicamente se va formando de los materiales que llegan en cada momento, como por la falta de la absorcion que es necesaria. Lo mismo en las enfermedades que afectan, no un órgano ó varios órganos con especialidad, sino los sistemas generales, constituyendo las fiebres: si las fuerzas faltan y cae el regulador de la vida en un colapso, no habrá medio capaz de despartar su accion amortiguada; no podrán verificarse las crisis de un modo favorable, y al fin sucumbirá la economía. El pronóstico, pues, debe conducirse por este precioso dato que cual estrella polar le llevará al acierto, y la terapéutica no puede menos de proceder segun el rumbo que este la indique.

Aconseja Hipócrates en el mismo lugar que debe ponerse mucho cuidado en observar si en las enfermedades hay algo de divino, *θεϊον*, de cuya voz se vale igualmente en el tratado de Aires, Aguas y Lugares para expresar y combatir el parecer de los que admitian que *algunas enfermedades eran mas divinas que otras*, considerándolas como efecto del castigo de los dioses. Cree M. Littré que en este lugar participaba Hipócrates de la misma opinion, y en esto se funda para juzgar que habia variado de parecer en el tiempo que trascurrió de la formacion de un tratado á otro, adoptando la idea de que la composicion del actual fue anterior á la del precedente. La interpretacion de esta frase ha dado mucho que discurrir á los comentadores, creyendo algunos en la antigüedad que se referiria al amor á que llamaban *divino*, porque todas las enfermedades en que los afectados se ponian tristes, pálidos y desvelados, las referian á una causa moral como el amor, la avaricia, etc., atribuyéndolo otros á los dias críticos por su influjo en la terminacion de los males que creian debido al movimiento de los astros, y creyendo otros que aludiria á las dolencias mandadas por los dioses en desagravio de las ofensas que habian recibido. Galeno refuta en sus comentarios todas estas opiniones, apoyándose especialmente en pasages de otros libros del mismo autor, que se oponen á estas interpretaciones, y cree que la mente del padre de la ciencia, al emplear dicha voz, fue el indicar la influencia particular del aire, *porque el aire, decia, todos le llaman cielo, y por lo tanto lo que de él depende es celeste, es divino.* Siguen este parecer nuestro Cristobal de Vega y Piquer explanándolo en

sus comentarios, y Valles de Covarruvias dice entenderlo de otro modo espresándose en estos términos : « No veo que haya precision de dar un solo sentido á esta voz empleada por Hipócrates , que fue tan conciso en sus espresiones , cuando dicha voz puede espresar dos ó mas cosas sin repugnancia alguna , y mas en ocasion en que la frase de que se vale indica lo mismo : pues queriendo inculcarnos que estudiemos todo lo que puede servirnos para el pronóstico , diciéndonos que consideremos la índole de las afecciones y el estado de las fuerzas de la naturaleza (es decir, todo lo que se manifiesta por señales sensibles), añadió á esto, todo lo que en las enfermedades haya de divino. No se detuvo en espresar si debia entenderse por divino en las enfermedades lo que procediese del influjo de los astros , de los dioses , ó de alguna cosa desconocida , sino que dijo en general que debia tambien examinarse en el pronóstico , *si quid in morbis divinum inest ; si existe algo de divino que pueda servir al indicado juicio*. No debemos pues ocuparnos en indagar cuál seria de entre las cosas que por tal voz pueden entenderse la que Hipócrates querria significar , sino considerar cuales son las que pueden presentarse en los males y servir para el pronóstico , y entender que todas ellas fueron indicadas en dicha palabra por Hipócrates.”

Esta opinion es, en mi juicio , la preferible , y no puedo avenirme con el parecer de Mr Littré , porque no deja de repugnarme que un hombre de juicios tan sólidos como Hipócrates variase de modo de pensar desde la composicion de un libro á la de otro , precisamente en un punto de bastante interes que combate en uno de ellos ; y aun suponiendo que fuese anterior el libro de los Pronósticos al de los Aires , Aguas y Lugares , creo que la sinceridad y rectitud de este genio de la medicina , que siempre se manifiesta tan consecuente en sus doctrinas , no hubiera dejado de esplicar la causa de este notable cambio en sus creencias. Por otra parte , en ningun escrito suyo se habla esplicitamente á favor de esta opinion , advirtiéndose al mismo tiempo que en la terminacion de este mismo libro encarga la observacion de la fuerza de las enfermedades epidémicas y de la constitucion del tiempo , acerca de cuyo influjo insiste mucho en varias ocasiones , ocupando casi todo el tercer libro de los aforismos en manifestar las dolencias que corresponden á cada estacion.

En el comento de este pronóstico , que es uno de los mejores que tiene D. Andrés Piquer por las luminosas ideas que en el despliega , se adhiere , como dejo ya dicho , á la opinion de que Hipócrates quiso significar con el *fiat* ó *divinum* , la influencia particular del aire , segun la que el recibe de los astros y de los planetas , la cual hace que en unos años



sean benignas las enfermedades agudas, que su curso sea regular y que sus crisis se verifiquen completamente, y que en otros, por el contrario, sean malignas e irregulares: por lo cual queria Hipócrates, dice este autor, que su hijo Tesalo supiese Astronomía; esto es, para ser buen médico. Agrega que por esta causa no es posible entender bien la antigüedad médica, establecedora de las bases mas sólidas de la ciencia, sin noticia de dicho estudio á que todos se dedicaron, esplicando las alteraciones que debe tener el aire en los dias de la salida y postura de los astros y las que deben ellas producir en el cuerpo humano, segun la diversa combinacion que entre sí tienen los planetas y la disposicion de los sugetos en quienes obran. «El vulgo, dice, ignorando estas cosas, va á buscar la causa de la novedad que experimenta en el vaso de agua que bebió, en el aire fresco de la mañana y otras vagatelas de esta clase; pero lo peor es que muchos médicos por falta de este conocimiento van con el vulgo, y con sus medicinas exasperan un malecillo á veces ligero, que muy en breve quitaría la misma naturaleza, si la dejasen obrar.» Esto se halla muy conforme con el precepto de Hipócrates, en el tratado de Aires, Aguas y Lugares, respecto á que no se emplee una medicina activa en épocas de grandes trastornos atmosfericos, acerca de cuyo particular opino del modo manifestado en mi comento al espresado libro: agregando aqui solamente que, lejos de esto, en las enfermedades crónicas, que se exacerban de un modo muy notable en los cambios atmosfericos, no debemos permanecer en la inaccion en estas épocas tan perniciosas para los pacientes, sino obrar con arreglo á las indicaciones; pues en ellas casi siempre suelen estos perecer.

Termina Hipócrates esta breve pero significativa introduccion advirtiéndole á los médicos que jamás se les culpará de nada si con tiempo conocen el resultado que tendrá la enfermedad y lo manifiestan á las personas interesadas, y en seguida pasa á la consideracion de los signos pronósticos en las enfermedades agudas. Esplicando nuestro Cristobal de Vega la razon de por qué Hipócrates escribió solamente los signos de las enfermedades agudas, dice que si alguno le dirigiese esta pregunta, le responderia: «Porque las afecciones crónicas no sufren cambios repentinos en la salud ó en la muerte, en los cuales se espera principalmente un éxito pronto y el juicio de esta terminacion; porque estas afecciones no se juzgan, sino que concluyen paulatinamente, no siendo por lo tanto tan útiles los pronósticos; y además, porque en el largo trascurso de ellas cometen los enfermos muchas imprudencias, que suelen hacer fallar los juicios pro-

»pronósticos.» Consecuente siempre el divino anciano con la idea grande y universal que de la ciencia habia concebido, se ocupa de los signos generales sin descender á pormenores de ninguna dolencia en particular; y si en algunas parece detenerse con especialidad, como en las afecciones de los órganos torácicos, lo hace manifestando solamente los signos de su terminacion, fausta ó desgraciada, mas no describiendo los síntomas peculiares que las dan á conocer. Jamás aconseja que se guie en sus juicios el profesor por los signos suministrados por alguno ó algunos órganos solamente, aunque parezcan decisivos, sino que siempre previene que se tenga en cuenta el conjunto de todos los demas. Esto manifiesta claramente lo convencido que se hallaba de la grande armonía que existe entre todas las partes de la economía humana, la que sábiamente espresó en otro lugar diciendo, *consensus unus, conspiratio una, et omnia in corpore consentientia*, y que no solamente consideraba al hombre sometido á la influencia de todos los agentes exteriores y modificado por ellos, dando á esta relacion grande importancia, sino que en el hombre mismo veia con igual interés esta reciprocidad de accion en el conjunto. Idea grande, sublime, á que es deudora la ciencia de su misma creacion.

Empieza Hipócrates la esposicion de los signos que forman el objeto de este tratado por los correspondientes al hábito exterior, y entre estos por los que se representan en el rostro, que son los que primero llaman la atencion del observador, porque siendo este la imagen del alma, como decia Ciceron, justamente por hallarse dotado de una multitud de nervios procedentes todos del encéfalo, centro á donde van á parar todas las impresiones tanto internas como esternas, no puede menos de retratarse en él el estado de escitacion, de dolor, de estupor, ó de indiferencia, y hace con este motivo una pintura tan verdadera y expresiva de la profunda alteracion que presentan las facciones en el mayor grado de abatimiento vital, que los médicos, en justo tributo de admiracion y respeto, han convenido en designarla con el nombre de *cara hipocrática*. Distingue los casos en que las señales de esta alteracion no son de tan mal agüero, y, después de fijarse particularmente en las suministradas por los ojos, pasa á considerar las que ofrecen los decúbitos, notando como muy peligrosa la posicion abandonada del enfermo y su tendencia á escurrirse en la cama hacia los pies, cuyo signo funesto raro será el profesor que haya dejado de observar en los tifus y fiebres graves, como efecto de una debilidad estrema. La posicion, en efecto, que adopta el paciente es un signo de gran valor, pues la indiferente ó abandonada de un tifoideo no indica lo mismo que la inquieta de un pulmonía-

co, ni el estado de encogimiento de un tercianario en la invasion de la fiebre guarda analogía con el decúbito abdominal de un sugeto que padece un cólico, ni la postura de una persona afectada de peritonitis, dice lo mismo que la inquietud y gran desasosiego (*jactitatio*) del que padece carditis ó pericarditis, y así de otros decúbitos, que sirven indudablemente mucho tanto para el diagnóstico cuanto para el pronóstico, usando de nuestro lenguaje.

Acerca del rechinar de dientes en las fiebres, designado por Hipócrates como mal signo fuera de los casos en que es efecto de una costumbre adquirida desde la infancia, dice Piquer: «El ser tan mala » señal el rechinar los dientes dimana del daño tan considerable que debe » suponerse en el cerebro para este efecto; porque el rechinar se ha » ce por una convulsion violentísima de los músculos temporales y de las » mejillas, y esta convulsion trae siempre tras de sí la muerte.» Realmente este signo es de mal agüero en las fiebres nerviosas, en que se observa, y nuestro célebre Piquer explica suficientemente la causa á que su malignidad debe ser atribuida.

El secarse las úlceras, ya existentes á la época de la invasion del mal ó abiertas durante su curso, y ponerse pálidas y lívidas en un sugeto próximo á la muerte, es un hecho constante. Sabido es que, fuera de aquellos casos en que la vida termina de un modo repentino, por efecto de una profunda lesion de alguno de sus centros, como la apoplejía, la conmocion cerebral, la asfixia etc., se va estinguendo poco á poco retirándose de la periferia al centro hasta que al fin concluye, como Bichat espuso estensamente en sus *Investigaciones fisiológicas sobre la vida y la muerte*. Qué extraño será pues, que la supuracion deje de verificarse y que el color se vuelva pálido ó lívido en un órgano en que falta ya el calor vital, donde la circulacion capilar se ha suspendido, haciéndose la de los grandes vasos de un modo casi imperceptible, y siendo tambien casi nulo el influjo del espíritu nerveo? En cuanto á los movimientos que hacen los enfermos con las manos llevándolas hácia la cara como en ademan de separar objetos que divagasen por el aire, ó quitando motas de las cubiertas de la cama, indicando una profunda alteracion del sensorio que hace percibir objetos que no existen, denotan en efecto un fatal estado. Débese advertir que los dolores de cabeza que Hipócrates refiere entre las enfermedades en que acontece este mal signo no deben tomarse en el sentido que suena, sino en el de afeciones graves del encéfalo: pues claro es que una cefalalgia, por sí sola considerada, no conduce á un término tan desastroso, ni es de pensar que fuese otra la mente del divino anciano.

no, que en muchas ocasiones usa de la palabra *dolor* como equivalente á vicio ó *lesion*.

Habla despues Hipócrates de los signos suministrados por la respiracion, que no dejan de ser importantes para el diagnóstico unos<sup>1</sup> y para el pronóstico otros; y pasa á la consideracion de los sudores; hallándose tan comprobado por la eperiencia diaria lo que en pocas palabras espresa acerca de esta evacuacion, que no necesita aclaracion alguna, debiendo este pronóstico grabarse con caractéres indelebles en la memoria de todos los prácticos.

Nuestro Vega en su comento, dando mucha importancia á tales signos, los coloca en una tabla, para mas pronta y fácil inteligencia, que me ha parecido del caso trasladar á continuacion.

Sudor.	{	Caliente.	{	De todo el cuerpo. . . . .	Si calma la fiebre. . . es muy bueno.
					Si hace que el paciente soporte la enfermedad mas facilmente. es bueno.
					Si no produce este resultado. . . . . es inutil.
Sudor.	{	De parte del cuerpo	{		Si hace que el paciente soporte la enfermedad con menos molestia. . . no es malo.
					Si no produce este efecto. . . . . es inútil.
					Si es de cabeza y cuello. es muy malo.
Sudor.	{	Frio. . .	{	De todo el cuerpo. . . . . es pésimo.	
					De la cabeza y cuello. . . . . es sumamente malo.

Los sudores, como todas las demas evacuaciones que acontecen en las enfermedades agudas, ó son críticos ó sintomáticos; y en el pronóstico á que nos referimos espone perfectamente Hipócrates lo que debe pensarse acerca de cada uno de ellos, sin que sea preciso que nos detengamos en su esplanacion. Sin embargo, no pasaré en silencio un sabio precepto que Piquer dá á los médicos al comentar este pasage, y es como sigue: «Crean los médicos, dice, que las enfermedades son ciertos entes » que existen, y en su existencia corren las leyes de nacer y morir, lo cual » ejecuta cada una de ellas en varios tiempos; y para cumplirlo gasta » distintos espacios, ni mas ni menos que sucede en las plantas. Cuando » comienza la enfermedad á vivir, está cruda, fuerte é indómita, mas

»andando el tiempo es superada por la naturaleza y se acaba ; y entonces  
»es cuando la causa del mal provechosamente se arroja. De aqui nace que  
»las evacuaciones en los principios de la enfermedad son dañosas ó á lo  
»menos aprovechan poco, porque son irritaciones violentas que la  
»naturaleza padece ostigada de la causa del mal.»

Hablase despues, en este tratado, de los hipocondrios, esponiendo Hipócrates las circunstancias que en el curso de las enfermedades agudas deben llamar hácia ellos la atencion del práctico, y al hacer esta preven- cion deja conocer bastante la importancia que daba al estado de las vísceras colocadas en estas regiones; pues claro que á las vísceras contenidas en los hipocondrios es á lo que se refiere. Valles, al comentar este párrafo, dice que jamás debe descuidarse esta advertencia, porque sirve de mucho para el pronóstico el enterarse bien del estado de estas partes, á que llama *officina concoctionum, in quibus coquantur alimenta et generantur separanturque escrementa: por lo cual, agrega, es muy probable que la mayor parte de las enfermedades graves tengan aqui su origen y su asiento.* Véase como ya Valles en el año 1567 se esplicaba acerca de un punto que ha formado despues uno de los fundamentos de la doctrina de Broussais. En los párrafos que Hipócrates dedica al objeto de este pronóstico da á entender, pues, el peligro de las flegmasías de los órganos situados en dichas regiones, haciendo notar que son de mayor considera- cion las afecciones del hipocondrio derecho, ó del hígado, que las del izquierdo ó del bazo. Nuestros acreditados comentadores se hallan to- dos conformes en que la voz *œdema*, de que Hipócrates se valió en esta ocasion para espresar estas ideas, es equivalente á *tumor*, al que agre- ga despues *duro* y *doloroso*, significando por lo tanto un *flegmon* ó *flogosis* que entonces espresaba una misma cosa, y asi se deduce en efec- to del contesto de las espresiones. Cristobal de Vega se detiene en ma- nifestar lo difícil que es conocer estos tumores por el tacto cuando se hallan profundamente situados, y por esto, dice, escribió Galeno otros sig- nos que los dan á conocer, manifestando al mismo tiempo el medio que este célebre médico indicó para distinguir en los sugetos flacos los que re- siden en los músculos abdominales de los que afectan el hígado, que se reduce á poder circunscribir con los dedos el tumor en el último caso, y no en el primero porque todo es continuo. Héchase de ver tambien en este lugar que Hipócrates conocía bien la relacion que existe entre las vísceras colocadas en la region de los hipocondrios y el cerebro, y entre este y las pupilas, cuando dice que debe temerse la agitacion ó el delirio si existen pulsaciones en aquellas partes, las cuales, en las enfermedades agu-

das, sólo son efecto de la viva agitacion de los vasos promovida por la grande inflamacion, y aconseja, para conocer si sobrevendrá el delirio, observar si se mueven mucho las pupilas. Manifiesta por último las terminaciones que pueden tener estas flegmasías, ya por una muerte pronta si se desarrollan desde luego con mucha intensidad ó ya por supuracion si pasan de los veinte dias sin que ceda la fiebre ni los síntomas locales, é indica que las epistaxis son un indicio de curacion, las cuales van acompañadas de ciertos signos locales que las dan á conocer, como pesadez de cabeza, turbacion de la vista, encendimiento de las partes inmediatas á la nariz, etc. Estas hemorragias, que observó verificarse por el lado derecho ó el izquierdo segun que el hígado ó el bazo son los órganos afectados, dice que deben esperarse mas bien en los jóvenes, porque en efecto en ellos tiene la naturaleza mayor robustez, y predominando la accion del sistema sanguíneo, hay mayor predisposicion á esta clase de flujos. En contraposicion á la flegmasía intensa, *tumores duros y dolorosos* de que nos acabamos de ocupar, presenta despues Hipócrates el estado contrario, *tumores blandos, indolentes y que ceden á la presion*, los cuales dice que tienen un curso mas lento, que son menos peligrosos, y que terminan por supuracion si se prolongan por mucho tiempo (mas [de sesenta dias] sin que ceda la fiebre ni disminuyan los síntomas locales. Esto se refiere á aquellas inflamaciones de dichos órganos, que, por las circunstancias del sugeto ó de la estacion ó del clima, se presentan con poca violencia, afectando el carácter de inflamaciones hiposténicas que se dice en el día, en cuyo caso estas, como todas las demas flegmasías en semejantes condiciones, son de peligro mas remoto, llevan mas lentitud en su curso, y suelen terminar por supuracion. En los hipocondrios advierte tambien Hipócrates, que son mas comunes las supuraciones que en la region del estómago y en las subumbilicales: basta considerar la textura de las vísceras colocadas en unas y otras regiones para hallar la razon de esta verdad; pues en efecto, la formacion de abscesos es mas propia de los parénquimas, al paso que de los órganos membranosos lo son las inyecciones, las erosiones, ulceraciones, perforaciones y reblandecimientos. Ultimamente, concluye lo relativo á este particular con indicar las señales de los abscesos mas favorables, que son los que se abren al exterior; expresa que de los que se abren interiormente los que no tienen comunicacion con el exterior son los menos malos, porque en efecto el acceso del aire al interior de los abscesos es de fatal influjo, y porque sucede tambien que en ocasiones se derrama el pus en el tejido celular intermedio al hígado ó el bazo y el peritóneo que los cubre, y allí se

enquista, ó estableciéndose antes de la rotura una fuerte adhesión entre las paredes del absceso y las de los intestinos se abre paso aquel en la cavidad de estos, espeliéndose por cámaras el pus, en cuyos casos se hace mas remoto el peligro del enfermo.

Sigue la consideracion de las hidropesías ó derrames de serosidad que dependen de las enfermedades agudas, cuyo origen hace proceder Hipócrates, en su mayor parte, de los vacíos, los lomos y del hígado, es decir; de los intestinos, de los riñones, y del órgano secretor de la bilis: espresa algunos síntomas que respectivamente las acompañan, y con razon pronostica mal de todas ellas. La profunda debilidad en que las colitis agudas postran á los pacientes, la falta de secrecion de la parte fluida de la sangre por la disminucion ó supresion de la orina en las nefritis, y el entorpecimiento de la circulacion en las hepatitis, son las causas á que en tales casos se deben los derrames de serosidad, ya en el tejido celular subcutáneo ó en la cavidad del peritoneo, si bien en las enteritis algo intensas puede tambien desarrollarse por efecto de la propagacion á esta membrana de la irritacion de los intestinos á quienes sirve de envoltorio. Se hallan descritos despues en los pronósticos los síntomas que respectivamente acompañan á dichas hidropesías, en cuya consideracion no me detengo, ya por ser bien claros y manifiestos, cuanto por no exceder los límites de este comentario, y siguen otros, que parecen intercalados ó traspuestos, en los que espone algunos otros signos funestos, indicantes de gran postracion vital.

Pasa Hipócrates á considerar las señales que suministran las alteraciones del sueño, las cuales es sabido que se hallan íntimamente ligadas á diversos estados del cerebro, indicando la vigilia la escitacion de esta entraña y el delirio, y manifestando el sopor un estado opuesto de depression ó de compresion. No se ocupa Hipócrates en este lugar mas que del primer estado, consignado despues por Celso en la siguiente sentencia, *«Pessimum tamen est si somnus neque noctu, neque interdiu accedit; id enim ferè sine continuo delirio esse non potest,»* juzgando malas tambien las alteraciones en las épocas de esta suspension intermitente de las acciones animales, respecto á lo acostumbrado por el paciente cuando disfrutaba de salud, porque todo lo que se aparta mas ó menos de lo natural, es relativamente mas ó menos morboso.

Sigue la consideracion de los signos que se deducen de las evacuaciones ventrales, en los que, teniendo por tipo para juzgar de las alteraciones de dicha escrescion la cantidad y calidad de sus materiales y su modo de espulsion, se describen exacta y concisamente los caractéres que

deben tener estas evacuaciones para ser mas favorables, y luego compendiosamente se esponen las señales que las hacen indicar una gravedad mas ó menos peligrosa. En efecto, los escrementos duros y descoloridos arrojadados con dificultad, las deposiciones serosas y sanguinolentas muy abundantes y acompañadas de dolor, y las formadas casi esclusivamente de materiales biliosos ó mucosos, indican afecciones inflamatorias graves del hígado y de los intestinos, hallándose en igual caso las espumosas, que son indicio del desarrollo de gases en el tubo intestinal, los cuales solo se desarrollan en tales ocasiones por efecto de la descomposicion de aquellos materiales; pero las negras y fétidas, que se presentan en las fiebres pútridas, son las que mas peligro anuncian, por ser la disolucion humoral que acompaña á la putridez la causa de signos tan perniciosos.

Hácese en este lugar la distincion debida entre los gases desenvueltos en el tubo intestinal en las afecciones inflamatorias, y los que existen cuando hay inflacion de los hipocondrios *sin inflamacion*, manifestando con respecto al primer caso lo que acabo de referir, y esponiendo en cuanto al segundo que, lejos de ser mal signo el desarrollo de tales flatos, suele calmar un borborismo la incomodidad de los pacientes, y mas cuando va acompañado de la espulsion de heces ventrales, de orina ó gas, como vemos suceder diariamente en las indigestiones, en los flatos que acometen á los hipocondriacos é histéricas, y en muchos casos de cólicos, en cuyas ocasiones es debida la molestia que experimenta el vientre, con especialidad en los hipocondrios á donde corresponde el colon trasverso, á la distension ocasionada por la acumulacion de dichos gases. Nótase en este lugar que Hipócrates asegura ser bueno que se arrojen lombrices con los cursos al aproximarse las crisis, lo cual depende de la opinion que acerca de estos insectos tenia formada este grande hombre, creyendo que en la generacion trasmitian los padres á los hijos el germen de ellos, desarrollándose despues en épocas y condiciones apropiadas, en cuyo concepto suponía que el espelerlas hácia la época de la crisis de la enfermedad era señal de coccion. Mas, prescindiendo de esta opinion acerca del desarrollo de las lombrices, en el día se dá poca importancia á este fenómeno en que Hipócrates fija la atencion, porque se las ve salir á veces en las fiebres mucosas y pútridas, á épocas diversas del mal, sin que vaya su espulsion acompañada de cambios notables en el curso de estas dolencias. Nota, por último, que es bueno que las deposiciones vayan espesándose á medida que se acercan las crisis, y advierte que su heterogeneidad indica una duracion mas larga, sin que por esto se aleje el pe-



ligro. El primer juicio se funda en un hecho bien sabido, á saber; que los órganos secretorios que suspenden su funcion al principio de las flegmasías agudas en que toman parte, segregan despues un humor claro que ya tomando tanta mayor consistencia cuanto mas se aproxima á la terminacion, variando tambien á proporcion el color de los materiales segregados en estas diferentes épocas.

En cuanto al segundo, es evidente lo que Hipócrates afirma; porque la diversidad de materiales biliosos, mucosos, serosos y sanguinolentos, indica que los órganos secretorios de estos humores se hallan todos afectados, y en gran manera, cuando los suministran en tal cantidad que pueden todos distinguirse; lo que es señal, dice Pingiano, de que hay muchos enemigos: esto por una parte da idea de un mayor peligro, por ser mas los órganos que padecen, y al mismo tiempo indica una duracion mayor, por lo mismo que la completa mezcla y trabazon de estos humores es la propia del estado de salud, y tanto mas distará el paciente de ella, cuanto menos se aproxime á la homogenidad. Valles dice en su comentario que debe tambien entenderse este pronóstico de otro modo, á saber: que indicando las deposiciones de esta clase la lesion de varios órganos, si los enfermos salen del peligro, tardarán mas en convalecer que si hubiesen sido afectados de una sola dolencia: cuya interpretacion sirve tambien para aclarar el sentido.

Vienen á continuacion los pronósticos de las orinas, en que, siguiendo Hipócrates su método acostumbrado, empieza describiendo los caracteres de la orina buena, es decir, de la que indica bien acerca del curso y terminacion del mal, pasando despues á referir concisamente los demas signos que dicho humor nos suministra para el pronostico de las afecciones agudas. Dice Cristobal de Vega, para probar lo interesante del conocimiento de las orinas, refiriéndose á Galeno, que «asi como las evacuaciones alvinas manifiestan el estado del vientre y los esputos el del pulmón, del mismo modo las orinas indican la disposicion del hígado y del sistema vascular.» Sin duda hicieron mencion del órgano secretor de la bilis juntamente con el sistema vascular, por el gran papel que entonces hacia el hígado en la purificacion de la sangre; mas, como quiera que sea, es cierto que la orina nos ofrece datos positivos que contribuyen á aclarar el diagnóstico de las enfermedades propias de dicho sistema general, cuales son las calenturas, presentándonos un color rojo en las inflamatorias, azafrañado en las biliosas, blanco-turbio en las mucosas, y oscuro-negruzco en las pútridas. El sudor y la orina son dos excreciones generales, dos emunctorios que se hallan estrechamente relacionados con el

sistema circulatorio, y que al parecer no tienen otro uso que el de descargar á la economía de los materiales que no la son necesarios y que lleva la sangre en disolucion. Todas las secreciones tienen un objeto especial en nuestra máquina, y el fluido sanguíneo lleva en sí los principios necesarios para la elaboracion de sus productos: así que la bilis sirve para la quimificación, la saliva y el jugo pancreático para la digestion, el esperma para la fecundacion, el moco segregado por las críptas ó folículos para lubricar las membranas en que se derrama, y la serosidad para mantener la humedad necesaria entre dos porciones contiguas de una misma membrana; pero el sudor y la orina no tienen otro que el de evacuar los materiales esccrementicios que son inútiles ó perjudiciales á la economía, y por lo tanto, hallándose estas secreciones en tan íntima dependencia del fluido sanguíneo, con mucha razon dijo nuestro Vega, con Galeo, que *las orinas indican la disposicion del sistema vascular*. Y aunque es verdad que el sudor es tambien un emuntorio general de usos análogos, no puede, con todo, servir tanto para dicho objeto, como la orina, en razon á no presentarse, como esta, reunida en cantidad considerable, y capaz por lo mismo de permitir apreciar mejor sus cualidades físicas. Sabido es cuanto varia este humor naturalmente, segun la edad, temperamento, alimentacion, género de vida, clima y estaciones, siendo clara en los niños, mugeres y personas nerviosas, en las que se alimentan de sustancias poco azoadas, en el invierno y en los parages frios y húmedos, y mas ó menos encendida y sedimentosa en las circunstancias opuestas; lo cual depende de la diversa proporcion de sus principios, del mayor ó menor calor animal, y aun del estado de la otra secrecion que la es congenére; y lo mismo sucede en las afecciones morbosas. Es bien cierto que la uréa, principio orgánico compuesto de oxígeno, hidrógeno, carbono y azoe, con predominio de este último elemento, entra en gran parte en la formacion de la orina humana, teniendo la propiedad de ser muy soluble en el agua, y de descomponerse con el calor, dando margen al desarrollo del hidrógeno azoado ó amoniaco. En los casos pues en que la sangre es muy acuosa, ó poco considerable el calor del cuerpo, cualesquiera que sean las causas que en ello influyan, la uréa permanece muy disuelta en la sangre, y la orina sale clara: mas, por el contrario, cuando las condiciones opuestas hacen que la sangre se depure de su parte mas fluida, ó el calor animal sube de punto, la uréa se concentra en el primer caso saliendo mas abundantemente con la orina, á quien dá un color rojizo, y en el segundo, entrando en descomposicion, da margen á productos amoniacales que se unen con los ácidos libres que en dicho humor se encuentran, precipitándose en forma de sedimento que

afecta el color rojo mas ó menos encendido, segun la mayor ó menor concentracion de las sales.

Si la orina presenta variedad en el curso de una misma afeccion, apareciendo clara unas veces y con sedimento otras, dice Hipócrates que anuncia una duracion mas larga, y que el éxito no por eso es mas seguro: lo cual se funda en que las diversas formas presentadas por este fluido orgánico indican grandes alternativas de exacerbacion y remision en el curso de la dolencia, y cuanto mas se aparta del tipo continuo una afeccion aguda tanta mayor duracion promete, como sucede en las fiebres mucosas y podemos observar en las intermitentes. Manifiesta luego que las orinas negras son las mas funestas en los adultos y en los niños las muy acuosas, cuya idea solamente puede esplicarse en atencion á que las fiebres pútridas, en las cuales se presentan las primeras, son mas propias de aquella clase de sugetos, mientras que las afecciones nerviosas, á que acompaña una orina muy clara ó acuosa, son la causa de la muerte de la mayor parte de los niños cuya delicada vida es segada desgraciadamente en flor.

Se decia en la antigüedad que las orinas estaban crudas en el principio de las dolencias, cuando no forman sedimento; y mas adelante, cuando ya presentan este precipitado, decian que se habia verificado la coccion, es decir; que la naturaleza habia madurado la materia morbífica en términos de poderla espeler por cualquier emuntorio, á cuya operacion daban el espresado nombre. Las orinas, en efecto, no suelen presentar sedimento en los principios, á no ser en los casos en que ataca la fiebre con toda intensidad desde muy luego, porque la calentura no suele ser grande en esta época, porque entonces es el sistema nervioso el principalmente afectado, y la orina no puede todavia presentar indicios de una alteracion que aun no ha sufrido: pero mas adelante, cuando despierta la accion del sistema vascular que se rehace contra la causa morbosa, y la fiebre se presenta, entonces ya la orina se hace roja; y, á proporcion que la enfermedad llega á su estado, es la irritacion tanto mayor, el calor tanto mas graduado, y la alteracion de la orina es por lo mismo mas considerable. Con razon pues, sentó Hipócrates esta sentencia: y á pesar de la opinion de Dance que dice que «es tan absurdo querer vaticinar la suerte de los imperios ó de un individuo por el vuelo de las »aves como el pretender juzgar de una enfermedad por el aspecto de la »orina», no podemos menos de confesar que, si bien exagerar este medio de *prognosis* seria en efecto tan ridículo como escuchar en el canto de las aves los grandes sucesos de un vasto territorio, contenida en sus

justos límites la observacion de este humor, es un indicio muy cierto de la naturaleza de los males, y una señal muy atendible para juzgar de su duracion. El sedimento varia mucho segun la índole de la afeccion: en la fiebre inflamatoria no hay mas que precipitacion de las sales amoniacales formadas por la descomposicion de la uréa, y por esto es rojo; en las biliosas se agregan los materiales de la bilis, bien sean reabsorvidos ó ya vayan sus principios disueltos en la sangre, y le dan un tinte azafranado; en las mucosas ó catarrales se presenta unido el moco que predomina á causa de la escitacion del sistema que le segrega, y en las pútridas afecta un color negruzco, ya por la descomposicion pútrida del mismo humor urinario, cuanto por unirse á esto la sangre que se extravasa en su reservorio á causa de la atonía en que los órganos se encuentran. Habla tambien Hipócrates de las orinas oleosas en que *sobrenadan porciones grasosas parecidas á la tela de araña*, cuyos caractéres se observan en los hécticos, diciendo que son malos porque indican colicacion: asi es en efecto, y nada tiene de extraño que estas porciones grasosas se presenten en la orina, cuando en dicha clase de fiebres es tan rápida y activa la absorcion que se verifica especialmente sobre la gordura contenida en el tejido areolar. Esto es lo que conviene tener presente en lo relativo á los pronósticos de las orinas, cuyo capítulo concluye advirtiendo con mucha oportunidad su autor que se cuide de ver si estos signos son efecto de alguna lesion particular de la vejiga, porque entonces no tendrán valor para juzgar de la generalidad, sino que serán referidos á este órgano.

Pasa á considerar seguidamente el vómito, empezando por dar á conocer las señales del que menos recelo inspira, y manifiesta que no es bueno que el humor lanzado sea muy puro, asi como tambien es un signo fatal el que los materiales de esta evacuacion morbosa presenten muchos colores. Es la causa, en el primer caso, que la pureza del humor, bien sea bilioso ó mucoso, separándose del estado de mezcla en que naturalmente se encuentran ambos, da á conocer el predominio patológico de sus órganos secretorios; y, en el segundo, que hay muchos órganos dañados en el aparato digestivo, y que la afeccion por lo tanto es mas grave y complicada; lo cual espresaba Piquer diciendo, *que la fuerza generativa de los humores está de modo que en todas partes se hálle viciada en tales casos, lo que arguye un gran dominio del mal sobre la naturaleza.*

Pronostica mal de los vómitos porráceos, morenos ó negros, y sobre todo si acompaña á este último carácter un olor fétido, pues, en tal caso,

dice que se halla próxima la muerte. Este vómito suele aparecer con tales propiedades en la terminacion de algunas calenturas pútridas, é indica la extravasacion de sangre en el estómago, su mezcla con la bilis y demas humores gástricos, y su descomposicion pútrida. Debe advertirse que, si no se presenta en este vómito la hediondez espresada, aunque peligroso, no dice Hipócrates que lo sea de un modo tan inminente; porque entonces puede constituir tan solo una hematemesis, cuyo resultado no sea tan funesto; y Cristóbal de Vega cita en su comento un caso de vómito de esta clase, negro y sin fetidez, en una noble señora sexagenaria, cuyo éxito no fue desgraciado. El vomitar humores fétidos, de cualquier naturaleza que sean, en las afecciones agudas, es muy malo; y nuestro Piquer agrega á esto, en su comento, la observacion siguiente: « He visto algunas veces » entrar una calentura á un enfermo, con vómitos de color de escremento, » y muy fétidos. La carrera de este mal es esta: la calentura es pequeña y » continúa, sus crecimientos apenas se conocen, el pulso es delgado y algo » duro, y los vómitos tan frecuentes, que cualquiera cosa que toman la vo- » mitan luego. Tal vez hacen algunos cursos, tal vez estan estriñidos; pe- » ro no alivian nada. El paciente está inquieto, sin delirio, antes algo azor- » rado, aunque no soporoso, pero sin verdadero sueño. No hay sed moles- » ta, ni se pone seca la lengua. La cara está aplomada, y la pesadez de los » miembros es grande. Cerca del sétimo dia se enfría, y no vuelve mas en » calor; porque en siete ó nueve dias con una frialdad de todo el cu- » tis y con los vómitos indicados, que nunca cesan, muere sinco- » pizado.»

La espectoracion es otra de las evacuaciones morbosas en que fija luego la atencion Hipócrates, llamando la consideracion de los prácticos sobre el modo de verificarse y sobre los caractéres que presenta su parte material ó los esputos, de lo que se deducen datos preciosos para el diagnóstico y pronóstico de las enfermedades de los órganos situados en la cavidad del pecho. Piquer dice que, si el médico es diligente observador, por solo el modo de toser conocerá el vigor de la naturaleza, la causa de la tos, y tal vez la dolencia de que dimana; y á esto puede agregarse que un práctico atento é instruido, por el aspecto de los esputos, podrá tambien formar una acertada idea de la índole de la afeccion, y del estado en que se encuentra. Hipócrates dice que en las pulmonías conviene que los esputos sean espelidos con prontitud y facilidad, como en señal de que la accion de los órganos todavia no está debilitada, y de que aquellos no tienen demasiada consistencia ó inspissitud, cuyo carácter los acompaña en las flegmasías que son de alguna consideracion; y añade que la parte amari-

lla debe hallarse muy mezclada con el esputo, es decir; que la sangre y la mucosidad deben estar proporcionadas, lo cual será indicio de que la extravasacion de sangre en las areolas pulmonares no es en cantidad tan considerable que supere á la parte mucosa que constituye el esputo. Las condiciones opuestas indican una gravedad mayor, por razones faciles de concebir, siendo entre todas la peor, como señal de gangrena, el que la espectoracion tenga un color negro, y vaya al mismo tiempo acompañada de fetidez. Los esputos de color negro sin fetidez puedan presentarse por circunstancias particulares, sin ser efecto de descomposicion pútrida; y yo puedo citar un caso en que se presentaron de tal manera que en un jóven que padeció una pulmonía hiposténica, cuyo carácter fue debido á la pobreza de su constitucion, y en la cual, á pesar de la gravedad en que estuvo, el éxito no fue desgraciado, como sin duda hubiese sido si los esputos hubiesen indicado la gangrená.

Advierte Hipócrates que los corizas y los estornudos son malos en las afecciones del pulmon, y esto es sin duda porque, sobreviniendo la irritacion de la mucosa nasal en el curso de una de estas dolencias, puede aumentar la intensidad de ellas propagándose á la mucosa traqueal, ó tambien porque el movimiento brusco que en el torax produce el estornudo, puede ser doloroso, aumentando de este modo las molestias ocasionadas por el mal: pero agrega que suelen ser útiles los estornudos en otras enfermedades graves, y esto lo vemos al final de las fiebres pútridas, cuando las costras lentorosas de las narices empiezan á desprenderse, en cuyo caso anuncian los estornudos el pronto restablecimiento del paciente. Dice que es bueno que al principio de las pulmonías se presente la espectoracion mezclada con una cantidad regular de sangre, porque esto es lo propio de la afeccion, mas añade que no es tan bueno despues del últimó dia, porque esto indica mayor crueldad, es decir, mayor intensidad de la inflamacion pulmonar, que tanto mas abatirá al paciente cuanto mas graduada sea y mas duracion presente. La espectoracion que no calma el dolor, es decir, con la cual no cedé la afeccion, manifiesta que es mala: la razon es porque entonces sirve solamente para estenuar al paciente, empeorando su estado, verificándose esto principalmente cuando la afeccion pasa á la cronicidad.

Largo seria detenerse en comentar todos los pronósticos que Hipócrates espone acerca de esta clase de afecciones, en que M. Littré advierte con razon que se detiene mas que en ningun otro punto de los que abraza es-

fo escrito, y si en ello hubiera de ocuparme, se haría preciso dedicar exclusivamente un tomo á este comento. No puedo sin embargo prescindir de llamar la atencion sobre la exactitud de los signos que espone como indicadores de la resolucion de la enfermedad y de su tránsito al estado de supuracion, asi como tambien de los que dan á conocer la existencia de este desastroso resultado. La descripcion que hace de un empiemático, es decir, de un tísico por supuracion del pulmon, es tan exacta, tan expresiva y verdadera, que bastará para encomiarla decir que es obra de su mano. M. Littré observa con razon que las afecciones de pecho son las que mas ocuparon la atencion de este grande hombre, no solamente en los *Pronósticos* sino tambien en otros varios libros, y esto es efectivo; asi como lo es tambien que entre nosotros no es tan comun la formacion de empiemas que se abran paso al interior, terminando generalmente las pulmonias, en los casos desgraciados, por hepaticacion roja ó por supuracion que consume poco á poco los órganos respiratorios, saliendo el producto material por los bronquios, hasta que al fin termina con la vida este fatal estado. Acerca de lo que en este mismo capítulo se halla espuesto relativamente á los abscesos criticos que se desarrollan hácia las orejas ó en las partes inferiores, solo diré que se ha observado poco para aventurarse, á entrar en comentarios. Lo mas constante que hay acerca de esto es la coexistencia de fistulas de ano con supuraciones del pulmon ó catarros pulmonares crónicos, ya antecedan ó bien sigan los segundos á los primeros; y en verdad que la asociacion de estas dolencias no suele ser ventajosa para los desgraciados pacientes, como yo he tenido ocasion de observar mas de una vez. Sin embargo, de dicha sentencia pueden deducirse reglas ventajosas para el uso y época de la aplicacion de los revulsivos á las estremidades inferiores, en dichas enfermedades.

Mas adelante espone Hipócrates la gravedad de la traslacion al diafragma ó á las vísceras que se hallan en las inmediaciones de este septo, de los dolores *febriles* que aparecen en los lomos y piernas, con lo que sin duda quiso aludir al reumatismo agudo que suele afectar estas partes, y constituye un caso de la mayor gravedad quando hace *retropulsion* al diafragma, corazon, ú otra víscera cualquiera. Y aunque pudiera creerse que al citar la *region lumbar* hubiera querido referirse tal vez, el sabio autor de este precioso escrito, á cualquiera de los órganos correspondientes á este lugar en la cavidad del vientre, la circunstancia de mencionar simultáneamente las estremidades inferiores, y la de atribuir á la traslacion del dolor de dicha parte á las situadas cerca del septo transversal, el peligro

que manifiesta, da á conocer claramente que no debe entenderse de tal modo.

A estas consideraciones siguen las relativas á la inflamacion de la vejiga de la orina, hácia cuya gravedad llama tambien la atencion de los prácticos, y pasa luego á los pronósticos de las fiebres en particular.

Empiezan estos por la manifestacion de que las fiebres tienen cierta duracion determinada, acerca de cuya sentencia espone nuestro insigne Piquer unas ideas tan filosóficas, que creería faltar al sagrado deber que me impone el carácter de escritor médico español, sino las transcribiese literalmente. Dice hablando de este pronóstico: «Es conveniente que sepamos el número de dias que corresponde á cada dolencia en su curacion, para ver si la naturaleza tiene fuerzas hasta el término de ella. »Tambien conviene considerar si en la medicina hay ó no fuerzas para quitar la enfermedad antes de su término, porque sino las hay, es una grande imprudencia y muy mala conducta del médico el empeñarse en quitarla antes del tiempo en que la corresponde fenecer. Lo que conviene hacer entonces es fortalecer la naturaleza que es el máximo de todos los remedios, para que teniendo fuerzas no sea superada del mal; y esta práctica ha de seguirse en la mayor parte de las enfermedades crónicas, en las cuales las medicinas han de ser pocas y han de tener la propiedad de oponerse en cuanto sea posible al mal, y dar vigor á la naturaleza. Si la medicina tiene fuerzas suficientes para quitar la enfermedad, entonces conviene hacerlo, pero observando dos precisas condiciones; la una es que si un mal aprovecha para quitar á otro es menester dejarle, y asi sería imprudencia quitar los empeines, abscesos, y otros males semejantes que salen á la superficie, porque sirven para quitar males mucho mayores que ellos. La otra cosa es, que no sean los médicos fáciles en creer que sus remedios tienen todas las virtudes que se les atribuyen, porque asi no se arrojarán á darlos con falsas promesas y esperanzas irrisorias. Asi, creo yo que las enfermedades agudas no ceden á ningun remedio hasta ahora conocido, antes corren el término que les toca hasta llegar al fin de su duracion: é importa muchísimo saber cuanto dura cada una, porque este es el mejor modo de conocer el principio, el aumento, estado y declinacion que corresponde á cada una de ellas.»

En este lugar se presenta la debatida cuestion de las crisis, acerca de la cual pienso ocuparme con algun detenimiento en el comento de otros tratados que siguen, cuándo con ellos á la vista y con los antecedentes



suministrados por los actuales pronósticos, podamos reunir mas datos para poder fijar con la posible exactitud la opinion del padre de la ciencia y su valor, sobre un punto que tanto ha llamado en todos tiempos la atencion de los profesores. Prescindo pues, al presente, de esta interesante investigacion, advirtiendo solamente á los lectores que no dejen de tener en cuenta lo que espresa aquel en uno de estos párrafos con respecto al modo de contar los dias, porque en su lugar oportuno recordaremos esta espresion. Manifiesta despues Hipócrates, lo dificil que es juzgar de. éxito de las enfermedades largas, en su principio, porque en esta época todas se parecen, y que no lo es tanto en las agudas, por la razon contraria. En efecto, todas las afecciones crónicas que empiezan desde luego de tal modo, presentan los mismos caractères de lentitud en su curso, poca intensidad de sus síntomas, y cierta debilidad general, y de ellas se curan muchas antes de llegar á aquel término fatal en que ya los órganos por efecto de graves lesiones han perdido su propia textura, al paso que siguen otras avanzando poco á poco en su desastrosa carrera, minando con lentitud pero de un modo seguro las vísceras afectadas, con alternativas mas ó menos frecuentes de exacerbacion y remision, hasta que por último concluyen con la vida de los pacientes. No asi las enfermedades agudas; el modo de invasion es en ellas siempre violento, aunque en grados diversos, y de los síntomas que en los primeros dias y tal vez en las primeras horas aparecen, puede ya juzgarse acerca del peligro de la dolencia invasora. Encarga mucho la observacion, especialmente en las primeras, por lo mismo que es mas dificil su juicio en los principios, é indica despues los signos que sirven al práctico en las segundas para formar su pronóstico: advirtiendo muy oportunamente que debe este rectificarse segun las señales que aparezcan en los diversos períodos del mal, á medida que se acerca á la época de su terminacion. Habla despues de las fiebres con lesion del cerebro, indicando su gravedad si se agrega al dolor intenso algun otro signo desfavorable, como suelen ser el delirio, el estupor, las parálisis ó convulsiones, y manifestando que, si esto no sucede, suelen aparecer como señales críticas, epistaxis ó abscesos en las regiones inferiores, sobre todo si ocupa el dolor la region frontal y temporal. En el curso de las fiebres cerebrales suelen verse efectivamente sobrevenir estas hemorragias nasales que alivian el dolor de cabeza, y hácia el fin de la enfermedad no es raro que se presenten como críticas, así como los abscesos sabemos tambien que aparecen en ocasiones, á la terminacion del mal, en las estremidades inferiores; pero ni lo uno ni lo otro se

verifica constantemente. Piquer deduce de esta sentencia no solo signos apreciables para la prognosis, sino tambien consejos provechosos para la terapéutica; porque dice que en tales afecciones debemos *seguir á la naturaleza en sus operaciones y en el modo de curarlas*. Manifiesta que convendrá en estos casos aplicar sanguijuelas junto á los oidos y aun, si pareciese necesario, sangrar de la frente, *porque esto es llevar la naturaleza á su destino*, y que ademas es muy del caso aplicar cantáridas á las piernas, *para llamar alli los abscesos que curan esta enfermedad*: agregando despues *que, si hay señales claras de epistaxis, convendrá no haber nada, sino esperar el movimiento de la naturaleza*. En todo lo cual me parece, como siempre, respetable y digna de elogio la opinion de nuestro gran Piquer, honra y gloria de la medicina patria, que supo interpretar tan sábiamente los fundamentales dogmas del divino griego.

A este sigue otro pronóstico en que se espone lo temible de una otitis aguda, que espresa su autor diciendo.... *un dolor agudo en el oido con fiebre continua é intensa*, cuyo temor hace estribar en el peligro de que se desarrolle el delirio y muera el paciente. Esta breve esplicacion dice mas que una disertacion entera dedicada al objeto de tal sentencia, y nos da bien á entender cómo Hipócrates habia aprendido en el libro de la observacion, lo que despues han enseñado los adelantos de la anatomía. En la inflamacion aguda del oido interno se halla comprendido el nervio auditivo, como parte constituyente del órgano afectado, el cual, teniendo tan próximo su origen, trasmite prontamente sus padecimientos al cerebro, dando márgen con su lesion material al trastorno funcional de esta víscera, como el sabio Asclepiades indica, el que, segun él mismo dice, es mas temible en los jóvenes, en razon á su mayor vitalidad.

Se presenta despues la consideracion de las anginas, que justamente se declaran graves cuando van acompañadas de fiebre y ulceracion, ó lo que es lo mismo, cuando es grande su intensidad, y dice Hipócrates que entre ellas las mas funestas son las que, sin manifestar lesion alguna en la garganta y cuello, agravan al enfermo y acaban por sofocarle. Los comentadores se hallan conformes en cuanto á la determinacion de esta especie de angina, refiriéndola á la inflamacion de los músculos de la garganta, y Piquer la describe del modo como él dice haberla visto, que es en la siguiente forma: «Acomete al paciente un gran frio, sigue luego vehemén-» tísima calentura, cuya actividad no tanto se conoce en la fuerza del calor, como en la celeridad y dureza del pulso: junto con esto tiene un

»gran dolor en la garganta, y no puede respirar sino estando sentado. La  
»dificultad de pasar el alimento no es grande, la cara está encendida, las  
»venas del cuello hinchadas, el ánsia es muy grande, y la lengua se pre-  
»senta blanca. Al fin del segundo día, lo mas largo, ya hay estertor; la  
»vigilia es suma, la cara se pone aplomada, los pulsos un poco mas ba-  
»jos, y el enfermo que mas se alarga, pasa así el día tercero, y al cuarto  
»muere. Es menester confesar, sigue diciendo, que la medicina tiene po-  
»cos consuelos para este mal, el cual es de creer que consiste en una in-  
»flamacion malignísima de la garganta, esto es, de los músculos y terni-  
»llas que componen la caña de los pulmones, y su terminacion regular es  
»en gangrena.»

Don Francisco de Figueroa, médico de Sevilla, se ocupa tambien de esta sentencia de Hipócrates hablando en el mismo sentido, en un tratado que compuso titulado, *De una especie de angina, garrotillo ó esquinancia mortal, impreso en Lima en 1616*; cuyo tratado se halla unido á otro compuesto por el mismo, *Sobre las calidades y efecto de la aloxa.*

Discurriendo yo acerca del verdadero sentido del pronóstico en cuestion, no veo necesidad de haberle de fijar en esta lesion precisamente; pues hablando siempre su esclarecido autor del modo mas general, y no siendo una sola especie de angina la que en tal descripcion puede comprenderse, de creer es que, al emitir esta sentencia, quisiera abrazar en su estension todas cuantas afecciones se encuentran en semejantes circunstancias. La laringitis, el croup ó angina traqueal membranosa, y el edema de la glotis ó angina edematosa, es decir, las que residen en la laringe ó principio de la traquea, y empiezan con mucha intensidad, se hallan en el caso de no presentar alteracion visible ni en la garganta ni en el cuello, de producir dolor y gran disnéa, y de ocasionar una pronta sofocacion, si la ciencia no interviene de un modo eficaz con sus mas enérgicos auxilios. Creo pues que á todas estas especies de *esquinancias* debe aplicarse el pronóstico á que nos referimos, aunque no todas fuesen conocidas por el sabio autor de este tratado con la exactitud que á nosotros; y ayuda á formar esta opinion de que debe ser estensivo á mas de una, el decirse... *las anginas*, y no *la angina*, como parece que deberia decirsi solo de una se tratase. Las demas especies que presentan alteraciones apreciables á los sentidos, como son las que afectan las fauces, dice que tambien son muy funestas, dando con todo á entender que su gravedad no es tanta, comparativamente á las que anteceden, en lo cual es facil de convenir si atendemos al sitio de ambas afecciones. Agrega á continuacion

que su duracion es mas larga si la rubicundez se estiende mucho, con lo cual quiso manifestar que no es tan inminente el peligro si la flogosis es exterior, es decir, si se presenta en la mucosa que reviste las fauces de modo que se perciba bien su estension marcada por la rubicundez, y con poca profundidad en los tejidos subyacentes; y dice despues que el riesgo es aun menor, cuando la rubefaccion se presenta en el cuello y pecho y no retrocede: mas creo que no fuese su ánimo espresar que simultáneamente se presentase dicho síntoma en estas partes, porque entonces, lejos de ser menor el peligro sería el exito mas temible, por hallarse complicada la angina con una erisipela. Dedúcese que el sentido de Hipócrates no debió ser este, como yo creo, del contesto del aforismo 49 de la seccion 7<sup>a</sup>, en que dice: «*Ab angina habito, rubor et tumor in pectore supervenientes, bonum; ex foras enim vertitur morbus*: en donde claramente se manifiesta que la aparicion de tales señales al exterior es buena en cuanto que obra como revulsivo. Esto se ve confirmado en el sarampion y la escarlata que suelen ir precedidas de coriza y catarro la primera y de angina la segunda, cuyos accidentes disminuyen tan luego como se presenta la erupcion que las es propia, siempre que la intensidad del mal no forme de ellos una seria complicacion. Manifiestase despues lo grave que es la retropulsion de dicha rubicundez al interior, y se esponen otros pormenores en que no me detendré, ya por no ser necesario, cuanto por no alargar demasiado este comento.

En los pronósticos que siguen indica Hipócrates dos condiciones, en su juicio indispensables para la completa terminacion de las fiebres, cuales son el verificarse estas en dias críticos, y por medio de fenómenos de la misma clase, y espone que, en los casos en que asi no se verifica, hay temor, de recidivas; cuya sentencia no tenemos en el dia rigorosamente confirmada, asi como tampoco tiene valor en nuestros tiempos lo que seguidamente espone acerca de la aparicion de abscesos en las articulaciones de las estremidades inferiores, en las fiebres que se prolongan sin causa manifiesta.

Por último, debe advertirse lo que espresa en los siguientes, con que termina, acerca de las fiebres continuas que presentan remisiones notables y erráticas, que pasan con facilidad á cuartanas en la época del otoño, en lo cual queda envuelta la idea del paso de las fiebres continuas á las intermitentes en ciertas circunstancias; y tambien merecen atencion los signos que indica como precursores de convulsiones en las fiebres que aco-

meten á los niños , diciendo que los mismos son indicio en personas mas adultas del frenesí ó delirio. Este es un hecho constante y bien facil de explicar: porque, hallándose en la primera edad el sistema nervioso con un predominio muy notable , ya por el mayor volúmen relativo de su masa cuanto por su blandura, se desarrollan en ella con la menor escitacion esos espasmos ó convulsiones que indican su agitacion, sin que se perciba con tanta facilidad la perturbacion de las facultades intelectuales en razon á su corto desarrollo en tal época de la vida. Por el contrario , en edades mas adelantadas en que, tomando la razon todo su desarrollo y adquiriendo el sistema nervioso mayor dureza equilibrándose mas y mas con los demas sistemas, no tienen los sugetos tanta escitabilidad, las convulsiones no son tan fáciles ni comunes, y el delirio se manifiesta en aquellas condiciones con preferencia, por lo mismo que las facultades intelectuales son los actos preponderantes del órgano cerebral.

Terminados ya los pronósticos en que sucesivamente se recorren los signos suministrados ya por la totalidad del cuerpo, cuanto por las vísceras colocadas en las tres grandes cavidades, hace su esclarecido autor un conciso y filosófico epílogo, correspondiente á la introduccion, en el cual presenta á los médicos los consejos mas convenientes para la buena determinacion de un recto juicio. Sienta por base que para conseguirlo ha de guiarse el profesor *por el estudio de los signos y por la comparacion de su valor reciproco*, es decir, que no debe darse por satisfecho con entender perfectamente el significado de cada uno de ellos en particular, sino que es indispensable tenerlos todos en cuenta, considerarlos en conjunto, y juzgar imparcialmente del resultado de su cotejo, en cuyo sabio precepto, deducido de la mas pura y racional observacion, estriba toda la ciencia de una buena prognosis. Nos espondriamos de otro modo á serias equivocaciones en la mayor parte de los casos, y ya Hipócrates lo previene repetidas veces, inculcando en varias partes de este tratado que jamás nos guíemos por un solo signo, por funesto que parezca, sino que consultemos lo que resulte de todos los demas; pues sabido es cuan facilmente se combinan circunstancias particulares para simular afecciones que no existen, ó para presentar fenómenos que, aterradores á primera vista, nada tienen de extraño despues de sometido el hecho á un examen riguroso. Debe pues atenderse al estado de la generalidad, comprender la relacion que existe entre todos los signos que se nos presentan y apreciar su valor propio y reciproco, dando á cada cual el que por su importancia

se merezca, según el órgano en que resida y la causa que le produzca.

Encarga Hipócrates en seguida que se atienda especialmente al influjo de las enfermedades que suelen reinar de un modo epidémico, y que se examina la constitución del tiempo, fundándose este esclarecido observador en lo mucho que modifican el curso y terminación de los males el carácter particular y desconocido que tiene el ambiente en las diversas épocas del tiempo, y las calidades del aire en las estaciones, según la dirección y fuerza de los vientos, el estado de humedad y sequedad, la temperatura y la electricidad: pues la acción de estos diversos modificadores se deja sentir de un modo especial en los cuerpos organizados, variando la tendencia de las afecciones morbosas, y haciéndolas revestir una forma acomodada á sus circunstancias particulares. La tierra ejecuta un movimiento de rotación sobre su eje empleando en su vuelta un día natural, y otro de traslación por el que corre la órbita que la está trazada, en el espacio de un año; los demás planetas con sus satélites terminan las suyas respectivas en un plazo mas ó menos largo, variando por consiguiente sus puntos de relación con aquella, y los cometas, recorriendo curvas mas prolongadas, vienen en épocas lejanas á aparecer en el horizonte. Como la atracción que estos cuerpos recíprocamente ejercen entre sí varía en razón á su distancia y volumen, siendo esta diversa, es claro que tambien se aumenta ó disminuye á proporción el punto ó grado de aquella. Esta alteración produce en la atmósfera y en los mares cambios y movimientos que influyen á su vez sobre los cuerpos sensibles; y el destemple de las estaciones suele ser el resultado inmediato de semejantes trastornos, levantándose fuertes vientos que alteran el calor y sequedad ó las condiciones opuestas de los países, cuyas alteraciones acaecen, por lo comun, de un modo repentino. Ningun profesor habrá dejado de observar el notable influjo de estos cambios en el curso y terminación de los males; y basta para convencerse recorrer la historia de la ciencia, que en sus luminosas páginas nos enseña que el mayor número de las funestas epidemias que tantas veces han devastado las diversas regiones del globo, han sido producidas por estas causas, cuando se han dejado sentir con demasiada intensidad, sin que tengamos que mendigar ejemplos en tierras extrañas, pues en la *Epidemiología de nuestro Vallalba* encontraremos mil casos que lo comprueban. Es tal este predominio, que obliga muy comunmente á adoptar en los métodos curativos restricciones especiales, como sucedió entre otros á Stholl en su pulmonía biliosa, en que tuvo que echar mano del emético para obtener resulta-

dos ventajosos. Esto hace que sea difícil el curar prontamente las enfermedades epidémicas, por no poderse seguir constantemente las reglas generales, como el célebre Sidenham reconoce en el cap. 2.º de *Morbis epidemicis*; y si de tal modo sucede cuando aquellos trastornos son tan considerables, no son menos, aunque no tan visiblemente, en las constituciones atmosféricas comunes; porque, aunque de un modo mas lento, los espresados cambios siempre se verifican.

Conocida es tambien la marcada influencia de las estaciones en el caracter de los males, debida á causas en cuyo analisis no me detengo ahora, ya por ser bien manifiestas, cuanto porque vendrá ocasion en otro tratado de fijar en este punto nuestra atencion mas particularmente.

Dice Hipócrates en seguida que, no obstante el influjo de la constitucion epidémica y la estacion, las señales buenas siempre son buenas y las malas lo son igualmente; lo cual debe entenderse significando que aquellas importantes circunstancias no alteran esencialmente el valor de los signos, sino que sirven para acelerar el curso de los males ó agravarlos, ó al contrario en los casos favorables. Para demostrar que las señales espuestas en este libro tienen siempre una misma significacion, porque la naturaleza de las enfermedades es igual en todas partes variando tan solo en los accidentes, dice que tan ciertas son en los enfermos de la Libia como en los de Delos y la Escitia, cuyos diversos paises representan temperaturas muy diversas, perteneciendo el primero á un terreno cálido del Africa, el segundo á uno templado del Asia, y el tercero á uno frio en la Moscovia. Concluye por último asegurando que, con el estudio de los signos espuestos y un recto juicio acerca de ellos en los casos particulares en que se presenten, nunca se equivocará el médico en sus pronósticos, y advierte que no se busque en este libro el nombre de las enfermedades que no hayan sido citadas; porque el objeto que este sabio se propuso al presente no fué el de trazar el cuadro de síntomas que caracteriza cada afeccion morbosa, sino el de dar á conocer las señales favorables ó funestas que en su conjunto acontecen como indicantes de una terminacion feliz ó desgraciada.

Semejante estudio es propio soamente de un espíritu tan entregado á la observacion, y prueba el gran talento y perspicacia de este hombre inmortal, que supo de los casos particulares deducir los hechos constantes, formando de este trabajo un cuadro tan perfecto, que al través de tantas generaciones, en épocas tan diversas, y en siglos tan adelantados en todos los ramos del estudio del hombre, ha pasado siempre recogiendo

tributos de la mas profunda veneracion de tantas y tan diferentes edades. La naturaleza jamas holla sus leyes; y aunque los trastornos del globo lleguen á producir modificaciones con el tiempo en algunos de sus resultados, no es por cierto en sus principios fundamentales, que serán tan duraderos como el universo mismo á quien dirigen, sino en aquellos efectos que pueden variar segun la diversa combinacion de circunstancias accesorias. Por lo tanto, los hechos que de ellos proceden son idénticos en su esencia, y lo serán mientras no varie el órden de las cosas el Supremo Hacedor de lo creado; presentando solamente algunas diferencias accidentales que el conjunto de ciertas condiciones puede ocasionar. El estudio atento y la fiel observacion de estos fenómenos es el verdadero objeto del sabio naturalista y del filósofo que cultiva la sublime ciencia del hombre.

Estudiemos pues con atencion este precioso código de principios prácticos recogidos por el genio inmortal de nuestra ciencia; analizemos con detenimiento su espíritu filosófico, y sigamos constante y desimpresionadamente las huellas que en él estan trazadas, y llegaremos á conseguir en el arte de pronosticar aquel grado de certeza que nuestro espíritu busca con afan. Vemos en el recorrer sucesivamente y con toda escrupulosidad el hábito exterior del cuerpo; fijar despues la atencion en el estado de la respiracion, de los sudores y de los hipocondrios; observar con detenimiento las hidropesías que acontecen en las enfermedades agudas, y considerar los signos que nos suministran el sueño, las deposiciones, las orinas, los vómitos y la expectoracion. Siempre tiene en cuenta su admirable autor el estado mas natural de los fenómenos que son objeto de su particular cuidado, para que sirva este punto fijo de término de comparacion; y advierte en muchas ocasiones que no deje de averiguarse si los movimientos que en las enfermedades constituyen los signos son hábitos contraidos por el sugeto en su estado de salud, para que entonces no los confundamos con los datos que han de servirnos para formar nuestro juicio. Examina en las partes en que especialmente se detiene, su volúmen, su color, y el estado de sensibilidad; y en las excreciones, á que justamente da un valor que para el caso se merecen, considera la cantidad y calidad del humor segregado, y el modo de verificarse la secrecion; deduciendo de todos estos pormenores muchas señales positivas del estado de los órganos en particular, y de toda la economia. Hé aquí brevemente espuesto el camino que nos enseña á seguir para la formacion de un buen pronóstico, recorriendo con tal órden todos los signos que el cuerpo del hombre enfermo nos puede suministrar, y teniendo á la vista en el análisis de ca-



da uno las circunstancias espuestas. Lástima es que falten para completar este magnífico cuadro los signos suministrados por el aparato circulatorio, con cuya importante reseña nada quedaria que desear. Concluyamos pues recordando el prudente consejo que nuestro Lopez Pinciano toma del mismo Hipócrates y comunica á sus lectores en el prefacio de sus comentarios á este mismo libro, agregando despues algunas oportunas reflexiones, cuya cita escuso repetir por hallarse estampada al principio de este comento. (Pág. 153.) Acostumbremonos á no desatenderla generalidad por aislar nuestra atencion en un órgano que aparezca primitivamente afecto, ó de mayor gravedad; estemos siempre á la mira de los efectos producidos por el maravilloso enlace establecido entre todas las partes del organismo, y ganará en ello la ciencia, la humanidad y nuestro honor.

## DEL REGIMEN EN LAS ENFERMEDADES AGUDAS,

# COMENTO.

**E**ste tratado no tiene por objeto esponer la terapéutica de las enfermedades agudas, sino que se limita á tratar un solo punto de ella, qual es el régimen de tales afecciones; y los principios que en él se hallan consignados han sido deducidos á la vez de la observacion del estado de salud, y del morbosó.

En quanto al primero, examina Hipócrates muchos casos en que ciertas alteraciones en el regimen son seguidas de trastornos notables en la economía, y establece espresamente por regla, que debe uno guiarse por el régimen de los hombres en el estado normal. La comparacion con tal estado fue en el libro de la *Medicina antigua* la base en que trató de establecer el origen y desarrollo del arte medica.

Sin embargo, en las cuestiones patológicas daba aun mas importancia á las observaciones hechas en el estado morbosó, y con razon indudablemente, pues siempre hay menos peligro de error en las observaciones hechas directamente, que en las que interviene la analogía. De esta manera ha sentado que un error en el régimen tiene resultados de mucha menos gravedad al principio de una enfermedad que en época mas avanzada, mientras el mal llega á su apogéo. Manifiesta que, cuando los enfermos comen en el primero ó segundo dia del principio de la fiebre, sufren molestias, pero sin que por esto se aumente de un modo considerable la intensidad de la afeccion, mientras que, por el contrario, si comen cuando el mal ha hecho mas progresos, los padecimientos son mayores. De esto es de lo que dedujo el precepto de someter á los pacientes á una severa dieta, sobre todo mientras la enfermedad se halla en toda su fuerza y vigor.

Empieza Hipócrates por atacar á los médicos cniidianos, vituperándoles

que se limitasen á describir los síntomas de las enfermedades sin ocuparse de cosas importantes á la interpretacion de los signos, que omitiesen, en la aplicacion de esta misma interpretacion á la terapéutica, lo que [él cree mas esencial, y que prescribiesen pocos remedios, al menos en las enfermedades crónicas. En las agudas y febriles que se padecen comunmente, el medico mas digno de elogio es, en juicio de Hipócrates, el que sabe emplear un método curativo mas adecuado: pero, bajo este concepto, el vulgo es un juez muy malo del mérito facultativo, porque juzga que todos los medicos, buenos y malos, hacen en estos casos las mismas prescripciones, y se engaña; pues hay diferencias muy considerables.

La mayor parte de los médicos de aquel tiempo tenian la costumbre de prescribir en el curso de las enfermedades agudas el cocimiento de cebada, *πιτσάνη*, cuya tisana era de dos especies, que distingue Hipócrates con mucha oportunidad. La primera, designada con el nombre de *tisana* solamente, de *tisana entera*, ó *tisana sin colar*, que consistia en el espesado cocimiento sin colar, en el cual se hallaba por consiguiente el grano entero, era nutritiva, y ocasionaba algunos esfuerzos de digestion. La segunda, llamada *jugo de tisana*, *Χυμός*, se preparaba del mismo modo, solo que se colaba, de manera que era su digestion mucho mas fácil. Elogia Hipócrates á los médicos el haber elegido esta preparacion, cuyas buenas cualidades encomia, y la toma por modelo á que poder referir las reglas del régimen de las enfermedades.

Manifiesta aqui las divergencias esenciales entre estos médicos acerca de la prescripcion del régimen en las enfermedades agudas, y le parece ser una de las cuestiones mas importantes que la medicina se puede proponer, el investigar el origen de aquellas y las reglas fijas por las cuales se las debe hacer desaparecer.

Entra en el exámen de la práctica de los médicos contemporáneos, y dice que la mayor parte hacian observar una rigurosa dieta desde el principio de la enfermedad, por espacio de dos, tres, ó mas días, y que administraban despues la *tisana entera*. Dice Hipócrates que esta práctica era viciosa, y presenta muchas pruebas; en su apoyo; en primer lugar, si es acometido un hombre de calentura á poco tiempo despues de haber comido, le ocasionan mayor molestia los alimentos que ha tomado, que si comiese en el curso de la enfermedad; de modo, que valdria mas permitir á los enfermos, en los principios, el uso de la *tisana entera*, que someterle en esta época á una dieta absoluta, para pasar inmediatamente al uso de aquella.

En segundo lugar, las alteraciones en el régimen, en el estado de salud, ocasionan un gran mal estar; y, despues de citar muchos ejemplos, concluye Hipócrates diciendo que, cuanto mas considerables son estos cambios, son tanto mas apropiados para producir enfermedades. Con que los médicos que prescribian la tisana entera despues de una dieta rigurosa, cometian una falta capital.

En suma, lo que condena la práctica de los médicos y establece la de Hipócrates es, que al principio son menos peligrosos los errores del

régimen que en el vigor de la enfermedad; que los cambios deben ser graduados y no repentinos; y que es preciso, sobre todo, precaver estos, y observar abstinencia en la época en que el mal está en su fuerza. La causa de que la práctica de los médicos sea incierta, contradictoria y funesta, consiste en no saber distinguir los casos en que la debilidad es debida, en las enfermedades agudas, á la inanición, á la irritación, al dolor, ó á la agudeza del mal.

Después de haber establecido estos principios, fundados en la experiencia tanto del estado de salud como del de enfermedad, examina Hipócrates las cosas que entran principalmente en el régimen de las enfermedades agudas y febriles, cuales son la *tisana de cebada*, el vino, el hydromel, el oximiél, el agua y los baños.

En general, no se administra la tisana en las enfermedades muy intensas, y cuando se prescribe es necesario tomar algunas precauciones: si las vias digestivas se encuentran llenas de materiales y no se tiene cuidado de evacuarlos antes de la administración de la *tisana entera*, se exasperará el dolor si ya existe, ó se le producirá en el caso contrario. Otro ejemplo: si en una afección de pecho no se hace desaparecer el dolor con la sangría ó los purgantes, y se administra dicha tisana, se ocasionará la muerte á los pacientes; y aquí se presenta una descripción notable del auxilio que las lesiones recíprocamente se prestan para acelerar un término desastroso. Con este motivo, y por incidencia, espone Hipócrates lo que debe hacerse en estos casos de dolor de costado: dice que se procurará combatirle primeramente á beneficio de fomentos y embrocaciones; y que si estos medios no bastasen, se deberá recurrir inmediatamente á la sangría, que debe ser copiosa, ó á los purgantes si el dolor tiene su asiento por debajo del diafragma. Hay en este tratado muchas digresiones, como observa Galeno, cual es por ejemplo el esponer Hipócrates el modo de remediar el mal estar que produce un error en el estado de salud.

En resumen: la agudeza del mal, la aproximación de los crecimientos ó recargos y de las crisis, contraíndican el uso de la *tisana*.

Pasa Hipócrates en seguida al exámen de las otras bebidas, vino, hydromiel, oximiél, agua, y de los baños, cuyo uso ordena según la acción que producen sobre el cerebro, las deposiciones, la secreción urinaria, y la expectoración. Según las indicaciones que simultáneamente suministren la naturaleza de la enfermedad, el periodo en que se halle, y la constitución del enfermo, así se prescribirá, suprimirá, disminuirá, ó abolirá el uso de tal ó cual de estas bebidas. Todos los preceptos que contiene esta parte de tratado del *Régimen de las enfermedades agudas* dependen esencialmente de los *Pronósticos*, cuyos dos libros se prestan mútuas luces.

Lo que sigue al capítulo del *baño* es considerado por Galeno y la mayor parte de los comentadores como no perteneciente á Hipócrates, y como una adición hecha después de su muerte; pues en efecto, son noticias incoherentes sobre diversas afecciones agudas y acerca de los medios que deben emplearse para combatir las, y en ellas se notan gran número de re-

peticiones testuales tomadas de la parte auténtica de este tratado. Hipócrates en el curso de este libro prometió recorrer las diversas afecciones agudas, y hacer aplicacion á los casos particulares de sus principios generales; pero si lo cumplió, se perdió este escrito en una época anterior á la formacion de la coleccion hipocrática. La parte que Galeno juzga, con razon, como no auténtica, ha sido redactada ó con extractos de este libro ó con notas dejadas por Hipócrates, en cuyos extractos ó notas ha hecho interpolaciones alguna mano posterior, pero siempre anterior al establecimiento de la biblioteca de Alejandria.

Por lo tocante á la prescripcion del régimen dietético en las enfermedades agudas, la práctica de los médicos contemporáneos de Hipócrates no se apoyaba ni en una observacion exacta, ni en un justo raciocinio. No se fundaba en la observacion, porque sucedia que, no sabiendo distinguir algunos médicos la debilidad que procedia de la agudeza del mal de la que resultaba de las pérdidas ocasionadas, prescribian alimentos en época en que, hallándose todavía la fiebre y la inflamacion en el período de agudeza, servian para aumentar los males del paciente. Tampoco escribaba en un justo raciocinio; porque, sentando algunos médicos que el paso de la salud á la enfermedad era ocasionado por un gran cambio verificado en el cuerpo, deducian de aqui que el tránsito de la enfermedad á la salud debia tambien procurarse por una grande alteracion; y por esto, despues de haber sometido á los enfermos á una dieta rigorosa durante los tres, cuatro ó cinco primeros dias, los administraban repentinamente la *tisana sin colar*.

La doctrina á cuyo desarrollo se halla consagrado el libro del *Régimen de las enfermedades agudas*, se funda en dos principios: el primero es que debe cuidarse mucho de no dar alimento á los enfermos en la fuerza de las afecciones, porque en tal época acrecenta la alimentacion el vigor del mal; el corolario que emana de este principio es, que, cuando se crea necesario conceder alimento al paciente antes del fin de la enfermedad, es preciso cuidar de que no le tome inmediatamente antes de las exacerbaciones, si existiesen. El segundo principio es la ley de la costumbre que hace que todo cambio sea perjudicial; en cuya consecuencia, deberá el médico ser muy prudente al volver al enfermo de la abstinencia á la alimentacion. Escudado con estos principios, cuyo conocimiento habia arrojado, en su concepto, un rayo de luz sobre muchas cuestiones oscuras, abordó Hipócrates los problemas en que los médicos coetáneos dice que no habian pensado, y que no habrian sido capaces de resolver aunque en ellos hubiesen fijado la atencion.

Ambos principios descuellan de una exacta y profunda observacion de los enfermos; y, en una época en que se hallaban tan poco determinadas las ideas sobre el régimen de las enfermedades agudas, y en que los médicos iban realmente equivocados, es de elogiar en Hipócrates que recogiese en su práctica dos hechos capitales, estableciendo sobre este fundamento un dogma que la posteridad medica ha sancionado y adoptado en toda su estension.

Agreguemos á esto, que el tratado del *Régimen de las enfermeda-*

*des agudas* estriba en la misma doctrina que se halla en el libro de la *Medicina antigua*. Lo que en este escrito vituperó Hipócrates á los sistématicos de su tiempo, fué el buscar la ciencia por las hipótesis, es decir, suponer en el cuerpo ciertas cualidades (como lo frío, lo cáldido, lo húmedo y lo seco), deduciendo de esta suposición reglas para los procedimientos; y lo que queria que se sustituyese á la hipótesis era el estudio *del ser vivo, de la realidad*, y la investigacion del modo como el cuerpo se comporta con cada cosa en particular. Este precepto, que desenvolvió en el libro de la *Medicina antigua*, es el que tambien le guia en el tratado del *Régimen de las enfermedades agudas*. No se detiene en examinar cual es la *primitiva composicion* del cuerpo, ni las cualidades que en el dominan; sino que se ocupa en ver como el cuerpo enfermo se comporta con las sustancias alimenticias, y de esta investigacion deduce dos principios que forman la base de su doctrina.

La polémica tiene lugar en ciertos libros del médico griego. Destinó el de la *Medicina antigua* á combatir á aquellos que tomaban la hipótesis, en medicina, y en general en la fisiología, como punto de partida, y á determinar el verdadero terreno de la ciencia. El tratado del *Régimen de las enfermedades agudas* contiene (aunque solo incidentalmente) un ataque contra los médicos enidianos, en el que discute Hipócrates las bases de la nosología. Este debate, interesante á causa de su remota antigüedad, es tambien importante en razon á los puntos que abraza. Voy á examinarlos con alguna detencion, y empiezo por manifestar á los lectores lo que refiere Galeno acerca de aquellos médicos y del libro de las *Sentencias enidianas*.

«Hipócrates dice que los médicos enidianos usaban de pocos remedios, excepto en las enfermedades agudas, lo que da entender que en estas se valian de muchos; y asi tambien se encuentra en el libro de las *sentencias enidianas*. Eneuentrase en ellas igualmente, como dice Hipócrates, que todo el método curativo de las enfermedades crónicas se limitaba al uso de los purgantes, del suero y la leche, segun las circunstancias (Gal. t. 5, p. 38. ed. Bas.)»

«No solo conocieron los medicos enidianos la diversidad de las enfermedades, sino que hicieron demasiado estensa esta descripcion. (Idem. p. 39.)»

«Se dice que se ha refundido (*ἐπιδιερκεύσθαι*) un libro cuya segunda edicion se ha publicado, cuando, tratando del mismo objeto y conservando la mayor parte de las frases ya empleadas, presenta en cotejo con la primera edicion, supresiones, adiciones, ó modificaciones. Si quereis un ejemplo para comprenderlo mejor, teneis el segundo *Autolicus* de Eupolis refundido sobre el primero: del mismo modo dieron los médicos enidianos una segunda edicion de sus *Sentencias*, que teniendo muchas cosas semejantes á la primera, se diferenciaba sin embargo por las supresiones, adiciones, y variaciones que presentaba. Esta segunda edicion es la que dice Hipócrates que era mas médica que la primera. (Id. p. 38.)»

»Los médicos de Cnido describieron, desde el principio siete enfermedades de la bilis; un poco mas adelante distinguieron doce de la vegiga;

y mas adelante aun, admitieron cuatro de los riñones. Independientemente de las enfermedades de la vejiga, indicaron cuatro estrangurias, tres tetanos, cuatro ictericias, y tres tisis. Consideraron solamente las variedades de los cuerpos que modifican muchas causas, y descuidaron la semejanza de las diátesis que observó Hipócrates, valiéndose, para determinarlas, del único método que puede hacer hallar el número de las enfermedades. (Id. pag. 59.)

«Hipócrates dice que el libro de las *Sentencias cnidianas* no contiene todo lo que es necesario para el conocimiento de los signos, y que relativamente á este punto se encuentran en él muchas omisiones. (Id., pag. 38.)

«No solo no omitieron los médicos que escribieron las *Sentencias cnidianas* ninguno de los accidentes que experimentan los enfermos, sino que se ocuparon en la descripción de los pormenores mas de lo que era preciso. No debe ser objeto del arte el no omitir nada de lo que pueda ser conocido hasta de las personas mas estrañas á la ciencia; otro debe ser el propósito del médico; el de consignar por escrito todo lo que conduzca al tratamiento; de modo que tendrá precision frecuentemente de añadir algunas particularidades ignoradas del vulgo, y de quitar otras muchas que este no desconozca, sino son importantes al fin que se propone el arte.» (Id. pag. 37.)

Galeno, recordando que Hipócrates habia especificado los casos en que las afecciones peripneumónicas van acompañadas de mucha sequedad, ó presentan tendencia á humedecerse y suministran una expectoracion conveniente, y que habia indicado las precauciones que deben tomarse, añade que no fueron fijados estos puntos por los médicos cnidianos. (T. 5.º pag. 86 *Edi. Bas.*) Tambien omitieron estos todo lo relativo á los efectos del hábito, tan perfectamente explicado por Hipócrates. (Id. pag. 87.) En fin, despues de haber notado que las enfermedades tienen un estado y una coeccion, cuyos signos presentó cuidadosamente Hipócrates, concluye Galeno diciendo que estas nociones y otras semejantes son cosas omitidas por los cnidianos, y que el médico de antemano debe ya saber sin necesidad de que el enfermo se las refiera. (Id. pag. 87.) Galeno tuvo á la vista el libro de las *Sentencias cnidianas* criticado por Hipócrates, y pudo muy bien referirse á él en todo lo que dijo.

Interesa determinar la significacion del objeto de esta polémica entre Hipócrates y los médicos cnidianos, por lo que toca al método, pues este es el indicio mas antiguo de controversia entre dos escuelas rivales. Coo y Cnido tenian doctrinas opuestas; Hipócrates combatió las de sus adversarios; y como el libro de las *Sentencias cnidianas* ha perecido, solo podemos vislumbrar algunos puntos aislados del método de observacion de los médicos de Cnido, al través de los argumentos de Hipócrates ratificados por Galeno. Para juzgar del modo conveniente esta polémica necesitamos considerarla bajo dos fases diversas: es decir, que primeramente debemos fijar la consideracion en el orden de la medicina antigua, é investigar qué escuela seguia el camino verdadero con arreglo á los conocimientos de su época, y trasportarnos despues al punto de vista de la actualidad, procurando reconocer cual de los dos principios se acomodaria mejor á los conociemien-

tos del día. Muchas cosas no son verdaderas en las ciencias mas que relativa y transitoriamente: y sucede que un principio de aplicacion defectuosa y mal acomodada en una época, viene á ser en otro tiempo de un uso justo y muy bien admitido. Se nos presenta aqui un ejemplo de esto en los métodos de Coo y Cnido. El principio que constituia la esencia del método de la primera escuela es la prognosis, es decir, el estudio preferente de las diversas fases del estado general; el cual fué despues abandonado al cabo de mucho tiempo, y los modernos no sabrian ya hacer esta aplicacion universal á la medicina. El que formaba la base del método de la otra escuela es el estudio de la diversidad de los males, al cual se han remontado las épocas modernas, reposando sobre él la patologia en el día.

Investigar las especies en las enfermedades fué el método seguido por la escuela de Cnido, é impugnado por Hipócrates, con razon, á juzgar por los indicios que sobre este particular conservamos. El mismo objeto se propone la medicina moderna: tan cierto es que cambia con los tiempos el valor de los métodos. Y para valernos de un ejemplo tomado de otra ciencia, cuando los astrónomos quisieron introducir el método de medir la distancia de los astros por el tiempo, se desechó con desprecio semejante proposicion: mas, como dice Bailly, los hombres no pueden preveer los bienes que la casualidad les presenta, ni los recursos del ingenio; cuando Huyghens hizo aplicacion de la péndola á los relojes, pudo medirse la expresada distancia por el tiempo, y este método, antes impracticable y despreciado, fue despues un medio de posteriores investigaciones y la base de toda precision.

Examinemos primeramente lo que Hipócrates juzga del método de los autores de las *Sentencias Cnidianas*: reconoce que describian con exactitud lo que espermentaban los pacientes en cada enfermedad, y el curso y terminacion de algunas de ellas; pero añade en seguida que cualquiera que no fuese médico podria hacer otro tanto, informandose con cuidado de los mismos enfermos de las molestias que sufren. De modo que lo que Hipócrates vitupera á los médicos Cnidianos es el no haber dirigido su observacion sobre la terminacion y curso de las enfermedades, contentándose las mas veces con la descripcion de los síntomas y sus accidentes. En efecto, en su sistema médico fundado todo en la prognosis, lo que interesa saber es, no si el enfermo ha presentado tal ó cual síntoma particular, sino cuál es el valor general de éstos síntomas, ó lo que es lo mismo, la duracion, el curso y terminacion que cada enfermedad debe tener. Héchase de ver que la diferencia entre Hipócrates y los Cnidianos es muy considerable. Los unos describian los síntomas del modo que los percibian, sin tratar de averiguar cual pudiese ser la unidad de la afeccion, y el otro investigaba esta unidad, y dando poco valor á los síntomas que le parecian no conducir directamente á este objeto, atendia solamente á los que podrian suministrarle señales útiles: asi decia que los Cnidianos olvidaban muchas cosas que es preciso que el médico sepa sin que el enfermo se las diga y que son muy importantes para el conocimiento del valor de los signos.

Era natural que esta descripcion condugesse á dichos médicos á multiplicar las diferencias entre las enfermedades. Quisieron pues caracteriza



con exactitud el número, es decir, las especies de cada afección, y contra esto tiende la segunda impugnación que Hipócrates les dirige. Buscar en leves diferencias el carácter de un mal, admitir que cada una de ellas debe llevar un nombre propio y constituir una afección distinta, es acometer una empresa que jamás terminará.

De modo que la descripción de los síntomas sin la consideración de la prognosis, y el estudio que ofrece la diversidad de las enfermedades, fueron, en filosofía médica, los caracteres del método adoptado por los médicos de Cnido. Pues ahora bien, con el conocimiento que tenemos del estado de la anatomía y la fisiología en aquellos tiempos, y de las teorías que entonces dominaban sobre los humores, difícil es creer que este método proporcionase resultados ventajosos. Galeno nos manifiesta que los Cnidios distinguían siete enfermedades de la bilis: en qué podían fundarse tales diferencias sino en las hipótesis concebidas en dicha época acerca de papel que se hacía desempeñar al humor bilioso? Por lo demás, tenemos de esto un vestigio en los libros segundo y tercero de las *Enfermedades* de la Colección hipocrática, cuyo testimonio podemos convencernos de que las distinciones se apoyaban en signos inciertos, pasajeros, y de ningún modo apropiados para servir de base á verdaderas especies.

El método de los médicos Cnidios produjo el libro de sus *Sentencias*: nosotros no podemos juzgar de él, mas sin embargo lo cierto es que no mereció el asentimiento de Hipócrates. Este se había educado en otra escuela; se hallaba poseído de una idea general que le abría en la ciencia un vasto horizonte, y apoyado en esta base pudo decir, como en efecto dijo: «La medicina há mucho tiempo que existe y posee un principio y un método que ha encontrado, con cuyo auxilio se han hecho muchos y grandes progresos en el trascurso de los tiempos, y se adelantará todavía mas, si los hombres capaces é instruidos en los descubrimientos antiguos los toman por punto de partida en sus investigaciones.» (Libr. de *Medic. antig.* pag. 20.) Era pues natural que impugnase las observaciones de los Cnidios, que para nosotros carecerían de todo carácter de precisión, y para él se hallarían desprovistas de toda significación útil para el conocimiento de los signos y la aplicación de los remedios. Por consiguiente, siguió el camino trazado por sus mayores y maestros, y prescindiendo de la investigación de las especies de cada enfermedad, se dedicó á buscar las del estado general en una escala mayor y en afecciones de un orden mas elevado: los monumentos mas importantes que de él nos quedan, son referidos á las enfermedades agudas febriles.

Así que puede sostenerse que en la polémica á que aludimos estuvo la razón de parte de Hipócrates: pero deberemos decidarnos en favor suyo de una manera absoluta, ó de un modo relativo? Para esto necesitamos juzgar la cuestión bajo el punto de vista de la actualidad, hasta el término de hacerse esto á su vez antiguo, y quedar en el lugar á que la posteridad le destine. Yo no tengo reparo en manifestar que el método de los Cnidios, es decir, la distinción mas y mas exacta de las especies de las enfermedades, es el trabajo á que se dedican los modernos con la mayor actividad y con no poco provecho. Los descubrimientos de la anatomía pato-

lógica, la observacion escrupulosa de los síntomas durante la vida, el estudio químico de los humores, todo concurre á un grande objeto, cual es el de aumentar cada vez mas la precision del diagnóstico. La introduccion de la estadística en medicina es una de las espresiones de esta nueva necesidad; y, á no dudar, los que iuvocan con tanto celo el método numérico son, por grados remotos pero ciertos, los herederos de los médicos de la escuela de Cnido, y los defensores de lo que en otros tiempos se sostuvo en el libro de las *Sentencias Cnidianas*, en la actualidad perdido.

Si me es licito, en esta grave cuestion suscitada al cabo de tanto tiempo y cuyos principales fundamentos voy á manifestar, si me es permitido, repito, espresar la opinion que yo tengo formada, diré que la precision y minuciosidad en los datos de la observacion jamas serán exajeradas. Podrán elegirse entre los hechos (cada pormenor aqui es un hecho) los que se consideren mas importantes á la ciencia contemporánea y mas conducentes á las ideas generales; pero cuando se observa, no es licita la eleccion entre ellos: todos tienen igual derecho á ser escogidos: el mas insignificante pertenece á este maravilloso conjunto de la naturaleza, cuya gran profundidad atrae y á la vez confunde nuestro espiritu. Los objetos que nos presenta toman á nuestra vista, cuando sabemos prestar la atencion que se merecen, una realidad que satisfacen cumplidamente la inteligencia humana, porque son á un mismo tiempo sustancia é idea: sustancia, porque pertenecen al gran todo, fuera del cual nada podemos imaginar; é idea, porque tienen una significacion, una relacion, y un fin que llenar. Creo pues que no hay dato por pequeño que parezca que no tenga alguna importancia: que cuanto mas cuidado ponga el hombre en discernir los hechos grandes ó pequeños, mas completamente desempeñará su mision y satisfará el objeto de la ciencia, que es el estudiar la naturaleza: y entrando ya en la jurisdiccion médica, de que me había estraviado un poco, diré que es preciso no dejar de recoger ningun hecho por insignificante que parezca; que basta que exista para que tenga la mas alta importancia, y que apruebo sin restriccion todo lo que tiende al desarrollo de la ciencia en este sentido.

La importancia del tratado del *Regimen en las enfermedades agudas*, el método que en el se sigue, y las cuestiones incidentales que en el se tratan, manifiestan cuanto había meditado Hipócrates sobre el estudio de la medicina. Por espacio de mucho tiempo había confeccionado una gran suma de ideas y procurado ver las cosas bajo sus diversas fases. Se encuentra realmente en este libro el indicio de muchos objetos que había estudiado, y sobre los cuales pensaba escribir. Yo he reunido aqui las indicaciones esparcidas acerca de ellos; mas los trabajos ó no se realizaron ó perecieron anteriormente á la época de la fundacion de la biblioteca de Alejandría. Es muy interesante el buscar estos vestigios, casi borrados, de las meditaciones de Hipócrates.

Manifestando que, si la enfermedad es de naturaleza seca, es preciso, antes de administrar la tisana entera, hacer tomar el hidromel, vino, ó lo que convenga, añade: *«ya explicaremos lo que convenga segun los casos.»*

En otra parte dice: «Un húmedecimiento pronto y abundante anuncia la

proximidad de la crisis; y si es mas lento indica su retraso. Estas observaciones en si son generalmente verdaderas, y hay otras muchas igualmente importantes para la interpretacion de los signos, *de que hablaremos en seguida.*»

En otro lugar. «En la administracion de los alimentos debe pensarse menos en añadir que en quitar; pues es de grande utilidad la privacion absoluta en los casos en que el enfermo puede sostenerse hasta el momento en que la enfermedad, llegada á su maximum, haya sufrido la coccion. *Yo trataré de las circunstancias en que deberá seguirse esta regla.*»

En otra parte: «No veo que los médicos sepan como es preciso reconocer, en las enfermedades agudas, si la debilidad proviene de las evacuaciones, de alguna irritacion, de dolor, ó de la agudeza del mal..... *Yo daré el pormenor de los signos que enseñan á distinguir estos diferentes casos.*»

En otro sitio: «Es necesario no usar la *tisana entera* antes de la coccion de la enfermedad, ó cuando se hayan manifestado algunos signos de vacuidad ó de irritacion en el intestino ó en el hipocondrio *tales como los describiré.*»

En otro lugar: «Las deyecciones biliosas, morenas... no estinguen el ardor de los hipocondrios, sino que le aumentan: causan angustia y agitacion, y tienden á ulcerar el intestino y el ano. *Yo escribiré los remedios para este mal.*»

En otra parte: «En qué casos será preciso usar del agua para bebida? Cuándo convendrá administrarla en grande ó pequeña cantidad? En qué ocasiones tomarla fria ó caliente? Esto es lo que se ha dicho, ó *lo que se dirá en lugar oportuno.*»

En otro sitio, enumerando las diversas especies de bebidas, añade por último: «*Escribiré en cada enfermedad cuando es necesario usarlas, asi como los medicamentos compuestos.*»

Ya tratase realmente Hipócrates de cada uno de estos puntos que acabo de manifestar al lector, ó ya se quedasen en promesa estos anuncios, lo que de todos modos puede conocerse es á donde se inclinaban principalmente sus estudios. Dedicarse á la interpretacion de los signos, investigar cual es la verdadera naturaleza de la debilidad en que el enfermo se halla sumergido, examinar si podrá sostenerse, á pesar de una abstinencia completa, hasta el momento de la coccion, esplicar cuales son las bebidas que mejor convienen segun las circunstancias, indicar los remedios con que se deben atemperar y cohibir las deyecciones biliosas, y prescribir en fin los medicamentos compuestos que importa administrar en cada enfermedad, tales son los objetos sobre que Hipócrates habia escrito ó al menos meditado. Este conjunto es á la verdad considerable, y toca objetos de mucho interés. Yo notaré solamente como caracter que distingue la medicina de Coo de la moderna, el no tratarse en aquella de la descripcion detallada de las enfermedades: lo que á Hipócrates ocupó no fué el describir cada afeccion en particular, sino el comprender en ella los caracteres generales, y establecer sobre ellos reglas igualmente generales. En otros términos: el pronóstico hipocrático no es un diagnóstico sino en cuanto que se aplica al estado general del enfermo, y el diagnóstico actual no es un pronóstico sino en cuanto que el conocimiento del sitio del mal y de su índole lleva

consigno una idea del curso de los accidentes, y de la gravedad que la afeccion debe tener.

En los libros puramente médicos de Hipócrates se encuentran indicios de la atencion que tambien prestó á la práctica quirúrgica. Cuando dice en este libro: *lo que debe ser hecho con presteza debe ejecutarse pronto; lo que debe ser hecho con esmero debe hacerse detenidamente; lo que debe ser operado con la mano sin dolor, es preciso operarlo con el menor dolor posible*, se refiere evidentemente, por el discurso, á las curas y operaciones. Ejerció pues á la vez y con igual reflexion la cirugía y la medicina, y no debe ya causar estrañeza que dejase compuestos libros tan interesantes sobre estos dos ramos de la ciencia.

Se ve por este tratado que la terapéutica de Hipócrates empleaba un gran número de remedios. Vitupera á los médicos Cnidianos el usar muy pocos remedios en las enfermedades crónicas, y habla de la sangría, de diversas clases de embrocaciones en el dolor de costado, de diferentes purgantes, y de supositorios. En esta época existian numerosos medios farmacéuticos, y es lástima, para nuestro conocimiento de la terapéutica antigua, que no compusiese Hipócrates, ó que no haya llegado hasta nosotros, el libro en que prometió examinar el uso de estos medios en cada enfermedad.

Desde antes de Hipócrates se sabian mezclar las sustancias para disminuir las cualidades desagradables de ciertos medicamentos. Cita este célebre médico la combinacion de algunas plantas aromáticas con los purgantes, y advierte que no es indiferente la eleccion de estos escipientes, sino que tienen diversos y respectivos puntos de conformidad con las sustancias activas á quienes han de incorporarse.

El mismo Hipócrates nos instruye acerca de lo que él compuso. Segun él, los antiguos no habian escrito nada importante sobre el régimen de las enfermedades; y consigna en su libro las observaciones que sus *predecesores* habian descuidado. De esta reseña se deduce que antes de Hipócrates no se habia determinado con exactitud, en los escritos médicos, el régimen alimenticio de los enfermos, habiendo estado abandonado á la rutina de la práctica mas bien que dirigido por observaciones precisas. Hipócrates se gloria de haber introducido esta precision en un objeto de la mayor importancia para la salud de los hombres. Puede creerse que las ideas de Hipócrates tomarian esta direccion por las innovaciones de la gimnasia, que trabajó en regularizar el régimen de las personas sanas para aumentar sus fuerzas y aptitud para los ejercicios.

Si Hipócrates, como el mismo dice y no hay motivo para dudar, ordenó el régimen de los enfermos en el curso de las afecciones agudas, abandonado hasta entonces al capricho ó la rutina, hizo un gran servicio á la humanidad doliente, del cual todos los dias recibimos nuevos beneficios, y es muy justo que nuestro agradecimiento le tribute los dones merecidos.

Los médicos, y Broussais entre otros en el tratado de las *stegmasias crónicas*, han notado que una alimentacion considerable en el curso de las afecciones agudas de pecho era muy fatal, que exasperaba todos los accidentes, y que los hacia prontamente mortales, cuya observacion se halla muy acorde con la del mismo Hipócrates. Este insigne griego señaló cabal-

mente esta misma clase de afecciones, como notable ejemplo de los casos en que los males se exasperan mucho por la administracion de alimentos mas ó menos sustanciosos y en cantidad mas ó menos considerable.

Notemos aqui una opinion y una expresion que atribuye Hipócrates á los antiguos. Estos (que para nosotros son de muy lejana antigüedad) consideraban como *heridos de un rayo*, y aun así designaban á los que rápidamente sucumbian con ortophnea y estertor presentando en el pecho manchas lívidas (sin duda cadavéricas), lo cual espresaron luego los latinos con la voz *siderati* (1), con la que se hace mas claro el carácter de las opiniones que habian dictado semejante denominacion. Estos pertenecen al cuadro de esos castigos *divinos* que habian hecho dar á la epilepsia el nombre de *sagrada*, contra lo cual escribió Hipócrates algunas líneas en el tratado de *Aires Aguas y Lugares*.

El orden que sigue en este libro su esclarecido autor es fácil de comprender. De los efectos perniciosos que ocasiona la administracion de los alimentos, deduce, por medio de la esperiencia y de un legítimo raciocinio, las reglas que deben observarse en el régimen alimenticio: pero aqui se presenta una reflexion que no deja de tener importancia para comprender la direccion de sus ideas. Si cotejamos lo que dice en este tratado del *Régimen de las enfermedades agudas* con lo que espuso en el libro de la *Medicina antigua*, veremos que concibió el origen y la historia de la ciencia del mismo modo que su estudio. En efecto, queriendo explicar en este último escrito el principio de la medicina, supone que, habiendo observado los hombres que los alimentos que tomaban en el estado de salud les hacian daño cuando estaban enfermos, los disminuyeron, los suspendieron ó los modificaron segun la necesidad; y en el actual, tratando de manifestar como se llegó á reconocer la utilidad del régimen que prescribe en las enfermedades agudas y los inconvenientes del usado por los otros médicos, presenta igualmente los hechos de que dedujo sus principios. Hipócrates, pues, adoptó en la idea que se formó de la historia de la ciencia el mismo método que siguió para recoger los hechos, clasificar los resultados y deducir las consecuencias. En vez de inquirir *con hechos* el modo de formacion de la ciencia, estableció *en teoria* la manera como debió formarse. Fué en este punto, para valermé de una expresion tomada de otras ciencias, *racionalista*, é infiel, en el concepto de la historia, á los preceptos que habia dado para el estudio del hombre, á saber: que es preciso partir de los hechos, de las realidades, y no de las hipotesis. El racionalismo es un recurso peligroso al que no se debe acudir sino á falta de otros auxilios: así que, yo creo que Hipócrates hizo mal en valerse de él, porque todo lo que sabemos del origen de la medicina tiende á probar que los primeros ensayos fueron empiricos y no racionales. Vemos empleados, desde una antigüedad tan remota que se oculta á nuestras investigaciones, la sangria, los purgantes, los vomitivos; y hasta el tiempo de Hipócrates no se ordenó el régimen en las enfermedades agudas.

(1) Así lo dice también Foesio en su *Oeconomia Hippocratis alphabetice serie distincta*, pág. 123.

Estas varias é inconexas advertencias, que sucesivamente he presentado al lector, bastarán para fijar su atencion sobre algunas particularidades de este libro. Hé aqui otra relativa á la disposicion de las casas del tiempo de Hipócrates.

Diciendo este que pocas tenian lo necesario para tomar un baño, añade Galeno en su comentario. «Parece que en tiempo de Hipócrates no estaban todavia admitidos los baños en las casas: porque cuando dice que en pocas habia la disposicion y criados necesarios, cuando agrega que es preciso un sitio que esté al abrigo del humo, que haya mucha agua, y lo demas que sigue en el testo, da á entender que aun se calentaba el agua en las casas, en calderas, y que en seguida se echaba en los baños.» (t. 5, pag. 83, Ed. Bas.) Tambien pudiera creerse, segun la frase de Galeno, que no se hacia en Roma calentar el agua en las casas: probablemente se la conduciria ya caliente al sitio destinado para el baño en las casas particulares.

Despues de haber reasumido con brevedad el tratado del *Régimen de las enfermedades agudas*, de haber examinado con detencion el punto científico debatido entre Hipócrates y la escuela de Cuido, y de haber reunido á golpe de vista los trabajos perdidos en el dia, si llegaron á ser ejecutados, de que Hipócrates da una idea de este libro, solo me resta considerar en pocas palabras el punto de vista bajo el cual puede sernos útil todavia. En primer lugar, nos presenta un vacio que llenar; pues aunque evidentemente se decide el médico de Coo por la dieta rigurosa en las enfermedades agudas febriles, sin embargo, presenta de cuando en cuando restricciones que espresa por lo comun bajo esta forma: *Si el enfermo puede sostenerse hasta el fin*. Hay ocasion de observar en algunos casos, y sobre todo en las fiebres consecutivas á una herida ó á alguna operacion, que no siempre conviene una dieta absoluta y rigurosa. Esto se deja al tino y juicio del médico; pero aun queda este objeto muy en vago en las cosas no enseñadas (*ακρταμαθτα*) de que habla Hipócrates. Podria pues volverse á tomar el tema del médico griego para hacer observaciones y formular preceptos que faltan á la práctica del dia.

Mas no se limita á esto la ventaja que el médico puede reportar de este tratado en la época presente. Se halla unido á él un interés inmediato, porque este libro contiene preceptos sobre la direccion del régimen en las enfermedades agudas que es preciso tener siempre en la memoria y que jamas han sido mejor espuestos ni demostrados que en este, y otro interés mediato, pero no menos real, cual es el filosófico que pertenece al estudio de toda obra en que espone un autor ideas nuevas que su esperiencia y reflexion le han sugerido.

Tambien se observa en este libro el mérito del estilo que caracteriza á Hipócrates, que especialmente sobresale en presentar el cuadro del aspecto general del enfermo. Citaré como prueba el siguiente trozo: «Los enfermos se hallan dominados por insomnios que impiden la coccion de la enfermedad, se vuelven tristes é irritables, se apodera de ellos el delirio, los ojos se ponen brillantes, y sienten murmullo en lo interior de los oidos; las estremidades se les enfrian; la orina está cruda; los esputos

se presentan de igual caracter, oscuros, y teñidos ligeramente de un color sin mezela; el cuello se halla humedecido de sudor; la inquietud es estremada; la respiracion frecuente ó muy grande, es embarazosa en la espiracion; un siniestro fruncimiento aproxima sus cejas; sobrevienen funestos desmayos; separa el enfermo las cubiertas que gravitan sobre el pecho; las manos se ponen temblorosas, y á veces está el labio inferior agitado de movimientos convulsivos.» Euseusado es hacer notar aqui la exactitud con que se hallan recojidos todos estos hechos, reproducidos con animacion y agrupados con maestria, y tampoco podrá menos de advertirse la analogia que guarda esta pintura con otras de igual clase que se hallan en los *Pronósticos*: echase de ver en uno y otro escrito el mismo modo de observar y de describir.

M. Pruys Van-der-Hoeven, con motivo del pasaje en que dice Hipócrates que los médicos, por sus divisiones, se parecen á los adivinos que interpretan el vuelo de un ave cada uno de diverso modo, espresa que en esto usó de una ironia valiéndose de un modo de argüir verdaderamente socrático. (á) Esta advertencia me ha parecido justa: pues se halla en efecto, en varios sitios de este tratado, una especie de burla sería revestida con la apariencia de un argumento en forma, el cual, si me es lícito decirlo así, es el que ridiculiza mas bien que la espresion. Además del ejemplo citado por Mr. Pruys, espondré yo todavía otro en que Hipócrates dice: «Los médicos (que ponen los enfermos á dieta desde los primeros dias y de repente los conceden despues alimentos), juzgan que, habiendo experimentado el cuerpo un gran trastorno, por efecto de la enfermedad, es preciso oponerle otro gran cambio. *Indudablemente el cambiar no trae poca ventaja*, pero es necesario que se haga con tino, &c.» A la verdad es curioso encontrar en un contemporáneo de Socrates, en un hombre que, como él, ha gozado de tan gran renombre, alguna manera del modo de argumentar que fué propio del maestro de Platon.

Aunque este no sea el lugar apropiado para suscitar cuestiones sobre la autenticidad de los diversos escritos, se presentan, sin embargo, algunas veces notas particulares que á duras penas hubieran podido acomodarse en la Introduccion, y que el cotejo de los dos tratados mencionados ofrece naturalmente. Tal es aqui la conformidad de doctrinas y semejanza de espresion entre el *Pronóstico* y el libro del *Régimen en las enfermedades agudas*. Se lee en el primero. «*El médico, esponiendo lo que los enfermos omiten, se grangeará su confianza, y convencidos de la superioridad de sus luces no dudarán en someterse á sus cuidados.* (Pag. 118.) Y en el segundo se dice: *Y nada digeron de la mayor parte de las cosas que debe saber el médico sin oír la relacion del enfermo.* Hé aqui una doctrina idéntica, establecida en los *Pronósticos* y en el tratado de que nos vamos á ocupar ahora: de estos dos libros, el primero fue comentado

(á) Est in hisce ironia ac vere Socrática ratio. Chrestomathia Hipocrática, Hagæ comitis, 1824, p. 70.

por Herofilo y su autenticidad no puede dejar duda ninguna; y el segundo fue considerado unánimemente, en la antigüedad, como propio de Hipócrates: con una discusión laboriosa, pero decisiva, á mi juicio, he sentado que Platon en el libro del *Phedro*, aludió al de la *Medicina antigua*. Tenemos pues tres libros que, por diversos títulos, merecen el crédito de autenticidad. El *Pronóstico* hemos visto que tiene cierta conexión con el libro del *Régimen*; y este, como he demostrado, no ofrece relaciones menos ciertas ni evidentes con el tratado de la *Medicina antigua*. De este modo, lo que acreditan los testimonios estrínsecos se halla confirmado por los intrínsecos, y nada creo que sea capaz de alterar el juicio sentado. Nótese también, por el principio del libro del *Régimen en las enfermedades agudas* y por todo el de la *Medicina antigua*, cuanto había reflexionado Hipócrates sobre las cuestiones generales de la ciencia médica, y sus deseos de discutirlas.

Observa Galeno, en diversos pasajes de su comentario, que Hipócrates expresa sus ideas con cierto desorden, en lo cual me parece que se dejó llevar por la apariencia, y que no comprendió la distancia que media entre un estilo antiguo como el del médico griego, y uno moderno como el suyo: en el estilo antiguo, la ilación del razonamiento existe en las ideas, siendo poco notable en las expresiones; y el moderno, por el contrario, exige que dicha ilación se siga aun en la redacción misma, de modo que á cada instante vaya el lector advirtiendo los progresos que hace el autor en las consecuencias de su tema. Este carácter que acabo de señalar en el estilo antiguo, es una de las razones que hacen difícil la traducción de las obras procedentes de una época muy remota. Cuando se ha verificado la versión con toda escrupulosidad, se admira uno, al revisarla sin comparación del texto, de la inconexión, desaliño y oscuridad que por esto mismo reina en ella, y de que no corresponda en manera alguna á la imagen que el original había impreso en la mente del traductor. Es preciso suplir entonces lo que, falta con artificios de lenguaje que haga evidente una conexión que mas, ó menos visible en el autor mismo, necesita ser puesta de un modo claro y acomodado al idioma á que se hace la traducción.

No puedo adherirme por lo tanto á dicha opinión de Galeno, que para justificar y atenuar al mismo tiempo su crítica, añade: «Es imposible que, en este solo libro que nos ocupa, digese Hipócrates todo del modo conveniente y presentase su doctrina en el mejor orden, y tanto mas cuanto que él era su inventor.» (Tomo V. pág. 63. Ed. Bas.) Este reparo de Galeno ha sido, en mi juicio, el punto de partida de algunas observaciones, que no creo desprovistas de interés.

Existe entre el libro de los *Pronósticos* y el del *Régimen* una diferencia muy notable en el modo de exposición. Al paso que procede en el primero con una seguridad dogmática, como hombre que espone una doctrina establecida, se vale en el segundo de una argumentación de razonamiento, ejemplos y analogías. Si nos remontamos al origen de estos dos libros, encontraremos la causa de la disparidad que bajo este aspecto presentan. El libro de los *Pronósticos* fué redactado, como M. Ermerins ha hecho



ver en su thesis *Specimen historico medicum inaugurale de Hippócratis doctrina á prognostice oriunda* Lug. Bat. 1832, y cuyas conclusiones he adoptado, con materiales que no pertenecian á Hipócrates, y que tenian para con él una grande autoridad: tales son las *Prenociones de Coó*. Hipócrates no creyó tener necesidad de probar lo que se hallaba establecido por las observaciones de los Asclepiades, y se contentó con poner en forma de tratado dogmático las proposiciones separadas, haciendo de ellas un conjunto; un todo. No sucedió así con el tratado del *Régimen*: en este era inventor de sus observaciones propias, dedujo principios que se hallaban en oposicion con la práctica de los médicos contemporáneos, y combatió las proposiciones de estos al mismo tiempo que fundamentó las suyas. Era pues muy natural que usase en el de otro modo de esposicion, empleando la discusion en este tratado, en vez de esponer preceptos, como en los *Pronósticos*.

Aun me parece que pueden estas reflexiones llevarnos mas adelante, é iluminar algun tanto la cronología relativa de los escritos hipocráticos. De haber sido redactados los *Pronósticos* solamente con las *Prenociones de Coó*, de que Hipócrates no representase en ellos otro papel que el de intérprete de doctrinas que adoptó, pero que no le pertenecian, de observaciones de que usó, pero que habia recibido de sus padres y maestros, no es lícito deducir que esta obra fue una produccion de su juventud, de una época en que se contentaba con la gloria de ordenar los materiales que se hallaban en la escuela en que se habia educado? Segun este modo de ver, la composicion de los *Pronósticos* seria anterior á la del libro del *Régimen en las enfermedades agudas*; y, por otro lado, lo seria tambien al de *Aires Aguas y Lugares*, porque la opinion que concedia el influjo del castigo divino en las enfermedades, ligeramente indicada en aquel tratado, se halla enérgicamente combatida en este último. En fin, podria creerse que el libro de la *Medicina antigua* precedió en su formacion al del *Régimen*, como procuré demostrar en el exámen de cada uno de los libros hipocráticos en particular. Cualquiera que sea el valor de estas congeturas, llamo la atencion del lector sobre los hechos que me las han sugerido, á saber; la relacion que existe entre los *Pronósticos* y las *Prenociones de Coó*, la diferencia de composicion entre el primero de estos libros y el del *Régimen*, y por último la diferente opinion que se encuentra acerca de la palabra *θειον divino* en aquel y en el tratado de *Aires Aguas y Lugares* (II.) Me limito á dejar aqui consignados los hechos de crítica intrínseca, reservándome el ensayar sistematizarlos, cuando haya reunido un número mayor de ellos.

Diciendo Hipócrates que los medicos no siempre saben distinguir las diversas afecciones y variadas formas que producen nuestra naturaleza y constitucion, añade: «Y sin embargo, el conocimiento ó ignorancia de estas cosas causa la salud ó la muerte.» Frecuentemente se hallan en este inmortal autor tales pensamientos, que manifiestan cuanto habia pro-

(II.) Acerca de este último particular véase lo que dejo espuesto en mi comentario al libro de los *Pronósticos*.

fundizado en su espíritu la gravedad de los peligros que de continuo y por todos lados nos asedian, y la necesidad de una prudente y rigurosa vigilancia por parte del médico. Había visto muchas veces estrellarse la vida, como la cosa mas fragil, en el caso mas inopinado, ó con el exceso al parecer menos trascendental, y creyó que, en medio de tantos cambios imprevistos como nos amagan á cada instante y con tanta gravedad, importaba mucho poner de su parte cuanto le fuese posible para cubrir su responsabilidad. Esta indudablemente gravita sobre todos los hombres, pero la profesion médica es una de aquellas en que mas se hace sentir su peso; y aprovecho con satisfaccion esta oportunidad de referirla al nombre de Hipócrates, en una época en que la exigencia moral crece á la par de la científica.

## BIBLIOGRAFIA.



Manuscritos de la Biblioteca real de Paris: números 2253, 2141, 2144, 2254, 2140, 2143, 2145, 2146, 2148, 56, 2165, y el 2276, titulado de *Diæta in acutis*. Se encuentran indicados entre los manuscritos latinos de diferentes bibliotecas, traducciones latinas del tratado del *Régimen en las enfermedades agudas*. Algunos de ellos atribuyen tambien esta traduccion á Marsilio de Santa Sofia. Esta version ha sido publicada en la Coleccion de Articella, si merece el nombre de traduccion una parafrasis que sin duda ha sido hecha del árabe, y que apenas da una idea del original. Otro tanto debe decirse de la traduccion latina del *Pronóstico* que se halla impresa en la misma Coleccion.

Liber de diæta in acutis, latine ex Andree Brentii versione, Lugd. 1506, in 8.º cum nonnullis Chamberii.

Liber de diæta in acutis latine Gu. Copo interprete, Paris, 1525 in 12.º et quidem cum libro de natura humana qui solus in título memoratur. Liber de *Victus ratione in acutis* p. 15 incipit.

Liber de diæta acutorum, græce. Paris, 1550 in fol. Haller.

Liber de diæta acutorum, græce et latine, Jo. Vassæo interprete, Par. 1551 in fol. Maittaire.

De *Victus ratione in acutis morbis, sive de ptisana Hippocratis* Cui liber, una cum Galeni quatuor in eundem commentariis, Jo. Vassæo Meldensi interprete, à quo denuo omnia sunt recognita et regutata. Paris. J. Roigny, 1543 in-12.º

Liber de diæta in acutis ex recogn. Fr. Rabelæsi, Gu. Copo interprete. Lugd. 1532, in 12.º cum Prognóstico et aliis.

Kaye, mas generalmente conocido con el nombre de Cajus, tradujo en latin el libro del *Régimen en las enfermedades agudas*. El indice que formó de sus propios escritos, dice: *Ex nostra versione.... De Diæta in morbis acutis* (Biographical memoirs of medicine by John Aikin, London 1780, p. 134.) No se si esta traduccion se ha impreso.

De diæta acutorum latine cum Galeni comment. et Galeni de semine, lib. 2.º Basil. 1533 in fol. Cat. bibl. Bun. 1, p. 93.—Bas-1542, in 8.º 1545, in 8º Ras.—1551, in fol.—Housset. Lugd. 1565, in-12.º cum Jo. Martini adnot.

Liber de diæta acutorum latine, ed. Nic. Lavachio, Flor., 1555, in-4.º Anton. Mus. Brasavoli in libro de victus ratione in morbis acutis Hippocratis et Galeni commentaria et annotationes, Venet 1546. Post textum ab A. M. Brassavolo latinitate donatum leguntur Musæ comentarii. Dein Galeni Commentarius sequitur Jo. Vassæo interprete, et denique in hunc commentarium A. M. Brassavoli copiosissima enarratio.

De diæta acutorum Paulo Juliario intérprete, Veron. 1542, in 8.º Gunz.

Hier. Thriver. Brachelii. comm. Lugd. ap. Beringos, 1552 in 8º Gunz. —Lugd. ap. hæredes Jac. Juntæ. 1552 in 8.º Gunz.

Liber de diæta in acutis, latine, Jo. Vassæo intérprete, cum annotationibus Jo. Molini. dug. 1563, in-12.º

FR. VALLESII COMMENTARIUS IN LIBRUM DE *Victus ratione in morbis acutis* AUGUSTÆ TAURINORUM, 1590 in-8.º

Hier. Mercurialis Comm. in Hippocratis Prognos. Prorrh. De victus ratione in morbis acutis, et Epid. historias, Franc 1602, in-fol.

Jo. Heurnii Comm. in Hippocr. de victus ratione in morbis acutis libri IV. Edidit postq̄ mortem auctoris ejus filius Ottho Heurnius. L. B. 1609, in 4.º

In magni Hippocratis librum de humoribus purgandis et in librum de diæta acutorum Ludovici Duretii Segusiani, doctoris medici parisiensis et profesoris regii comentarii interpretatione et enarratione insignes. Adjecta est sub finem accurata constitutionis primæ libri 2. Epidemion ejusdem auctoris interpretatio (cura Pt. Girardet.) Paris 1651, in 8.º—Paris, 1659, in-8.º

Hieron. Cardani comment. in librum de Diæta in acutis morbis exstant in Oper. omn. t. X. Lugd. 1663, fol.

De victu fabricantium dissertatio auctore Josepho Antonio Pujati Sacciliensi in Patavino Gymnasio medicæ ordinariæ p. p. Putavii, 1715 in-4.º Esta disertacion está principalmente consagrada á la esencia de la doctrina hipocrática.

Hippocratis Coi de humoribus purgandis liber et de diæta acutorum libri tres cum comentariis integris Lud. Duretii. Accessit constitutio prima libri II, Epidemion cum ejusdem auctoris interpretatione. Pt. Girardetus primum in lucem protulit, recensuit, enmendavit notas, adjicit Just. Godofr. Gunz. Lipsiæ 1744 in-8.º—Lipsiæ 1745. in-8.º

Hippokrates von der Lebensordnung in hisigen Krankheiten, aus den Griechischen, Altenb. 1772 in 8º Opus, dit Ackermann studiosissime elaboratum cum notis doctisimis in quibus præsertim medicamenta

antiqua Hippocratis illustratum, autore Jo Fr. Ca. Grimmio versionis operum Hippocratis.

Chrestomathia hippocrática. Edidit atque præfatus est C. Pruyss Van der-Hoeven, Hagæ comitis, 1824. in-12. Este volúmen contiene fragmentos de las Prenociones de Coe, de los Pronósticos, del primero y tercer libro de las Enfermedades agudas, y de los Aforismos.

Ademas de la edicion de nuestro *Valles* en Turin, de que da noticia el autor, hay otra en Alcalá, año de 1569.

*Tomas Rodriguez de Veiga* tiene tambien dos ediciones de este tratado publicadas en Leon en los años de 1586 y 1594: y *Bonafon*, en su *Compendio de la doctrina de Hipócrates*, se ocupó tambien de este tratado.

## DEL REGIMEN

### EN LAS ENFERMEDADES AGUDAS,



**L**os que compusieron el libro titulado *Sentencias Cnidianas* describieron con exactitud lo que padecen los enfermos, en cada afeccion y el modo como algunas de estas se verifican, lo cual tambien haria el menos instruido en los principios de la ciencia, procurando informarse cuidadosamente de los mismos enfermos acerca de lo que sienten: pero nada han dicho de las cosas que el médico debe saber sin que el enfermo se las refiera, y cuyas acciones son con todo diversas, segun los casos, teniendo algunas gran importancia para la interpretacion de los signos. Asi, cuando se trata de establecer las indicaciones con arreglo à este juicio, difiero en muchos puntos del modo de esposicion que han adoptado los autores del referido libro; y no solo por este motivo, sino tambien por haber usado de muy pocos remedios: pues toda su terapéutica se reduce, escepto en las enfermedades agudas, à la prescripcion de medicamentos purgantes, del suero ó de la leche, segun las circunstancias. Si estos medicamentos fueran buenos y convenientes en las enfermedades en que se aconsejan, serian tanto mas dignos de elogio cuanto que en pequeño número llenarian bien su objeto: pero no sucede asi. Los autores que despues se han ocupado en reformar dichas *Sentencias* han añadido alguna cosa mas acerca de los ausilios que conviene emplear en cada caso. Nada que merezca la atencion han escrito los antiguos acerca del ré-

gimen en las enfermedades agudas, cuya omision es harto grave. No desconocieron algunos, sin embargo, las diferentes formas y multiplicadas divisiones de las enfermedades; mas, al querer demostrar con exactitud las variedades de cada una, se equivocaron, pues su determinacion no es tan facil, si se toma por principio en semejante trabajo el hacer una especie particular de cada caso en que se presente alguna diferencia, y el de poner un nombre distinto á cada afeccion que desde su origen no parezca idéntica á las otras. (a)

(a) Reformando yo aqui el testo vulgar, con el auxilio de las citas que á continuacion espongo, y consultando una de las ediciones de Foesio y Vander-Linden, he visto que en los impresos se halla esta frase del mismo modo, y que los autores, conformes en el testo, han verificado la traduccion de una manera uniforme. Dureto pone: *propterea que non eundem morbum videri, quin idem sit nomen et appellatio; Valles, et non videri eundem morbum esse nisi idem nomen habeant; Foesio, neque eundem esse morbum repetet, nisi eodem nomine nuncupetur; Vasco, nullumque morbum eundem videri, quin idem quoque nomen habeat; Gardeil, y si se cree que las enfermedades no son las mismas sino van designadas con el mismo nombre; Grim, und er nicht glaubt dass es die næmliche Krankheit dey, sobait sie nicht den næmlichen Nahmen fulert.* Esta traduccion por correcta que parezca, presenta sin embargo una dificultad, cual es la de no poder comprender como pudo decir Hipócrates, para caracterizar el método de sus adversarios, que una enfermedad no les parecia la misma si no llevaba el mismo nombre; porque, en patologia, cuando se trata de establecer especies, se empieza por determinar la diferencia imponiendo despues el nombre; y no de fijar el nombre para buscar despues la diferencia. La dificultad pues, es positiva. Procuremos, antes de todo, consignar independientemente del testo el razonamiento mismo de Hipócrates. En su concepto, no habian elegido buen camino los Cnidianos para la determinacion de las especies morbificas: buscaron diferencias, y siempre que hallaron una, formaron de ella una especie; y dice Hipócrates que una clasificacion establecida bajo esta base ni era facil de verificar, ni arreglada á un justo raciocinio. Tal es el sentido del pasaje en cuestion: veamos ahora como se aplica al testo vulgar, y á las diversas variantes que acabo de presentar reunidas. El testo vulgar dice así: *Los Cnidianos caracterizan las especies de una enfermedad del modo siguiente: examinan si un caso difiere de otro en alguna cosa, y la afeccion no parece la misma sino tiene el mismo nombre.* La correccion que ya he verificado con el auxilio del manuscrito núm. 56, presenta el texto en esta forma: *Los Cnidianos caracterizan las especies de una enfermedad del modo que sigue: examinan si un caso difiere en algo de otro, y si la enfermedad no parece la misma, no recibe el mismo nombre.* Me parece que el simple cotejo de estas dos traducciones

no 2.ª Mi opinión es que siempre debe usarse de la reflexion en medicina: cuando el caso exija que se obre bien y con regularidad, no debe seguirse otro camino; cuando deba procederse con resolución, no convendrá obrar con parsimonia; lo que exija detenimiento, no deberá atropellarse; cuando se halle indicada una operacion manual sin ocasionar mucho dolor, debè hacerse con la menor molestia posible; y asi debe procederse en todos los demas casos, esforzándonos siempre en obrar del modo mas conveniente. (I) Elogiaré sobre todo al médico que sepa conducirse con destreza superior á la de todos los demas, en las enfermedades agudas, tan funestas al género humano, como son las que los antiguos conocieron con el nombre de plenresia, pulmonía, phrenitis, letargo, causus y otras afecciones analogas (II), en que la fiebre es generalmente continua. Cuando no reina epidémicamente una enfermedad pestilencial, sino que

basta para manifestar cual espesa mejor el verdadero testo de Hipócrates, porque la segunda no ofrece dificultad. Los Cnidianos buscaban las diferencias que presentan los casos de una misma dolencia; y, en hallándola, hacian de ella una especie, y la daban un nombre. Impugnando Hipócrates el principio de este método, cuyo valor he analizado en el Comento, pudo añadir (y sin dificultad se concibe) que siguiendo todas las variedades de los casos, no sería posible calcular las especies. Este sentido es en el que dice Galeno comentando este pasaje; «Los Cnidianos consideraban las variedades de los síntomas modificados por muchas causas, pero no tenian en cuenta la semejanza de las diatesis á que Hipócrates atendia.» He aqui demostrado el fundamento de mi correccion, con arreglo al manuserito n.º 36.

(I) Bonafon traduce esta última frase diciendo: *debemos siempre intentar lo mas perfecto, sea la que fuere la parte de Medicina que abrazemos, sin atenernos servilmente á métodos particulares.* Solamente cito esta version con el objeto de dar mayor claridad al testo; no porque haya diferencia alguna en el sentido.

(II) El autor dice aqui.... y otras enfermedades análogas que de estas dependen: Vander-Linden pone... *his hæerere*; que las acompañan: Calve dice... *his similia*; y nuestros Valles.... *et alii morbi his proximi sunt.* La traduccion de estos últimos me pareció mas exacta, segun lo que el texto arroja de si, y por esto la he preferido en mi version.

las afecciones que se presentan son esporádicas y comunes, (III) muere entonces mayor número de personas á efecto de las agudas, que por causa de todas las demas reunidas. El vulgo no distingue en verdad los médicos que son mas hábiles en juzgar acerca de estas afecciones (b), y se halla mas bien dispuesto á elogiar ó vituperar las medicaciones extraordinarias. Lo que prueba aun de un modo mas claro que el tratamiento de dichas enfermedades es el que el vulgo puede apreciar menos, es que los que no son médicos lo parecen justamente en lo que á ellas respecta: pues, en efecto, es cosa bien fácil aprender los nombres de las sustancias que se acostumbra á usar en tales casos. Basta nombrar el cocimiento de cebada, el vino tal ó cual, y el hidromel; y el vulgo que observa que todos los médicos prescriben estas cosas, opina que lo mismo lo hacen los buenos que los malos, y se engaña; porque en esto hay entre ellos grandes diferencias.

3 Lo que sobre todo me parece digno de consignarse por escrito son las nociones que no se enseñan al médico, á pesar de la importancia que para él tienen, y las prácticas que producen grande utilidad ó graves perjuicios. Una de ellas es, por ejemplo, el que unos administran, en las enfermedades agudas, el cocimiento de cebada con el grano entero creyendo obrar cual convieae, y que otros, por el contrario, cuiden mucho

III. Las ediciones citadas ponen *non similes*, como significando la idea opuesta á la uniformidad de caracteres de las enfermedades epidémicas; y nuestro autor, siguiendo á Galeno, adopta la espresion, mas clara en mi juicio, de *semejantes á las afecciones que suelen reinar*, quitando la negativa del testo, lo cual he traducido reasumiendo la espresion en la voz *comunes*.

(b) Esta frase tan sencilla al parecer, presenta dificultades positivas, pues sucede que casi todos los traductores la interpretan de diverso modo: voy á ver si puedo determinar el verdadero sentido entre todos los que estos nos ofrecen; y en cuanto á las variantes, la misma discusion manifestará que no tienen valor alguno, y que el testo se halla intacto. Establezcamos ante todas cosas, por el conteso mismo, la significacion del razonamiento de Hipócrates: en su concepto, no sabe el vulgo distinguir los médicos buenos de los malos en el tratamiento de las enfermedades agudas: observa que los unos y los otros prescriben en tales ocasiones la tisana de cebada el vino, ó el hidromel; juzga que la practica de todos es la misma; y como la diferencia que entre ellos existe casi no aparece sino en este particular, no teniendo ningun medio de juzgar bajo tal concepto, coloca á todos los médicos en igual clase para el tratamiento de las enfermedades agudas. Pues ahora bien, ó Hipócrates quiso decir que el vulgo vitupera ó elogia mas el tratamiento



de evitar que el enfermo tome grano alguno creyendo que ha de hacerle mucho mal, no administrando el cocimiento sino después de bien colado; otros, en fin, no quieren usarle ni colado ni sin colar; éstos no le aconsejan hasta después de pasado el último día, y aquéllos hasta la época en que aparece la crisis. Los médicos no están acostumbrados á discutir estas cuestiones; y aunque lo hiciesen, tal vez no podrían resolverlas. Es to, sin embargo, hace que el vulgo forme de la medicina un juicio tan desventajoso, que llega á imaginar que no existe realmente; porque, en las enfermedades agudas, difieren tanto los prácticos, que reputan unos por malo lo que por otros fue aconsejado como útil y provechoso. Comparo á la medicina, bajo este concepto, con el arte de los agoreros, en que unos tienen por bueno el vuelo de un pájaro si se dirige á la izquierda, ó por malo si se inclina á la derecha, y deducen igualmente consecuencias diversas de la inspección de las entrañas según los diferentes casos, y mientras otros opinan con las mismas cosas de un modo diametralmente opuesto. Estoy convencido de que la cuestión que acabo de suscitar es magnífica, y conecionada con todos y los mas importantes puntos del arte, por su influencia en el establecimiento de los enfermos, en la conservacion de la salud de las personas sanas, para el desarrollo de fuerzas en los sujetos dedicados á la gimnasia, y para todo en una palabra.

de las enfermedades que no son agudas, ó quiso espresar que se porta así con los métodos *singulares y extraordinarios*, según los textos. Prescindamos del sentido de Hipócrates, y veamos la opinion de los siguientes traductores: Copo ha dicho, *ita modo has modo illas curationis formas aut laudant aut vituperant; aliaque auxilia magis laudant et vituperant*; Valles en su comentario, pag. 12., *aliarumque magis curationum laudatores existunt, hoc est, quibus laudat vituperatque quam lubet curationem, nequaquam dignoscens bonam et malam; Dureto, eo que fit ut sine iudicio alia probent remedia, alia criminantur*. Foesio y Grimm dicen casi lo mismo, aunque de una manera no muy clara. Se ve pues que las traducciones nos presentan un vacío, no habiéndose atrevido sus autores á separarse del texto literal ni á optar entre los sentidos que este sugiere, y dejando al lector el trabajo de tener que estudiar la verdadera significacion. Es preciso, pues, decidirse entre los dos sentidos espuestos anteriormente. Yo creo que el segundo es el aceptable, y así es como le ha entendido tambien Gardell, que á mi entender es el único que ha comprendido la frase, el cual dice, este (el vulgo) *se complace en elogiar ó vituperar las curaciones extraordinarias*. Dos motivos tengo para inclinarme á esta interpretacion: la primera es la verosimilitud intrínseca de la idea emitida aquí por Hipócrates, pues, á la verdad, no puede concebirse como habria este de haber dicho que el vulgo alaba ó critica con preferencia el tratamiento de las enfermedades que no

14. Detengámonos pues en la consideracion del cocimiento de cebada que, entre las sustancias alimenticias sacadas del reino vegetal, me parece haber sido elegida con razon, en el tratamiento de las enfermedades agudas. Alabo mucho á los que hicieron de ella esta preferencia, porque el mucilago que contiene es atemperante, homogéneo, agradable y lubricante; abunda en humedad, apaga la sed, facilita las evacuaciones alvinas, si es que lo necesitan, ni tiene propiedad alguna astringente, ni causa alteracion en la digestion, ni se hincha en el vientre, pues en el acto de la decoccion se entumece todo lo que naturalmente puede. Esto sentado, veamos ahora las reglas que debe el médico seguir con respecto á aquellos pacientes cuya enfermedad no sea tan grave que les impida tomar el cocimiento de dicha sustancia sin colar: no deben, por decirlo asi, pasar un dia entero sin tomarle, y le usarán sin interrupcion, á menos que el uso de alguna purga obligue á suspenderle por algun tiempo. Los que acostumbra á hacer dos comidas al dia, le tomarán igual número de veces; mas los que se hallan habituados á no hacer mas que una comida, deberán tomarle una sola vez á los principios, aumentando despues progresivamente la cantidad, si el caso lo permite, y dándosele tambien dos veces, segun la necesidad que de ello haya. En cuanto á porcion de tisana que debe administrarse, uebe tenerse entendido que ni debe ser copiosa ni muy escasa;

son agudas, no viendo razon que á esto le mueva. Mas se comprende facilmente que Hipócrates dijese que el vulgo elogia ó vitupera, sobre todo, los métodos extraordinarios, porque, en efecto, el vulgo se halla siempre inclinado á obrar de tal modo. Mi primera razon es esta: la segunda se halla en el segundo Comentario de Galeno, aunque parece á primera vista que está en oposicion con el parecer de Gardel. Si se lee el texto de Galeno, t. 5.º p. 59. Ed. Bas, se verá que quiere decir; Hipócrates dice que el vulgo no distingue los métodos convenientes y plausibles, sino que distingue mas los otros; de modo que elogia y critica sin razon. «Aquino podria esta expresion... *los otros*, significar otra cosa que los métodos diferentes de los oportunos y plausibles, es decir, los malos; y si el vulgo supiese distinguir los métodos malos, implícitamente se admitia que tambien sabria hacerlo con los buenos. Pero Galeno no pudo decir esto, porque espresaria lo contrario que Hipócrates; y salvando un error que debe haber en una palabra del texto, debe decir este de la manera que sigue: «Hipócrates dice que el vulgo no sabe distinguir los tratamientos convenientes y dignos de ser aprobados, sino que mas bien sabe distinguir los extraordinarios, de modo que ni elogia ni vitupera con fundamento.»

\* Bonafon traduce este párrafo del modo siguiente: «No siendo por lo comun el pueblo capaz de distinguir un médico bueno de otro ignorante, aprueba ó condena por capricho las curaciones que ve ejecutar.»

y deberá proporcionarse á la cantidad de alimentos que el enfermo acostumbra á tomar. A fin de evitar una gran deplecion de los vasos cuando se trate de aumentar aquella, deberá procederse con arreglo á las siguientes observaciones: si la enfermedad presenta un caracter decidido de sequedad, no deberá permitirse aumento en la cantidad de tisana; y antes de administrarla, se deberá usar el hidromel, el vino, ó lo que convenga: ya esplicaré lo que conviene segun los casos particulares. Mas si, por el contrario, la boca está húmeda, y la expectoracion es como debe, se puede establecer por punto general que debe aumentarse la cantidad del cocimiento; porque un humedecimiento pronto y abundante anuncia la proximidad de las crisis, y las condiciones opuestas indican su retraso. Estas observaciones, en sí, son generaimente verdaderas; y aun quedan otras muchas, no menos importantes, que sirven de signos, y que en seguida voy á manifestar. Cuanto mas abundantes sean las evacuaciones, tanto mas es preciso aumentar la cantidad del cocimiento de cebada hasta las crisis; y será bueno continuar todavia con este régimen un par de dias despues de verificada aquella, ya parezca que la enfermedad se haya juzgado el dia quinto, el setimo ó el noveno, á fin de precaverse igualmente de las recaidas del dia par ó del impar; al cabo de los cuales se dará por la mañana la tisana, y por la tarde se la sustituirá por alimentos sólidos. Tales son las reglas que, en general, deben observarse en el régimen de las enfermedades que, desde el principio, han podido someterse al uso del cocimiento de cebada sin colar. De este modo cesan al momento espontáneamente los dolores en las afecciones pleuríticas cuando empieza á establecerse la expectoracion, por poco considerable que parezca; las evacuaciones se hacen mucho mas completas, se evita mejor que con otro régimen la formacion de los empiemas, y las crisis son mas sencillas, mas decisivas y menos espuestas á recidivas.

5 La tisana debe hacerse con la cebada de mejor calidad y lo mas bien cocida que sea posible, á no ser que el médico se proponga simplemente usar su jugo (ó crema): porque, ademas de las otras virtudes de la tisana, esta preparacion hace que los granos que se traguen no ocasionen daño; no se adhiere á ninguna parte en su tránsito, ni se detiene al pasar por los conductos que atraviesan el pecho. El cocimiento mejor preparado es el que mas facilmente se traga, el que mas bien mitiga la sed, el mas digestible y el que mas pronto cede á la accion del estómago; cuyas eualidades son las que debe tener. Pero si el médico no toma, por otra parte, todas las precauciones necesarias para que la administracion de dicha tisana llene cumplidamente su fin, se espondrá á muchos inconvenientes que traerán perjuicios á el enfermo. En efecto, cuando hay astriccion de vientre,

el uso del cocimiento de cebada, antes de la evacuacion de los materiales esccrementicios que se hallan detenidos, exasperará el dolor, si existe, ó le producirá muy luego, si no le hubiera habido; la respiracion se hará mas frecuente; lo cual es un mal, porque esta frecuencia produce sequedad en los pulmones, y fatiga en los hipocondrios, el hipogastrio y el diafragma. Ademas, si existe dolor de costado muy continuo, que no cede á las embrocaciones, y si, en vez de presentarse una buena respiracion, se hace viciosa y cruda, en tales circunstancias, si no mitiga el médico el dolor por medio de las evacuaciones alvinas ó la sangria, segun lo que parezca mas conveniente, y administra la tisana, ocasionará brevemente la muerte de los enfermos. Por estas razones, y otras todavia mas poderosas, los que de estos se someten al uso del cocimiento de cebada sin colar, sucumben al sétimo dia y aun mas pronto, acometidos unos de delirio, y sofocados otros por ortopnea y estertor. A estos enfermos aplicaban los antiguos la denominacion de *heridos de un golpe del cielo*, (*icti ó siderati*), á causa de la rapidez de su muerte, y porque, despues de verificada esta, se presentan en el costado manchas lividas como si hubieran recibido un golpe; lo cual depende de acontecer el fallecimiento antes de que la afeccion se haya resuelto. La respiracion al momento se dificulta; y haciendose esta frecuente y precipitada, toman los esputos, como anteriormente queda manifestado, una viscosidad sin coccion que impide el poder ser espelidos. Esto ocasiona su detencion en las vias aéreas, y como resultado el estertor; y llegado este caso, es la muerte generalmente inevitable; porque la expectoracion detenida impide, por una parte, penetrar el aire al interior, obligandole, por otro lado, á ser espelido hácia afuera con rapidez. De modo que el mal ayuda al mal; los esputos detenidos precipitan la respiracion, y la respiracion acelerada hace que los esputos adquieran viscosidad que sirve de obstáculo á su salida. No solo acontecen estos accidentes cuando se administra la tisana antes de tiempo, sine que aun son mayores cuando se come ó bebe cualquiera sustancia cuyo uso sea todavia menos conveniente que el espesado cocimiento.

9. Es pues necesario tomar precauciones análogas con los enfermos que se hallan sometidos á el uso del cocimiento de cebada, ya sin colar ó bien colado; pero diferentes, en algunas ocasiones, con aquellos á quienes no se administra la tisana en ninguna forma, hallándose solo al uso de bebidas. Hé aqui las reglas que en general deben observarse en tales circunstancias: Si, inmediatamente despues de haber comido y no habiendo hecho aun deposicion alguna, empieza la fiebre

con dolor ó sin él, deberá abstenerse el práctico de prescribir el cocimiento de cebada sin colar hasta que juzgue que los materiales escrementicios han bajado á la parte inferior del intestino: si experimenta el enfermo algun dolor, se le harán tomar bebidas como el oximiel, templado en el invierno y frio en el verano; y si hubiese grande alteracion, se le prescribirá el hidromel y agua. Mas adelante, si aun el dolor se hace sentir ó se presenta algun síntoma temible, se administrará la tisana, que deberá ser clara y en pequeña cantidad; y aun esto, siendo el sujeto robusto, y despues del setimo dia. (d) Por el contrario, en el caso en que, despues de haber comido el enfermo, no descienden los materiales alimenticios, se le purgará, si es jóven y de buena complexion; (IV) y si es mas débil, se le aplicará un supositorio, á no ser que el vientre se mueva espontáneamente y con abundancia. Hay al principio, y en todo el curso de la enfermedad, una época á la cual es preciso atender para administrar el cocimiento de cebada sin colar: cuando se hallan los pies frios, deberá suspenderse el uso de la tisana y sobre todo de las bebidas; pero cuando el calor baja á los pies, entonces es el tiempo de la administracion del cocimiento: debiendo estar seguros de que si la eleccion de esta oportunidad es de grande importancia en todas las enfermedades, lo es sobre todo en las agudas, y tanto mas cuanto son mas febriles y peligrosas. Resta ahora establecer algunos preceptos para el uso de la tisana colada: primeramente se la prescribe sola, para llegar despues á la tisana sin colar, teniendo mucha atencion con los signos arriba mencionados.

Por egemplo, en el dolor de costado, ya aparezca desde el principio ó bien sobrevenga despues, convendrá usar desde luego fomentaciones con el objeto de aplacarle. El mejor modo de hacerlas es con agua caliente puesta en una odre, en una vegiga, ó en una vasija metálica ó de tierra cocida, cuidando de interponer un cuerpo (d) Las ediciones ponen ademas del dia sétimo el noveno: el manuscrito 2255 suprime este último, cuya supresion habia yo atribuido á error de algun copiante: mas viendo que Galeno habla siempre, en su Comentario á este pasage, como si Hipócrates solo hubiese hecho mencion del sétimo dia, me he persuadido de que el indicado manuscrito ha conservado el testo verdadero.

(IV.) Otras ediciones ponen en vez de..... se le purgará, se le pondrá una lavativa.

blando para que su contacto no ocasione incomodidad. Tambien es bueno aplicar una esponja grande y fina, empapada en agua caliente y esprimida. De cualquiera especie de fomentacion que se use, conviene cubrirla con un lienzo, ya para que el calor se conserve por mas tiempo, como tambien con el fin de que el vapor no moleste al enfermo en el acto de la respiracion, á no ser que la inspiracion de este vapor sea conveniente, porque hay casos en que lo es. Tambien pueden aplicarse almohadillas rellenas de cebada ó algarroba hervidas en agua mezclada con vinagre en porcion mayor de la que se pondria para beber, y puede tambien usarse el salvado en la misma forma. En cuanto á las embrocaciones secas, la preferible es de sal y mijo tostados y puestos en saquillos de lana; porque este último es laxativo y emoliente; con esta fomentacion se calman los dolores, aun aquellos que se estienden hasta la clavícula, siendo asi que la sangría no es tan eficaz; á no ser que el punto doloroso se fije hácia las clavículas. Pero si las aplicaciones calientes no mitigan el dolor, es preciso no insistir por mucho tiempo en su uso, porque ocasionan el efecto de secar el pulmon y favorecer la supuracion. Cuando el dolor se manifiesta hácia la clavícula, ó se hace sentir peso en el brazo, ó al rededor de la mama, ó encima del diafragma, es preciso abrir la vena interna que se halla en el pliegue de la articulacion del codo, y hacer salir una gran cantidad de sangre, hasta que se presente este líquido mucho mas rojo, ó que, en lugar de afectar un color vivo, le ofrezca oscuro, pues ambas cosas suceden. Mas en los casos en que por el contrario se limita el dolor á las regiones sub-diafragmáticas, y no se estiende hácia las clavículas, se deben escitar evacuaciones alvinas con el eleboro negro, (*helleborus orientalis*, Linneo; *helleborus officinalis*, Salisb.), ó con el euforbio (*euphorbia peplus*, Linneo), á los cuales debe añadirse; á el eleboro negro, el dauco cretico (*athamanta cretensis* de Lin.) el *seseli* de Creta (*tordylium officinale*, Lin.) el comino (*cuminum cymilum* de Lin.), el anís (*pimpinella anisum* del mismo) ó alguna otra planta odorífera; y al euforbio, el jugo del asafetida: porque estas sustancias mezcladas entre si tienen grande analogía de acción. El eleboro produce mejores evacuaciones y mas útiles para las crisis que el euforbio; y este último, á su vez, es mas ventajoso para espeler los gases: ambos calman siempre el dolor; y aunque hay otros varios purgantes que gozan de la misma propiedad, los mas eficaces de todos son los dos que quedan mencionados. Debemos advertir que los purgantes pueden incorporarse al cocimiento de ceba-

da sin colar; mas, para hacerlo así, es preciso que no sean muy incómodos por su amargura ú otro mal gusto, por su cantidad, su color, ó, en una palabra, por otra cualidad cualquiera que repugne al enfermo. Inmediatamente despues de administrado el purgante, se dará la tisana completa, ó sin colar, casi en la misma cantidad que la acostumbrada; mas es conveniente suspender su uso mientras aquel esté obrando, Luego que su efecto ha dejado ya de sentirse, deberá el enfermo tomar una dosis del cocimiento de cebada menor que la habitualmente usada, despues de lo cual, es preciso ir progresivamente aumentando la cantidad de este, si el dolor ha desaparecido y no se presenta otra nueva contraindicacion. Estas reglas deben hacerse estensivas á los casos en que conviene el cocimiento sin colar, en los cuales deben igualmente adoptarse estos medios preparatorios, sangria y purga, de que he hablado: porque yo establezco por punto general que es mejor usar desde el principio un cocimiento, colado ó sin colar, que administrarle al cuarto, quinto, sexto ó sétimo dia despues de una dieta rigurosa, á no ser que se anticipe la crisis de la enfermedad.

8. Tales son, en mi concepto, las reglas que deben tenerse en cuenta para la administracion del cocimiento de cebada colado ó sin colar; y en cuanto á las bebidas, de que trataré, cualquiera que sea la que se use, deberán guardarse tambien estos preceptos. Yo bien sé que los médicos hacen realmente lo contrario de lo que debieran; pues se proponen estenuar al enfermo en el principio con una dieta absoluta observada por espacio de dos, tres, ó mas dias, permitiéndole despues uso de cocimientos y bebidas (IV); presumiendo tal vez, que, habiendo experimentado el cuerpo un gran trastorno, es preciso oponerle otro que le sea contrario. El producir un cambio es indudablemente no poco ventajoso; mas es preciso hacerlo de un modo seguro y oportuno, y sobre todo saber dirigir bien el plan dietetico, despues de verificado. Los que mas daño experimentarán de una mudanza intempestiva serán los enfermos que se sometan á el uso del cocimiento de cebada sin colar despues de una abstinencia completa; tambien resultarán males á los que tomen simplemente la tisana colada en las mismas circunstancias; y en fin, la sola administracion de bebidas bastará para ocasionar perjuicios; mas esta será la menos desventajosa.

IV. Aqui esta claro que con la voz *cocimientos* quiso Hipócrates expresar líquidos nutritivos, y con la de *bebidas* los de otras clases.

9. Para instruirse bien en esta materia, es necesario observar el régimen que es útil á los hombres en su estado de salud; porque, si al ó cual alimentacion ofrece grandes diferencias, aun en las personas sanas, bajo diversas circunstancias, y sobre todo por los cambios que origina, como no ha de presentarlas en las enfermedades, y con mas razon en las agudas? En el estado de salud, debe tenerse entendido, que el uso constante y regular de alimentos y bebidas de buena calidad es generalmente mas provechoso que el verificar en el régimen un cambio grande y repentino (e). En efecto, ya se halle establecida la costumbre de hacer una ó bien dos comidas al dia, los cambios repentinos ocasionan siempre incomodidades y dolores. Supongamos que un hombre, no acostumbrado á almorzar, se pone á la mesa á la hora del desayuno: al momento siente molestia, pesadez de cuerpo, flogedad y poca disposicion para el trabajo; y, si hallándose en tal estado se pone á comer, experimenta eructos agrios, y algunas veces sobreviene diarrea; porque las vias digestivas se hallan sobrecargadas de un peso extraordinario, hallándose, como se hallaban, acostumbradas á tener un largo intervalo de segura, á no recibir dos veces el peso de los alimentos, ni á emplear un doble trabajo de coccion. En este caso, para contrabalancear el cambio experimentado en el régimen alimenticio, conviene dormir acostándose despues de la comida lo mismo que por la noche (f); es decir, ponién-

(e) Las ediciones ponen el final de este párrafo diciendo, « que es menos provechoso el tránsito repentino de un *mal* régimen ó otro *mejor*. » Apoyado en la autoridad del manuscrito 2253, he variado esta version suprimiendo la idea de *mejor*. El Comentario de Galeno dice solamente que la frase de Hipócrates significa que los cambios repentinos son perjudiciales á las personas sanas, sin que se refiera á régimen *malo* ó *mejor*, cuya idea no puede en manera alguna relacionarse con el párrafo que sigue, porque ni es *mejor* ni *peor* que un sugeto se acostumbre á hacer una ó dos comidas al dia. Galeno entiende que solamente se trata aqui de mudanzas de régimen en general, y no de cambios en otros mejores, de los que Hipócrates habla mas adelante. Sin duda ha sido esta adiccion hecha por algun mal corrector.

(f) Galeno hace notar aqui que la mayor parte de los comentadores entendian que Hipócrates habia querido espresar que era preciso dormir despues de la comida del mediodia, lo que reputa por un error, manifestando que, segun el contesto del párrafo, el sueño se refiere al desayuno.



dose abrigado en el invierno, y resguardado del calor en el verano. Si no pudiera dormirse, es necesario dar un paseo largo, sin agitarse ni detenerse; no se deberá comer, y si se come, será poco y sustancias muy digestibles, ni tampoco beber, y menos agua. En tales circunstancias serán mucho mayores aun las molestias, si comiese tres veces al dia hasta la saciedad; y todavía serán mas considerables, si lo hiciese con mas frecuencia: hay sin embargo muchas personas, á quienes tres abundantes comidas diariamente no ocasionan incomodidad alguna; mas es porque se hallan habituadas á este régimen. Por otra parte, los que estan acostumbrados á hacer al dia dos comidas, si dejan de tomar el desayuno, se ponen débiles, lánguidos y poco dispuestos al trabajo; experimentan incomodidad en el estómago y tirantez en las vísceras; la orina se pone cálida y encendida, y las deposiciones toman igual aspecto; algunos tienen gusto amargo de boca; los ojos se les hundén en las órbitas; las sienes les golpean; las estremidades se les enfrian; y la mayor parte de los que omiten esta costumbre no tienen apetito á la hora de comer, y si comen, sufren peso en el estómago, y tienen el sueño mucho mas agitado que si hubieran almorzado como tenian de costumbre. Sobreveniendo, pues, tales accidentes en el mejor estado de salud, por una alteracion del régimen, en el corto tiempo de medio dia, es evidente que, en el de enfermedad, no deben hacerse, ni en mas ni en menos, los cambios que los médicos ejecutan (g). Puesto que los sujetos que dejan de almor-

- Por consiguiente, dice, una de dos: ó es necesario corregir le leccion vulgar como viciosa, ó, de admitirla, es preciso entender la frase de este modo: *dormir despues del desayuno, como se tuviese costumbre de hacer despues de la comida del mediodia, es decir, como antes de pasar la noche.* •

(g) El último miembro de este párrafo se ha entendido de diverso modo por los traductores modernos y Galeno. Los primeros han referido su sentido á *las personas sanas*, entendiendo que, en razon á lo que se acaba de manifestar, es preciso *no alterar* su régimen ni en *mas* ni en *menos*. Seguramente este sentido es el que á primera vista aparece; mas tiene el inconveniente de no ser exacto con respecto al razonamiento de Hipócrates, que en esta ocasion arguye constantemente á *fortiori*; del estado de salud al de enfermedad. Galeno refiere á los enfermos este miembro, cuyo sentido se

zar contra su costumbre, y pasan asi un dia sin tomar nada, experimentan, si comen luego como siempre, pesadez despues de haber comido, es claro que será esta mucho mayor, si, hallándose desazonados y débiles por el espresado motivo, comen mas de lo acostumbrado; y si á este esceso precediese una abstinencia todavía mas prolongada, tambien será proporcionalmente mas considerable la sensacion de peso que el estómago experimente (h). Cualquiera que se halle en el caso de ha-

halla enteramente conforme con el razonamiento de Hipócrates, y el único obstáculo que encuentra es la falta de la palabra *enfermos*; mas prueba, en su Comentario, que los comentadores antiguos lo entendian tambien con relacion al cambio en mas ó en menos que prescribian los médicos combatidos por Hipócrates.

(h) Como en este párrafo he introducido alguna variacion en el testo vulgar, cambiando de lugar un miembro de una frase y añadiendo otro completo, sin la autoridad de los manuscritos, voy á manifestar los motivos en que me he fundado. El testo vulgar dice: «*Puesto que los sugetos que dejan de almorzar, contra su costumbre, y pasan asi un dia entero sin tomar nada, experimentan, si luego comen como siempre, pesadez despues de comer, es natural que, si en tales circunstancias se hallaban desazonados y débiles, experimenten mucho mayor peso.*» Esto me parece ininteligible: porque, habiéndose dicho anteriormente que *los sugetos que omiten el desayuno contra su costumbre, si comen al mediodia, sienten peso en el estómago*, y no esponiendo al presente ninguna circunstancia nueva, parece que se hace en este párrafo una repeticion ociosa de lo que se acaba de espresar: mas, prosiguiendo un poco mas adelante, se nota, si bien se examina que tal repeticion no se hace superflua.

En efecto, la adicion que en este párrafo se hace de que..... *experimentará el estómago un peso mucho mayor*, no puede comprenderse, si las circunstancias del ejemplo propuesto por Hipócrates permanecen las mismas; y esto prueba forzosamente que aqui habia añadido Hipócrates alguna nueva condicion á su ejemplo, que ha desaparecido en el testo vulgar, habiendo dejado la frase en la obscuridad mas grande. Si consultamos la traducciones, veremos que sus autores no han podido deducir un sentido plausible de un testo que se halla completamente mutilado. Dureto dice: *Ergo si hic, qui semel, nec suo more, pastum inivit, exhausto per totum diem corpore, tantum in cæna cibi adhibeat, quantum consuevit, si cum inpransus laborabat languidusque erat, cænatus autem corporis gravitate opprimebatur, multo etiam gravius affici par est.* Yo no puedo comprender esta latin: por qué *multo gravius*? Las traducciones de Foesio, Gardeil y Grimm, no se hallan mas claras que las de Dureto. Resulta, pues, que por el estudio del testo

ber omitido el desayuno, quebrantando su costumbre, conviene que contrabalanceen este dia los efectos de tal omision, es decir, que evite el frio, el calor y el cansancio, porque todo le será dificilmente soportable: debe comer mucho menos que de ordinario, y no alimentos secos, sino sustancias húmedas; no beber líquidos acuosos, y mucho menos en mayor cantidad proporcional que los alimentos sólidos; y al siguiente dia comerá con sobriedad, á fin de volver gradualmente á su régimen ordinario. Los sujetos que tienen redundancia de bilis amarga en la parte superior de sus vias digestivas

vulgar no puede deducirse el sentido verdadero, y que esta imposibilidad ha hecho esteriles los esfuerzos de los traductores. Las variantes de los manuscritos, por otra parte, no arrojan ninguna luz sobre este particular he pesado su valor con el mayor cuidado, y no he hallado nada que pueda aclarar la alteracion del testo y el modo de corregirle. Con todo, ninguna de estas circunstancias seria bastante para abonar la licencia que me he tomado, y hubiera faltado á todas las reglas de critica que me he propuesto, si en esto solo hubiera apoyado mi temeridad: mas afortunadamente el Comentario de Galeno ha venido en mi auxilio, y su autoridad me ha puesto en estado de restaurar con una completa certeza, sino el mismo testo, al menos el sentido de este pasage. Dice este célebre Comentador: « Hé aqui lo que Hipócrates entiende: *Si el que habiendo dejado de tomar el desayuno, cenando despues menos de lo acostumbrado, experimenta pesadez durante la noche, el que cene mas de la ordinario sufrirá mucho mayor peso.* »

Este Comentario tiene tanta precision que nada deja que desear, quedando ya aclarado el pasage á que nos referimos. Examinemos pues ahora el testo vulgar, con el auxilio de esta aclaracion. Tan luego como me enteré de ella, no tardó en ocurrirme lo que ya antes habia sospechado, que es la dislocacion de la frase *si comen mas de lo acostumbrado*. En efecto, Hipócrates dijo unas líneas mas arriba, que aquellos que dejan de almorzar segun costumbre, *experimentan, si comen luego, peso el estómago*; y al presente dice; *puesto que los sujetos que dejan de almorzar, contra su costumbre, experimentan, si luego comen como siempre, pesadez despues de haber comido*, volviendo á tomar su ejemplo para ir mas adelante y estender mas allá los resultados de su comparacion. Esto resalta á primera vista; y siendo, por otra parte, cierto el comentario de Galeno, é incierto el testo vulgar del pasage que discutimos, la regla de critica exige aqui que el testo se acomode al comentario: con lo cual queda justificada la variacion que hecho, en virtud de esta necesaria conformidad, con la menor modificacion posible del testo, tal como nos ha sido remitido por los copiantes de los manuscritos, asi como tambien la adicion de las palabras que en el fal-

toleran estas irregularidades con mucho mayor trabajo; al contrario de lo que sucede á aquellos en quienes la pituita es la preponderante, que en general soportan mejor la abstinencia, de modo que sin una gran molestia quebrantan la costumbre de almorzar. En resumen, todo esto prueba suficientemente que los grandes cambios en lo relativo á la naturaleza y constitucion de nuestro cuerpo son las causas morbificas mas activas; y con mucha mas razon debemos de abstenernos, en las enfermedades, tanto de una rigorosa dieta fuera de tiempo, como de la administracion de sustancias alimenticias durante el estado de agudeza ó inflamacion: no conviene hacer, en una palabra, cambio alguno repentino y completo, ni en uno ni en otro séntido.

10. Aun podrian citarse otras muchas observaciones análogas, relativas á los órganos digestivos, como la de que algunos soportan bien el uso de alimentos y bebidas que no son de muy buena calidad, pero á las cuales estan acostumbrados, y que no toleran otros el de sustancias á que no se hallan habituados, aunque su calidad no sea mala. Si tratásemos de los malos efectos que ocasionan las infracciones del régimen alimenticio establecido, como el abuso de la carne, el

tan, correspondientes á la frase de Galeno.... *el que cene mas de lo ordinario.*

Mr. Littré espone luego otras variaciones que en el testo griego ha introducido, conforme tambien con el comentario de Galeno, y concluye esta nota diciendo; Habiendo reformado, por último, segun el comentario de Galeno, un testo ininteligible, estoy seguro de presentar aqui al lector el pensamiento de Hipócrates, si no con sus mismas palabras; y creo que vale algo el poder restituir con certeza el sentido de un pasaje, cuya primitiva redaccion no tiene la crítica medio alguno de poder hallar. (\*)

(\*) En honor de nuestro célebre Valles debo consignar aqui, que al llegar este insigne médico español al pasaje de la aclaracion de Mr. Littré, en la pág. 69 de su obra *Commentaria in librum Hipp. de victus ratione*, dice á propósito de la frase *multo magis gravari*: «*Videntur hic deesse vocula aliquot ad perfectam orationem; mihi videtur supplendum, si cœnarit lautius.*» Quede pues sabido que ya este célebre comentador espuso en su tiempo el vacío que Mr. Littré ha reparado, dejando tambien indicado el mismo modo de suplirle de que este se ha valido.

(Nota del Editor.)

de los ajos, del tallo y jugo del asafetida (V), ó de otras sustancias de la misma naturaleza, que se hallan dotadas de propiedades activas, nos causaria menos estrañeza el que, mas bien que otra cosa, resultasen de su uso grandes perjuicios para los órganos digestivos. Observemos las alteraciones que produce la masa de harina de cebada, como plenitud, desarrollo de gases, y retortijones de vientre, en aquellos que no se hallan acostumbrados á su uso, y cuanto peso y tension en el estómago ocasiona el pan en los sugetos que le comen, hallándose habituados á la masa de cebada. El pan mismo, si se come caliente, causa sed y un empacho repentino, por efecto de sus cualidades desecantes y la dificultad con que atraviesa las vias digestivas; y son diversos tambien los resultados, si, faltando á la costumbre, se come pan de harina bien ó mal molida, masa de cebada seca, húmeda ó viscosa, reciente ó añeja, ó cuando se cambia repentinamente el uso de beber vino ó agua, y aun el de beber vino mezclado con agua, ó vino puro. Estos cambios producen necesariamente, ó abundancia de humores en las partes superiores de las cavidades digestivas y gases en las inferiores, ó latidos de las venas, pesadez de cabeza y sed. Bastaria el simple cambio de un vino blanco por otro tinto, ó vice versa, aunque fueran ambos igualmente fuertes, para ocasionar grandes trastornos en la economia; y con mucha mas razon no debe admirarnos que la mudanza de un vino flojo en otro fuerte, ó de uno fuerte en otro debil, dé lugar á semejantes resultados.

11. Confesemos ahora, sin embargo, que debe decirse en favor del razonamiento de mis adversarios, que se ha verificado el cambio de régimen, en los casos que acabo de esponer, sin que el cuerpo,

(V) Las ediciones ponen *silphium*, voz anticuada que se usaba por algunos, en tiempos remotos, para significar el tallo del *Laserpitio*, asi como á su raíz dieron el nombre de *Magydaris* y á las hojas el de *Maspeton*, segun dice Dioscorides. El Doctor Laguna, que tradujo esta obra en el año 1570, dice en una, nota pág. 326, que los árabes llamaron á esta planta *Anividen*, y al *Laser*, que es su licor, *assa*, que dividieron en dos especies, una olorosa y otra hedionda, por imitar á Dioscorides, que tambien lo hizo asi, llamando al mejor *cyrenaieo*, por venir de Cyrene, y al peor *medico* y *siriaco*, porque procedia de Media y de Siria. Laguna creyó que el primero era el benjui, y el segundo el asafetida

en cuanto á su fuerza ó debilidad, presentase alteracion notable que fuese preciso remediar con el aumento ó disminucion de sustancias alimenticias; es cierto: mas con todo, siempre que sea necesario establecer un cambio de esta clase, debe tenerse muy presente el estado de las fuerzas del enfermo, el carácter del mal, la constitucion y el régimen habitual, no solo en lo relativo á los alimentos sino tambien en cuanto á las bebidas. Debemos, no obstante, hallarnos siempre mas dispuestos á disminuir que á aumentar la cantidad de estos, pues aun la dieta absoluta es de la mayor utilidad, en los casos en que se halle el enfermo en disposicion de sostenerse hasta la época en que, llegada la enfermedad á su máximo, haya sufrido la coccion: ya espondré las circunstancias en que deberá seguirse esta regla. Aun podrían citarse otros muchos ejemplos tomados del estado de salud, y aplicables á mi objeto por analogía; mas hé aqui una prueba de mayor valor, puesto que, en vez de aplicarse por analogía á la cuestion de que me ocupo, es argumento directo y decisivo, por ser ella misma el sugeto de la controversia. Al principio de las enfermedades agudas, sucede que algunos toman alimentos el mismo dia en que la afeccion ha comenzado; otros al dia siguiente; estos comen lo primero que les presentan, y aun toman, en fin, el cyceon mismo (*preparacion de consistencia de papilla, hecha comunmente con vino, harina de cebada tostada, miel y leche cuajada*). Cualquier otro régimen hubiera sido mejor que este: mas con todo, menos daños resultarían de un exceso cometido á esta época de la enfermedad, que si, despues de haber sufrido una rigorosa abstinencia por espacio de los dos ó tres primeros dias, empezasen á tomar alimentos al cuarto, y aun al quinto; y los perjuicios serían todavía mucho mayores, si, habiéndose prolongado la abstinencia hasta el cuarto ó quinto dia, empezasen á comer en seguida, antes de que terminase la coccion de la enfermedad. Seguramente, tales errores en el regimen ocasionan la muerte á la mayor parte de los enfermos, á no ser en los casos en que la afeccion es muy benigna; pero las faltas en el principio no son tan irremediables, sino que se remedian, por el contrario, con mayor facilidad. Lo que acabo de esponer es, pues, á mi modo de pensar, la prueba mas convincente de que no debe privarse, al principio, de tal ó cual sustancia alimenticia á los enfermos que deben usarlas muy pronto; y arguye una crasa ignorancia, por una parte, en los médicos que prescriben la *tisana entera*, sin saber los perniciosos efectos de su uso inmediatamente despues de una completa abstinencia de dos,

trés ó mas dias, y por otro lado, en los que ordenan el *jugo de tisana* (ó *crema*), sin saber tampoco los males que reporta su uso tomándola sin discrecion. Lo que saben (y procuran tambien evitar) es que se causan graves accidentes, si, antes de la crisis de la enfermedad, se administra la tisana entera á los enfermos sometidos hasta entones, con razon, al uso del *jugo de cebada*. Todo esto prueba claramente que los médicos no dirigen con acierto el régimen de los enfermos: en las afecciones en que no es preciso someterles á una dieta absoluta, porque han de empezar muy pronto á tomar *tisana*, los ponen á una abstinencia completa; y en las dolencias en que no conviene pasar de esta privacion al uso de las *tisanas*, aconsejan este cambio; y cabalmente suelen hacerlo, el mayor número de veces, en la época en que convendría suspender el uso de la tisana, si la estuvieran tomando, como por ejemplo, en los casos en que acontece una exacerbacion del mal. Algunas veces este error es causa de que se arrebaten los humores biliosos crudos á la cabeza y á las regiones del pecho; se apoderan de los enfermos insomnies que perturban la coccion de la dolencia; se ponen los pacientes tristes é irritables, les acomete el delirio, sus ojos se ponen brillantes, les zumban los oídos, las estremidades se les enfrian, la orina se presenta cruda, los espantos sin consistencia, salados, y levemente teñidos de un color sin mezcla; se empapa el cuello de sudor; la agitacion es estremada; la respiracion, embarazada en la espiracion, se hace frecuente ó muy grande; un siniestro fruncimiento aproxima sus cejas; sobrevienen desmayos funestos; levanta el enfermo las cubiertas de la cama que le pesan sobre el pecho, sus manos se ponen temblonas, y á veces se pone agitado el labio inferior con movimientos convulsivos. Todos estos sintomas, presentados en el crecimiento de las enfermedades, indican un delirio violento que termina casi siempre con la muerte; y los pacientes que sobreviven, deben tan feliz desenlace al saludable efecto de un absceso, de una hemorragia nasal, ó de una expectoracion de pus espeso, sin que haya para ellos otro medio de salvacion. No veo que los médicos tengan la sagacidad suficiente para distinguir en las enfermedades, las diversas especies de debilidad, segun que procedan de inanicion de los vasos ó de alguna irritacion debilitante, de algun dolor ó de la agudeza del mal, ó bien de las afecciones y diversas formas que producen en cada uno de nosotros un temperamento y constitucion particular; y, sin embargo, la ignorancia ó conocimiento de todas estas cosas, redundan en la muerte ó salud de los enfermos. Induda-

blemente, en los casos en que la debilidad es el resultado del dolor y de la agudeza de la afeccion, se ocasiona el mayor daño haciendo tomar bebidas en abundancia, tisana, ó alimentos, en concepto de que es aquella producto de la vacuidad de los vasos; pero tambien es vergonzoso no conocer que un enfermo está débil por inanicion, y agravar su estado con la dieta. Este error es peligroso, si bien no de tanta trascendencia como el anterior, pero es mas ridículo: pues en efecto, si llega otro médico, ó cualquier extraño á la ciencia, y enterado de lo que sucede le aconseja que coma y beba lo que su médico le habia prohibido, le producirá un alivio manifiesto. Semejantes casos son los que acarrear á los prácticos la crítica del vulgo; porque parece que los consejos de aquellos son los que han dado la vida al enfermo. En otro lugar espondré los signos, por los cuales deben distinguirse estas diversas circunstancias.

12. Al tenor de los ejemplos espuestos relativamente á los órganos digestivos, pueden citarse los siguientes: si se reposa mucho mas de lo acostumbrado, no se aumentarán las fuerzas; y si, después de haber tenido prolongado descanso, entra el cuerpo repentinamente en ejercicio, se cometerá un error palpable. Con cada una de las partes del cuerpo sucede otro tanto: seria, en realidad, una falta de régimen, hacer que los pies ú otros miembros acostumbrados á la inacion, entrasen de repente en ejercicio; y lo mismo sucede respecto á los dientes, los ojos, y á todo el cuerpo, en una palabra. Una cama mas blanda ó mas dura que lo acostumbrado causa mal estar; y si se duerme al raso, sin estar habituado á ello, se pone el cuerpo rígido. Convendrá que citemos algunos ejemplos: supongamos un hombre que tenga en una pierna una herida ni muy grave, ni tampoco muy sencilla, y cuya constitucion ademas, ni favorezca ni ponga obstáculo á la cicatrizacion: si desde el primer dia se pone en cama y se cuida, y no mueve la pierna, estará mas exento de inflamacion y se curará mucho mas pronto que si hubiera hecho el mas pequeño ejercicio; pero si al contrario, se empeña en levantarse y empieza á andar al quinto ó sexto dia, y aun mas adelante, experimentará mayores daños que si hubiera andado algo en todo el curso de la curacion: y por último, si, en cualquiera de los dias indicados, hace un grande ejercicio, sufrirá mucho mas que si, en el mismo caso, hubiera estado andando en todo el tiempo de la asistencia. El conjunto de estos ejemplos contribuye unánimemente á probar que todo cambio repentino, en mas ó en menos, separado de la costumbre establecida, es perjudi-



cial: que así como, en el cuerpo entero, el tránsito repentino de un reposo absoluto á un ejercicio excesivo es mucho mas dañoso que el cambio contrario, del mismo modo, en los órganos digestivos, se ocasionarán padecimientos mucho mayores tomando una cantidad considerable de alimentos despues de una prolongada abstinencia, que pasando de una abundante alimentacion á la dieta (i). Si en el cambio

(i) Habiendo cambiado la puntuacion de esta frase y al mismo tiempo el sentido, me hallo en el caso de tener que dar al lector satisfaccion cumplida de ello. El testo vulgar se halla en la misma forma que las traducciones que de él se han sacado, y es como sigue: Foesio; *varia itaque in ventre est læsio, ubi ex multa vasorum inanitione plus justo de repente cibus ingeritur. Quin et reliquum corpus si ex longa quiete subito ad majorem laborem se verterit, multo magis lædetur quam si ex multo cibo ad vasorum inanitionem commutetur*; Dureto, en la traduccion publicada por Girardet, y revisada por Güoz, sigue la misma marcha; *at infirmitis partibus major est noxa, quæ alvo inferitur, si à diuturna vacuatione repente plus cibi adjungatur. Quin etiam in universo corpore, si ex diuturno otio repente quis ad vehementiorem laborem esse converterit, ea multo gravioribus damnis augebit mutatio, quam si à liberaliore victu ad inediam esse converterit*. Grimm, en su apreciada traduccion inglesa, y Gardeil en la francesa, no difieren de las latinas. Todas estas traducciones se hallan acordes, y á sus autores no ha ocurrido que el testo, tal como le tenian á la vista, presenta una dificultad. No han reparado que era imposible que Hipócrates dijese que sufre mas el cuerpo si se pasa del reposo á la actividad que si de una alimentacion abundante se pasa á la abstinencia, no habiendo ninguna paridad entre estos dos términos de comparacion que los traductores establecen. El comentario de Galeno debia de haberles puesto en claro este pasage, leyéndose en él del modo que sigue: «Hipócrates asegura que será mucho mas grave el daño en el cambio de régimen alimenticio cuando de una completa abstinencia se pasa á una necesaria alimentacion, que cuando es en sentido contrario.» Galeno entiende (segun resulta de su cita) que el final de la frase en cuestion *quam si ex multo cibo ad vasorum inanitionem commutetur* (Foesio) se refiere, como término de comparacion, no á todo el cuerpo, sino á los órganos de la digestion; y que forma un miembro de la frase correspondiente á *ubi ex multa vasorum inanitione plus justo de repente cibus ingeritur*; y en efecto, basta leer el testo con detencion para convencerse de ello. La construccion, y el sentido sobre todo, lo indican de un modo manifesto. Por lo demas, Galeno entendió tambien del mismo modo este pasage, añadiendo á lo que dejo espuesto anteriormente; «Hipócrates intercaló una comparacion con lo que experimenta el cuerpo entero; porque padece ménos

de una alimentacion copiosa á la abstinencia es preciso dar reposo al cuerpo, tambien debe dejarse en quietud el vientre cuando se reemplaza la grande actividad corporal por el descanso y la indolencia, lo que equivale á decir que debe disminuirse la cantidad de alimentos; de lo contrario, resultarán molestias y pesadez general de todo el cuerpo (j).

»cuando repentinamente pasa del movimiento al reposo, que cuando el «cambio es el opuesto.» Asi que, la construccion gramatical, el orden del raciocinio, la esplicacion de Galeno, y la falta de sentido en que los traductores incurrer, todo exige cambiar la puntuacion de este pasaje del modo que lo he verificado (\*).

(\*) Debo advertir que nuestro Valles, en su comentario, pág 100, espone esta correccion, arreglando el párrafo del modo siguiente: *Sed et secundum et reliquum corpus si ex multo otio repente in multum laborem veniat, multo plus lædit quam si ex multa defatigatione repente in otium incidat; atque si, ex vasorum inanitione in multum cibum, quam si ex multa exhibitione in multam vasorum inanitionem mutatio fiat.*

(j) Presentase aqui otro pasaje que los traductores han comprendido mal á causa de un error en la puntuacion, y tendremos ocasion, al mismo tiempo, de corregir una falta de los copiantes que hacen el testo del comentario de Galeno completamente oscuro. Foesio dice: his sane toto corpore quiescere convenit, atque si ex multa defatigatione de repente ad otium et ignaviam decidat. His quoque ventrem á ciborum copia quiescere oportet. En esta traduccion se hace decir á Hipócrates, que es preciso *descansar* cuando se pasa del *ejercicio al reposo*; y ciertamente Hipócrates no pudo decir semejante simpleza. Dureto, siguiendo la misma puntuacion, ha procurado salvar tal falta de sentido, poniendo de la manera que sigue: est igitur necesse quorum corpus omnino quiescere in otioque et umbra vivere oportet, quamvis multo fractum labore, ad otium et ad ignaviam transferatur. Quin etiam et iis qui abstinentia cibi suum defraudaverunt genium, alvum cessare oportet cibi copia. Se ve que Dureto no ha sido mas feliz que el anterior. Grimm tampoco acertó el verdadero sentido; y Gardeil ha traducido este pasaje de modo que no guarda relacion con el original: «Ilic certe, dice Mack t. 2.º p. III, locus adeo obscurus apparet ut multis ausam dederit litteram immutandi.» El sentido verdadero de este pasaje tan difícil, puesto que no ha sido comprendido por tantos hombres hábiles, es que debó *descansarse* cuando se pasa de una alimentacion copiosa á la dieta, y que debe establecerse la abstinencia, cuando se cambia

13. Me he ocupado con toda detencion de los cambios del régimen en uno y otro sentido; y si tal conocimiento es de la mayor utilidad general, no es menos importante á nuestro objeto presente, cual es el paso de la abstinencia al uso de la tisana entera en las enfermedades agudas. Es preciso, en efecto, hacer este tránsito del modo que dejo manifestado, y cuidar ademas de no usar las tisanas antes de la coccion de la enfermedad, ó mientras aparezca algun signo de evacuacion ó de irritacion en los intestinos ó los hipocondrios, cuyos signos describiré (V). Una vigilia prolongada dificulta la digestion de

una grande actividad corporal en inaccion. En una palabra, quiso Hipócrates decir que, cuando se come poco se debe trabajar poco, y que cuando se trabaja menos, se debe tambien comer menos. Esto es indudable, segun se deduce del contesto: es preciso, pues, hacer en la puntuacion las variaciones que yo me he permitido: la construccion gramatical lo exige tambien, y si se quiere una prueba mayor, añadiré que Galeno entendió este pasage del mismo modo que yo le acabo de esplicar, si bien el yerro de un copiante ha hecho que no se entienda su contenido, dando lugar á que los traductores posteriores hayan tropezado todos en este escollo.

Mr. Littré espone en seguida de un modo incontestable las razones en que funda el restablecimiento del testo de Galeno, y le presenta en conclusion, del modo que sigue: «Los que pasan á la abstinencia, quiere Hipócrates que renuncien al ejercicio y el movimiento, es decir, que pongan su cuerpo en reposo, lo cual se halla conforme con el aforismo en que dice que *cuando hay hambre no debe trabajarse*; y á los que pasan de una grande actividad corporal á una completa inaccion, aconseja que coman menos.» Restablecido de este modo el testo de Galeno, continúa el autor, se ve que, en su juicio, quiso Hipócrates manifestar que es preciso trabajar poco cuando se come poco, y comer menos cuando se trabaja menos.

(V) El autor pone aqui... *algun signo de vacuidad ó de irritacion debilitante*, en vez de *evacuacion ó de irritacion*; más, sin embargo, creo deber traducir del modo que dejo espuesto, porque el sentido presenta mayor claridad de esta manera, hallándose conforme con las demas ediciones y con la esplicacion que de esa frase da nuestro Valles en su comentario, en el cual manifiesta que esta voz *evacuacion* se refiere á las excreciones críticas que vienen despues de cocida la enfermedad, y la *irritacion* á los signos decretorios, como la que antecede en los intestinos á las deyecciones; lo cual se halla en armonía con la idea de coccion que inmediatamente precede. M. Littré no espresa, en sus variantes, el motivo de esta mudanza, y por esto me he tomado la libertad de traducir del modo que he creído más conveniente.

las bebidas y los alimentos; por otro lado, el sueño excesivo relaja el cuerpo, le debilita, y produce dolor de cabeza (1).

14. El vino dulce, el espirituoso, el blanco, el tinto, el hidromiel, el agua y el oximiel, son sustancias empleadas en las afecciones agudas; voy á manifiestar los signos que determinan su uso. El vino dulce causa menos pesadez y embarazo de cabeza que el espirituoso, y predispone mas á las evacuaciones alvinas, pero ocasiona entumecimiento del hígado y del bazo: no es por lo tanto conveniente á los sujetos biliosos, porque les causa sed. Produce gases en la parte superior del tubo intestinal, mas no en la inferior como pudiera creerse; porque los flatos desarrollados por el vino dulce no descienden, sino que permanecen en la region de los hipocondrios. En general, es menos diuretico que el vino blanco fuerte; pero facilita mas la expectoracion. En los sujetos á quienes causa sed, es menos expectorante que otros vinos; pero lo es mas en aquellos en quienes no produce el indicado efecto. Explicado lo relativo al vino dulce, dejo ya espuesto lo que hay que decir de mas importante acerca del blanco espirituoso; pues pasando mas facilmente á la vegiga, y siendo diuretico y aper-

(1) Dice Galeno, con motivo de este pasaje sobre la vigilia, que este libro, hallado en borrador, fue publicado despues de la muerte de Hipócrates; porque no puede atribuirse á otra causa el desorden que en él se encuentra. Hipócrates escribió de antemano, en un libro, los ejemplos particulares necesarios para apoyar los principios generales en uno y otro sentido, y el que le copió no supo colocarlos en el orden conveniente. La frase sobre el insomnio no se haya puesta en su verdadero lugar; no es aqui donde deberia presentarse, sino un poco mas arriba, cuando espone los ejemplos de cambios en extremos opuestos (\*).

(\*) Nuestro Valles, en su comentario á este párrafo, empieza diciendo, que aunque parezca fuera de propósito el citar en este sitio las lesiones que una vigilia excesiva y un sueño prolongado pueden ocasionar, nada tiene de extraño, porque dijo Hipócrates, que, no solamente son nocivos los cambios repentinos en la alimentacion y las bebidas, sino que tambien en cualquier otra cosa. Que seria muy largo ocuparse de todos los pormenores de tan lata proposicion, y solo se detuvo, por lo mismo, en considerar los mas necesarios, como en los alimentos y las bebidas, la quietud y el movimiento, y al presente la vigilia y el sueño, indicando en estos tan solo los inconvenientes mas relacionados con la alimentacion.

tivo, podrá siempre ser útil en las enfermedades agudas; y si bajo otros conceptos es menos conveniente que el vino dulce, sin embargo, la evacuacion que ocasiona en la vegiga alivia al enfermo si se la facilita del modo apropiado. Estos caracteres relativos á la utilidad y desventajas del uso del vino son excelentes, y no han sido manifestados por mis antecesores. En cuanto á los vinos claros, tintos y acerbos, pueden usarse, en las enfermedades agudas, en los casos siguientes: cuando no exista pesadez de cabeza, ni perturbacion de las funciones del cerebro, ni supresion de la espectoracion ó de la orina, y las deposiciones ventrales no sean demasiado fluidas ó abundantes, ni presenten el aspecto de lavaduras de carne: en tales circunstancias ú otras análogas, es en las que convendrá sobre todo usar esta clase de vinos con preferencia al blanco. Es preciso saber, por lo demas, que los vinos astringentes son tanto menos dañosos á las partes superiores y á las vias urinarias cuanto mas aguados se hallen, y tanto mas provechosos á los intestinos cuanto mas puros se encuentren.

15. El hydromel (ó aguamiel) usado durante todo el curso de las enfermedades agudas, es, en general, menos útil en las afecciones biliosas y en las que presentan infartos inflamatorios de las vísceras, que en las de otra naturaleza (VI). Es menos escitante que

el (VI). Las ediciones comunes no ponen aqui *infartos inflamatorios*, sino *infartos* simplemente. Nuestro autor se apoya para esto en la autoridad de Galeno, del que dice en una nota; «que con razon, á su juicio, explica en su comentario que la indicada voz corresponde á las ingurgitaciones inflamatorias, y no á las crónicas, puesto que Hipócrates se ocupa solo en este libro de las enfermedades agudas.» Nuestro Valles, en su comentario hace tambien mención de este juicio de Galeno, y expresa que no se halla con él conforme en creer que se refiera la frase... *por todo el curso de las enfermedades agudas* á aquellas de duracion tan corta, que puedan pasar con solo el uso de dicha sustancia, sino que opina que debe entenderse como queriendo significar, que en cualquiera época de las dolencias de tal género es inútil, porque la miel, no solo mezclada con agua sino entrando en la composicion de pociones, es mala para la bilis; por cuya razon, agrega, en tales apozemas prefiero yo los ácidos ó los amargos. Manifiesta la opinion de Galeno con respecto al *infarto de las vísceras*, y dice, que por su parte, tampoco administraría el agua-miel en las obstrucciones ó escirros que las afectan, porque si con el uso de las sustancias dulces se entumece el higado, menos podrá suponerse que sean capaces de desincharle,

el vino dulce, por lo mismo que reblandece los conductos respiratorios, y que activa suavemente la expectoracion y calma la tos; y aunque es cierto que se halla dotado de una cualidad detersiva, es con todo tan debil, que deja espesar los esputos mas de lo necesario (m). estando ya infartado, y concluye con decir; que si bien es verdad que el uso del hydromel no es tan perjudicial en las obstrucciones como en las inflamaciones, no le cree útil, con todo, para ningun género de infartos.

(m) Este pasage es muy difícil; y se hallan de él tres diversas interpretaciones: la primera es de la mayor parte de los traductores que, reproduciendo literalmente el texto griego, no presentan sentido alguno determinado: la segunda es la suministrada por el manuscrito 2255, muy ingeniosa, pero que ofrece aun grande dificultad; y la tercera es de Galeno, que, siendo forzada, ofrece campo á fundadas impugnaciones. Copo traduce: *quippe quæ abstergerendi facultatem sed plus viscositatis quam opportunum sibi sputo inducit*. Traducción contradictoria; porque, si el hydromel tiene una virtud detersiva, no hará los esputos mas viscosos. Foesio dice: *habet namque detergens quiddam quod plus quam par est viscidum sputum reddit*. Esta version se halla sujeta á la misma objecion que la precedente. Dureto ha puesto: *nonnulla enim vis detergerendi inest melicrato; hæc tamen aliquando efficit ut viscosius et glutinosius sputum fiat*. Günz hechó de ver el defecto de tales versiones, y propuso sustituir á la de Dureto; *quæ si modum excedit, efficit ut justo viscosius &c*; pero aunque lo literal del testo permitiese este sentido, no salvaria por eso la dificultad; porque no puede ser la propiedad detersiva la que da mayor viscosidad á los esputos. La traduccion de Crimm no es mejor que las otras. Gardeil pone: *tiene algo de detersivo que divide extraordinariamente el esputo*; cuya version es algo libre. El manuscrito 2255, presentando la sustitucion de una palabra por otra, ofrece una solucion, buena ó mala, de esta dificultad: *Porque el hydromel, dice, tiene algo de detersivo, que hace los esputos mas fluidos que no el vino acerbo*. Este sentido se halla acorde con el que antecede; porque, habiendo dicho Hipócrates que el hydromel activa suavemente la expectoracion, explica ahora esta accion, añadiendo que tal sustancia tiene algo de detersiva; y, habiéndola ya comparado al vino dulce, es natural que lo hiciese ahora con el acerbo ó astringente. Esta interpretacion es ingeniosa, pero presenta la dificultad de que es preciso entonces variar la acepcion del verbo que significa *hacer mas viscoso*, tomándole en el sentido contrario de *hacer mas fluido*, á pesar de emplear Hipócrates por varias veces aquella voz en el sentido primero. Conociendo Galeno la dificultad de esta frase, intentó resolverla diciendo; *porque el hydramel tiene*

Es tambien un excelente diuretico, á no ser que haya en las vísceras algun obstáculo que se oponga á la administracion de la miel, y produce, mas bien que el vino dulce, deposiciones biliosas, ya buenas, ó mas cargadas de bilis y espumosas que lo que es necesario; cuyo efecto se presenta particularmente cuando las afecciones son biliosas, y existe en las vísceras un infarto inflamatorio. El hydromel diluido en agua facilita mas la expectoracion y ablanda el pulmon; pero, cuando la miel prepondera, hace que las deposiciones sean mas espumosas

una virtud *detersiva*, pero en un grado tan debil, que deja frecuentemente espesarse los esputos y hacerse viscosos. En su comentario manifiesta por menor esta esplicacion, y, avaluando gramaticalmente el periodo, dice que no se espesó bien Hipócrates; que valiera mas que hubiese dicho, *el hydromel tiene algo de detersivo, que permite comunmente á los esputos tomar mayor viscosidad de la necesaria, por lo debil de aquella propiedad*. No es, en efecto, que el esputo se haga mas espeso por el hydromel, sino que esta inspissitud es la cualidad del esputo, sobre la cual nada hace el hydromel.

Como quiera que sea, es lo cierto que el pasaje en cuestion ha embarazado en todos tiempos á los comentadores. He presentado al lector dos interpretaciones plausibles, una suministrada por la variante del manuscrito 2252, y la otra debida á la esplicacion de Galeno; mas las dos adolecen de un mismo vicio, cual es el de violentar el sentido de las palabras del testo ó el de la construccion. Sin embargo, siendo cierto, como ha dicho Galeno, que *Hipócrates no se explicó bien*, es necesario optar entre dos interpretaciones que no estan libres de objeciones. En este caso, he creido mas prudente guiarme por la opinion de Galeno, habiendo ya manifestado las dudas que hay acerca de este punto (\*).

(\*) Nuestro Bonafon traduce libremente este párrafo, como todo lo demas, y dice que «el hydromel tiene una cualidad javonosa capaz de diluir mas los esputos.» Reconociendo Valles la dificultad de este pasaje, en su comentario, y discuriendo acerca de su sentido, juzga que Hipócrates quiso significar en él, que, teniendo solamente dicha sustancia la propiedad *detersiva* y no la *incidente*, no produce una fuerte accion espultriz, sino una mediana. El hydromel espele con suavidad el humor, en ocasion en que no está espeso; pero, cuando es necesario producir una accion *incidente*, no hace mas que limpiar ó deterger, y en el esputo separado ocasiona mayor inspissitud: (tal vez porque, no dando á los tejidos la fuerza suficiente para espelerle, le deja sujeto á la condensacion que experimentan todos los humores detenidos en alguna cavidad.) (Edit.)

biliosas y ardientes que lo que conviene. Las deposiciones de esta especie tienen tambien, por otro lado, graves inconvenientes; porque, lejos de calmar el ardor de los hipocondrios, le escitan, ocasionan inquietud al enfermo y agitacion en los miembros, y producen ulceraciones en los intestinos y el ano. Ya manifestaré los remedios que deben emplearse en este caso. Si, absteniéndose de toda clase de *tisana*, colada y sin colar, se pone el enfermo al uso esclusivo del hydromel en las enfermedades agudas, algunas veces se obtendrá buen resultado, y nunca malo: en cuanto á los casos en que debe administrarse y los que no, y las razones que en apoyo de su uso se presentan, dejo ya espuesto lo que conviene saber principalmente. Se cree por lo comun que esta sustancia debilita, y que acelera la muerte; mas no tiene otro fundamento esta opinion que el haber visto á algunos morir de hambre, porque, habiéndose propuesto este fin, se han sometido al uso esclusivo del hydromel por alimento y bebida, persuadidos de que realmente posee esta propiedad, que no tiene de ningun modo. En efecto, tomado por bebida es mas nutritivo que el agua, á no ser que laxe el vientre; y aun comparado con un vino ligero, débil ó inodoro, es unas veces mas, y otras menos fuerte. Mas, puestas en cotejo el vino puro y la miel pura, que indudablemente difieren mucho entre sí, se encontrará, sin embargo, al comparar su respectiva fuerza nutritiva, que una persona que beba solamente vino puro no se sostendrá tan bien como si hubiera tomado una mitad menos de miel, á no ser que esta última sustancia afloje el vientre; porque suministra mucha mayor porcion de materias alvinas. Si, hallándose un enfermo acostumbrado al uso de la *tisana entera*, bebiese el hydromel antes que esta, esperimenteria gran plenitud, desarrollo de gases, é incomodidad en las vísceras contenidas en los hipocondrios; pero, haciéndolo al contrario, no producirá malos efectos, y aun será ventajoso en algun modo. El hydromel cocido tiene mejor aspecto que el crudo, es brillante, ligero, blanco y trasparente; mas no puede atribuirsele ninguna propiedad útil que no posea del mismo modo el hydromel crudo. No es en efecto mas gustoso, suponiendo que la miel sea de buena calidad; y si es menos nutritivo y proporciona menor cantidad de materias alvinas, ni lo uno ni lo otro es necesario para la eficacia del hydromel. Asi que, no se empleará cocido, á menos que la miel sea de mala calidad, impura, negra, ó de mal olor, porque, en este caso, se despojaría en la ebullicion de todas estas impurezas que le hacen repugnante.



16. Usase tambien comunmente, en las enfermedades agudas, lo que se conoce con el nombre de oximiél, porque favorece la expectoracion y el movimiento respiratorio. Hé aqui las circunstancias que abonan su uso: jamás obra el oximiél muy ácido con mediana intensidad sobre la expectoracion que no sale facilmente, ni si arranca los espútos que obstruyen las vias aereas, si los pone en disposicion de poder ser espelidos, y desembaraza la laringe, calma los padecimientos del pulmon, porque esta accion es emoliente sobre este órgano: si concurren pues tales circunstancias, ejerce un beneficioso influjo; pero á veces, lejos de vencer el oximiél muy ácido la resistencia de los espútos, los hace mas viscosos, y de este modo es perjudicial. Acontece sobre todo este accidente en aquellos que, encontrándose en un inminente peligro, no pueden toser ni expectorar. En este caso, conviene calcular bien las fuerzas del enfermo, y, si hay alguna esperanza, administrarle el oximiél, cuidando entonces de hacérsele tomar tibio y á pequeñas dosis, y nunca mucho de una vez. En cuanto al oximiél poco ácido, humedece la boca y la garganta, facilita la expectoracion, y mitiga la sed; por la misma propiedad detersiva, es favorable á los hipocondrios y á las vísceras que en ellos se contienen; previene los inconvenientes que tiene la miel, y corrige lo que esta tiene de bilingosa (n). Tiene tambien la propiedad de provocar la espulsion de los gases y promover las orinas, mas ocasiona mucha humedad en la parte inferior de los intestinos, y determina deyecciones semejantes á las raeduras. Hay casos, en las enfermedades agudas, en que esta accion se hace dañosa, sobre todo porque impide que los flatos atraviesen los intestinos, obligándoles á reascender, y tambien porque causa debilidad y enfriamiento de las estremidades: este es el único inconveniente que se me ofrece en el uso del oximiél medianamente ácido, que merezca la pena de escribirse. Cuando los enfermos toman cocimiento de cebada, conviene que se les de el oximiél antes del co-

(n) Ni en el testo comun ni en las variantes de los manuscritos se halla claro el sentido de este pasage. Felizmente el comentario de Galeno viene aqui en nuestro auxilio, el cual dice de este modo: «El oximiél es útil al bazo y al hígado, del mismo modo que humedece la boca y la garganta, detergiendo las vísceras sin dolor.» Determinado así el sentido de un modo cierto, no queda ya mas que conformarnos con el testo.

cimiento, en pequeñas dosis, por la noche, y en ayunas; y tampoco hay inconveniente en administrarle despues que haya pasado un largo rato de la última toma de la tisana. Al contrario, cuando los enfermos se hallan sometidos al uso de bebidas solas, sin tomar el cimiento de cebada, no conviene administrar el oximiél durante todo el curso de la afección, principalmente porque este líquido incomoda é irrita los intestinos (cuya acción se verificará con tanta mayor intensidad sobre estas partes, cuanto que se encuentran desembarazadas de materiales escrémenticios, y la abstinencia ha disminuido la masa de los humores), y además porque quitaría al hydromel su propiedad nutritiva (o). No obstante, si pareciese útil administrar esta bebida durante todo el curso de la afección, en cantidades grandes, es preciso aumentar un poco de vinagre, en terminos que apenas se deje conocer la acidez; de este modo se corregirán cuanto es posible los inconvenientes del oximiél, y se obtendrán de su uso los buenos efectos que se desean. Por último, el ácido del vinagre conviene mas á los sujetos biliosos que á los melancólicos: disuelve, en efecto, y reduce á pituita los humores amargos, que pone en movimiento, pero hace fermentar, exalta y aumenta los negros, porque el vinagre promueve su evacuación. En general, es mas contrario á las mugeres que á los hombres, porque ocasiona en ellas dolores en la matriz.

17. El agua, tomada por bebida en el curso de las enfermedades agudas, no produce ningun efecto particular que pueda yo decir. No

(o) Este último miembro del periodo ha sido traducido por Foesio, *postea autem et aqua mulsa vires suas amiserit*; por Dareto, *in inedia adde, quod ipsum melieratum non nihil vires labefactat*; por Grimm, *denn mæchte auch das Honigwasser die Kräfte bereits iveggenoen haben*; y por Gardeil, *efecto* (la irritación de los intestinos) *que es menos notable en el hydromel*. Estas cuatro traducciones difieren, y ninguna presenta un sentido satisfactorio. Veamos ahora el comentario de Galeno: «A los que solo toman bebidas y no tisana, dice, no conviene beber oximiél durante todo el curso de la afección, porque irrita demasiado los intestinos que se hallan al descubierto (pues cuando se toma la tisana forma esta en ellos una especie de cubierta), y porque no reportaría tanto provecho el hydromel. Hipócrates esplicó, á propósito de esta sustancia, las ventajas que proporciona al cuerpo.» El sentido de este pasage es cierto, aunque el texto se encuentra algo alterado.

modera la tos en las afecciones peripneumonias, ni facilita la expectoracion, y su accion es menos activa que la de las otras bebidas cuando se usa esclusivamente; pero tomando á intervalos un poco de agua, entre el oximiél y el hydromel, favorece la salida de los esputos modificando la cualidad de las bebidas, porque el agua causa una especie de inundacion (VII). Por lo demas, ni calma siempre la sed, lejos de esto se hace amarga, porque es biliosa para los temperamentos biliosos, y daña á los hipocondrios; pero nunca es mas perjudicial, mas biliosa, ni mas debilitante, que cuando penetra en los órganos vacíos; hincha el hígado y el bazo cuando estan inflamados; produce, en el interior, una especie de hervor, y queda como fluctuante; pasa con lentitud, porque es de cualidad algo fria y de difícil coccion, y no es laxante ni diurética (VII). Aun tiene otro inconveniente

(VI) Bonafon traduce... el oximiél y el hydromel, porque altera estas bebidas y activa sus buenos efectos, diluyéndolos en el estómago cuyo sentido se halla conforme con el testo literal.

(VII) Este párrafo presenta en su sentido la mayor oscuridad. Nuestro Valdes lo descifra en su comentario, pág. 150, del modo que sigue: Dice Hipócrates que *no siempre calma el agua la sed*, cuya cualidad es en ella la mas propia, *porque en los biliosos es de naturaleza biliosa*, y siendo asi, la escita mas bien que la estingue. Mas, *porqué siendo el agua fria y húmeda, y por lo tanto de condiciones opuestas á las de la bilis, es biliosa para algunos, como queda dicho? No es á la verdad porque el agua se convierta el bilis (lo que no puede ser), sino, porque diluyendo aquel fluido á este humor, le aumenta en cierto modo haciendole redundante, como el que echa agua en el vino aumenta su cantidad, aunque sea mas diluido. Nada hay, por otra parte, mas cierto que el que sientan mas amargor de boca con el uso del agua los sugetos que tienen mucha bilis; porque diluida se esperece hasta la boca: en ellos, pues, lejos de estinguirse la sed, se escita; cuyo mal gusto se corrige añadiendo al agua un ácido, que se opone al amargor de la bilis y lo salado de la pituita, si existe en la lengua. Pero añade Hipócrates que *es dañosa á los hipocondrios, y que nunca es mas perjudicial, mas biliosa y debilitante que cuando penetra en los vacíos &c.*: en los hipocondrios daña, porque aumenta su cacocimia en razon á ser muy biliosa, del modo que antes se ha dicho; y cuando se deposita en los huecos que existen entre las vísceras y el peritoneo, debilita las fuerzas, y produce tumor en el hígado y el bazo, si estan inflamados, porque no los penetra, sino que fluctua y sobrenada, y las vísceras se hinchan con el agua que permanece en estos sitios, especialmente cuando tienen mucha bilis, porque el agua la aumenta &c. De todos modos queda el párrafo sin poderse comprender.*



torius) (IX), las infusiones de bayas de mirto, de granos de granada y otras; formarán objeto de esplicaciones particulares en la misma enfermedad en que sea conveniente su uso, y entonces hablaré tambien de otros remedios compuestos.

18. El baño es útil en muchas enfermedades, usado con frecuencia en unas y con moderacion en otras; pero algunas veces es preciso abstenerse de su uso, por no haber todo lo necesario. En pocas casas se encuentran, en efecto, los útiles que son precisos, ni criados que sirvan como corresponde: y de no tomar el baño como es debido, puede ser perjudicial. Es necesario una pieza en que no haya humo, un baño capaz, y agua abundante para afusiones frecuentes, pero no fuertes sino hay necesidad. Es mejor no dar fricciones deterativas, y, si se emplean, deben hacerse con una sustancia caliente y diluida en mucha mayor cantidad de agua de la ordinaria, empleando gran cantidad de esta y renovándola con frecuencia. Es preciso tambien que no tenga el enfermo que andar mucho para ir al baño, y que pueda entrar y salir en él con facilidad. El que se baña debe estar quieto, callado, y dejar á los asistentes que ejecuten lo que deban hacer. Es menester que se tenga á la mano y en abundancia agua templada para rociar al enfermo á la salida del baño (g), haciendo las abluciones con prontitud; se secará despues el cuerpo con esponjas en vez de paños, y se untará con

(IX) Calvo, Vander-Linden, Valles, y casi todas las demás ediciones dicen *eneco*, voz con que Plinio designa una yerba particular de Egipto, y trae dos especies.

(g) Galeno explica con mucha claridad en su comentario este pasaje. Dice que los antiguos, como algunos pueblos modernos, tenían la costumbre de hacer abluciones frias despues de un baño caliente; pero que juzgando los médicos dañoso este cambio repentino, y deseando, por otra parte, no renunciar á la accion tónica de un baño menos frio despues de un baño de elevada temperatura, usaron de las abluciones de agua fria y caliente mezcladas.

aceite antes de que se seque mucho (X). Se cuidará de enjugar la cabeza cuanto sea posible, con una esponja, sin dejar enfriar esta parte, las estremidades, ni lo demas del cuerpo. No debe entrar el enfermo en el baño inmediatamente despues de haber tomado alimento ó bebida, ni debe de tomar nada acabado de salir. Tampoco debe olvidarse si el paciente estaba acostumbrado en su estado de salud á bañarse por gusto, porque á estos sugetos que desean mas los baños les sientan bien, y no pueden privarse de ellos sin molestia. En general, es mas provechoso el baño en las periphneumonias que en las fiebres ardientes; en efecto, mitiga el dolor que se siente en el costado, en el dorso y en el pecho, ablanda la expectoracion y facilita su salida, desembaraza la respiracion, disipa la sensacion de laxitud por la propiedad que tiene de relajar las articulaciones y la superficie de la piel, es diuretico, quita el peso de cabeza, y humedece las narices. Tales son las ventajas que proporciona el baño tomado con las precauciones necesarias; pero, si por falta de los auxilios oportunos falta alguna ó algunas de estas condiciones, es muy de temer que, lejos de ser útil, ocasione perjuicios, porque el menor descuido que haya en la asistencia es capaz de producir grandes males. No se deberá usar el baño en las enfermedades en que el vientre se presente demasiado suelto, como tampoco en las que vayan acompañadas de una astriction fuerte y no haya habido antes alguna evacuacion: deberán tambien abstenerse del baño los enfermos débiles, los que tengan náuseas, vómitos ó eructos biliosos, y los que padezcan hemorragia nasal, á no ser que sea muy poco abundante; para lo cual debe considerarse si conviene, porque, si en tal caso no fluyese la sangre necesaria, será bueno aconsejar el baño ya general, si por otras consideraciones es oportuno, ó bien de cabeza solamente. Supuesto ya que el uso del baño sea ventajoso, y que se hallé dispuesto todo lo necesario, deberá darse el enfermo uno en cada dia; y no se come-

(X) Valles, en su comentario, dice que Hipócrates advierte esto por el uso que tenian en su tiempo de frotar el cuerpo en el baño con una especie de bruzas duras, de metal ó piedra, ó con lienzo áspero; cuyo uso seria perjudicial á los enfermos, á quienes debia frotarse suavemente.

terá error ninguno con permitir dos diarios á aquellos pacientes que se hallen acostumbrados á bañarse. El baño conviene mucho mas á los enfermos que toman la tisana entera que á los que solo usan el jugo, aunque á veces tambien á estos aprovecha; y aun conviene menos á los que solo estan al uso de bebidas, aunque tampoco esta restriccion es absoluta: los signos descritos mas arriba nos haran conocer los casos en que á cada una de estas especies de régimen aprovechará ó no el uso de los baños. En suma (r), los que sientan gran necesidad

partire mucho del sentido del pasaje tal como puede establecerse si se tiene de las abstracciones de los copiantes y de los Dureto, porque se trata aqui de las conclusiones de los traductores, que no es aplicable á no aplicable el de no y no de las de este y de la de Grimm, porque trata de dos clases de enfermos, de uno á quienes conviene y otros á quienes no conviene el uso de los baños y no de una sola clase de enfermos.

(r) Todo este párrafo ha sido alterado por los copiantes; el testo vulgar no es susceptible de sentido satisfactorio, y si, se examinan los variantes, se nota una gran diversidad en la colocacion de las negaciones. Esta causa es la que ha podido ocasionar la incertidumbre del sentido; y en tal dificultad es preciso buscar, en el contesto de la frase y en los elementos de lectura que suministren los manuscritos, una restitution que, en el caso presente, será tan feliz como deseamos, si llega á ser probable. Recorramos, antes de todo, la opinion de los traductores pasados, y pongo, para este efecto, á la vista del lector los cuatro principales traductores que han dado de este pasaje una explicacion diversa. Dureto piensa que quiere decir la frase que debe bañarse ó no bañarse, segun que el baño esté bien ó mal preparado: *Si enim quidpiam eorum, quae ad balnei praestantiam attinent, deest, quavis aliquid commodi ex balneo speraveris, lavari tamen non oportet; quod si nihil horum desit, videaturque ex notis quibusdam utile fore, tum lavari praestat.* Foësius juzga que quiere la frase significar que no deben bañarse los que no tengan las cosas que pueden hacer provechoso el baño, y que es preciso bañar á los que las tengan: *Quibus namque eorum aliquid maxime deest huc balneum bonum reddere et juvare possunt, eos lavare minime expedit; quos autem nihil horum deficit et quibus praesentia sunt signa in quibus lavari conducit, hos lavare oportet.* Juzga Grimm que el significado es, que debe bañarse el que necesite los beneficios que produce el baño, y tambien el que, sin necesitarle, presente los signos con los cuales es el baño provechoso: *Denn man bade zwar die &c.* Gardel traduce; *Deberá bañarse todo el que se encuentre en las circunstancias en que el baño es bueno, y no deberán bañarse aquellos en que, lejos de presentarse los signos propios para hacer confiar en el buen éxito del baño, se manifiestan otros que le hagan tener por dañoso. On baignera ceux qui se trouvent dans les circonstances où le bain est bon &c.* De estas cuatro traducciones, creo que deben ser completamente desechadas la de Dureto y la de Grimm, por es-

de alguno de los beneficios que estos producen, y padezcan alguna de las afecciones que el baño mitiga, deberán bañarse; y, por el contrario, aquellos cuyo estado particular no requiera tal auxilio, ó que presenten algun signo que contraindique su uso, no deberán someterse á la accion de este remedio.

pararse mucho del sentido del pasage tal como puede estudiarse al través de las alteraciones de los copiantes: la de Dureto, porque se trata aqui de las condiciones de los enfermos que hacen aplicable ó no aplicable el baño, y no de las de este; y la de Grimm, porque trata de dos clases de enfermos, de unos á quienes conviene y otros á quienes no conviene el uso del baño, y no de una sola clase de parientes á quienes convenga ó no convenga. Las traducciones de Foesio y de Gardeil concuerdan con el sentido general, solo que las relaciones estan tergiversadas; en la del primero es negativo el primer miembro y afirmativo en la del segundo, y al contrario en el siguiente. Este sentido general es el que debe prevalecer, y yo adopto el de Gardeil, salvas las irregularidades é insuficiencia de su traduccion. Me apoyo para esto en el manuscrito 2253, que es digno de toda confianza y presenta este sentido, y ademas en la buena significacion de las palabras (\*):

(\*) Nuestro Valles tradujo este periodo del mismo modo que lo hace Littré, solo que en el último miembro, en vez de poner ó que *presenten algun signo que contraindique su uso*, dice *ni presenten ninguno de los signos que hacen conveniente su uso*.



## EL EDITOR.

Poco me resta que decir en verdad acerca del espíritu filosófico de este tratado, despues de haber espuesto el autor, en su apreciable comento, con el tino y juicio que le son propios, todo cuanto puede decirse sobre el particular. No obstante, habiéndome propuesto desde el principio poner tambien en contribucion mis escasas luces para coadyuvar en lo posible á la completa dilucidacion de una materia tan importante, espresando mis ideas acerca de los principales puntos que en cada tratado hallo dignos de fijar de un modo notable la atencion de los profesores, cumpliré al presente mi designio del modo que deje ya empleado.

Nótase, en primer lugar, tan pronto como uno se ha hecho cargo de este interesante escrito, que, sin apartarse el ilustre vástago de Esculapio del método seguido en sus obras precedentes, abrazando la ciencia de un modo general y presentando las consecuencias ó reglas igualmente generales que su fina observacion ayudada del mas recto

racionio dedugeran, se ocupa de establecer los dogmas fundamentales del régimen que debe observarse en las enfermedades agudas, abstractamente consideradas. El rigor en evitar tránsitos repentinos en el uso de todas las cosas higiénicas, y con especialidad de una dieta absoluta á una alimentacion considerable y el mas severo respeto á las fuerzas, constitucion, y sobre todo á los hábitos contraidos por los enfermos, son los dos puntos capitales que descuellan en el fondo de este libro, tan digno de consideracion en el día, como precioso en la época de su formacion: principios que, solidamente sentados por aquel genio inmortal, sirven todavia de robustos pedestales que sostienen la dietética en el mas firme terreno. La esperiencia ha confirmado en los tiempos posteriores la verdad del primer dogma, haciendo conocer que el uso intempestivo de alimentos despues de un largo reposo del aparato digestivo, en el curso de las afecciones agudas, hace que los órganos de esta funcion, débiles por el padecimiento mismo ó por su falta de ejercicio, no puedan obrar de un modo conveniente, fatigándose de un modo nocivo á su vitalidad y dejando por completar la elaboracion de las sustancias que le han sido ingeridas, las que alteradas en su composicion se convierten en escitantes morbíficos que, irritando localmente los tegidos á quienes tocan, estien-den luego su pernicioso influjo á otras partes importantes de un modo mas ó menos grave segun las circunstancias. Análogos trastornos se verifican cuando se hace entrar en accion á cualesquiera otros órganos que dejados en quietud por algun tiempo no pueden entrar en ejercicio de un modo repentino sin experimentar molestias considerables, que pasan muy facilmente al estado de enfermedad. Relativamente al segundo principio nada debemos decir, por ser tan conocida su certeza, que no hay práctico ni obra de medicina que deje de recomendar la mayor atencion con tales circunstancias, al coordinar, en las enfermedades, la clase de sustancias nutritivas que han de componer la dieta, y la cantidad y frecuencia con que deben ser administradas. Nada mas exacto que la perfecta descripcion que Hipócrates hace de las molestias que experimentan los sujetos que en el estado de salud quebrantan sus reglas habituales, para establecer despues consecuencias muy fundadas acerca de los peores efectos de tan temibles abusos en los casos de enfermedad. La continuada repeticion de unos mismos actos llega á formar en la economía animal leyes tan respetables como las naturales mismas: y los órganos responden á su falta de observancia, luego que se halla establecida costumbre, con gritos semejan-

tes á los que espresan sus padecimientos cuando dejan de satisfacerse las necesidades que les son propias. Motivo por el cual debe siempre avenirse el tratamiento, en las enfermedades, con los hábitos adquiridos, en todo aquello que sea compatible con el método de curacion.

¶ Pero ademas de estos interesantes puntos que descuellan en el conjunto del libro, como el gran programa de su objeto, hay otros que, aunque no tan culminantes, no por eso merecen pasar desapercibidos: y recorriendo á este fin todo el escrito, con la brevedad que mi lugar me impone, paso á llamar sobre ellos la atencion de los lectores, para que estos, en su buen juicio, deduzcan las consecuencias á que por sí den origen.

—Hace notar Hipócrates en su preámbulo, combatiendo á los médicos de Cnido, que no deben multiplicarse las especies de las enfermedades ni establecerse como tales tan solo porque una difiera de otra en algun punto, lo cual dice que haria difícil su determinacion; y asi debe ser en efecto, pues no ofreciendo la naturaleza especies sino individualidades, en razon á que cada afecto morboso, aunque idéntico en su esencia, siempre difiere algo en la multitud de sugetos en quienes se presenta, por efecto de muchas circunstancias intrínsecas ó extrínsecas del individuo, si hubieran de adoptarse las especies con semejante procedimiento, llegarían á ser tantas cuantas personas pueden ser las invadidas.

—Deben fijarse sí diferencias que nos hagan distinguir esencialmente toda clase de enfermedades, pues con arreglo á su índole es preciso obrar médicamente; mas no multiplicar las divisiones hasta el extremo de no contar con las influencias particulares del individuo ó de las cosas que le rodean, y que dan a cada una de ellas un colorido particular, pues esto equivaldría á establecer una nosología imposible de comprender y de seguir. En hora buena que se estudien las afecciones en particular por cuantos medios puedan discurrirse; aplíquense, ademas de los sentidos y el raciocinio, los recursos suministrados por la física y la química, y consultemos en los cadáveres la certeza de nuestros juicios: todo servirá utilmente para un diagnóstico mas exacto y completo; mas no para llevar hasta un grado exagerado el número de nuestras divisiones, haciendo diversas entidades de una misma, tan solo por las varias formas que revista. Precepto de mucho valor para el establecimiento de las nosologías.

—Otro precepto práctico de interes se descubre en un párrafo que sigue, reducido á aconsejar á los médicos que obren siempre del mo-

do que convenga, según los casos exijan, para lo cual el profesor ha de tener la mayor vigilancia en no desaprovechar las ocasiones oportunas. El que sabe conducirse con destreza superior á la de todos los demas, especialmente en las enfermedades agudas, dice Hipócrates, merece mis elogios; en cuya frase van envueltas dos ideas provechosas: la de que el médico debe proceder siempre con arreglo al caso que se le ofrezca, esperando atentamente la ocasion oportuna de obrar, y consultando con la esperiencia el modo como ha de verificarlo, sin guiarse ciegamente por la conducta de los demas, sino adoptando los sólidos principios de una sana práctica y siguiendo en la curacion de los males las sendas que ellos mismos le trazaran, y la de que las afecciones agudas son las que exigen mas cuidado, mayor vigilancia, y menor inflexibilidad en el orden de procedimientos.

Lastímase mas adelante, el insigne autor de este libro, de que los médicos siguiesen principios tan opuestos en su modo de obrar, que reprobasen unos por inútil ó perjudicial lo que otros aconsejaban como oportuno y beneficioso, de cuya vaguedad dice que resultaba el gran daño de que el público no creyese en la certeza de la medicina, pareciéndose sus profesores á los que ejercian el arte de los adivinos. Verdad es esta tan triste para la ciencia y los que la ejercen, como cierto, por desgracia, que desde Hipócrates hasta el dia no ha podido estirpase un vicio tan trascendental, ni podrá estinguirse tampoco mientras el tiránico imperio de los sistemas esclavize la ciencia, sujetándola al duro carro del mas exagerado exclusivismo. Ojala veamos pronto completamente desplomado el ruinoso poder de tales artificios, forjados en la fantasia de espíritus creadores y sostenidos con porfiado empeño por hombres noveleros y poco profundos, y no habrá entonces que sentir el triste mal que Hipócrates deplora! Cuando los profesores se convezan de que los sistemas todos son buenos ó malos según el uso que de ellos se hace, y de que la naturaleza, tan varia en sus acciones, no puede en manera alguna sujetarse al estrecho circulo de un solo orden de principios que restringiesen el uso de su poder, diferirán menos en el modo de ver las cosas, sus opiniones no llevarán rumbos tan opuestos que no puedan encontrarse con la mayor facilidad, ni ofrecerán sus cuestiones el escándalo de presentar la ciencia continuamente á los ojos del vulgo en contradiccion consigo misma.

Terminando Hipócrates su proemio, pasa al examen de las enfermedades agudas, objeto principal de este trabajo, y empieza por manifestar las ventajas que tiene el uso del cocimiento de cebada, sus-

tancia elegida entre las cereales alimenticias, con razon á su juicio, por sus buenas cualidades, y del fruto de cuya granínea hacian en su tiempo dos preparaciones de diversos grados nutritivos: consistia la que menos gozaba de esta propiedad, en el zumo ó jugo de cebada, que se estraía macerando y percurtiendo el grano, y colándole despues, y la mas abundante en productos alimenticios era el cocimiento del grano, que contenia su fécula. Sustituyen, entre nosotros, á estas dos preparaciones la sustancia de arroz y los caldos suaves; y nuestro Valles, en su comentario á este pasage, da por razon de esto, el que los hombres en los primeros tiempos se alimentaban de vegetales con preferencia, al paso que en las edades posteriores se han ido haciendo mas carnívoros, teniendo por consiguiente los médicos que valerse, aun en las enfermedades, de sustancias mas nutritivas, por indicacion de la costumbre. Lo que Hipócrates dice, por lo tanto, de las dos preparaciones de cebada, debemos nosotros respectivamente aplicarlo á las últimas sustancias de que nos valemos, entendiéndolo asi en las sabias reglas que prescribe en este lugar, y de que al principio, aunque ligeramente, nos hemos ocupado. Preceptos que constituyen el principal fin de este libro, y dignos de la mayor atencion por el cuidado que aconseja en el tránsito de un estado de inedia á otro de replecion asi como en el modo de aumentar lenta y progresivamente la cantidad de alimentos, por la atencion que inculca debe prestarse á la costumbre de los enfermos en cuanto á la cantidad de sustancias alimenticias que suelen ingerir en su aparato digestivo, el número de veces y las horas en que estan habituados á verificarlo, y la precaucion con que debe procederse, no pasando al uso de alimentos antes de la coccion de la enfermedad, ni mientras no se hayan combatido y hecho desaparecer con los medios apropiados todas las lesiones que puedan hacer dañosa su administracion. Muchos enfermos, dice en corroboracion de la bondad de tan sabias máximas, que por faltar á ellas sucumbian, y tan evidenciada se halla en nuestros tiempos su importancia, que á ellas se reducen en conclusion las bases de la dietética.

Siguen despues otros párrafos que no guardan con los precedentes entera relacion, y de los cuales han formado en las ediciones un segundo libro, y en ellos se halla consignado el precepto de no dar la *tisana completa* mientras se halla obrando algun purgante, permitiendo solamente el uso de ligeras sustancias alimenticias luego que ha cesado el efecto del remedio, y aun asi paulatinamente, empezan-

do por cortas porciones: la digestion, en efecto, no puede verificarse del modo conveniente en el estado de alteracion que dichos medicamentos producen en el aparato encargado de este acto vital, ni tampoco parece acertado perturbar la accion de estos con la introduccion de sustancias que exigen elaborarse por los órganos sobre quienes se trata de obrar medicamente. Insiste de nuevo en la demostracion de lo perjudicial de un paso repentino de la abstinencia á la alimentacion, valiendose de pruebas directas y de analogía aducidas con el mayor tino y presentadas con oportunidad y brillantéz, en cuyo resultado viene á deducir logicamente que ni debe prescribirse fuera de tiempo una rigurosa dieta, ni administrarse tampoco alimentos durante la agudeza e inflamacion, ni permitirse cambios repentinos en uno ni otro sentido. Habla otra vez despues, del grande influjo del hábito, que llega en algunos sugetos hasta hacer digestibles sustancias que no lo son regularmente, y al contrario, é inculca la necesidad de consultar siempre, en las mudanzas del régimen, las fuerzas del enfermo, la naturaleza del mal, la constitucion y la costumbre del paciente: circunstancias tan niteresantes, que deben servirnos siempre como de estrella polar en la buena direccion de nuestros procedimientos terapeuticos. La dieta no puede efectivamente soportarse con igual tolerancia en todos casos, ni por toda clase de sugetos: las personas abarbitadas por un largo padecer ó débiles por naturaleza no podrán sufrir la privacion de alimentos de un modo tan absoluto como los que se encuentran en condiciones opuestas; los pacientes que se hallen acometidos de una afeccion nerviosa debilitante no podrán tampoco sobrellevar tan impunemente la inedia, como los que tengan una enfermedad estenica; los sugetos de constitucion debil se hallarán en circunstancias iguales con respecto á los robustos y fuertes, y lo mismo los que se hallan habituados á comer ó beber poco con respecto á los grandes comedores.

Manifiesta un poco mas adelante, con motivo de estos cambios en el régimen de las dolencias, que es mejor pasar por demasiado comedidos en la concesion de alimentos, que esponerse á graves perjuicios por ser imprudentemente pródigos, y, en comprobacion de esta verdad, describe con aquella animacion que caracteriza sus preciosas pinturas, algunos de los fatales resultados de semejantes excesos.

Otra indicacion notable se encuentra en uno de estos párrafos, cual es la de las varias especies de debilidad, segun que resulta de la vacuidad de los vasos, de alguna irritacion debilitante, de algun dolor,

de la agudeza del mal, ó de las afecciones y diversas formas que en nosotros producen nuestro temperamento y constitucion particular; lo cual se ofrece como una nueva prueba de la gran penetracion de este genio colosal, que ya en la infancia de la ciencia estableció principios que solo emanan de una práctica estensa y bien aprovechada, alcanzando la importante diferencia que debe hacerse al presente entre la debilidad que consiste en una verdadera anemia ó falta de líquido nutritivo, la que es producto del agotamiento de fuerzas por un gran padecer, la que pende de la violencia de la afeccion, y la que es efecto de la constitucion peculiar de cada enfermo. Diferencia tan importante para el buen establecimiento del método curativo, que sin tenerla á la vista nos espondríamos á cometer mil veces errores trascendentales. La debilidad directa, producida por una gran pérdida de sangre arrojada ó estraida, á la que se refiere tambien la que es efecto de evacuaciones considerables de otra especie ó de la inedia, se corrige con los tónicos suaves y los analepticos, administrados del modo y forma convenientes; la ocasionada por una irritacion que por su violencia oprime las fuerzas, desaparece con las evacuaciones sanguíneas oportunas; la que es efecto de un dolor escesimo que desgasta las facultades del infeliz que le sufre, solo se corrige calmando la sensibilidad con medicamentos que la emboten; la originada por la intensidad del mal, como por ejemplo la que sigue á una violenta inflamacion que termina por gangrena, no cuenta otros auxilios que los corroborantes y antisépticos; y la que depende del estado y constitucion del paciente, se contrabalancea sin gran dificultad con la buena direccion del régimen prescrito y la prudencia debida en las evacuaciones que sea preciso ejecutar. Véase como descubrió el hombre grande del mundo, cual si penetrante rayo de luz viva representase el sutil talento que admiramos, las grandes verdades encerradas en la profunda ciencia de Epidauro, sin que haya sido posible á las generaciones sucesivas enmendar, añadir, ó tildar nada, porque la naturaleza en su perpétuo libro nos ofrece constantemente escritos con indelebles caracteres los hechos que en el supo leer aquel genio inmortal, y las indestructibles máximas que, en ellos calcadas, tuvo la habilidad de deducir. Respeto y veneracion eterna al sabio de los siglos, cuya vasta inteligencia y admirable profundidad consiguieron establecer con tanta firmeza los sólidos é inderrocables fundamentos de la ciencia que reporta al hombre los mas preciosos é inestimables beneficios.

Mas no pasaré esta ocasion sin hacer mérito de nuestro célebre co-

comentador Francisco Valles, que, al ocuparse de este pensamiento de Hipócrates en el sitio correspondiente de su comentario, lo hace con tal acierto y suficiencia, que nada deja que desear. Esplana perfectamente las ideas contenidas en tan preciosa frase, y hablando á propósito de la debilidad que es producto de la agudeza del mal, dice, que á ella deben referirse todas las que proceden de la vehemencia de la afección, ya sean ocasionadas por la intensidad de ella misma, como cuando decaen las fuerzas del paciente por la violencia de una fiebre, ó por su mala índole (*ab cachoetes*), como en los casos de fiebre maligna, ó por la naturaleza del órgano afectado, como cuando desfallecen los enfermos por una afección del estómago, del útero ó del cerebro, ó por la multitud de escrementos; cuyas diferencias conviene al médico saber, porque son diversos los auxilios que en tales ocasiones se emplean. Que la debilidad proveniente de intensidad de la fiebre, con ningún medio se corrige mejor que con el agua fría; que la procedente de la mala cualidad de la afección se combate con los medicamentos alexifarmacos, que aprovecharán bien poco para reanimar las fuerzas oprimidas por la acumulacion de los humores, si se deja sofocar el calor natural pasando vanamente el tiempo en esperar una evacuacion; y así de las demas que espresa. Por de contado que, al hablar de la debilidad en este sitio, se refiere á las enfermedades agudas; pues la que acompaña á las crónicas es efecto de las continuas pérdidas, mas ó menos abundantes, ó de la alteracion de la nutricion, ó de una y otra causa reunidas. Al concluir esta máxima tan importante advierte Hipócrates la necesidad de no tenerla ignorada, manifestando que el conocimiento de estas cosas redundará en la *salud* ó *muerte* de los enfermos, como realmente sucede, por ser tan decisivas las indicaciones que de ellas emanan.

En seguida hace referencia, comparativamente á lo que viene dicho de los órganos digestivos, de los malos efectos del tránsito repentino del reposo al ejercicio de todo el cuerpo y de cada una de sus partes, deduciendo por resultado los mismos principios prácticos que en el caso anterior, á saber; que los cambios repentinos en uno ú otro sentido son muy dañosos, y que entre los dos extremos es menos perjudicial el paso de la alimentacion á la inedia y de la actividad á la inanicion, que el verificado en el sentido opuesto: la razon de esta verdad es bien facil de comprender.

Ultimamente, concluye esta materia advirtiendo que la alimentacion debe ser proporcionada al ejercicio del cuerpo, [pues,] como desde



luego se concibe, si no repara sus pérdidas y se nutre no tendrá las fuerzas necesarias para soportar el trabajo que entonces se convertirá en causa morbífica, y, si por medio del ejercicio no desgasta los jugos suministrados por una abundante nutrición activando la absorción y secreciones, se ocasionará una redundancia de materiales nutritivos que alterarán los humores radicales ó primitivos, fraguando males de mucha consideración. Al terminar enuncia también, como de paso, los inconvenientes que trae un excesivo sueño ó la vigilia inmoderada completando con esto la reseña de todos los actos que debe tener en cuenta el profesor para el establecimiento de un buen régimen, en los casos morbosos, ya por lo que arrojan de sí, y cuanto también por el influjo que cada uno de ellos tiene sobre la acción digestiva, objeto principal de este tratado.

Aquí concluye el segundo libro, según la división que hacen generalmente las ediciones, y empieza el tercero, que dedica al estudio de las sustancias usadas en su tiempo como bebida para el tratamiento de las enfermedades, cuales son el vino, el hydromel, el agua y el oximiél: acerca de lo cual no diré nada, porque se concreta su esclarecido autor á esponer en estos capítulos las cualidades de que en su época se las creía dotadas, siendo fácil de discernir el valor que en el día tienen. El vino se halla reconocido por tónico, si bien el blanco es algo diurético y los espirituosos estimulantes; el hydromel no se usa generalmente entre nosotros, reemplazando el azúcar á la miel, por sus cualidades menos activas; el oximiél es un suave escitante de la expectoración; y el agua se usa por lo común unida á otras sustancias, porque en sí no tiene virtud alguna especial, como dice Hipócrates, y para hacerla medicinal se la agregan ácidos, mucilagos, ó aromas en disolución por varios medios.

Dice Valles que nada más natural, á pesar de haberse creído de otro modo, que el que tratase Hipócrates al presente del baño, por ser dos los usos que del agua hacemos, uno interior y otro exterior; y que, habiendo hablado del primero, parecía regular que se ocupase á continuación en decir alguna cosa del segundo, principalmente en una época en que era tan común y frecuente el uso de ellos. Parece que había entonces, como ahora, según él mismo dice, dos especies de baños; comunes ó públicos, ya naturales ó artificiales, y privados ó particulares que se preparaban en las casas: mas no pudiendo ir á los primeros mas que las personas sanas ó afectadas de padecimientos crónicos, dedúcese, como también del testo, que solo de los segun-

dos es de los que Hipócrates hablaba en esta ocasion, aunque esponiendo en general sus aplicaciones y virtudes. Refiriéndose á esto el espresado Valles en su comentario, espone con claridad, exactitud y precision, de la manera que sigue, los provechosos resultados que el baño produce: «Con razon se hace del baño una aplicacion muy comun por da utilidad que reporta, porque humedece, cuece y laxa, y por lo tanto cura á los que se hallan ardientes, madura las enfermedades, promueve evacuaciones manifiestas, evacua insensiblemente, y resuelve los dolores.» *Merito sane est ad multa utile: nam humectat, coquit et laxat et inde medetur arescentibus; morbos maturat, evacuationes manifestas promovet et lassitudines doloresque solvit.* Las virtudes espresadas en este breve párrafo se refieren indudablemente al baño tibio, que es el emoliente; pues sabido es que el frio determina resultados contrarios, hallándose con justicia colocado entre los auxilios terapéuticos que gozan de cualidades tónicas.

Despues de manifestar Hipócrates que el baño es de grande utilidad en muchos casos, pasa á esponer los medios necesarios para que sean provechosos, respecto á las comodidades que para ellos deben proporcionarse, que son bien fáciles de comprender. Háblase, entre estas cuidados, de que no deben hacerse afusiones fuertes, á no ser que sean precisas, pues para que el baño produzca sus efectos emolientes es necesario procurar la mayor quietud posible, al paso que cuando nos proponemos llenar con él indicaciones de tono deben hacerse afusiones fuertes, echando el agua de bastante altura sobre la parte en que queremos obrar. Asi dice Valles que conviene á los que no padecen enfermedades agudas, sino *ob quosdam morbosos apparatus aut diurnas passiones*, con lo que sin duda quiso aludir á varias afecciones crónicas, como ciertos infartos de las vísceras del vientre, algunos tumores blancos de las articulaciones, ó dolores pertinaces, y al estado de debilidad y abatimiento que producen en el cuerpo las pasiones continuadas, por efecto de la alteracion del sistema nervioso á que dan origen y de su influencia en las funciones de la nutricion y en todas las demas; en cuyos casos se emplean los baños á chorro como fundente ó resolutivo, ó como tónico ó escitante de la accion de los conductores de la sensibilidad.

Respecto á la hora oportuna del uso de los baños, dice Hipócrates que no debe ser inmediatamente despues de haber tomado alimento, asi como tampoco quiere que se tome nada nutritivo hasta despues de algun tiempo que de él se haya salido; dando Valles por razon de

esta máxima prudente, que no pueden digerirse ó cocerse bien los alimentos, en semejantes casos, por hallarse el calor natural llamado con la sangre hácia la periferia del cuerpo ó los tegumentos. Y no solo dice que debe observarse este precepto en los baños generales, sino tambien en los parciales; pudiendo no obstante dar á los ardientes, ya en el mismo baño ó inmediatamente despues de haber salido, leche ó algun jugo que humedezca y sea de facil digestion, porque siendo asi, añade, no daña, y distribuyéndose por el cuerpo humedece mas.

Respecto á lo que Hipócrates espresa á continuacion de que los baños son mas provechosos en las pulmonías y demas inflamaciones de los órganos colocados en la cavidad del pecho, como nuestro Valles entiende, que en las fiebres ardientes, sabido es que nosotros nos abstemos de su uso en dicha clase de afecciones, no porque creamos inexacta la esposicion de los beneficiosos resultados que en ellas prestan y que el médico griego refiere con la mayor precision, sino por el justo temor de que un enfriamiento repentino á la salida del baño desvirtuáse sus buenos efectos, agravando el estado del padecimiento. No obstante, en prueba de haber sido reconocida la bondad y oportunidad de este precepto, si bien no empleamos el baño general por el espresado motivo, nos valemos del tópico, haciendo que respiren los enfermos una atmósfera cargada de agua que hacemos evaporar convenientemente en sus estancias. En cuanto á las fiebres ardientes, como las inflamatorias y biliosas, tampoco usamos este medio, á no ser en los casos en que se hallan producidas por una intensa inflamacion del aparato urinario, del peritonéo, ó alguno de los demas órganos situados en la cavidad abdominal, en cuyas circunstancias le empleamos ventajosamente auxiliado de otros mediós, con todas las precauciones debidas, cuidando especialmente de evitar el aflujo de sangre á la cabeza con la aplicacion de paños frios durante la permanencia del enfermo en el agua y algun rato mas.

Dice luego Hipócrates que no es conveniente el uso del baño á los que tienen el vientre mas húmedo de lo regular, es decir, á los que padecen diarrea, lo que esplica Galeno diciendo que es debido á que se contienen las deyecciones. Valles no se muestra muy satisfecho de tal esplicacion, pues dice que cabalmente por esta causa aprovecha el baño muchas veces en semejantes ocasiones, sino que cree que, siendo mayor la abundancia de humores viciosos que la que puede revelerse hácia el cutis, puede, á beneficio de tal medio, aumentarse la diarrea con la laxacion y humedecimiento que produce en los intestinos y en los vasos que por ellos se ra-

mifican y que, si la cantidad de humores escrementicios es ya tan corta que puede revelarse á la piel con el uso del baño, vale mas esperar á que cese espontáneamente, que viciar todo el cuerpo por una cosa innecesaria. Esta interpretacion se halla conforme con las doctrinas del humorismo dominantes en aquella época, en que se creia que los humores alterados en cantidad ó calidad vagaban de una parte á otra del cuerpo, fijándose en tal ó cual punto, y espeliéndose por diversos emuntorios: se halla con todo fijada la idea de revulsion como efecto inmediato del baño, con la cual nos conformamos tambien en el dia las mas veces que le prescribimos. En la actualidad no podemos absolutamente admitir esta máxima de Hipócrates, á no ser en los casos de diarreas serosas mucosas ó lentericas, ocasionadas ó sostenidas por un estado de debilidad del aparato digestivo, de sus membranas y vasos, en cuyas circunstancias el medio á que nos referimos no haria mas que obrar en favor de la causa, acrecentando mas y mas tal estado de laxitud: mas, cuando la diarrea es producto de una irritacion flogistica de los intestinos mas ó menos intensa, no podemos menos de reconocer la conveniencia de tal auxilio, de cuyos buenos oficios nos presenta mil egemplos la práctica diaria. Tampoco podemos convenir en que la astriccion de vientre sea un contraindicante del uso del baño siendo necesario que antes de emplearle se procuren evacuaciones por medio de los enemas, porque, generalmente hablando, esta afeccion es debida ó bien á un espasmo de los intestinos ó á alguna irritacion flogistica de los intestinos delgados ó del hígado, en cuyas circunstancias el baño tibio es muy ventajoso por lo mismo que humedece y laxa los tegidos.

Concluyo pues mis cortas reflexiones sobre este interesante libro de la doctrina hipocrática que forma un brillante lucero de la aureola de gloria que rodea el venerando nombre del gran fundador de la apolínea ciencia, con fijar de nuevo la atencion de mis lectores sobre la uniformidad y constancia de ideas que constituyen el profundo y filosófico pensamiento de su ilustre autor. La naturaleza humana en su conjunto, y las relaciones en que se halla con las cosas exteriores; hé aqui el grande objeto de sus admirables trabajos.

# APENDICE

AL

## TRATADO DEL REGIMEN

### EN LAS ENFERMEDADES AGUDAS.

**E**n el comentario que precede al tratado del *Regimen en las enfermedades agudas*, espuse que iba este seguido de un apéndice, generalmente considerado como no perteneciente á Hipócrates; mas no entré en pormenor alguno que diese una idea sumaria de su contenido, en razon á que no forma cuerpo con el libro á cuyo fin va colocado. Vuelvo pues al presente sobre este particular de que me habia propuesto ocuparme en tiempo y lugar oportuno, y paso á hacer una breve explicacion de este apéndice, tanto mas necesaria cuanto que, hallándose compuesta de trozos que no guardan relacion entre sí, no forma un verdadero tratado: su lectura por esto mismo seria fatigosa, porque la incoherencia es lo que molesta; mas, é ininteligible, porque no se descubre el hilo de un pensamiento que pudiera seguirse. He querido llamar la atencion del lector sobre estas particularidades, para que no

le sorprendiese lo defectuoso de la forma de lo que va á leer; y creo al mismo tiempo que, prevenido de este modo de que no es mas que una coleccion de apuntes sin redaccion, se verá movido de cierto interés de curiosidad á registrar *papeles* procedentes de un médico, y llegados á nuestras manos desde una época muy remota. No se halla enteramente exenta de provecho esta curiosidad; porque este Apéndice contiene algunas cosas buenas, y el breve comento que voy á presentar no tiene otro objeto que el de hacer que no pasen desapercibidas del lector.

El primer punto de que en él se trata es el *causus*, que distingue el autor en dos especies; una que podria llamarse légitima, y otra cuyos caracteres estan menos marcados. El *causus* se hallaba colocado por los patólogos antiguos entre las fiebres, y tenia por carácter un calor abrasador y una sed inestinguible, ocupando un lugar principal en la patologia de los médicos griegos. Si se comparan sus descripciones con las enfermedades que hoy vemos, se verá que no es posible identificar tal afeccion con la fiebre tifoidea de la escuela de Paris (fiebre general caracterizada anatomicamente por una erupcion especial en el canal digestivo); ni tampoco puede hacerse semejante comparación con el tifo de los nosólogos franceses, intensa afeccion febril que se ha observado comunmente en los campamentos y ciudades sitiadas, y que tal vez es endémica en muchos sitios de Inglaterra é Irlanda. El *causus* tiene semejanza con la fiebre amarilla: una diferencia notable se opone con todo á su identidad, cual es la falta de los vómitos y de la coloracion de la piel tan características en esta enfermedad; y el no ir acompañado de bubones ni erupcion alguna, es obstáculo tambien que se opone á compararle con la peste de Oriente. Sin embargo, no creo que el *causus* sea una de esas afecciones estinguidas, que pertenecen á una época desapareciendo en otras posteriores, tal como la peste de Atenas en los tiempos antiguos y el sudor inglés en los modernos. Los médicos que han ejercido y escrito en paises cálidos han dado la descripcion de una enfermedad que tiene ciertas analogías con la que ahora nos ocupa: esta es la fiebre biliosa, remitente ó continua, de los paises cálidos, en cuya afeccion vemos seguramente un ejemplo entre nosotros que podemos comparar á aquella. Volveré á ocuparme de este punto en el comento al tratado de las *Epidemias*.  
Trátase, despues del *causus*, de diversas enfermedades agudas que como parecen tener entre sí relacion alguna mas que lo comun de la

agudeza, cuales son las anginas, inflamaciones de los hipocondrios, pérdidas repentinas de la palabra por afecciones cerebrales, ó irritaciones producidas por la introduccion en las venas de la bilis negra y de humores acres. El tratamiento principal, y, como dice el autor, el que debe preceder á todos los otros, es la sangría. El autor hipocrático formula su uso en dos reglas generales, cuales son; estraher sangre en las enfermedades agudas, si lo permiten las demas circunstancias del paciente, y no emplear remedios evacuantes hasta que la sangría haya relajado las partes, pues de otro modo no hacen mas que debilitar sin rebajar nada la inflamacion. Galeno estraña que no pusiera Hipócrates en los aforismos la regla primera, y con razon; porque tanto esta como la otra son, en efecto, el resultado de una práctica tan sabia como segura, y ambas manifiestan que desde entonces tenia ya la medicina una vasta esperiencia que la habia hecho llegar á establecer preceptos muy generales y precisos.

Entre estas afecciones agudas se distinguen dos especies de anginas, de una de las cuales se ha dicho que es causa de la ortofnea, que los músculos de la parte posterior del cuello se ponen tensos, que la voz se pierde, que la respiracion se hace pequeña y la inspiracion frecuente y muy penosa, y el autor añade que *en la garganta no se presenta tumefaccion alguna*. Semejante descripcion se refiere sin duda á las anginas laringeas ó bien al edema de la glotis; y, si se digera que los niños estan sujetos á ella, se veria ademas en tal pintura otro indicio del edema.

Esta serie de afecciones agudas va seguida de un capítulo sobre la pleuresia y uso de los medios evacuantes en la invasion de la fiebre, en circunstancias en que el enfermo está estreñado de vientre ó acabado de comer, el cual se halla mucho mas desenvuelto en el libro del *Régimen de las enfermedades agudas*. Galeno advierte que este trozo no puede ser de Hipócrates, porque no habria tratado aqui con menos precision lo que habia espuesto mejor en otra parte; mas, con todo, presenta algunas adiciones sobre el régimen de la convalecencia, El argumento de Galeno se halla inmediatamente despues debilitado por un largo pasage relativo á la época de la enfermedad en que debe administrarse el cocimiento de cebada, y el mismo Galeno espone que este pasage, que tiene otro análogo en el libro del *Régimen de las enfermedades agudas*, es aqui mas estenso y mas claro, como si fuera una esplicacion en que se hubiera conservado el pensamiento de Hipócrates. La existencia, pues, de pasages análogos en la parte au

téntica y en el Apéndice, tratados ya mejor ó menos bien en el uno que en el otro, me autoriza á pensar que este es una coleccion de apuntes emanados del mismo Hipócrates.

Despues de esto empieza una serie de reflexiones sobre un gran número de casos que se presentan en las fiebres. El autor se limita á hacer resaltar las indicaciones pronósticas sin dejar por eso de indicar los principales remedios que juzga oportunos; y este pasage, salva la parte relativa á los remedios, tiene mucha analogia con los correspondientes de los pronósticos. He notado sobre todo un trozo que forma, puede decirse, el comentario de una frase, sino oscura al menos muy concisa, de este último libro, cual es en el que se dice «que para juzgar desde el principio la terminacion feliz ó desgraciada, es preciso establecer su observacion desde el primer dia.» Este precepto se halla repedido en este Apéndice, y despues de haber dicho el autor que debe tenerse por punto de partida el primer dia, indica el modo de examinar la cabeza, el pecho y los hipocondrios, lo cual nos indica como un médico de la escuela hipocrática tomaba conocimiento del estado de un enfermo.

Encuétrase, en la serie de estas diferentes consideraciones sobre las fiebres, un pasage que me parece no poderse aplicar sino al *delirium tremens*. Despues de haber hablado sobre la epistaxis al principio de las enfermedades agudas, añade el autor que, si el enfermo se halla en la fuerza de la edad, ó está habituado á los ejercicios gimnásticos, ó si tiene la mano temblorosa por efecto de la bebida, puede predecirse el *delirio* ó la convulsion. Si se reunen estos dos síntomas, temblor de las manos ocasionado por la bebida y el delirio consiguientemente, se reconocerá que los hipocráticos habian tenido ocasion de observar y no habian desconocido del todo esta enfermedad singular á que estan espuestos los bebedores.

Las afecciones perihneumonicas y pleuríticas son el objeto de algunas consideraciones: la sangría era ya conocida como el remedio por escelenacia, y el autor dice que es preciso no dudar en llevarla hasta el desmayo. El uso frecuente de las sangrias es una regla que en general los modernos aplican igualmente al tratamiento de tales enfermedades: y en cuanto á su prolongacion hasta la lipotimia, un práctico muy distinguido de la escuela de Paris, Mr. Lerminier, que ha sido mi maestro, aconsejaba que nunca se llegase á producir el síncope en las pulmonías, porque decia que los desmayos en ellas son peligrosos. Presenta este párrafo un pasage paralelo en la parte auténtica del tratado del *Régimen en*



las enfermedades agudas, que es relativo á la administracion de los purgantes en la pleuresia; mas es preciso notar aqui la esplanacion de un precepto que no se halla desenvuelto en la parte auténtica. Aconseja en aquel Hipócrates, que despues de la purga se administre la tisana; y dice en este que, si se purga antes de la coccion de la enfermedad, es necesario permitir el uso de la tisana, siempre en pequeña cantidad, á fin de que el enfermo pueda dormir, digerir y sostener las crisis. Asi se explica de un modo facil el precepto inserito en la parte auténtica de administrar la tisana despues de haber purgado, lo cual se ejecuta porque se haga sentir menos el efecto de la evacuacion sobre las fuerzas del enfermo para que pueda esperar la época en que la naturaleza promoverá un esfuerzo favorable. Esta regla se ha presentado en algunas ocasiones como refiriéndolo todo á la autocracia de la naturaleza, y dejando al médico en el lugar de simple espectador de una lucha en que solo se limitase á esperar los resultados: pero, bien entendida y aceptada en toda su generalidad, espresa un pensamiento profundo, y establece una máxima que no es menos importante para la práctica moderna que lo fue para la antigua. En muchas enfermedades, como la fiebre tifoidea, la viruela &c. no parece que tiene el arte eficacia alguna directa; toda su utilidad se limita á combatir algunos accidentes y á sostener, hasta la época en que la organizacion pueda contrarrestarlos, las fuerzas combatidas por el mal: en estos casos, por consiguiente, interesa estudiar muy por menor todo lo que, en la prescripcion del régimen, pueda contribuir á este grande objeto. Esto es aun verdadero hasta en las enfermedades en que la accion de la medicina se manifiesta con mas poder. El precepto pues de Hipócrates se reduce á lo que sigue: que, en la peligrosa lucha en que se halla el cuerpo empeñado y en que el éxito pende comunmente de tan poco, es preciso tener en cuenta no solo la accion de los auxilios enérgicos que se emplean, sino tambien los recursos que tiene en sí propio el enfermo, dando á este último elemento el valor que se merece.

No será fuera de propósito hechar una ojeada comparativa sobre una interesante memoria que un médico inglés, M. Stokes, acaba de publicar relativamente á el uso del vino en el tratamiento del tifo (*tiphous fever*) (the Dublin journal of medical science, n. 43, march. 1830 vol. 15 p. 1.). Del mismo modo que Hipócrates intentó especificar los casos en que es preciso administrar el vino en las enfermedades agudas, ha querido M. Stokes circunscribir en el dominio par-

particular del tifo aquellos en que el vino es necesario. Dice este profesor; «Si comparamos al hombre poco práctico con el que tiene una larga experiencia del tifo, vemos que el primero emplea generalmente el método antillogístico mas enérgico, desde el principio de la enfermedad, y retrasa el uso de los estimulantes hasta que las fuerzas vitales han decaído mucho, al paso que el segundo conserva mas los recursos de su enfermo, y duda menos en emplear el vino y los demas estimulantes. En determinar el uso del vino en el tifo es en lo que al médico joven ó inesperto se ofrece mayor dificultad; él prescribirá este medio es lo que mas le embaraza y le da mas que temer.» Pero hasta el presente ha sido abandonada al solo tino práctico la administración del vino, y el médico nuevo no tiene regla alguna precisa que en el pueda suplir este tino que solo se adquiere en fuerza de una larga y difícil experiencia. M. Stokes ha intentado llenar este vacío, y fija por regla de procedimiento que, siempre que en el tifo disminuye la impulsión del corazón ó deja de hacerse sentir con una disminución proporcional de los dos ruidos ó una preponderancia del segundo, hay una indicación directa y casi infalible para emplear el vino (p. 67.). Hipócrates, por su parte, ha dado reglas generales para su uso, no en una fiebre particular, sino en las enfermedades agudas febriles; y puede notarse como el médico moderno y el antiguo se han sometido respectivamente á la doctrina de su época. Mientras el médico moderno, fiel al impulso que conduce la ciencia hacia la precisión mas y mas grande del pronóstico, especifica cierta lesión de la función del corazón en el tifo, indicando sus caracteres físicos y refiriendo á ellos la administración del vino, el médico antiguo, discípulo de una doctrina que consideraba sobre todo los signos generales de la enfermedad, busca sus reglas en las indicaciones suministradas por la orina, la diarrea, la expectoración, el delirio &c.

El trabajo del médico inglés es enteramente conforme con el espíritu de la medicina hipocrática, como es fácil comprender. El objeto de Mr. Stokes es el de asegurar el estado de fuerzas del enfermo, y sostenerlas, si se debilitan, con la administración del vino: pues valuar las fuerzas del enfermo y sostenerlas, fue uno de los principales cuidados de la medicina hipocrática. Puede sin embargo replicarse que este objeto ocupaba en la enseñanza de la escuela de Coe un lugar muy distinto del que tiene en las modernas, en que todo se confunde mas en la idea comun de *tratamiento*. La medicina hipocrática se dividía, en la aplicación terapéutica, en dos ramos que, aunque tendían

á un fin común, no por eso dejaban de ser objeto de un estudio separado: la administracion de remedios, y la prescripcion del régimen alimenticio. Encargada esta parte [de cumplir otra indicacion que los medicamentos, tomaba sus reglas en la observacion del estado general del paciente; y se disminuía, se aumentaba, ó se variaba la dieta, segun la intensidad de la afeccion, la época en que se hallaba, y la oportunidad que ofrecia cada uno de estos diversos tiempos. Volveré á ocuparme de este punto en el *Comento* de los libros 1.º y 3.º de las *Epidemias*, advirtiendo solo al presente, con respecto al trabajo de M. Stokes, que, siempre que se trata de estudiar en el dia el estado general del enfermo independientemente de la naturaleza de la enfermedad, y las circunstancias que indican el uso de las sustancias alimenticias sin referencia á la accion de los medicamentos propiamente dichos, se entra en el dominio de la doctrina antigua, que Hipócrates fue el primero en desenvolver en su inestimable libro del *Regimen en las enfermedades agudas*, la cual aun no ha suministrado todo el fruto que puede dar.

He puesto á la vista del lector estas observaciones sobre la medicina antigua y la moderna, persuadido de que le sugerirán reflexiones que en verdad no serán inútiles.

Las definiciones no abundan mucho en la coleccion hipocrática: dos ofrezco al presente; una de los *esputos*, en que se dice que *estan maduros cuando son semejantes al pus*, y otra de las *orinas*, en que se espresa que *estan cocidas cuando ofrecen un sedimento algo rojizo*; las cuales manifiestan con exactitud cual era el estado físico de la expectoracion y de la orina, y lo que entendia un médico hipocrático por estado de coccion ó de madurez.

Despues de unas breves consideraciones acerca de la supresion de la disenteria y sobre la fiebre biliosa, háblase del tetanos; cuyo pasage no ha obtenido el asentimiento de Galeno, que espresa su crítica de la manera que sigue: «El autor no prejuzga con certeza la benignidad del tetanos por la evacuacion de las orinas. Aunque este humor anuncia claramente la crudeza de la fiebre, los signos deducidos de su inspeccion en las enfermedades que afectan los músculos son muy poco seguros; y en cuanto al vino, es un error no pequeño dársele á los tetánicos, sin decir si el tetanos proviene de frío ó de otra cualquiera causa.»

En consecuencia de todos los ejemplos enumerados hasta el presente, hallamos una frase general acerca de las vias de solucion, que son,

en las enfermedades, la boca, los intestinos, la vejiga ó alguna otra víscera, mientras el sudor lo es de todas las afecciones. Galeno observa que esta frase es incompleta, y que se verifican tambien soluciones por el útero y por epistaxis.

El párrafo siguiente es relativo al uso y contraindicaciones del eleboro. Espuse, en la Introduccion, un pasage del libro de las Epidemias, en que se dice que el médico debe ser útil al enfermo ó al menos no dañarle, y aquí se halla otro precepto análogo, con la diferencia que en este se hace una regla de prudencia que mas concierne al médico que al enfermo. En efecto, se dice; «No ha de administrarse (á los enfermos á que el autor se refiere) el eleboro, porque no les servirá de nada; y, *si experimentan algun accidente, se lo atribuirán al medicamento.*» Por todo lo que viene dicho se conoce que este Apéndice es una reunion de trozos juxtapuestos que no tienen entre sí conexion intrínseca. Y en este mismo sitio, al concluir lo concerniente al eleboro, se presenta una singularidad aun mayor, que es una frase no acabada; lo cual bastaria para demostrarnos que en este Apéndice no tenemos un trabajo dispuesto para publicarse.

Despues de todo esto se presenta, en el orden de juxtaposicion, un largo trozo sobre la influencia de los cambios del régimen, que tiene otro semejante en la parte autentica, con la particularidad que en el Apéndice se encuentran pormenores acerca del modo de obrar del vino, que faltan en el pasage análogo del tratado; á lo cual sigue la enumeracion de varias sustancias alimenticias, con la esposicion de los efectos que cada una produce.

El cólera seco es el objeto del párrafo que sigue, cuya afeccion no se halla caracterizada sino de un modo bastante vago. Las únicas señales que el autor indica son; el volúmen del abdomen, el ruido de tripas, el dolor de los lados y de los lomos, y el estreñimiento; segun los cuales pudiera creerse que se trataba del cólico *flatulento*, ó bien de algun obstáculo al curso de los materiales alimenticios por las vias digestivas, ó tal vez de un cólico que es frecuente en los paises calidos y que designan los patólogos ingleses con el nombre de *dry-belly ache*. A continuacion del párrafo relativo al colera seco se halla una frase en que se habla de flujo de vientre, de evacuaciones biliosas, de dolores de tripas, y de vómitos. Galeno se pregunta si aun corresponde esto al cólera seco, ó si debe ser considerada esta frase independientemente de lo que procede; pero á mi me parece mas probable la alternativa primera, en razon de la descripcion

que se ha dado del *dry belly-ache* (Véase 7 Clark *Observations on the diseases* &c, p. 242.)

No me detendría en la diferencia que establece el autor, en el punto siguiente, entre el anasarca y la hidropesía con enfisema, que parece una ascitis, si otras consideraciones hechas por los médicos hipocráticos sobre las hidropesías no ofreciesen una semejanza curiosa con algunos descubrimientos modernos. Se dice en los *Pronósticos*; «Las hidropesías que proceden de las enfermedades agudas todas son fatales; no quitan la fiebre, y son muy dolorosas y funestas. La mayor parte trahen su origen de los vacíos ó de los lomos, y otras del hígado. Cuando proceden de los vacíos ó los lomos, se hinchan los pies, y se establecen diarreas prolongadas que no mitigan los dolores de dichas partes, ni restituyen al vientre su propia flexibilidad.» Esta hidropesía de los vacíos y de los lomos distinguida claramente de la del hígado. recuerda la que va con tanta frecuencia unida á la enfermedad de *Bright*, ó *nefritis calculosa de Rayer*. (*Tratado de las enfermedades de los riñones y de las alteraciones de la secrecion urinaria*, Paris 1840 t. 2.º en 8.º pag. 97 y siguientes, y atlas lam. 6, 7, 8, 9, y 10.). Si bien no puede decirse que realmente los médicos hipocráticos refiriesen una hidropesía á cierta afeccion de los riñones, no es sin embargo poco notable que, haciendo separacion del hígado, colocasen en la region lumbar la causa de una de ellas, cuya pertinacia habian al mismo tiempo conocido. Tampoco deja de serlo el que hubiesen observado en esta hidropesía diarreas funestas que no libran al paciente del humor derramado; y en fin, tambien es digno de atencion, bajo el punto de vista de historia de la ciencia, que hayan sido necesarios los trabajos y descubrimientos de muchos médicos modernos para dar á una observacion consignada en los pronósticos un valor por tanto tiempo desconocido.

Lo que sigue es relativo á las personas que tienen el vientre enardecido; despues de lo cual viene un precepto general sobre el régimen de los enfermos, que se dirige, segun el autor, principalmente, por la observacion de las remisiones y exacerbaciones de los males.

El trozo siguiente es un cuadro de diversos estados patológicos que contraindican el uso de los purgantes. Acerca de esta acumulacion hecha sin orden dice Galeno, que evidentemente todo es un conjunto de notas con las que sin duda habia pensado su autor componer un libro.

Algunas palabras relativas á la necesidad de contener el vientre

de un enfermo que quiera sangrarse, preceden á muchas prescripciones que en el sentir de Galeno, no se refieren á caso alguno determinado, ya se omitiera la frase en que se indicara la enfermedad por el primero que lo copiase, ya que el mismo autor se distrajera y se olvidára de decir á que afeccion se dirigian los preceptos que daba. Galeno añade que podia creerse que se trataba aqui de dolores.

Hállase en este sitio intercalada una fórmula farmaceútica contra la hidropesia, en la que entran las cantáridas como parte constituyente, cuyo medicamento se sabe que tambien se emplea en el dia contra tal afeccion.

En fin, se termina todo con una coleccion de composiciones farmaceúticas contra las hemorragias, la disenteria, la oftalmia &c. donde se halla interpuesta la descripcion de la operacion del trichosis y de la ligadura de los tumores hemorroidales.

Háblase con mucha frecuencia en este Apéndice del papel que desempeña la intercepcion del *aire vital* en las apoplejias y otras afecciones, acerca de lo cual tendremos ocasion de ocuparnos en otro sitio.

Buscando, entre los numerosos medios empleados, cuales eran los de aplicacion mas comun entre los médicos hipocráticos, y por consiguiente, del mismo Hipócrates, se encuentran la sangria y los evacuantes, eméticos y purgantes sobre todo; cuya observacion no es indiferente ni para el conocimiento de la medicina antigua ni para la moderna; porque en una ciencia tan rodeada de graves dificultades como esta, hay un grande interes en saber lo que deber ser considerado por sus profesores como lo mas aproximado á lo cierto por haber recibido la sancion de la mas larga esperiencia.

Galeno, en el juicio que emite sobre este apéndice, distingue pasages de diferentes caracteres unos que, aunque lejos, á su parecer, de hallarse con la fuerza de expresion y la exactitud de las proposiciones que pertenecen á la primera parte del tratado, tienen sin embargo el sello de la doctrina de Hipócrates, por manera que bien pueden creerse procedentes de alguno de sus discipulos; otros que presentan la expresion y el pensamiento tan perfectos, que no hay inconveniente en admitirlos como propios del mismo Hipócrates que los estuviese reuniendo para hablar despues, como habia ofrecido, de cada enfermedad en particular; y otros en fin, que no son dignos de un autor tan esclarecido, sino interpolaciones estrañas de las que se encuentran tambien egemplos hácia el fin de los aforismos: siendo generalmente co-

nocido el principio de los libros, los falsificadores introdujeron sus adiciones hácia el fin con el objeto de disimularlas, y así se ven igualmente en el libro de las *Heridas de cabeza* y en el 4.º de las *Epidemias*, como en este apéndice al tratado del *Régimen en las enfermedades agudas*.

Este juicio de Galeno me parece ser el resultado de un exámen atento del libro de que se trata. Es un conjunto de notas que no se hallaban destinadas á publicarse, pues en ellas se encuentran frases incompletas, no acabadas, que bastarian para la inteligencia de su autor, mas que de ningun modo tendria este dispuestas para darlas á luz bajo esta forma, concibiéndose muy bien que seria una publicacion póstuma hecha bajo un célebre nombre. (En el cap. 3.º de la Introduccion he desenvuelto este punto de la existencia de notas no redactadas en la colección hipocrática.) Esto supuesto, aun pueden reconocerse las siguientes particularidades: unos de estos apuntes deben ser considerados realmente propios de Hipócrates, no tanto por la razon que da Galeno de la fuerza del pensamiento y la expresion, sino porque reproducen, de un modo mas compendiado y á veces mas desenvuelto, los pasages que constituyen una parte integrante del libro del *Régimen en las enfermedades agudas*; de modo, que tenemos á la vista algunos pensamientos que Hipócrates escribió como elementos de un libro que meditase, lo cual nunca deja de inspirar cierto interés. Nosotros tenemos, hasta cierto punto, conocimiento de este modo de trabajar; y el tiempo, que ha consumido tan gran número de monumentos de la antigüedad literaria, ha perdonado algunos fragmentos consignados para uso particular en alguna hoja suelta.

Como Hipócrates ofreció en el libro del *Régimen de las enfermedades agudas* tratar de cada una de las enfermedades en particular, y se hallan en este apéndice varios apuntes relativos á ciertas enfermedades de esta especie, es muy probable que algunos de ellos provengan del mismo Hipócrates que los tuviese destinados para la elaboracion del libro en que pensaba, y que ó bien pereció antes del establecimiento de las grandes bibliotecas públicas de Alejandria, ó no llegó á ser compuesto.

Entre las demas anotaciones, piensa Galeno que algunas son procedentes de los discípulos de Hipócrates, y á propósito he llamado la atencion sobre una frase tan marcadamente médica, que no puede ser de ningun extraño á la profesion, cual es en la que se dice: "Si sobreviene la convulsion la muerte es muy probable; y hé aqui un motivo para un buen pronóstico." Nuevo argumento en apoyo de las razones que en la introduc-

cion esplané para probar que estos apuntes tienen una procedencia verdaderamente médica, y que no son obra, como se ha dicho, de algun falsificador que se ocupase en engañar á los bibliotecarios de los reyes de Pérgamo y Egipto. Examínese aquella espresion, en la cual se trata de la muerte del enfermo, y se verá que el autor, enteramente preocupado de una especie de interes científico que en medicina jamás debiera llegar hasta el extremo de olvidar ni un solo momento que la sustancia viva es muy distinta de la física y la química estudiada en los laboratorios, aplica un epíteto imposable á un pronóstico que no será bueno, es decir *justo*, sino en tanto que el enfermo sucumba á la dolencia. Frecuentemente he tenido ocasion de oír semejante lenguaje á los médicos á quienes he tratado, diciendo un *buen caso*, un *buen diagnóstico*, un *buen pronóstico*. Confieso que tales espresiones me chocaron desde luego, y en el dia, que me halló en el caso de analizar su valor, entiendo que envuelven una contradiccion implícita de la idea de la medicina, que destinada á un mismo tiempo á edificar la ciencia de los fenómenos patológicos, que son parte de los naturales, y á aliviar á los hombres en sus padecimientos, jamás debe sacrificar la una á la otra de estas exigencias. Mas, por una abstraccion inmeditada que fácilmente se concibe, los médicos han acostumbrado á llamar bueno, á lo que es para el enfermo causa de peligro, de dolor y de la misma muerte. Esta espresion es pues característica; y ciertamente los que al hablar de la prediccion de la cercana muerte de un enfermo dijeron que era un buen pronóstico, no podian menos de ser médicos.

Dice Galeno que los falsificadores añadian algunas veces al final de los libros trozos que no les pertenecian. Este apéndice termina en efecto con una coleccion de fórmulas farmacéuticas que pueden muy bien proceder de tal origen. Añádase á esto, por último, que cuando se pasa de la parte auténtica de este tratado al apéndice, se echa de ver una gran diferencia en el estilo, hallándose en este espresiones descuidadas y frases de construccion irregular y poco esmerada. Nada nos demuestra mejor que esta repentina diferencia, que tenemos una porcion de apuntes redactados de cualquier modo y sin corregir.

En resúmen, creo que el lector, prevenido de este modo, no dejará de revisar con provecho estas anotaciones de Hipócrates y sus discípulos. Siendo la medicina uno de los mas graves cargos que puede el hombre desempeñar, interesa mucho al médico reflexionar sobre ella. Por esto la lectura en general y la de los antiguos en particular le es sumamente



ventajosa ; porque , si la comunicacion de los pensamientos de los demas escita en nuestro espíritu una porcion de ideas que sin esto jamás nos habrian ocurrido , el exámen del giro de los pensamientos antiguos , que siempre tiene para nosotros alguna novedad , fija mas nuestra atencion, no dejando pasar entonces cosas que de otro modo hubieran quedado desapercibidas.

---

## DEL RÉGIMEN DE LAS ENFERMEDADES AGUDAS.

---

### APENDICE.

1. La fiebre ardiente se produce cuando las venillas desecadas por el calor chupan los humores acres y biliosos, en cuyo caso se determina una calentura considerable con gran sensacion de laxitud y dolor. Tambien es efecto muchas veces de una marcha forzada, y de una sed contenida por largo tiempo, cuyas causas hacen que, desecándose las venas pequeñas, atraigan á sí fluxiones acres y cálidas. En estas circunstancias, la lengua se pone áspera, seca y muy negra; experimenta el enfermo en el abdomen dolores como mordicantes; las evacuaciones alvinas se presentan fluidas y amarillentas; y estos sintomas vienen acompañados de una sed considerable, de vigilia, y á veces de delirio. En esta afeccion, se dará al enfermo á beber agua é hydromel cocido y diluido en el mismo liquido en la cantidad que quiera; si la boca tiene un sabor amargo, convendrá hacerle vomitar y promover con enemias algunas deyecciones; y si estos remedios no produjesen su efecto, deberá purgársele con leche de burra cocida; es necesario abstenerse de toda sustancia acre ó salada, porque su uso le seria insoportable, ni permitir la tisana hasta haber pasado el tiempo de la crisis. Si aparece una epistaxis, la enfermedad se resuelve; asi como tambien se verifica este feliz resultado, si se esta-

blecen sudores legítimos y críticos, con orinas blancas, espesas y con sedimento homogéneo, ó cuando se forma un absceso. Si la enfermedad se resuelve sin ninguno de estos fenómenos, debe temerse una recidiva, ó que sobrevengan dolores en las caderas ó en los miembros inferiores; y para recobrar la salud, espectorará el enfermo materiales espesos. Hay otra especie de calentura ardiente en que se presenta diarrea y sed considerable; la lengua se pone árida y seca, con un gusto salado; la orina se suprime; hay vigilia, y las estremidades se enfrían. Esta afección no se juzga, si no aparece una epistaxis, ó un absceso alrededor del cuello, ó dolor en las piernas, ó espectoración de materiales espesos (á lo que debemos añadir, cuando el sitio del mal se halla en el vientre (I), un dolor en las caderas, ó el aparecer un color livido en las partes genitales): la tensión de los testículos es también un signo crítico. El enfermo debe usar en este caso alimentos líquidos capaces de atraer los humores.

2. En las enfermedades agudas debe sangrarse, si la afección es intensa, si los enfermos se hallan en el vigor de su edad, y son robustos. En los casos de pleuresia con angina deben prescribirse al enfermo eclegmas (ó lamedores) sialagogos; mas si la debilidad pareciese muy grande y se hubiera ya sacado mucha sangre, no se deberá hacer mas que disponer una lavativa cada tres dias hasta que se halle el enfermo fuera de peligro, teniéndole á dieta si fuese necesario (a).

(I) Las ediciones no ponen la frase marcada dentro del paréntesis del modo que nuestro autor, sino que dicen: "Esta afección no se juzga si no aparece una epistaxis, ó un absceso hácia el cuello, ó dolor en las piernas, ó espectoración de materiales espesos (después de haber cesado la diarrea), ó dolor en las caderas, ó lividez en las partes genitales &c." Así lo espresan Calvo de Ravena, Vander-Linden, y nuestros espositores Valles y Bouafon. Preguntándose Valles en su comentario, por qué el flujo de vientre ha de ser un obstáculo que se oponga á los buenos resultados de las anteriores evacuaciones, se responde que es debido á que evacua los humores que habrían de constituir aquellas crisis.

(a) Este pasaje es muy difícil; voy á manifestar las dificultades que presenta, y las razones que hacen probable la interpretación que de él hago. Foesio traduce; *donec in tuto æger fuerit et fame opus habeat*. Para que *fame* tenga alguna significación, es preciso entenderlo en el sentido de *ser alimen-*

3. Los tumores de los hipocondrios que no son producidos por la interrupcion del aire interior; la tension del diafragma; la respiracion entrecortada con ortofnea sin espectoracion, en los casos en que aun no se ha verificado la formacion del pus, pero en que estos accidentes son ocasionados por la sofocacion; los fuertes dolores del

tado; porque en el de abstinencia, habria una contradiccion con *el hallarse fuera de peligro (in tuto)*, puesto que los enfermos que se encuentran ya en tal estado no estan puestos á dieta, sino que ya han empezado el uso de alimentos. Gardell ha traducido; *hasta que el enfermo se halle fuera de peligro, y sienta apetito (jusqu' á ce qu'il est hors de danger &c.)*. Este sentido es el mismo que el de Foesio, y susceptible por lo tanto de igual objecion. Estas traducciones se hallan conformes con el testo vulgar: Grimm ha tomado otro rumbo, siguiendo la variante que presenta el testo que acompaña al comentario de Galeno: *bis sie entweder in Sicherheresit siud &c.* Segun esta version, hubiera dicho el autor hipocrático que es preciso purgar cada tres dias por medio de lavativas, hasta que el enfermo se halle fuera de peligro ó tenga necesidad de estar á dieta. La dificultad que yo encuentro en este sentido es la estremada oposicion que hay en estas dos alternativas: la primera supone un estado de convalecencia, y la segunda, ó una agravacion de tal estado ó la proximidad de la crisis; y si el autor hipocrático hubiera querido indicar el incremento de los síntomas, no lo hubiera hecho de una manera tan perifraseda, sino que hubiera dicho simplemente, *si sobreviene algun síntoma grave, ó si se aproxima la crisis*. Adviértase ademas que nada se ha dicho en lo que precede de que el enfermo tomase sustancia alguna alimenticia, de modo que nada autoriza á admitir que aqui se tratase de prohibir una alimentacion de que aun no se ha hablado. En vista de estas dudas, me he decidido por el manuscrito 2253 que me ha suministrado un sentido á mi parecer mas satisfactorio, traduciendo *prescribiendo la abstinencia si es preciso*: lo cual por una parte es muy claro, y ademas muy natural. Galeno dice en su comentario sobre este miembro de la frase; "Lo que se añade á lo último se comprenderá facilmente por los que se acuerden de lo que he manifestado en mi comento sobre el primer libro." Nada hay en este pasage que contradiga la esplicacion que he dado con el auxilio del manuscrito 2253. "

\* Nuestro Valles admite tambien la interpretacion que Foesio, diciendo; *Usque dum in tuto sit ægrotus et fame indigeat*; y lo explica manifestando que con esta espresion se quiere significar que el enfermo se halla en la declinacion del mal, pues entonces necesita tomar alimentos, y para esto es preciso que sienta apetito. Bonafon traduce esta frase diciendo, *hasta que se halle fuera de peligro y no tenga necesidad de otro remedio que de la abstinencia*.

hígado sobre todo, y las opresiones del bazo; todas las demas flegmasias y dolores fuertes situados en los órganos colocados por encima del diafragma; en fin, las enfermedades agudas en que hay infarto de humores, no se resuelven si se las combate al principio con los purgantes. La sangría es en ellas el remedio principal, y despues vienen los enemas; á no ser que la afeccion sea grande é intensa, en cuyo caso convendrá usar una purga despues de la sangría, procediendo en esto siempre con seguridad y moderacion (b). Los médicos que procuran obtener la resolucion de las enfermedades inflamatorias por medio de medicamentos purgantes administrados desde el principio no consiguen disminuir la tension é inflamacion, porque las enfermedades no ceden á tales remedios en su estado de crudeza, sino que producen la licuacion de las partes que se hallan sanas habiéndose resistido á el mal; debilitándose el cuerpo prepondera la dolencia, y, cuando esta prevalece, la curacion no es posible.

4. La pérdida repentina de la facultad de hablar debe atribuirse á la excesiva replecion de las venas, si sobreviene este accidente en el estado de salud sin causa manifiesta ó violencia esterna: en este caso debe abrirse la vena interna del brazo derecho, y extraerse una cantidad de sangre mas ó menos considerable, segun la constitucion y edad del enfermo. La mayor parte de los sugetos acometidos de esta indisposicion presentan los síntomas siguientes: rubicundez del rostro, inmovilidad de los ojos, distensiones de las manos, rechinado de dientes, pulsaciones, apretamiento de las mandíbulas, enfriamiento de las estremidades, y suspension del curso del aire en las venas (c).

5. Los dolores que se fijan desde luego en un punto atraen á él abundancia de bilis negra y de humores acrimoniosos; experimentan las partes interiores una sensacion de mordedura; irritadas las venas

(b) Algunas ediciones ponen mal esta última frase, diciendo que *la sangría despues de la purga necesita emplearse con seguridad y moderacion*; pero Galeno deshace tal equivocacion, y el manuscrito 2253 se halla conforme con el sentido de Galeno. \*

\* Nuestro Valles y Bonafon traducen esta frase lo mismo que el autor.

(c) En algunas ediciones se encuentra diversidad en el sentido de este párrafo, que es debida á la mala puntuacion que han adoptado.

á su vez y desecándose, se ponen tensas; é inflamadas, atraen hácia sí los humores que afluyen. De este modo, alterándose la sangre y no pudiendo el pneuma recorrer sus conductos naturales, se forman estancaciones que producen enfriamientos, oscurecimiento de la vista, pérdida de la palabra, pesadez de cabeza y convulsiones, cuando afectan el corazon, el hígado ó la vena cava; cuyos accidentes van seguidos de epilepsia ó de parálisis, si la fluxion cae en estos órganos por las venas contiguas, y si á causa de la desecacion no puede el pneuma seguir en ellos su camino. A estos enfermos se les debe, ante todas cosas, aplicar fomentos y sangrar inmediatamente despues, mientras el aire interior y los humores que dañan se hallan todavia en movimiento; despues se dará fuerza á los pacientes, y tomando en consideracion las crisis, se procurarán, si el mal no cede, evacuaciones por vómito. En cuanto á las vias inferiores, si no bastasen las lavativas, se ordenará leche de burras cocida en cantidad de doce cotilas (\*), y aun de diez y seis, si el sugeto fuese robusto.

6. Primera angina (de la parte posterior de la boca): aparece esta angina en la primavera y el otoño, cuando baja de la cabeza una fluxion abundante y viscosa á las venas yugulares, que atraen, á causa de su magnitud, mayor cantidad de humores. Siendo esta fluxion fria y viscosa, forma una obstruccion; y, embarazando el curso del pneuma y de la sangre, conduce la de las partes inmediatas, dejándola inmóvil y estancada, por la propiedad que tiene de enfriar y de obstruir. De aqui resulta la sofocacion, poniéndose la lengua lívida, redonda y encorvada, por lo que se hinchan las venas sublinguales. (Se ve, en efecto, si se corta la uvula, que tambien se llama columela, una gruesa vena en cada lado.) Hinchadas pues las espresadas venas, fijadas en la lengua, cuyo tejido es flojo y esponjoso, y recibiendo este órgano con ansia, á causa de su sequedad, el liquido que de ellas viene, de aplastada que era se hace redonda; de encarnada se vuelve lívida; de blanda se hace dura; inflexible de flexible; de modo que el enfermo está muy espuesto á sofocarse si no se le socorre prontamente. Los auxilios que deban prestarse consisten en la sangria del brazo, la abertura de las venas sublinguales, el uso de los eclegmas, y los gargarismos calientes: se debe tambien rasurar la cabeza; aplicar un cerato sobre ella y sobre el cuello; cubrir con lana estas

(\* ) Cada cotila equivale á nueve onzas.

partes, y hacer fomentaciones de agua caliente con esponjas finas y esprimidas. Deberá beber el enfermo agua y oximiél templados, y se le prescribirá el jugo de tisana, luego que habiendo pasado la crisis se halle fuera de peligro. Otra angina (la laríngea): cuando en el verano ó el otoño baja de la cabeza la fluxion cálida y acre (porque la estacion la da estas cualidades) irrita, ulcera é incha las partes donde se detiene; sobreviene ortofnea y una gran sequedad; reconocida la garganta no presenta tumefaccion alguna; se contraen los músculos de la parte posterior del cuello, como lo estan en el tétanos; la voz se pierde; la respiracion se hace pequeña; la inspiracion es frecuente y difícil; se ulcera la traquearteria y el pulmon se inflama, no pudiendo estos enfermos hacer entrar en su pecho el aire que viene del exterior. Esta especie de angina, á no ser que espontáneamente se dirija hácia las partes de afuera, es mas funesta y espuesta á un peligro mas inevitable, á causa de la estacion y de los humores cálidos y acres que la ocasionan.

7. Cuando acomete á alguno la calentura en ocasion de no haber movido el vientre por espacio de mucho tiempo ó á poco de haber comido, ya venga ó no acompañada de dolor de costado, deberá el enfermo guardar quietud hasta que los alimentos hayan bajado á los intestinos inferiores, tomando por bebida el oximiél. Cuando se sienta el peso hácia los lomos, se evacuará el vientre con una lavativa ó se prescribirá un purgante; despues de purgado, tomará el enfermo primeramente tisana, é hydromel por bebida, y despues alimentos sólidos y pescados cocidos, bebiendo por la noche un poco de vino aguado, é hydromel diluido en agua por el dia. Si espele gases muy fétidos, convendrá promover del mismo modo una evacuacion por medio de un supositorio ó una lavativa; y, si asi no sucede, se continuará en el uso del oximiél hasta que los escrementos hayan pasado á los intestinos inferiores, y entonces se pondrá un enema. Si acomete la fiebre ardiente á un sugeto que tenga el vientre libre, y á pesar de eso se juzga conveniente purgarle, no debe procederse á ello en los tres primeros dias, sino esperar al cuarto. Cuando se haya prescrito una purga, deberá permitirse el uso de la tisana, teniendo mucho cuidado con las exacervaciones de la fiebre; porque es preciso tomarla, no cerca de su aparicion sino en la época en que termina, cuando haya cesado completamente, y lo mas distante posible de su reaparicion. Mientras se hallen los pies frios, no conviene administrar tisana, ni bebida, ni cosa alguna de esta especie; importa mucho abstenerse de su uso hasta que el calor se haya restablecido enteramente, y entonces puede prescribirse lo que se crea mas oportuno.

En general, el enfriamiento de los pies es indicio de una próxima exacerbacion de la fiebre; pues si en este momento se carga con cualquiera cosa el estómago del paciente, se le ocasionará un notable perjuicio, acrecentando no poco la enfermedad. Al contrario, cuando la exacerbacion se estingue, los pies se ponen mas calientes que el resto del cuerpo; y si se enfrian, se reproduce aquella, y se enciende en el pecho un fuego que trasmite su ardor á la cabeza. Dirigiéndose rápidamente todo el calor hácia arriba, y exalándose hácia esta, nada tiene de extraño que los pies se enfrien, siendo partes nerviosas y muy poco carnosas; ademas, hallándose tan distantes de las regiones donde reside el calor, no contribuye poco á enfriarlos el reconcentrarse este en el pecho; y, por la misma razon, cuando la fiebre cesa y se disipa, baja el calor á los pies, y el pecho y la cabeza se enfrian entonces. Estos fenómenos deben fijar mucho la atencion del médico; porque si, mientras los pies estan frios, el vientre se halla necesariamente ardoroso y el estómago levantado, tensos los hipocondrios, y el cuerpo agitado á causa de la turbacion interior, si la razon se perturba y se sienten dolores, si el enfermo experimenta tirantezas y ganas de vomitar, y, si vomitando materiales de mala naturaleza, el mal se empeora, al contrario; cuando el calor baja á los pies y la orina sale libremente, aunque no se presente sudor, calman todos los accidentes. Esta es pues la ocasion oportuna de prescribir la tisana, que antes hubiera sido muy perjudicial.

8. En las fiebres en cuyo curso el vientre se presenta siempre suelto, debe cuidar el médico de que los pies no se pongan mas frios que el resto del cuerpo, procurando conservar en ellos el calor con la aplicacion de ceratos y envolviéndolos en bayetas; y, si se hallan calientes, no se aplicará nada á este fin, cuidando solo de que no se enfrien: se tomará por bebida el agua fria ó el hydromel, en la menor cantidad posible. En las fiebres en que el vientre se presenta suelto, la inteligencia turbada, en que la mayor parte de los enfermos arrancan motas de las cubiertas de la cama, se pellizcan las narices, responden pausadamente á las preguntas que se les hace, y por sí nada dicen razonable, me parece que dependen estos sintomas de la atrabilis. En tales casos, si el flujo de vientre continúa y el cuerpo se debilita, me parece conveniente prescribir las tisanas mas frias y espesas que de ordinario, y bebidas contentivas, vinosas y aun astringentes (II). En las fiebres en que desde el principio sobrevienen vérti-

(II) Vander-Linden y nuestro Valles ponen..... *mas bien vinosas que astringentes.*

gos, latidos de cabeza, y aparecen las orinas claras, es de esperar que haya exacerbacion del mal al aproximarse las crisis, y aun puede facilmente suceder que se presente delirio. Si á la misma época las orinas son nebulosas y turbias, se purgará al enfermo con moderacion, si es que no existe nada que lo contraindique; y si, por el contrario, las orinas se presentan claras, no deberá usarse de purgantes, sino de lavativas, si parecen útiles. Hé aqui cómo debe dirigirse la curacion de estos enfermos: se les aconsejará reposo, unturas, y que esten bien abrigados; se prescribirá el hydromel mezclado con agua para bebida, asi como de alimento se ordenará el jugo de cebada tomado por la tarde. Debe cuidarse mucho desde el principio de promover evacuaciones alvinas por medio de lavativas, mas no con el uso de los purgantes; porque, si de este modo se provocan algunas, no experimenta coccion la orina, y la calentura se prolonga mucho tiempo sin sudor y sin crisis. Cuando la época de las crisis se aproxima no debe administrarse la tisana hasta que la enfermedad decline y vaya á mejor. En cuanto á las demas especies de calentura, debe siempre estarse muy á la mira de las crisis para suspender el uso de las tisanas á esta época de la enfermedad. Suelen estas prolongarse y ocasionar abscesos que se forman hácia las orejas y el cuello, si estan frias las partes inferiores, apareciendo otros cambios si no se hallan frias; sobrevienen tambien epistaxis, y el vientre se perturba. En las fiebres en que se presenta ansiedad, tension de los hipocondrios, inquietud que obliga á los pacientes á cambiar á cada instante de postura, y enfriamiento de todas las estremidades, es preciso estar muy vigilantes y ser muy cautos: no se dará en todo el curso de la enfermedad mas que oximiél diluido en agua, ni se permitirá el uso de las tisanas hasta que la dolencia haya terminado y sufrido la coccion. El enfermo debe hallarse colocado en un cuarto oscuro y acostado en una cama tan blanda como sea posible, encargándole que no mude con frecuencia de posicion, y que evite cualquier movimiento del cuerpo; cuyas precauciones le son sumamente ventajosas. Tambien es provechosa la aplicacion sobre el hipocondrio de la simiente de lino cocida en agua ó aceite y en forma de cataplasma que debe estar templada. Se deben inspeccionar las orinas para formar juicio acerca del éxito de la dolencia; pues si se presentan espesas y de un color pálido son un signo favorable; si ténues y negras son de mal agüero; y, si varian sus caractéres, indican la prolongacion de la enfermedad y sus necesarias alternativas en mejoría y retroceso. Las fiebres irregulares deben abandonarse á sí propias hasta que hayan tomado un caracter fijo; y luego que se haya logrado este paso deberán combatirse con el régi-



men y método curativo apropiado, teniendo en cuenta la constitucion del paciente.

9. El aspecto de los enfermos se presenta en las distintas ocasiones bajo una multitud de diversas formas; por consiguiente no deberá el médico dejar pasar sin apereibir la menor circunstancia, ya entre las causas la que sea mas manifiesta ó que halle el racionio mas adecuada, ó ya entre los sintomas los que deben aparecer en los dias pares é impares segun sean (III), desconfiando sobre todo de los

(III) Existe variedad en las ediciones en cuanto á la redaccion de este párrafo, como ya indica tambien M. Littré en sus variantes, haciendo notar el comentario de Galeno en que espresa relativamente á este punto, que *unas causas son evidentes para toda clase de personas, al paso que otras lo son tan solo á los médicos, agregando que debe prestarse tambien atencion á las causas que aparecen en los dias pares ó impares*. Foesio tradujo en el mismo sentido, y nuestro autor, á pesar de estas dos autoridades, se atiene al testo literal de los manuscritos, porque no es facil comprender cómo deban manifestarse las causas en los dias pares ó impares.

Calvo traduce este período del modo que sigue: *Existen muchas especies de enfermedades que el médico debe conocer y observar sin que se le pase nada, así como tambien debe atender al número par ó impar &c.* Nuestro Valles y Vander-Linden se hallan conformes espresándose como sigue: *Sunt autem aspectus multi ægrotantium: quare animadvertendum est medico ne aliqua manifesta causa ipsum lateat, neque ulla earum quæ sillogismo (aut racionatione) agnoscuntur, neque quæcumque ad numerum parem vel imparrem apparere oportet*. Esplicando Valles el sentido de este párrafo en su comento, se espresa de esta manera: "Cree Galeno que esta sentencia es referente á la parte curativa, y que, al espresar *aspecto de los enfermos*, quiso Hipócrates aludir á las especies ó diferencias de enfermedades, como con la voz de *enfermos* á las dolencias mismas; comprendiendo por lo tanto, que, al decir que *se presente bajo diferentes formas el aspecto de los enfermos*, quiso manifestar que hay una porcion de especies de enfermedades que debe el médico conocer, si ha de egercer su arte con acierto, asi como tambien las causas manifiestas y las internas ó que no son perceptibles á los sentidos sino al recto racionio, y que no debe ignorar tampoco todo lo que hace relacion á los dias decretorios. Es preciso estar impuesto en todas estas cosas para saber la manera y oportunidad con que debe procederse en el tratamiento. La sentencia es verdadera; mas la interpretacion de la palabra *aspectus* es algo violenta, incurriendo Galeno en un vicio que él mismo reprende en el uso de las voces. Juzgo yo que tal espresion se refiere justamente al pronóstico, y que la frase *aspectus ægrotantium* debe tomarse en su verdadero sentido, en-

últimos, porque en ellos suelen verificarse grandes cambios en uno ú otro sentido. Es preciso fijar mucho la atención en el primer día en que el enfermo se halló indispuerto, é investigar de dónde y cómo ha tomado origen la afección; porque este punto es el primero que interesa aclarar. Averiguado todo esto, se informará despues el médico del estado en que se halla la cabeza, observando si existe en ella dolor ó pesadez; pasará despues á examinar los hipocondrios y el pecho, observando si aquellos se presentan doloridos é hinchados, ó desiguales entre sí, y si producen una sensacion de peso ó incomodidad; y viendo si en este existe dolor, y si hay al mismo tiempo algo de tos, dolores de tripas ó desazon de vientre. Cuando alguno de estos sintomas se manifiesta en los hipocondrios con especialidad, deberán promoverse evacuaciones por medio de lavativas, y administrarse el hydro-mel cocido y caliente. Tambien debe el médico averiguar si, cuando el enfermo se levanta, se ve acometido de desmayos, y si la respiracion se egerce bien; y no es menos digno de su cuidado inspeccionar si las cámaras se presentan muy negras ó tan naturales como en estado normal, y observar si la fiebre se exacerba cada tercer dia. Despues de haber considerado con la mayor atención, en estas afecciones, lo que sucede en los tres dias primeros, importa mucho comparar los sintomas que ulteriormente se presenten con los manifestados en todo el tiempo dicho; pues, si al cuarto aparecen algunos accidentes semejantes á los del tercero, debe creerse que el estado del paciente es peligroso. Hé aqui los signos á que conviene atender: las

tendiéndose por tal lo que se ofrece de notable en el rostro del paciente, como en los ojos, la frente, la boca y lo demas de la cara. Continúa nuestro célebre comentador diciendo que, asi como en los pronósticos dijo Hipócrates, despues de haber descrito los malos signos que suministra el semblante, que si aparecen de tal modo desde el principio conviene para fijar el juicio informarse de si el enfermo tiene insonios, ó diarrea, ó si ha padecido hambre, porque si hubiera alguna de estas circunstancias el peligro es mas remoto, al paso que está proxima la muerte en el caso contrario, del mismo modo dice al presente que el rostro del enfermo presenta diferente aspecto en diversas ocasiones, cuyas diferencias debe el médico tener en cuenta para establecer su juicio; asi como tampoco debe desconocer la causa oculta ó manifiesta, porque, cualquiera que sea el aspecto del paciente, indica la primera una gravedad mayor y mas peligro. Debiéndose entender lo mismo respectivamente á otros signos y tambien á la fuerza de los dias decretorios, por la influencia que estos tienen en las crisis de las enfermedades."

deposiciones negras anuncian la muerte ; las que se manifiestan parecidas á las de las personas sanas indican la convalecencia cuando son diariamente lo mismo. Si las lavativas no producen efecto alguno, y el enfermo, aunque tenga la respiracion espedita, experimenta desmayos al levantarse ó al sentarse en la cama, debe esperarse el delirio, si tales sintomas aparecen desde el principio (IV). Tambien debe atenderse al estado de las manos; pues, si se presentan temblorosas, vendrá epistaxis, y en este caso debe tambien mirarse las narices y ver si atraviesa por ellas el aire con libertad, porque, cuando la respiracion se hace por ellas con fuerza, suelen aparecer convulsiones que acarrean la muerte del enfermo ; y este es un buen pronóstico.

10. Si en una fiebre de invierno se pone la lengua áspera y acontecen desmayos (d), es lo comun que la enfermedad remita ; mas,

(IV) Galeno critica médicamente esta frase, que dice no apoyarse en la esperiencia ni el racionio: que tal vez puede presentarse un conjunto de sintomas de esta especie, pero que las reglas pronósticas no deben establecerse por los fenómenos que acontecen pocas veces, sino por lo que diariamente se presenta.

Valles, en su comentario, dice que el autor hipocrático aconseja aqui poner un supositorio ó lavativa, no solo con el objeto de obrar medicinalmente, sino tambien para deducir signos; porque, al prevenir que se observe si hay desfallecimientos al levantarse de la cama ó en el mismo lecho, establece un pronóstico deducido de tales circunstancias. La significacion de este pasage la explica del modo que sigue: "Si es tal la astriccion de vientre que no obedezca á las lavativas ó calas, prueba que hay gran redundancia de humores en las partes superiores, asi como suele desecarse tambien el vientre en las grandes fluxiones de cabeza, y presentarse la orina ténue y clara, y aun hacerse blanca en las frenitis. Mas, si á esto se agrega la facilidad en respirar y la aparicion de desmayos en las circunstancias espuestas, indica que los hipocondrios, el septo transverso, y el thorax, se hallan desembarazados, porque si no lo estuviesen la respiracion no seria espedita, y que la cabeza es el sitio de la fluxion humoral. ¿Y qué debe esperarse entonces sino el delirio, siendo esta la principal lesion de las funciones del encéfalo?"

(d) Advierte Galeno que, entre los antignos comentadores, entendieron aqui unos esta espresion en el sentido de *fiebre sobrevenida en el invierno*, y otros en el de *fiebre análoga por su índole al invierno*, es decir, *pituitosa*.

con todo, debe tenerse al enfermo á dieta y al uso de bebidas acuosas, hydromel, y jugo de tisana, sin fiarse en la remision, porque en los que aparecen tales síntomas suele verificarse la muerte. Sabido esto, debe formarse un pronóstico arreglado á las consideraciones espuestas. Cuando en las fiebres sobreviene al quinto dia algun síntoma temible, como diarrea repentina, desmayos, pérdida de la palabra, convulsiones ó hipo, si á esto se agrega una sensacion de náusea, y sudores de narices, frente cuello y nuca, los enfermos en quienes se verifica esta reunion de síntomas no tardan en morir asmáticos. A veces, en el curso de las afecciones de que hablamos, se presentan tumores en las piernas, que se prolongan sin madurarse persistiendo la fiebre; y si llegan á desaparecer en el estado de crudeza al mismo tiempo que el enfermo experimenta un sentimiento de sofocacion que no va acompañada de flogosis en la garganta, se manifiestan comunmente hemorragias nasales, que si son abundantes indican la solucion de la enfermedad, y si escasas, su prolongacion: advirtiéndose que, cuanto menos considerable sea la epistaxis, tanto mayor será el peligro y mas larga la duracion. Si, por lo demas, el estado del paciente es satisfactorio, debe esperarse que sobrevengan dolores en los pies; y, habiéndose fijado el dolor en esta parte, si continúa y aparece inflamacion alrededor sin que la resolucion se verifique, es de temer que se trasmita poco á poco al cuello, la clavícula, la espalda, el pecho, y las articulaciones, en cuyos puntos deberá formarse algun tumor. Pero si estos tumores desaparecen, y son atacadas las manos de contracciones ó temblores, sobreviene la convulsion y el delirio: aparecen tambien sictenas y rubicundez en las cejas; hinchándose los párpados se aproximan, y se presenta en ellos una inflamacion fuerte; los

Posible seria que los patólogos griegos antiguos hubiesen establecido alguna distincion relativamente á las fiebres intermitentes y pseudo-continuas de invierno, á la manera que los patologistas modernos han distinguido entre las fiebres de los paises cálidos una *fiebre congestiva de la estacion fria*. (Véase á Twining, *clinical illustrations*, t. 2. pág. 347.) \*

\* Valles en su comentario dice; que el ponerse la lengua áspera por la intensidad de la fiebre es señal de que es ardiente, siendo mas peligrosa en la estacion de invierno que cuando aparece en otra cualquiera época, porque dista mas de la naturaleza del tiempo.

ojos se entumescen considerablemente, y el delirio aumenta mucho, haciéndose mas notable por las noches que durante el dia. Los signos funestos se manifiestan en mayor número en los dias impares que en los pares; mas, no obstante, por pocos que aparezcan, siempre son de fatal agüero. Si se juzga conveniente purgar desde el principio á estos enfermos, debe hacerse antes del quinto dia, en caso de que haya ruido de tripas, porque si no debe omitirse el uso de la purga. Si se percibiese dicho ruido y las deyecciones fuesen biliosas, convendrá promover moderadamente evacuaciones alvinas por medio de la escamonea (*convolvulus sagittifolius*, Sibth. segun M. Dierbach), cuidando, por lo demas, de dar las bebidas y la tisana en la menor cantidad que sea posible, para que el enfermo se halle mejor, hasta que pase el dia catorce y esperimente algun alivio. Cuando un febricitante pierde la voz hácia dicho dia, es señal de que se prolongará mucho la enfermedad; y si esto acontece en el mismo dia catorce, su duracion será todavía mas larga. Si al cuarto dia de calentura empieza un enfermo á experimentar torpeza en el habla y se presentan deyecciones biliosas, sobreviene por lo comun delirio: el médico debe prestar mucha atencion á lo que á estos síntomas subsigue, porque es de la mayor importancia su observacion. En las enfermedades agudas de estío y otoño, una hemorragia repentina indica tension y necesidad de obrar sobre las venas, pudiéndose tambien anunciar en su vista que al dia siguiente serán las orinas claras. Si el enfermo se halla en la fuerza de su edad, si se dedica á los ejercicios gimnásticos, si es de buena musculatura, ó de complexion melancólica, ó si tiene las manos temblonas por efecto de la bebida, debe el médico predecir que sobrevendrá delirio ó convulsion; cuyos síntomas serán menos funestos si aparecen en dias pares que si en las crisis en que son de fatal agüero, á no ser que una hemorragia abundante, nasal ó por el ano, proporcione salida á la sangre redundante, ó que se forme algun absceso, ó se presenten dolores en los hipocondrios, en los testiculos ó en las piernas ( e ), porque á estos síntomas se sigue

(e) A cuatro sentidos se refieren las variantes que presentan aqui los manuscritos. El primero, que es designado con los números 2253 y 2146, y anotado en la márgen del 2276, quiere decir *evacuacion de la plétora que se halla acumulada en las narices ó hácia el ano*. El segundo es el del testo vulgar, y quiere decir *evacuacion de la plétora por las narices ó por el ano, ó formacion de absceso*. El tercero es el de diversos manuscritos en que se halla con-

una expectoracion espesa ó una evacuacion de orina con sedimento blanco y homogéneo. En la fiebre singultuosa (que tiene el hipo por sintoma) debe mezclarse el jugo de asafétida al oximiel y el dauce de Creta (*athamanta cretensis*, Lin.), y dar á beber esta mezcla, asi como tambien deberá administrarse un eclegma compuesto de gálvano, comino (*cominum ciminum*, Lin.) y miel, y despues el *jugo de tisana*. La curacion no podrá verificarse si no sobrevienen sudores crí-

varias lecciones, *evacuacion de la plétora ya por las narices ó por el ano*, y es el sentido en que le admite Foesio, aunque su testo pone como en el anterior. Y el cuarto, por último, es el de otros varios manuscritos que dicen, *evacuacion por las narices ó formacion de absceso en el ano*. De todos estos sentidos, el primero y tercero se hallan acordes, si bien el primero añade á la *plétora* el epíteto de *acumulada*: el segundo difiere de los dos precedente por la adición de la *formacion de absceso en general*, y el cuarto en fin no habla de *hemorragia por el ano*, pero en su lugar hace mencion de *abscesos* en el mismo sitio. Es difícil elegir entre tantas lecciones que son todas plausibles. El comentario de Galeno, que no se propone sin duda resolver tales dificultades producidas por errores de los copiantes, nada dice que conduzca á la mayor claridad de este objeto; sin embargo, me parece contener implícitamente las razones que me han guiado en la eleccion de las variantes, hallándose conforme con el sentido de los manuscritos 2253 y 2146, por los cuales no he podido menos de decidirme en razon á su grande autoridad, especialmente el primero. Pero ademas debe notarse que las ediciones comunes ponen este pasage diciendo, que *el peligro es inminente si se manifiestan tales síntomas en la época de las crisis, á no ser que una abundante hemorragia de salida á la plétora, ya por las narices ó por el ano, ó bien un absceso &c.*, cuyo testo se ve diferir notablemente del que yo he adoptado conforme al manuscrito 2253. Galeno en su comentario opina tambien que no debe entenderse, como en el testo vulgar, que hay esperanza de curacion si se presenta hemorragia, absceso, ó metastasis, sino que cree que el autor hipocrático quiso manifestar que si se presenta hemorragia debe esperarse un absceso ó una metastasis (*dolores en los hipocondrios, en los testículos ó en las piernas*). Muchas veces he sentido que las reglas de critica exigen, en casos de discordancia como el actual, que un testo mal asegurado, como lo es el vulgar, debe arreglarse á un comentario cierto, como lo es el de Galeno, y mucho mas cuando los manuscritos nos suministran medios de hacer esta conformacion, si no con facilidad al menos con la probabilidad posible de certeza. Asi sucede al presente: el estado del comentario de Galeno y de los manuscritos han determinado con precision el sentido mas probable de una frase oscura, trabajosa, y de muy difícil é imposible construccion, cual se halla en las ediciones comunes, suministrando el sentido que dejo espuesto en mi traduccion.

ticos y sueños regulares, si no se espelen orinas espesas y cálidas, ó se fija la enfermedad en un absceso. Puede tambien darse un eclegma hecho con mirra y piñones; debe usarse el oximiel en la menor cantidad posible, y el agua de cebada si el enfermo tiene mucha sed.

11. En las afecciones periphneumónicas y pleuríticas debe examinarse si la fiebre es aguda, si hay dolor en uno ó en los dos lados del pecho, si el enfermo siente molestia en la espiracion, si tiene tos, si los esputos son rojizos ó lívidos, claros, espumosos ó sanguinolentos, si presenta en fin alguna diferencia con respecto á su estado natural, en cuyo caso deberá procederse del modo siguiente: si el dolor se estendiese hácia la clavícula, la tetilla ó el brazo, se abrirá la vena interna del brazo correspondiente al lado afecto. La cantidad de sangre estraída ha de ser proporcionada á la constitucion del cuerpo, la estacion, edad y el color; y, si el dolor es agudo, se dejará correr libremente, hasta el desmayo, aplicando despues una lavativa. Si el dolor ocupa la region inferior del pecho y la tension es fuerte, debe prescribirse un purgante suave á los pleuríticos; mas no ha de dárseles nada mientras este se halle obrando, administrándoles despues el oximiel: este remedio debe propinarse al cuarto dia, usando de lavativas en los tres primeros, y recurriendo á los purgantes, como se ha dicho, si estas no produjesen ningun alivio. Se tendrá mucho cuidado con los enfermos hasta que les falte la calentura y pasen del décimo dia; desde esta época, si pareciesen estar fuera de peligro, déseles jugo de tisana en corta dosis, ténue al principio y mezclada con miel. Si la convalecencia marcha bien, la respiracion se egerce con facilidad, y no existe dolor alguno en los costados, se administrará el jugo de tisana dos veces al dia, aumentando poco á poco su consistencia y cantidad; pero, si al contrario, el curso de la convalecencia es delicado, se disminuirá la cantidad de bebidas, permitiendo solo para alimento un ligero jugo de tisana en pequeña porcion y una vez sola, eligiendo para ello la hora en que el enfermo se encuentre mejor; lo que se conocerá por el exámen de la orina. No debe concederse tisana á los enfermos que se hallan próximos á la terminacion de la dolencia, mientras la orina y los esputos no manifesten la coccion: sin embargo, si se ha usado alguna purga y ha producido evacuaciones abundantes, es preciso administrarla, aunque en menor cantidad y mas ténue, porque sino la vacuidad de los vasos no les permitiria dormir, ni digerir, ni sostener las crisis. Fuera de este caso, es preciso que los humores crudos se fundan y que sea evacuada la materia morbosa; y nada se opondrá entonces á la alimentacion. Se conoce que los esputos estan cocidos, cuando se presen-

tan semejantes al pus; y las orinas, cuando depositan un sedimento rojizo como el orobo (*ervum ervilia*, Lin.). En cuanto á los demas dolores de costado (V), nada impide que se apliquen fomentos y emplastos de cera; se darán fricciones de aceite caliente ó con manteca en los lomos y en las piernas, y se cubrirán los hipocondrios hasta las mamas con cataplasmas de harina de linaza. Cuando la periphneumonia llega á su estado, de nada aprovecha lo que se haga si no se promueve evacuacion; y es sumamente malo que se presente disnea, que la orina sea clara y acre, y que aparezcan sudores alrededor del cuello y la cabeza. Estos sudores son muy funestos, porque se manifiestan á proporcion que el mal se agrava por la sofocacion, el estertor y su violencia; en cuyo caso triunfa este, á no ser que se verifique un flujo de orina abundante y espesa, ó una expectoracion de materiales cocidos: sobreviniendo cualquiera de estos fenómenos, la enfermedad se resuelve. Eclegma para las periphneumonias (g): gálvano y piñones con miel ática. Otro expectorante: abrotano (*artemisia abrotanum*, Lin.) con oximiél y pimienta (h). Purgante: hágase cocer el eléboro negro (*helleborus orien-*

(V) Valles en su comento dice que se refiere aqui á los dolores producidos por el flato ó por el frio.

(g) La fórmula de esta preparacion se llama *ἐκλεικτὸν* y *linctus* en latin. Tambien se halla designada entre los médicos griegos con el nombre de *ἐκλεγμα*, de donde se ha tomado en farmacia la voz *eclegma*. A pesar de ser antiguo, he preferido este término al de *looch* que se usa en el dia, con tanta mas razon cuanto que el *eclegma* se preparaba de manera que se fundiera y permaneciese en la boca por algun tiempo.

(h) La puntuacion de esta frase es muy dificil, y el sentido no puede servirnos de guía en este caso; porque no se sabe de cuántas preparaciones farmacéuticas se trata. Foesio ha traducido como si solo hubiese dos: un *eclegma* compuesto de gálvano y del fruto del *pinus picea* de Lin., y una purga formada por la *artemisia abrotanum* de Lin., la pimienta y el eléboro negro. Segun Grimm hay tres preparaciones: un *eclegma*, una bebida hecha con *artemisia* y oximiél, y un purgante compuesto de pimienta y eléboro negro. Yo creo que este autor lleva razon, solo que se ha equivocado en colocar la pimienta en la tercera preparacion correspondiendo á la segunda. Galeno dice en su comentario: "El primero y segundo medicamento facilitan la expectoracion, y el que



*talis*, Lin), y dese á beber á los pleuríticos en el principio y mientras dura el dolor. Tambien es buena, en las afecciones del hígado y en los dolores fuertes que proceden del diafragma, una bebida de apoponaco (*pastinaca opoponax*, Lin.) que se hace hervir en oximiél y se cuele. En general, debe administrarse en vino y miel cualquier remedio que haya de promover evacuaciones de vientre y de orina; y, si se trata de que solamente obre por la cámara, se usará en mayor cantidad en oximiél diluido en agua.

12. Cuando se suprime la disenteria se ocasionará algun absceso ó tumor, á no ser que sobrevenga fiebre, sudores, un flujo de orina blanca y espesa, una calentura terciana, varices, ó algun dolor que se fije en los testiculos, en las piernas, ó en las caderas.

13. Apareciendo con frio la ictericia, en una fiebre biliosa, antes del sétimo dia, la enfermedad se resuelve (i); pero si se presenta sin frio fuera de los dias criticos, es mortal.

lleva el eléboro negro sirve para promover evacuaciones alvinas." Este comentario prueba del modo mas evidente que se trata de tres diversas preparaciones: no me queda mas dificultad que el colocar la pimienta. En dicho comentario se nombra solo el eléboro, y esto nos induce á creer que él solo compone la tercera preparacion: ademas, la pimienta no me parece á propósito, médicamente hablando, para unirse con una sustancia purgante, al paso que en el libro tercero de las *Enfermedades* la encontramos usada como espectorante. Todas estas razones me han movido á colocar esta sustancia en la segunda preparacion, á pesar de la oscuridad del testo.

(i) Galeno advierte, en su comentario, que no es cierta esta proposicion sino haciendo una distincion: que, si la ictericia sobreviene antes del dia sétimo como sintoma de una lesion del hígado, no es favorable; pero que si aparece como crisis de la naturaleza que conduce la bilis hácia afuera, es provechosa.

Valles en su comentario procura poner en armonía este pasage con los aforismos de la seccion 4.<sup>a</sup> relativos á este mismo particular, diciendo que, si en el 62 de esta seccion se dice que "en las fiebres en que sobreviene la ictericia (*morbus regius*) antes del sétimo dia no es buen signo," espone su autor al presente esta escepcion, manifestando que tambien puede ser útil si viene acompañada de frio: lo cual está en consonancia con el aforismo 52 de la misma seccion, en que dice: *qui á febre ardente tenetur, rigore superveniente liberatur.*

14. El tétanos de los lomos y la interrupcion de los espíritus en las venas por los humores atrabiliarios, se disipan con la sangría. En ciertos casos se hallan las partes anteriores del cuerpo fuertemente contraídas por los tendones; aparecen sudores en el cuello y rostro; afecta el dolor y deseca los tendones del sacro, que, siendo muy gruesos, sirven para sostener el rachis, en el punto donde se implantan los ligamentos mas considerables para ir á terminar en los pies (VI); y si no sobreviene fiebre ni sueño, si las orinas que despues se evacuan no salen cocidas, y no se manifiestan sudores críticos, se hará beber al enfermo vino fuerte de Creta; se le administrará por alimento harina cocida; se le darán unturas y fricciones con un cerato, y, despues de haberle sumergido las piernas en una vasija llena de agua caliente, se le envolverá hasta los pies, lo mismo que los brazos hasta los dedos y la espalda desde el cuello hasta las caderas, con un encerado, de modo que cubra bien estas partes por todos lados; se le fomentará á ratos con vasijas de barro llenas de agua caliente, y despues de teparle bien, se le tendrá acostado. No se purgará al enfermo, y solo se emplearán supositorios si hiciese muchos dias que no moviese el vientre (j). Si se alivia, tanto mejor; y si no, macháquese en un vino oloroso la raiz de brionia (*bryonia cretica*, Lin.) y el dauco de Creta (*athamanta cretensis*, Lin.) y dese á beber al enfermo esta infusion por la mañana temprano antes de las afusiones, haciéndole tomar en seguida harina cocida y caliente en la mayor cantidad posible, y bebiendo despues cuanto quiera vino bien

(VI) Aqui es evidente que se quiere significar con la voz de *ligamentos* los grandes nervios que proceden de los pares sacros.

(j) Las ediciones presentan dos variedades en esta espresion: adoptan unas el sentido de que no deben emplearse otros evacuantes que los supositorios, y aun estos solo cuando haga mucho tiempo que el enfermo no haya movido el vientre, y dicen otros que no deben usarse otros evacuantes que los supositorios, á menos que no falten las escreciones ventrales por espacio de largo tiempo; es decir, que, en este caso, deberá recurrirse no solo á los supositorios, sino tambien á los purgantes tomados por la boca. Creo que debemos admitir el primer sentido; en primer lugar, porque le sigue el manuscrito 2253 que es de tanta autoridad, y ademas porque Galeno dice que no estuvo acertado el autor hipocrático al establecer que no deben procurarse evacuaciones por otro medio que por los supositorios, porque, dice, *hay casos en que se purgaria con ventaja en semejantes afecciones*. Galeno no se hubiera en verdad espresado de este modo, si el autor hipocrático se hubiera explicado en el sentido de la segunda variante.

aguado. Si disminuye algo el mal, habrá esperanza de curacion; pero si no, deberá hacerse un pronóstico grave.

15. Todas las enfermedades se resuelven por medio de evacuaciones que se presentan por la boca, por el vientre, por la vegiga, ó por otro cualquier órgano de esta especie. En cuanto á el sudor es comun á todas.

16. Debe purgarse con el eléboro á los que les baja fluxion de la cabeza; pero, cuando sobreviene un empiema, ya á consecuencia de un absceso, de la rotura de una vena, por la intemperie de los humores ó por cualquier otra causa violenta, no debe prescribirse este medicamento, porque no servirá de nada; y si el enfermo experimenta algun accidente, se le atribuirán al remedio. Al contrario, si hay postracion de cuerpo, ó dolor persistente de cabeza, ú obstruccion de los oidos ó de la nariz, ó tialismo, ó pesadez de las rodillas, ó hinchazon general extraordinaria, debe ordenarse el eléboro, cualquiera de estos fenómenos que se presente, suponiendo que no sea producido ni por abuso de la bebida ó de los placeres venéreos, ni por tristeza, cuidados ó desvelos; porque, si cualquiera de estas causas hubiera sido la productora, contra ella debe dirigirse el tratamiento.

17. Los dolores producidos por un largo cansancio en los costados, en la espalda, en los lomos y las caderas, y todo lo que ocasiona de un modo manifiesto dificultad de respirar..... (1) frecuentemente los excesos del vino y de alimentos flatulentos producen dolores en los lomos y en las caderas, y los que padecen estos accidentes tienen disuria: la fatiga es aqui la causa, asi como los corizas y las bronquitis.

18. En el régimen alimenticio, los cambios introducidos en el órden habitual se hacen sentir mucho. El que no tiene costumbre de almorzar, si se desayuna, experimenta peso en el estómago, soñolencia y plenitud, y si luego come, el vientre se perturba: conviene en este caso tomar un baño y dormir, y despues de haber dormido dar un largo paseo muy despacio. Si el vientre se mueve, podrá comer, tomando poco vino y no muy aguado; y si no se mueve, se le darán unturas calientes: si tiene sed, beberá vino aguado ó dulce y descansará; y si no puede dormir, deberá guardar mas quietud. Por lo de-

(1) En este sitio se presenta un blanco. Galeno dice que el autor no espresó con regularidad esta frase que pudiera llamarse acéfala.

mas, se observará el mismo régimen que despues de la crápula. En cuanto á las bebidas, los vinos acuosos pasan con mas dificultad, circulan y quedan fluctuantes en los hipocondrios, sin salir por la orina. Los que beben de ellos en abundancia, no deben emplearse en trabajos que exijan mucha fuerza y agilidad, sino guardar la mayor quietud posible hasta que todo se haya digerido, liquidos y alimentos. Las bebidas menos acuosas ó mas astringentes producen latidos en el cuerpo y pulsaciones en la cabeza; en este caso es conveniente dormir, y tomar alguna pocion caliente de las que sean mas gratas. La abstinencia no produce beneficio alguno en los dolores de cabeza y la borrachera. Los que (contra su costumbre) no hacen mas que una comida, sienten debilidad; espelen una orina cálida, efecto de la abstinencia á que no se hallan habituados; se les pone la boca salada y amarga; al menor egercicio tiemblan; sufren tension en las sienes, y no pueden digerir tan bien la comida como si hubieran almorzado. Para remediar estos accidentes deberán comer (m) menos de lo que tengan de costumbre; masa de harina de cebada bien húmeda en lugar de pan, y romaza (*rumex patientia*, Lin.), malvas (*malva rotundifolia*, Lin.), cebada cocida y acelgas (*beta vulgaris*, Lin.) en vez de legumbres: al comer beberán vino en-cantidad moderada y mezclado con agua, y despues de haber comido darán un corto paseo hasta que baje la orina y sea espelida. Tambien podrán comer pescados cocidos. Cuando se cambia de alimentos es cuando se dejan conocer sus propiedades: los ajos producen flatuosidades, calor en el pecho, pesadez de cabeza, inquietud, y, si habia de antes algun dolor que molestase, le exacerba. Lo que tiene de bueno es el aumentar la cantidad de orina; y la oportunidad de comerle, es cuando se va á cometer algun esceso en la comida, ó en caso de embriaguez (n). El queso engendra flatos, es-

(m) Entre todos los manuscritos el 2253 es el único que aquí conserva la leccion verdadera. Es evidente, por el contesto, que se habla al presente de *comer*, no de *beber*; porque en seguida no se trata mas que de alimentos sólidos, como la masa de harina de cebada y las legumbres, y un poco mas adelante se ocupa espresamente el autor de las bebidas. El sentido pues nos da á conocer que el testo vulgar y los demas manuscritos tienen esta espresion equivocada.

(n) El testo vulgar y las ediciones que de él estan sacadas ponen... *cuando se va á comer con esceso ó á embriagarse*. Esto, como se ve, no tiene buen

triñe el vientre y enardece; produce humores crudos é indigestos, y lo peor que tiene es el ser muy perjudicial tomándole despues de haber bebido (o). Todas las legumbres, ya crudas, cocidas ó fritas, son flatulentas; lo son menos cuando se maceran en agua ó estan verdes, y solo deben comerse con pan (p). Cada una de ellas en particular tiene sus respectivos inconvenientes. Los garbanzos (*cicer arietinum*, Lin.) crudos ó tostados son flatulentos y ocasionan dolor; las lentejas son astringentes y producen incomodidad si se comen con la cáscara; los altramuces son entre todas ellas los que menos daño hacen. La raíz y el jugo del asafétida, que es bien digerido por algunos, les hace mal á otros, y produce lo que se llama cólera seco; cuyo accidente sobreviene con especialidad, cuando se come esta sustancia con mucho queso ó carne de vaca. Esta en efecto exaspera las afecciones atrabiliarias, porque es de difícil digestion (q), resistiéndose á la ac-

sentido: los manuscritos 2253 y 2146 y las ediciones que se refieren al comentario de Galeno presentan la leccion del modo que yo dejo adoptado, el cual es el verdadero.

(o) El sentido de este pasage seria muy oscuro sin el comentario de Galeno; pero este nos le ha aclarado perfectamente. "En esta frase, dice, se hallan interpuestas palabras de un modo que hacen difícil la redaccion. Quiso el autor decir que todos los humores crudos é indigestos reunidos en el cuerpo son producidos comunmente por alimentos semejantes á el queso, y es como si hubiera dicho: *el queso desarrolla gases, estriñe el vientre y es cálido; ademas es un alimento crudo é indigesto, que produce humores de igual naturaleza.*

(p) Galeno dice que "el autor aconseja aqui no comer legumbres sin *siria*, y que entiende por tal, sobre todo, el pan hecho con fermento, ó simplemente todo lo que tiene una preparacion cualquiera." Esta esplicacion nos manifiesta que dicha voz puede recibirse, en este parage, en el sentido de *pan*, ó en el de cualquiera preparacion de cocina: lo cual hace que se deseche como añadida la palabra que el testo griego comun lleva unida á la anterior, restringiendo el sentido de ella al *de un alimento cualquiera*, sin que pudiera aceptarse el de *pan*.

(q) Galeno sustituye la voz correspondiente á *difícil digestion* por la de

cion del estómago, cuyas malas cualidades se corrigen estando bien cocida, y siendo muy hecha. La carne de cabra tiene los inconvenientes de la de vaca; es como esta difícil de digerir, y ocasiona mas flatos, eructos y bilis. La que mejor se sujeta á la accion del estómago es la mas aromática, firme y agradable al gusto, siempre que se coma bien cocida y fria; y la que es repugnante, de olor desagradable y dura, se presta peor á la digestion, sobre todo si procede de animales recién muertos. En el estío es mejor que en el otoño (r). La carne de lechoncillo es mala cuando está muy poco ó demasiado cocida, porque es biliosa y perturba el vientre. La de cerdo es la mejor de todas; y la mas sustancial es la que ni es muy gorda, ni muy magra, ni procede de un animal viejo: debe comerse sin corteza y un poco fria.

19. En el cólera seco, se halla el vientre inflado de aire, hay ruido de tripas, y dolor en los lados y en los lomos. El enfermo está estrñido, y, para evitar los vómitos, deben promoverse evacuaciones alvinas. Se aplicará al efecto desde luego una lavativa caliente y muy cargada de grasa; se le darán á menudo unturas oleosas; se le meterá en un baño caliente, y estando en él se le harán muy despacio afusiones de agua á la misma temperatura: si con estos ausilios se consigue mover el vientre, la curacion es segura. Le conviene tambien dormir y beber vino suave, añejo y puro; debe administrarse aceite para calmar y promover evacuaciones, porque entonces la enfermedad termina, y es preciso abstenerse del pan y los demas alimentos (s); pero si el

*imposible digestion* que tiene el testo vulgar, en razon á ser inesacta; porque dice que "lo que es insuperable á las fuerzas digestivas es lo que nadie puede digerir."

(r) Galeno explica por qué la carne de cabra es mejor en el estío y mas mala en el otoño, atribuyéndolo á los retoños de los árboles que aparecen á fines de primavera, que son para esta clase de animales el mejor pasto, debiendo á su uso la bondad de sus carnes en tal estacion; al paso que en el otoño, en que se hallan desprovistos de tal género de alimentos, pierden estas buenas cualidades.

(s) Tres sentidos diferentes se presentan de esta última frase: el manuscrito 2253 dice *el pan y los demas alimentos*; los designados con los números 2145, 2165 y 2276 significan los *alimentos sólidos y las bebidas*; y el testo vulgar quiere decir *los alimentos y lo demas*. Yo me decido por el primero.

dolor no cede, debe usarse la leche de burra hasta que el vientre se mueva. Si se presenta diarrea y las deyecciones son biliosas, si hay dolores de tripas, vómitos, angustias, y una sensacion de mordedura, lo mejor que debe hacerse en este caso es ordenar la quietud, dar el hydromel por bebida, é impedir el vómito.

20. Hay dos especies de hidropesia; la una es el anasarca, que cuando ataca es imposible librarse de ella, y la otra es con enfisema, de la cual es una gran suerte triunfar. Para conseguirlo es necesario hacer ejercicio, aplicar fomentos, usar de moderacion en el régimen, y comer cosas secas y cálidas, con lo cual orinará mucho el enfermo y adquirirá fuerzas. Si hay opresion (ó dificultad de respirar), si fuese verano, si estoviese el paciente en la flor de su edad y fuera robusto, debe practicarse una sangría de brazo (t) y darle despues pan caliente empapado en vino tinto y aceite (v); se le aconsejará que beba lo menos que sea posible, que haga mucho ejercicio, y que coma carne de puerco cocida con vinagre, para que pueda pasearse por sitios escarpados.

21. En los enfermos que tienen el vientre inferior cálido, y padecen diarreas acres é irregulares por efecto de colicucion, es necesario, si se hallan en estado de soportar el eléboro blanco (*veratrum album*, Lin.), promover vómitos con este medicamento; y si no se hallan en tal disposicion, debe dárseles un cocimiento de trigo, espeso y frio, ó de lentejas; tortas hechas de dátiles, de harina y agua, y co-

(t) Galeno dice acerca de este pasage: "cuando se teme que el calor innato se estinga por la superabundancia de una sangre dotada de cualidades frias, el principal remedio es la sangría, cualquiera que sea la estacion en que sobrevenga este accidente. Es inútil pues agregar *si fuese verano*: porque esta y las otras consideraciones servirán para calcular la cantidad de sangre que debe extraerse, mas no para destruir la indicacion de la sangría que procede de la naturaleza del mal. Algunos, tal como Dioscorides, han puesto la *primavera* en vez del *verano*, creyendo que en el estio las fuerzas estarian debilitadas, y que en el invierno seria mayor la naturaleza fria de la enfermedad."

(v) Galeno dice que el dar despues de la sangría pedazos de pan caliente empapados en vino y aceite, para dar fuerzas al enfermo, se fundaba en una antigua práctica vulgar.

cidas en tarteras (VII); pescados cocidos, si hay calentura, y fritos si no la hay, y vino tinto en caso de apirexia: en las circunstancias contrarias, ó agua de nisperos, ó de bayas de mirto, de manzanas, de serbas (*sorbus domestica*, Lin.), de dátiles, ó de flores de vid. Si no existe fiebre, y hay dolores de vientre, se administrará antes de todo un poco de leche caliente de burra, cuya cantidad debe aumentarse progresivamente; tambien se hará una bebida de simiente de lino, de harina de trigo puro (VIII) y de habas de Egipto (*nymphæa nelumbo*) molidas y despojadas de su parte amarga, y se les dará á comer huevos medio duros fritos, harina fina de trigo y del *holcus sorghum* de Lin. y harina de avena mondada cocida en leche. Estas sustancias y otras semejantes se tomarán cocidas y frias, tanto por alimento como en bebida.

22. Lo que principalmente debe observarse en el régimen alimenticio de las enfermedades largas, son las exacerbaciones y remisiones de las fiebres, á fin de poderse precaver de las ocasiones en que no deben darse alimentos y conocer aquellas en que pueden administrarse con seguridad, que son las mas distantes del recargo (x).

(VII) Las ediciones ponen *pan cocido entre cenizas*, y tambien nuestro autor en el testo; pero en las erratas corrige esta frase del modo que aqui se lee.

(VIII) Foesio y nuestro Valles ponen *harina de trigo mezclada con la de cebada*; Calvo y Vander-Linden, estan conformes con el autor.

(x) Se presentan en este pasaje una porcion de variantes que es imposible discutir sin el comentario de Galeno: por esto voy á ponerle en seguida á la vista del lector. "Algunos, dice, escriben el final de esta frase de la manera que sigue: *y ademas, saber cuándo se dista mas de la época del recargo*; como si el autor añadiese á los consejos establecidos sobre este particular el de tomar en consideracion la ocasion mas lejana del paroxismo. Pero, si se considera el sentido de este pasaje sin añadirle determinacion particular del tiempo en que deben administrarse alimentos, se verá que el precepto relativo á la alimentacion queda fuera de propósito, y que no significa nada." Este comentario de Galeno nos manifiesta que habia en algunas ediciones cierta leccion que cita y vitupera, porque en su juicio (y con razon) estropeaba el sentido de todo el pasaje. Esta leccion está conforme con nuestro testo vulgar. ¿Habia otra en



23. Es preciso saber distinguir las cefalalgias que proceden de los ejercicios del cuerpo, de la carrera, de un largo viage, de la caza, de cualquier otra fatiga extraordinaria, ó de escesos venéreos; la palidez, la ronquera, las afecciones del bazo, la anemia, la disnea, la tos seca, la sed, la pneumatosis, la intercepcion del aire en las venas, la tension de los hipocondrios, de los costados ó del dorso, el entorpecimiento, el oscurecimiento de la vista, el ruido de oidos, la incontinencia de orina, la ictericia, las deyecciones de materiales indigestos, la epistaxis, las hemorragias abundantes por el ano, los enfisemas y los dolores intensos que no ceden á nuestros ausilios. En todos estos casos debemos abstenernos de purgas, porque su uso seria peligroso, no produciria ventaja alguna, é impediria las evacuaciones y las crisis que espontáneamente pudieran presentarse (y).

los egemplares antiguos? Indudablemente sí; y, al decir Galeno que solo *algunos* la escribian de este modo, manifiesta implicitamente que existia otra leccion, la cual era la que aprobaba. Mas, ¿en qué términos se hallaba esta concebida? Acerca de este punto nada nos dice; sin embargo, si bien no nos refiere el pasaje con sus mismos términos, nos conserva al menos su sentido. "El autor, dice, solo fija un objeto que llenar, cual es el de alejar, cuanto sea posible, de la exacerbacion la época de administrar alimentos." Determinado así el sentido, es preciso examinar las variantes, con el auxilio de las luces que desprende. Desecharemos desde luego el testo vulgar que no difiere de la leccion reprobada por Galeno, y las variantes que de él proceden. Pero en el manuscrito 2276 y tambien en el 2253, aunque en una forma alterada, se encuentra una leccion que conviene esactamente con el sentido preciso de Galeno, y que, en este límite al menos, puede considerarse como el testo seguido por él. Esta es la razon porque la he sustituido á la de todas nuestras ediciones. Los traductores latinos Mercurial, Cornario, Vaseo, Copo, Foessio, Cartorio, Vander-Linden y Mack, no habiendo tomado en consideracion el comentario de Galeno y seguido simplemente el testo vulgar, se han equivocado. Grimm ha hecho lo mismo: Gardeil y de Mercy son los únicos que, adoptando la opinion de aquel, han sido fieles al verdadero sentido. El primero dice: *para dar los alimentos en ocasion en que no puedan dañar, que es cuando se halla la enfermedad lo mas distante de la entrada del recargo*; y el segundo traduce: *y conocer de este modo cuando la enfermedad se halla mas distante de su mayor grado.*

(y) Despues de esta larga enumeracion, dice Galeno que el autor no ha hecho distincion alguna; que en muchos de estos casos se debe purgar, y que

24. Si conviene sangrar á un enfermo, es preciso ante todo fortalecer el vientre (IX), sangrarle despues, y ponerle á dieta prohibiendo el uso del vino: por lo demas, se observará el régimen conveniente, y se darán fomentos húmedos (z). Si el vientre estuviese estreñado, convendrá poner una lavativa emoliente.

25. Si se juzgan convenientes las evacuaciones, deben procurarse con seguridad por arriba, á beneficio del elébora blanco; mas no es oportuno purgar en tales casos. El método mas seguro para estos enfermos consiste en promover flujo de orina y sudores, y pasear; deben darse al enfermo fricciones suaves á fin de ablandar el cuerpo, y si estuviese en cama, se las darán otros (a). Si el dolor existiese en el pe-

se engañaría el que siguiese sus consejos; que, si se quieren hacer las debidas distinciones, se verá que todo esto no sirve de nada, ni escusan el trabajo de leer muchos volúmenes. Valiera mas, añade, que cuando los autores no tratan de esplicarse con claridad, no nos dejasen la pena de tener que adivinar sus pensamientos. Por lo demas, no deja Galeno de conocer que esto era solo un apunte que el autor tenia en borrador. \*

\* Del mismo sentir es nuestro Valles.

(IX) Valles esplica esta frase en su comentario diciendo, "que antes de proceder á sangrar á un enfermo conviene observar el estado de su vientre, porque si estuviese flojo, deberia fortificarse, no fuese que con la diarrea y la evacuacion de sangre se aplanasen las fuerzas &c."

(z) Galeno advierte que no siempre es preciso dar fomentos húmedos á los que se sangran, y que el autor debiera haber especificado en qué casos convenian.

(a) Dice Galeno en su comentario, "que el autor habla en esta ocasion como si ya hubiese enunciado la enfermedad á que se referia, pero que sin embargo no hace mencion de tal cosa, ya que se hubiese perdido por falta de los copiantes el período en que se especificase, ya fuese un olvido del autor, ó, como se dice ahora comunmente, una distraccion." Mas adelante dice que, por los consejos que da, puede creerse que aludia á los dolores. \*

\* Nuestro Valles dice tambien que se halla mutilado este párrafo, faltándole la cabeza.

cho por encima del diafragma, debe estar el paciente mucho tiempo sentado, se le permitirá acostarse todo lo menos que sea posible, y se le darán, en aquella postura, fricciones con gran porción de aceite caliente; mas, si el dolor afectase el vientre por debajo del septo transverso, conviene que el enfermo esté acostado, que permanezca en quietud, y que no se haga otra cosa que darle fricciones. Los dolores del bajo vientre que terminan por un flujo moderado de orina y sudor, se disipan espontáneamente cuando son leves, y causan accidentes funestos si son graves; porque, en este caso, ó sucumben los enfermos, ó bien no se curan sin pasar á otros males, pues tales afecciones suelen formar abscesos que se fijan.

26. *Pocion para la hidropesia.* Tómense tres cantáridas, quite-selas la cabeza, los pies y las alas, y macháquese su cuerpo en tres vasos de agua; dése á beber al enfermo esta pocion, y, cuando haya empezado á obrar, dense unturas de aceite y háganse despues afusiones de agua caliente: la pocion debe tomarse en ayunas, y comer despues pan caliente con manteca (b).

27. *Medicamento hemostático (para las epistaxis).* Aplíquese sobre la vena abierta un pedazo de lana empapado en la leche que sale de los higos, ó introdúzcase en las narices un tapon hecho con cuajo, ó póngase en ellas colcotar con el dedo, y comprímense por de fuera los cartilagos; promuévanse al mismo tiempo evacuaciones de vien-

(b) Refiere Galeno á propósito de esta pocion hidragoga hecha con las cantáridas, que, habiendo seguido un médico audaz las prescripciones establecidas en este pasage, el enfermo, que parecia haberse aliviado, terminó por sucumbir: que se vituperó á este médico su proceder, diciéndole que no era el cuerpo, sino la cabeza, los pies y las alas de las cantáridas lo que decia el libro de Hipócrates que debía usarse; y que habiéndolo hecho así con otro enfermo, murió tambien al cabo de algunos dias. Añade Galeno que, sin embargo, algunos hidrópicos usan sin inconveniente las pociones diuréticas preparadas con las cantáridas.\*

\* Valles en su comentario refiere tambien este pasage de Galeno, y dice que en su libro tercero de *Temperamentis* y en el mismo de *Simplicibus* habla del uso de este medicamento en bebida contra las hidropesias, esponiendo que no deben administrarse solas las cantáridas de modo alguno, sino formando parte de un remedio compuesto, en que entre en cantidad muy pequeña, y aun así con correctivo. Dice que la dosis á que Galeno aconseja usar este medicamento es la de una centésima parte de dracma.

tre con la leche cocida de burra, rasúrese la cabeza, y adminístrense refrigerantes si la estacion es cálida (c).

28. El *isopyrum thalictroides* de Lin. (d) evacua por arriba; se usa en pocion, á la dosis de dracma y media, con oximiél. Se le combina tambien con la tercera parte de eléboro, y esta mezcla es menos ardorosa.

29. *Trichiasis*. Enébrese una aguja con un hilo, y atraviésese con ella la piel hácia el borde libre del párpado superior; pásese otra por la base; pónganse tensos los hilos, y hágase un nudo con ellos que se debe dejar hasta la caída de la ligadura. Esto solo bastará; mas, si no fuese suficiente, es decir, si las pestañas no se vuelven bastante hácia afuera, repítase la operacion (e). Para las hemorroides debe hacerse

(c) Galeno dice: "El autor en las epistaxis recomienda los revulsivos, tales como los purgantes, y los medios que egercen sobre la cabeza una accion astringente, como las aplicaciones frias."

(d) En el glosario de Erociano se lee *scamoïdes*, y Diocles decia *sesamoïdes* (en cuyo uso está recibido en las ediciones comunes), llamando asi al eléboro negro. Pero el uso de Diocles no prejuzga el de los hipocráticos: el autor del *Exámen de la parte botánica del ensayo de una historia pragmática de la medicina*, por Kurt Sprengel (Paris, 1815), ha referido el *sesamoïdes* al *isopyrum thalictroides*, Lin. (p. 11); cuya determinacion ha sido aprobada por M. Dierbach (*Die Arzneymittel des Hippokrates*, p. 115.)

(e) Velpeau, en sus *Nuevos elementos de medicina operatoria*, espone como sigue este proceder operatorio: "Hipócrates, dice, pasaba dos asas de hilo, una por el borde libre y otra hácia la base del párpado, y las anudaba juntas para volver de fuera las pestañas." (T. 3, p. 352.) M. Malgaigne ha tenido la bondad de comunicarme las observaciones siguientes, sobre este procedimiento del autor hipocrático: "Aunque parece que el autor empleaba dos hilos, sin embargo, no se hace mencion mas que de una aguja, y parece bien indicado que esta atravesaba dos pliegues transversales en direccion de arriba abajo. Hé aqui cómo yo traduciria el pasaje en cuestion: para la trichiasis, atraviésese de arriba abajo con una aguja enebrada con un hilo la parte mas elevada ó la base del párpado superior, despues de haber formado con él un pliegue, y hágase pasar del mismo modo la aguja un poco mas abajo, ó en el borde libre; júntense los hilos y anúdense, dejando luego que se desprendan por sí mismos."

lo mismo: atravesarlas igualmente con una aguja y ligarlas con un hilo de lana sucia lo mas grueso y largo que sea posible, porque esto garantiza mas la operacion; y, despues de haber apretado la ligadura, debe emplearse un medicamento corrosivo, no usando fomentaciones húmedas antes de la caída de aquellos tumores. Debe cuidarse de dejar siempre una (X); y despues de esto, remitiendo la enfermedad, se purgará con el eléboro. En seguida se hará que los enfermos se dediquen á los egercicios gimnásticos, que suden, y se den friegas por la mañana (XI); pero se abstendrán de correr, de embriargarse, y del uso de todas las sustancias acres, excepto el *origanum heracleoticum*, Lin.: deben tambien escitar el vómito cada siete dias, ó tres veces al mes, porque de este modo se conservará el cuerpo en el mejor estado. Por bebida tomarán un vino austero en corta cantidad y mezclado con agua.

(X) Valles esplicando este pasage, en su comentario, da la razon en que se funda este precepto del autor hipocrático, diciendo que las hemorroides fluentes suelen ser en muchas ocasiones preservativas de enfermedades graves, y que por esto conviene en tales casos dejar una siquiera por donde se evacue el humor vicioso que estaba acostumbrado á alluir á dicha parte: lo cual se halla tambien consignado en el aforismo 12 de la sec. 6.<sup>a</sup>

(XI) Me he tomado la libertad de aceptar en el principio de este párrafo la version en que convienen las ediciones comunes y la de Valles, con preferencia á la del autor que no me parece tan buena, y es como sigue: "se hará »en seguida que los enfermos se dediquen á los egercicios gimnásticos, y que »se enjuguen el sudor provocado de este modo; en la gimnasia deben hacerse »frotar y luchar desde por la mañana; pero se abstendrán &c." Mr. Littré no esplica en las variantes la razon de haberse separado asi del testo comun; y como en su traduccion no se observe el mejor órden en las ideas, pues no parece necesario advertir que se enjuguen el sudor, ni muy propio que se hiciesen frotar en la gimnasia, al paso que las emitidas por las ediciones anteriores expresan ya un pensamiento unido y que tiende á hacer, como dice Valles, que se provoque la salida de los humores escrementicios, he creido preferible esta version.

Tambien debo advertir que nuestro Valles da por razon de exceptuar el autor hipocrático al *oregano* de las sustancias acres, cuyo uso prohibe, el que dicha sustancia, segun Dioscorides, evacua por el vientre los humores negros, con lo cual quita materia á las hemorroides.

30. *Empiema*. Córtese en rodajas la escila (*scilla maritima*, Lin.) y cuézase en agua; y, despues de haber cocido bien, arrójesse esta agua primera, echando otra nueva, en la cual debe hervir la escila hasta que se ponga blanda y bien cocida. Macháquese despues esactamente y mézclase con comino tostado (*cominum cyminum*, Lin.), sesamo blanco (*sesamum orientale*, Lin.), y almendras frescas, uniéndolo todo con miel, y hágase un eclegma que se dará á tomar al enfermo, bebiendo encima un poco de vino dulce. Para alimento: tómese un *lekiskion* (quinze dragmas) de adormideras blancas, y macérense en agua que haya servido para lavar harina de trigo nuevo; cuézase en ella con miel, y dése á tomar al enfermo, templado, para que pase asi el dia, comiendo despues, por la tarde, segun lo que se hubiera observado (XII).

31. *Disenteria*. Tómensse tres onzas de habas mondadas de Egipto (*nymphaea nelumbo*, Lin.), y doce pedazos de rubia (*rubia tinctorum*, Lin.), quebrántense, mézclense, y háganse cocer; añádaseles manteca, y fórmese un eclegma (XIII).

32. *Enfermedades de los ojos*. Tómensse escorias de cobre lavadas, amásense bien con manteca formando una pasta no muy húmeda, y tritúrese todo: humedézcase con agraz, y hágase secar al sol, humedeciéndolo de nuevo hasta que tome la consistencia de unguento; y, cuando la preparacion esté seca, redúzcasela á polvo muy fino, aplicándola sobre los ojos y poniéndola en sus comisuras.

(XII) Era costumbre en aquel tiempo, segun dice Valles, dar á los enfermos por la mañana alimentos líquidos, y á la caída de la tarde (hora de comer para ellos) alimentos sólidos. Por esto dice aqui el autor que, despues de haber pasado el dia con la preparacion espuesta, debe darse de comer al enfermo por la tarde, observando lo que en el curso de aquel se haya ofrecido.

(XIII) Segun Valles, las habas de Egipto eran aconsejadas por Galeno y Dioscorides para la disenteria, por su propiedad astringente, y la rubia es diarética. De dos modos, pues, puede obrar este medicamento compuesto para cohibir la diarrea.

33. *Para la humedad de los ojos.* Tómese una dragma de ébano, y nueve óbolos (*dragma y media*) de cobre quemado; tritúrese junto en un mortero, y añádanse tres óbolos (*escrúpulo y medio*) de azafran; y cuando se halle todo reducido á polvo fino, échese una cotila ática (nueve onzas) de un vino dulce, poniendo luego al sol esta preparacion y cuidando de taparla, guardándola despues de bien digerida.

34. *Para los fuertes dolores de ojos.* Tómese una dragma de colcothar y otro tanto de uvas, y póngase á digerir por espacio de dos dias, al cabo de los cuales se esprime; tritúrese mirra y azafran, y mézclase todo con mosto, haciéndolo digerir al sol. Con esta preparacion se darán unturas en los ojos afectados, conservándola en vasos de cobre.

35. *Medios de reconocer una sofocacion histérica.* Pellizquese á la enferma con los dedos; si lo siente, es un acceso histérico; y si no, es un ataque de convulsion.

36. *Soñolencia (f).* Tómese un *lekiskion* ático redondo (quin-ce dragmas) de *euphorbia peplus* de Lin, y hágase con él una pocion.

(f) Preséntase aqui una grave dificultad que va aumentando hasta el final de esta série de fórmulas. ¿Se trata de hidropesías, como dicen la mayor parte de los manuscritos (y las ediciones), ó de la soñolencia como pone el 2253? ¿La voz *μυρρόνιον* (*meconium*) debe tomarse en el sentido de *adormidera*, ó en el de *euphorbia peplus* de Lin.? Porque en la coleccion hipocrática esta voz tiene ambas significaciones. Claro es que la acepcion de esta palabra estará en relacion con el sentido que demos á la que indica la enfermedad de que se trata: si se entiende por hidropesía ó soñolencia, debe indicar aquella un purgante; y si se trata de conciliar el sueño, es claro que deberá ser un soporífero. Atendiendo rigurosamente al valor de las palabras usadas, para demostrar la afeccion, no puedo menos de decidirme por el manuscrito 2253, que tanta autoridad tiene. Algunas lineas mas adelante se usa la voz *meconium* en el sentido de *euphorbia peplus* de Lin., puesto que se habla de evacuaciones; mas seria aventurado deducir de aqui un argumento en favor de esta acepcion, atendiendo á que no sabemos cómo se ha hecho esta coleccion de fórmulas que se halla al final del libro del *Régimen*, ni si tienen diferentes procedencias. Creo que la razon mas convincente que puede darse en apoyo de este último sentido, es la imposibilidad de encontrar, ya en la leccion del manuscrito 2253, ya en la del testo vulgar, el que era preciso que tuviesen para que dicha voz significase *adormidera*. Ahora bien, ¿á qué dosis se administraba este medicamento? Un *lekiskion* se tiene por equivalente al *oxybazo* ó *acetábulo* de los romanos, cuya capacidad es de unas 15 dragmas. Es imposible dar una dosis

37. Tómensese limaduras de cobre en triple cantidad de la que pueda cogerse con el tallito de una espiga; amásense con harina de trigo nuevo, y háganse pildoras que tomará el enfermo. Este medicamento evacua las aguas por las vías inferiores.

38. *Preparacion eccoprótica.* Esprímase sobre higos secos el jugo del *euphorbia characias*, de Lin. (*titilamo* de las ediciones), echando en cada uno siete gotas; colóquense en un vaso nuevo, y guárdense en él, haciendo que tome de ellos el enfermo antes de comer.

39. Macháquese el *euphorbia peplus* y échese agua encima; cué-

tan alta del jugo de adormideras; mas tampoco puede darse tal cantidad de jugo del *euphorbia*. Un poco mas arriba se habla tambien de un *lekiskion* de adormideras blancas, y en otro sitio (libro de la *Naturaleza de la muger*, p. 223, l. 49, ed. Frob.) de la quinta parte de un *semi-chenice* de la misma sustancia (que equivale á poco mas de dos onzas). El hecho es que no se trata aquí del jugo de la planta, sino de la planta misma, de la que se tomaba en peso ó tal vez en volúmen la cantidad espresada, lo cual en verdad quita la precision á las dosis, mas permite rebajar mucho los números dados. Esta dosis es justamente la que establece Dioscorides para el *peplus*. "Esta planta, dice, purga la pituita y la bilis á la dosis de un *oxybaso* bebida con una *colita* de oximiél." Según la voz con que este autor designa el *peplus*, y la esplicacion que Galeno hace de ella en su glosario, el *peplus* de Dioscorides es el *meconium* de este pasage. Esta conformidad viene en apoyo de las razones que he dado para traducir *μυζώμιον* (*meconium*), no por *jugo de adormideras*, sino por *euphorbia peplus* de Lin. El comentario de Galeno se halla mutilado en este punto; mas, sin embargo, es preciso apelar á él, porque aun así puede ilustrar mucho la cuestion. Despues de haber espuesto lo manifestado anteriormente sobre el modo de contener la epistaxis, continúa: "En seguida de esto escribe el autor varias fórmulas de medicamentos, y, en medio, algunos auxilios quirúrgicos. Habla primeramente de lo que se llama *sesamoïdes*; describe luego la operacion del *trichiasis* llamada *anabronchismo*, y la ligadura de las hemorroides, con todo lo demas del tratamiento; espone despues medicamentos y tisanas para los empiemáticos, y la preparacion de medicamentos oftálmicos, y habla en seguida de las histéricas, del *euphorbia peplus*, de un medicamento hydrágo, y de otro eccoprótico. Concluye por último aconsejando para las evacuaciones alvinas y de las aguas, el *euphorbia peplus*, amasado con harina. La mayor parte de estas cosas son claras; pero hay intercaladas otras que son muy oscuras. Voy en seguida á manifestarlas." Aquí termina el comentario de Galeno, precisamente en donde iba á esplicarnos los pasages difíciles. Por lo demas, hallamos en él la enumeracion de las diferentes fórmulas y prescripciones que este pasage contiene, en el mismo orden, y sin faltar mas que una (la correspondiente á la disenteria), ya que Galeno se olvidase inadvertidamente-



lese y amásese con harina, haciendo unas tortas que, añadiéndolas miel, deben darse á comer á los sugetos que necesiten purgarse y á los hidrónicos (g). Encima deberán beber vino dulce ó aguado, ó hydromel diluido en agua y hecho con el residuo de la cera: recójase el *euphorbia pepylus* (h), y guárdese esta planta para los usos de la medicina.

te de ella, ó que no la tuviese el testo que tuvo á la vista, ó que no formase una prescripcion aislada.\*

\* Valles, siguiendo á Galeno, se decide tambien por la acepcion que nuestro autor.

Gardeil ha encontrado tan oscura esta conclusion del libro hipocrático, que no ha querido traducirla. "Las nueve ó diez lineas que siguen, dice, no ofrecen mas que un tegido de fórmulas imposibles de descifrar, á lo menos para mí. Abandono pues su version, despues de haberme esforzado inutilmente en deducir algo de provecho." Veamos si podemos aclarar algo este pasaje. Despues del *euphorbia pepylus*, dice Galeno que lo que sigue á continuacion es una fórmula hydragoga: de manera que lo que debemos encontrar es un medicamento de tales cualidades. Poca certeza podriamos deducir en esta cuestion de las propiedades de las limaduras de cobre, sustancia no usada en el dia; mas trátase al presente de las cualidades que las atribuian los antiguos. Un pasaje de Dioscorides en que se hallan estas espuestas, contiene todas las aclaraciones que podemos desear para resolver esta dificultad del testo hipocrático. "Las limaduras de cobre, dice, bebidas con el hidromel, producen evacuacion de las aguas; algunos las amasan con harina, y las hacen tomar en forma de bolo." No solo nos manifiesta este pasaje que los antiguos consideraban las limaduras de cobre como un medicamento hydragogo, sino que hace relacion tambien á la preparacion hipocrática: de modo que no puede dudarse que tenemos aquí la fórmula hydragoga de que, segun Galeno, se hacia mencion en seguida del *euphorbia pepylus*.

(g) Aunque ningun manuscrito presenta la leccion que he adoptado, con todo, no he creido deber sustraerme de la autoridad de Galeno, que dice al hablar de esta fórmula: "El autor da en forma de tortas el *euphorbia pepylus* para la evacuacion de *materiales alvino*s y de aguas.

(h) Este pasaje ha sido el escollo en que han tropezado todos los traductores, y del cual no hubiera podido librarme, á no haberme manifestado el

:

medio de hacerlo el manuscrito 2253. Foesio en su *Oeconomia* dice que la voz *meconium* significa tambien el meconio de los recién nacidos, y que esta es sin duda la significacion que dió al presente á esta palabra el autor hipocrático: en vista de esto traduce, *at meconium ex stercoreibus collectum recondito et curato*. Este sentido es el que han admitido todos los traductores, excepto Calvo, que tradujo *meconinum*. Heringa (cap. 24, p. 208) vitupera á Foesio haber dado tal sentido á esta palabra, y quiere que se entienda por *peplus* (*euphorbia peplus*); pero él traduce *κοπρίων* por *estercolero* (*sterquiliniis*), diciendo que las plantas tienen diferentes cualidades, segun el terreno en que se crian, y que el autor hipocrático recomienda en este pasage el *peplus* procedente del espesado sitio. Esta esplicacion no es la mas plausible. Galeno en su glosario dice *panal de miel*; y la mayor parte escriben *κοπρίων* en vez de *κοπρίων*, cuya palabra significa el residuo que se saca de la cera. El manuscrito 2253 poniéndolo de este modo, que era el mas comun, nos ha dado ocasion de referir á su verdadero lugar la glosa de Galeno. No se trata pues de excrementos, ni de estercolero, sino del líquido que se desprende de los panales de miel.\*

Valles en su comentario lo explica diciendo, que despues de haber conquisado el *peplus* y colado el agua en que se infundió, no debe arrojarse el *peplus* que queda por residuo, sino que puede conservarse para que vuelva á servir al mismo uso. Este sentido me parece mas inteligible que el vulgar, y que el aceptado por Littré.



## EL EDITOR.

Perfectamente dilucidado por el autor, con el auxilio de los trabajos de Galeno, el origen de este libro titulado sobre las *Fiebres*, que va unido al del *Régimen de las enfermedades agudas* como formando parte de él, y ampliamente analizados con el mayor tino los principales puntos que en él se hallan, presentándolos en cotejo con los adelantos actuales, voy á ver si puedo entresacar del cúmulo de apuntes que le componen algún punto de doctrina que me parezca convenientemente dilucidar, para dar mas estension al útil y sabio objeto que aquel se propusiera.

Parece que este libro es una especie de complemento del tratado que antecede; pues, sentándose en aquel las bases en que se deben fijar los preceptos del régimen en las enfermedades, trátase en el actual de esponer los remedios mas adecuados para su curacion. Empieza el autor por el *causus ó fiebre ardiente*, cuyos principales caracteres describe, diciendo consistir en una sensacion general de laxitud y dolor, segura y aspereza de lengua acompañada de un aspecto negro, dolores abdominales, evacuaciones alvinas líquidas y amarillas, sed escesiva, vigilia, y á veces delirio. Las causas á que refiere esta enfermedad son el estío, las marchas prolongadas, y la sed

contenida. Preséntanse en esta descripción tres grupos de síntomas; unos pertenecientes al sistema nervioso, otros propios del sanguíneo, y relativos los demás al aparato gástrico. La sensación de laxitud y los dolores de cuerpo, la sed, la vigilia, y el delirio cuando se presenta, constituyen los primeros; la secura, aspereza, y color de la lengua forman los segundos; y los dolores de vientre acompañados de la expulsión de excrementos blandos y amarillos componen los últimos. Hállanse las causas espuestas en relación con ellos mismos, obrando las marchas excesivas sobre el sistema nervioso y vascular así como también la sed, que entiendo yo fuese tomada por el autor hipocrático en esta ocasión como equivalente á privación de agua, y siendo abonada la temperatura cálida y seca del estío para producir escitaciones gástricas, sin dejar por eso de influir en los sistemas generales nervioso y vascular. De la consideración de los grupos de síntomas que quedan establecidos, y de las causas que con ellos se hallan en relación, no puede menos de deducirse que la enfermedad de que se trata es una fiebre inflamatoria gástrica intensa. Existe afección graduada de los sistemas generales nervioso y sanguíneo, como lo indican las sensaciones morbosas espuestas en el primer grupo, la irritación cerebral que produce la vigilia y el delirio, y la gran secura, aspereza, y color anejo á estas alteraciones de la mucosa lingual, puestas en el segundo. Tal vez haya alguno que, obcecado todavía por las innovaciones introducidas en la ciencia por sistemas no muy antiguos, si bien ya decaídos, califique de error el atribuir al sistema de la circulación tales caracteres presentados en la cubierta del órgano del gusto; mas, si desimpresionadamente atiende á los resultados de la esperiencia, leerá en este sabio y verdadero libro un gran número de casos en que la lengua ofrece caracteres que de ningún modo se hallan en relación con padecimientos gástricos, sin que por eso neguemos los importantes signos que en ellos solemos ver en casos de afecciones del tubo intestinal. En casi todas las enfermedades de este aparato la lengua es un espejo fiel que nos refleja el estado de tales padecimientos; mas no por eso se ha de concluir arbitrariamente que es de rigor hallar una lesión gástrica, siempre que en la mucosa lingual observemos alteraciones. ¿Qué de errores no cometeríamos en el diagnóstico y tratamiento de las dolencias, si, por el aspecto de la lengua, en las anginas faríngeas y laringeas, en las neumonías, en las cistitis con retención de orina especialmente, en las cerebritis, en las fiebres adinámicas producidas por un estado anémico, y en varias otras afecciones hubieramos de creer la existencia de un padecimiento gástrico! Pero si los hechos hablan con la mas sig-

nificativa elocuencia y á su irreprochable voz cede toda hipótesis contradictoria, el valor de su espresion adquiere una fuerza mas grande cuando la solidez del raciocinio desnudo de aparatos sofisticos viene en apoyo de su verdad. Asi sucede en el caso presente: no solo nos demuestran los casos citados, y otros muchos que aun pudieran enumerarse, la certeza de nuestro aserto, sino que tambien la razon viene en su ayuda. Cuando la circulacion se activa de un modo considerable, se aumenta tambien proporcionalmente el calor animal, que tan subordinado se encuentra á dicha funcion, y la respiracion que con ella se egecuta. El calor graduado favorece, por una parte, la pronta evaporacion de la humedad en cualquier sitio que se considere, adquiriendo en las fiebres esténicas la mayor intensidad; y hallándose, por otro lado, la lengua sometida al frecuente paso de corrientes de aire atraidas por una respiracion exagerada en tales casos, la evaporacion de la humedad que naturalmente baña su superficie ha de ser mas rápida y continua, en términos de superar la fuerza de desecacion, por decirlo asi, á la de exalacion, consumiéndose en un tiempo dado mayor cantidad de humedad que la que pueda segregarse. De aqui debe resultar necesariamente la secura de este órgano, al cual sigue la crispatura de las papilas nerviosas, que en el estado natural se hallan blandas por el moco y humor perspirado que las baña, afectando un color tanto mas oscuro cuanto mayor sea su sequedad; cuyo color toma diversas formas, si el humor segregado por sus foliculos se halla alterado, dando lugar á cubiertas de diverso matiz y consistencia. De modo que, como dice Valles en su comentario á este pasage, la secura de la lengua es el graduador de la intensidad de la fiebre: *ita fit ut in lingua siccitas referat febris vehementiam*. En semejantes términos que yo lo he verificado esplica este célebre médico la secura y aspecto negro de la lengua, como propio del estado de la circulacion, refiriéndolo igualmente al continuo paso del aire cálido, que sale con tanta frecuencia en la espiracion del calenturiento, y á la accion del calor; si bien advierte tambien, con mucha oportunidad, que no siempre dicho color depende de tal causa, sino de la *abundancia de humor negro*, y para distinguir los casos en que este color es dependiente de un ardor grande de aquellos en que es debido al exceso de humor negro (ó melancólico), dice que en el primero está la lengua seca y áspera al mismo tiempo, mientras en el segundo aparece negra sin estos caracteres.

Presentándose, pues, signos evidentes de escitacion de los sistemas generales nervioso y vascular, aunque es lástima que no se diga nada en la concisa descripcion que del mal se hace acerca del calor y del

pulso á que tan poca importancia se daba entonces, no puede menós de reconocerse la existencia de una fiebre que, por la indole de los caractéres manifestados, debemos admitir como inflamatoria. Pero agréguese á estos signos de escitacion de los sistemas generales los propios del aparato gástrico, que, ya por efecto de la estacion á que la enfermedad se refiere ó por otra cualquiera causa, ha tomado una parte muy notable en la escitacion general, y no se podrá menos de reconocer un colorido particular en la fiebre inflamatoria que hemos admitido, que obliga á distinguirla con el epíteto de gástrica. Buscando Mr. Littre entre las enfermedades actuales las que pudieran identificarse con esta tan comun en los libros de medicina griega, recorre diferentes afecciones que rayan en su término, y dice que entre nosotros no se halla ejemplo de ella, manifestándose solo cierta analogía en la fiebre biliosa de los países cálidos. Seguramente Mr. Littre, tan juicioso y acertado en todas sus reflexiones, se habrá referido al país en que ha escrito su comentario, al sentar esta proposicion; pues en nuestro suelo, mas meridional que el suyo, no es tan raro el presentarse en el verano fiebres inflamatorias gástricas con todos los caractéres espuestos en este lugar por el autor hipocrático, y apenas habrá entre nosotros profesor que haya dejado de ver en el estio afecciones de tal naturaleza, especialmente en los hospitales ó enfermerías á donde acuden personas enfermas que por razon de su estado han tenido que sufrir los fuertes ardores del sol, y hacer marchas prolongadas. No deja de ser frecuente que las fiebres pútrido-nerviosas, en tal estacion, se presenten en su primer periodo con el aspecto de esta calentura en que, valiéndome de la espresion de Vales, diré que parece que el enfermo se abrasa, *per quam totus homo uri videtur*, pasando á tan funesto estado por causa de la intensidad de la misma afeccion, si las circunstancias la favorecen. Es imposible, en efecto, como dice nuestro autor, referir la fiebre ardiente al tifus, la fiebre amarilla, y la peste, enfermedades que en su principio ofrecen con ella cierta analogía, por la falta de una porcion de signos que respectivamente se encuentran en estas sin que de ellos se haga mérito en la descripcion de aquella; mas no deja de ser comun que aparezca, en la ocasion y forma de deho manifestadas.

Explica el autor hipocrático la causa de esta fiebre por la reseccion de los vasos capilares, cuya esplicacion es aceptada por los antiguos comentadores sectarios del humorismo, diciendo que los vasos, desecados ó vacíos por la consuncion de los fluidos orgánicos contenidos en su cavidad, atraen á sí la porcion mas tenue de los humores ácrés, por ser mas fáciles de absorver las partes menos densas,

debiéndose á sus cualidades irritantes la produccion del *causus*. Dice Valles que estas partes ténues, serosas y biliosas, absorvidas por los vasos capilares, son en el sistema vascular lo que la *saniés* ó el *jugo icoroso esccrementicio* en las úlceras, y que á su presencia en todo el sistema es debido el ardor manifestado en todo el cuerpo; agregando que tiene esto lugar principalmente en el estio, pero que puede suceder igualmente antes ó despues siempre que aparezca un calor grande, porque, en las consideraciones médicas, la temperatura indica mejor las estaciones que el número de los meses ó la salida de los astros, y por efecto de otras causas como el abuso del vino. Nosotros explicaremos la fiebre por la accion de las causas enumeradas sobre el sistema nervioso á quien escitan, y sobre la sangre á quien privan de su parte serosa, haciéndola tambien de cualidades irritantes que se han de hacer sentir por precision en los vasos que la contienen, y el carácter gástrico por la disposicion de los sugetos, por el influjo de la estacion, ó por la índole de la causa.

En el tratamiento aconsejado para esta afeccion nota Valles justamente dos faltas considerables; el usar de sustancias que en el libro del *Régimen* se declaran malas para la bilis, como son el agua en afecciones biliosas y el hydromel por su naturaleza, indicándose tambien la leche, que se dice en los *Aforismos* ser nociva á los febricitantes y principalmente á los que tienen cursos biliosos, y el no aconsejar la sangría, cuando, en sentir de Galeno, que sigue las huellas de Hipócrates, no hay remedio mejor para estas fiebres. En efecto, estas contradicciones son notables para la determinacion de la autenticidad de este pasage, pudiéndose agregar á los datos recogidos por el autor, pues no cabe en la firmeza de principios manifestada en todas ocasiones por el profundo y experimentado maestro, posibilidad de incurrir en tales inconsecuencias. Merece, con todo, atencion el precepto de dar á beber á los enfermos, en la cantidad que quieran, los líquidos que deben atemperarles, y la prohibicion de sustancias escitantes, asi como de las alimenticias, hasta despues de pasadas las crisis. El método curativo aconsejado se halla en la relacion debida con el juicio formado de la índole del mal; pues, creyéndose consistir en la perniciosa accion de los humores acres y biliosos atraidos á los capilares por efecto de su desecacion, nada mas natural que procurar espelerlos, como se indica, si bien solo se proponen medios evacuantes suaves, atendiendo á la fuerte escitacion que se presenta. Nosotros que vemos en tales casos irritaciones producidas directamente en los sistemas generales, ó bien alteracion primitiva del humor sanguíneo, atendemos á calmar lo uno y lo otro con las evacuaciones

sanguíneas, en grado proporcionado, la dieta y los atemperantes.

Háblase luego de las crisis de esta afección, y de una variedad en que los síntomas flogísticos parecen menos marcados, como también los del aparato gástrico; cuya diferencia podría depender de la intensidad de la causa, disposición de los sujetos, ó influencia particular de la atmósfera.

Establécese mas adelante el precepto de sangrar en las *enfermedades agudas*, con lo cual disculpa Valles en su comentario á este párrafo, la omisión que advirtió en el uso de este grande auxilio al hablar del *causus*, fijando por bases de su determinación, la intensidad de la afección, el vigor de la edad, y el buen estado de las fuerzas; sin cuyas consideraciones, dice aquel célebre comentador, no debe jamás procederse á practicar la sangría. Esta importante máxima, sabiamente establecida, es digna de la doctrina hipocrática, que abrazaba en proposiciones generales las circunstancias comunes á los casos á que aludía, y que fundaba dogmas radicados en la mas sana y verdadera experiencia. En tres sencillas consideraciones fija el móvil de nuestro juicio acerca del uso de un remedio tan principal, sin cuya atención procederíamos ciertamente con la mayor vaguedad en el tratamiento de las afecciones agudas, esponiéndonos á incurrir en graves errores. Obsérvese la intensidad del mal; porque, si esta no fuese grande, con auxilios mas sencillos se logrará la resolución, y si estrajésemos sangre en este caso quitaríamos á la naturaleza las fuerzas necesarias para conseguirla, prolongando ó agravando la dolencia. Atiéndase al vigor de la edad; porque los niños y los ancianos tienen poca robustez, aquellos por el predominio de su sistema nervioso, y estos por el desgastamiento de este mismo regulador de la vida, y en ellos la sangría ni puede ser tan aplicable, ni aunque lo sea debe hacerse bajo iguales condiciones que en el joven ó en el adulto. El estado de las fuerzas, sobre todo, es el indicante que debe guiarnos y al que debemos referir las demas consideraciones, porque no ha de perderse de vista que los males para su resolución necesitan cierto vigor, sin el cual la naturaleza no puede triunfar. Las fuerzas pueden hallarse abatidas por la débil constitución del sujeto, por abundantes y continuas pérdidas, por largas meditaciones y pesares, por la índole de la causa productora de la afección, y también por una fuerte escitación morbosa que las haya consumido en poco tiempo; y todos estos pormenores deben entrar muy en cuenta al tratar de poner en práctica las evacuaciones sanguíneas, porque no es indiferente aumentar la debilidad, por este medio, en un enfermo cuyas fuerzas se hallen disminuidas por cualquiera de las causas men-



cionadas. No es la primera vez que nos ofrece esta coleccion motivo para hablar sobre un punto práctico de tanto interés y de tan grave consecuencia. Solo falta en este precepto una consideracion que nunca olvida Hipócrates en sus sabias máximas, cual es la constitucion atmosférica, que tambien puede ser en muchos casos contraindicante de este remedio; y esto pudiera ser otra prueba racional ó de que esta frase no era suya sino de alguno de sus discipulos, ó de que se hallaba en algun apunte suelto sin concluir. Nuestro Ponce de Santa Cruz en su libro de *Impedimentis magnorum auxiliorum*, Valencia 1695, escrito para combatir los abusos de los prácticos en la sangría y las purgas, reduce á tres clases las consideraciones á que debe atenderse para el uso de aquellas. Coloca en la primera, que llama de cosas naturales, el temperamento, edad, constitucion, costumbre y fuerzas del enfermo; en la segunda, de cosas no naturales, pone la agitacion de cuerpo y de espíritu, la constitucion atmosférica, el coito, la vigilia y el sueño; y á la tercera, de cosas preternaturales, reduce la causa de la enfermedad y los síntomas. “Si bien se considera cuánto puede influir cada una de estas circunstancias en los buenos ó malos efectos de tal remedio, agrega este autor, se conocerá la gran dificultad de usarle, y el peligro que se corre en su uso inmeditado.” *Sciant medici*, dice mas adelante, *quando sit evacuum et quomodo, quamvis reliqua ignorent: hoc illis et ægris sufficit*. Con la frase *reliqua ignorent* se refiere á cuestiones sutilezas y disputas escolásticas de que habla en el párrafo anterior á este.

En un capítulo de los que siguen, se citan una porcion de enfermedades agudas de los órganos contenidos en las cavidades del pecho y vientre, en los cuales se dice nuevamente que la sangría es el remedio principal, aconsejando despues el uso de los evacuantes intestinales, lavativas ó purgas, si la afeccion es muy intensa, mas haciendo preceder aquella al uso de estas, porque si no se producen males no consiguiendo la espulsion de lo inflamado. Está fundado este precepto en la creencia de que la materia morbosa que constituia la inflamacion debia cocerse antes de ser espelida, por cuyo motivo el uso de purgantes antes de tiempo era inoportuno y perjudicial ademas, porque, promoviendo evacuaciones inútiles, quitaba fuerzas á la naturaleza para alcanzar la resolucion. Con la sangría pensaban los médicos de esta época desobstruir las partes en que la sangre se hallaba acumulada, desembarazando de este modo á la naturaleza de un peso que la oprimia y servia de obstáculo á sus acciones; y, despues que esta verificaba la coccion de los humores dañinos, juzgaban oportuno favo-

recer los medios de espelerlos. Nosotros, que profesamos otras ideas relativamente á la esencialidad de las enfermedades, nos valemos tambien de las evacuaciones sanguíneas á esta época con otro objeto, y no convenimos en el uso de los purgantes en todos los casos de fleumasias agudas, si bien los administramos á veces despues de tales afecciones, ya como revulsivos, ya para descargar al tubo intestinal de materiales detenidos en su cavidad durante el curso de la dolencia, ó para escitar suavemente la accion del órgano secretor de la bilis que no siempre queda espedita por diferentes motivos. Sin embargo, debe advertirse que, á pesar de la diversidad de opiniones profesadas en la época de la composicion de este libro y en los tiempos modernos, vienen á parar los prácticos á un mismo resultado, por diferentes caminos, cual es el *no usar purgantes en el principio de las enfermedades agudas*, que es la oportunidad de las evacuaciones de sangre. Esta conformidad en los hechos deducidos, cualquiera que sea el sendero que haya guiado á su determinacion, robustece de un modo indestructible las máximas establecidas, pues nos demuestra que los hechos siempre son los mismos, aunque el hombre adopte en su esplicacion los medios distintos que le parezcan mas conducentes.

Merece atencion el párrafo siguiente en que se habla de la pérdida repentina de la palabra, refiriéndola á la escesiva replecion de las venas, como si dijéramos á una congestion sanguínea, ofreciendo un esacto cuadro de los sintomas que en tales casos se presentan que todos hacen relacion á un padecimiento del cerebro, y aconsejando oportunamente el uso de la sangría. Mas se espresa la condicional de *si este accidente no sobreviene por una causa esterna ó violenta*, pues como dice Valles, en su comentario á este párrafo, puede tambien ser ocasionado por un susto ó alegría fuerte y repentina, en cuyo caso no es debido á la acumulacion de sangre en el cerebro sino á la misma emocion que este experimenta interrumpiendo el curso de los espíritus que se contienen en el corazon (es decir, paralizando la accion del sistema nervioso, y del que influye sobre esta entraña, dando margen á la disminucion ó suspension de sus movimientos), ó bien por un golpe, caída ó conmocion que obre sobre aquella viscera.

Háblase luego de otras afecciones agudas como las anginas faríngea y laríngea, en que, esplicándose las causas que las producen, con arreglo á las teorías de tal época, se conviene al cabo en un método curativo análogo al que nosotros seguimos, lo cual viene en corroboracion de lo que dejo espuesto anteriormente.

Obsérvase mas adelante el cuidado que el autor hipocrático ad-

vierte con el frío de las estremidades inferiores, en lo que conviene este libro con el del *Régimen* que antecede, procurando siempre que se restablezca el equilibrio en el calor animal; y esta máxima importante se halla no menos respetada en nuestros tiempos, pues sabemos que el enfriamiento de las estremidades se presenta generalmente en las afecciones agudas febriles cuando existe una fuerte congestión ó inflamación intensa de órganos interiores, en cuyo caso la circulación parece desequilibrada afluyendo mayor cantidad de sangre hácia el órgano afecto y menor á las partes mas distantes, observándose por consiguiente igual distribución en el calor animal que tanto depende del estado del círculo sanguíneo. Señálase, en el mismo pasaje, este enfriamiento como precursor del recargo de la fiebre en muchas ocasiones; y, en efecto, esta especie de espasmo general que antecede á las exacerbaciones, marcado de un modo mas ó menos notable por escalofríos, palidez y retracción del pulso, va acompañada de frialdad en las estremidades, que no desaparece hasta despues de haberse presentado la reacción, si esta es bastante fuerte. Mas llama, sobre todo, este fenómeno la atención del autor cuando se presenta en las fiebres que van acompañadas desde el principio de un flujo de vientre, lo que explica Valles diciendo que las evacuaciones que aparecen constantemente desde el principio son malas, porque no deben presentarse hasta el tiempo oportuno, manifestando su existencia en aquel tiempo malignidad de la enfermedad, ó abatimiento de fuerzas, y que si á esto se agrega el frío de las estremidades es indicio de mayor gravedad, pues ambas cosas significan putridéz de los humores en las vísceras, úlceras grandes inflamaciones ó dolores intensos de los intestinos, cuyas afecciones hacen reconcentrar el calor en las partes internas, enfriándose las esternas. Por esto, añade este comentador, debemos procurar atraer el calor á las estremidades, no por el frío mismo, ni porque el hallarse de tal modo los pies sea causa de la dolencia, sino para derivar el calor y la sangre acumulada en los órganos afectos; limitándose á conservarles en caso de que aquellos no se presenten frios, como manifiesta el testual hipocrático, pues entonces no hay que llenar aquella indicación, sino procurar evitar que se reconcentre en los órganos interiores.

Hállase mas adelante un principio práctico de la mayor importancia reducido á manifestar que deben abandonarse las fiebres irregulares hasta que tomen una forma conocida, en cuyo caso se las combatirá con los medios adecuados con arreglo á la constitución del enfermo. En circunstancias como esta, en que desconociendo la índole de la afección no puede establecerse plan curativo racional, va-

le mas, dice Valles explicando este párrafo, no hacer nada, que esponerse á obrar fortuita y temerariamente; y á esta máxima parece que se arregló Avicena cuando dijo, que, siempre que se desconozca la especie de fiebre, debe ponerse á dieta al enfermo, porque es mejor privarle de alimentos que esponerle á los malos efectos que pueden resultar de su uso inoportuno. Mas entra en seguida este célebre comentador en la discusion de esta interesante máxima, dilucidándola con el mayor tino, y repara que, en muchas ocasiones en que la afeccion no aparece con claridad, urge sin embargo su terminacion, sin manifestarse por eso de un modo mas ostensible, concluyendo á veces la vida de los enfermos antes de que haya sido bien conocida del médico; en cuyas circunstancias no parece muy conveniente esperar un éxito tan desastroso, sin administrar auxilios de ningun género. “¿Quién negará, dice, que puede presentarse un conjunto de síntomas inciertos que no puedan referirse á un cuadro determinado, y que sin embargo amenacen de cerca con la muerte? ¿Quién se atreverá á defender que en tan inminente riesgo debe el médico permanecer pasivo, sin emplear con la mayor presteza ninguna clase de remedios? Para mí no está probado que deba seguirse esta conducta; y, en tal concepto, debe investigarse qué método conviene usar, porque alguno ha de observarse, aunque siempre con gran cautela, cuyo método debe ser el mismo, ya se desconozca el órgano afectado ó bien se ignore la causa de la enfermedad. Debe procurarse antes de todo conocer la constitucion, del modo que sea posible, y tambien la duracion del mal, para establecer con mas certeza el plan que deba adoptarse, porque en las enfermedades largas puede esperarse sin riesgo. La agudeza de la afeccion se conoce por la intensidad de los síntomas, asi como la especie se halla determinada por su naturaleza. Para proceder en los casos en que la enfermedad nos sea desconocida, hé aqui las reglas que creo deben adoptarse. Usar de los auxilios comunes; oponerse á los síntomas, y en ocasiones probar con mucha prudencia otros recursos: de este modo se observa el precepto de Hipócrates, saliendo al encuentro de los signos morbosos y no dañando. Se procederá con certeza siempre que, conociendo esactamente todas las cosas preternaturales, se empleen las que les sean contrarias; pero, aun en el caso en que no sean conocidas, no se dañará obrando del modo que dejo establecido. Yo llamo remedios comunes á los que sirven para cortar el curso de muchas enfermedades, como por egemplo, cuando se duda si un enfermo padece una calentura cotidiana, terciana doble ó continua, y el sugeto es jóven y robusto, nada hay que se oponga á el uso de la san-

gria, porque de cualquier modo que sea se halla bien indicada, asi como no deben usarse los medicamentos iminentes, porque no serian á propósito para ninguno de estos casos. El contrariar los efectos de los síntomas urgentes, nunca es inútil en cualquiera enfermedad que sea: si un hombre, por ejemplo, se halla en grave peligro por la intensidad de un dolor fuerte ó por una excesiva vigilia, ¿por qué no han de emplearse los anodinos ó narcóticos, aunque no se conozca la enfermedad que padece? Tambien es conveniente en ocasiones echar mano de algunos ausilios como medio de investigacion, insistiendo en ellos si probasen y cejando oportunamente si los efectos no correspondiesen, siguiendo la máxima de Hipócrates cuando dice *quod si calorificis dolor non solvatur, non multo tempore calefacere oportet*. He dicho anteriormente que conviene calcular la duracion de la dolencia, porque en las que es larga, puede esperarse á que se fije; con lo cual queda implicitamente manifestado, que el obrar en los casos que dejó espuesto no es porque sea lo mejor, sino en razon á la urgencia que no permite conducirse de otro modo. Considerando pues la necesidad, he espuesto lo que creo que debe practicarse; é Hipócrates, consultando lo mejor, aconseja no hacer nada hasta que la enfermedad se determine, en cuyo caso debe obrarse con arreglo á la constitucion del paciente.”

He querido trascribir íntegro el comentario de Valles, porque le juzgo digno de singular atención, en vista del gran tino con que trata una materia tan delicada. En efecto, si una enfermedad no es conocida, parece que el sentido comun y nuestra conciencia nos imponen el deber de no hacer nada, por temor de esponernos á un yerro involuntario, hasta que, acrecentándose los síntomas, pueda manifestarse aquella de un modo bien terminante, y suministrar las oportunas indicaciones. Este precepto, pues, se halla calcado en el mas sano juicio y en la moral mas estricta; pero las consideraciones que el Galeno español, como le llama Solano de Luque, manifiesta como objeciones á esta interesante máxima, son tan justas y tienen tal fuerza, que apenas dejan lugar á la incertidumbre. Si vemos á un enfermo abatido por una afeccion grave que le precipita en el sepulcro, pero rodeada de tal oscuridad que no puede penetrarla la observacion mas atenta, ¿habremos de esperar con calma estoica, que la parca fatal corte su vida, sin oponer algun ausilio, aunque dudoso, que conceptuemos adecuado al juicio mas valadero que formemos de la dolencia? El médico, por acertada que crea su conducta y arreglada á las mas prudentes y racionales máximas, jamás deja de sujetar mil veces sus procedimientos al minucioso exámen de su con-

ciencia, cuando ha tenido un caso desgraciado; ¡y qué tormento no acibararia sus mas plácidas horas de continuo, si en las circunstancias espuestas se limitase voluntariamente á desempeñar el papel de mero espectador de un lance tan desastroso! ¡En qué responsabilidad no incurriría tambien ante el escesivamente severo tribunal de la opinion pública, que atribuiría entonces la duda producida por su saber á la mas estúpida ignorancia, confundiría la prudente espectacion con la mas reprehensible apatía, y llegaría tal vez á calificar, en su injusto y riguroso fallo, hasta de criminal la conducta normada por la moral mas rigida! La esperiencia ademas nos autoriza para seguir el consejo de Valles; pues diariamente vemos á los prácticos prudentes ensayar una afeccion dudosa en la piedra de toque de los ausilios terapéuticos manejados con la mayor cautela, y que el éxito corresponde eficazmente, ya cediendo los sintomas ó exacerbándose con su aplicacion, y enseñándonos de esta manera su carácter verdadero. No se necesita ser muy gastado en el ejercicio de la profesion para haberse hallado en tales circunstancias, por desgracia harto comunes, en las cuales se hace ciertamente indispensable el mayor tino y prudencia, sabiéndose conducir con todo el conocimiento que exige un caso arduo; cuidando mucho de elegir entre los medios dudosos los que sean mas inocentes, y proporcionando á las circunstancias el modo y cantidad en que deben emplearse.

En el párrafo que sigue aconseja el autor hipocrático el mayor cuidado en el exámen de los enfermos, por la variedad con que se presentan las dolencias, y pone á continuacion el orden metódico de hacer la exploracion sucesiva del estado de los órganos contenidos en las tres grandes cavidades, examinando despues el aspecto de las escreciones, y averiguando primero la causa y época de los males; en lo que dejó establecida la pauta que luego se ha seguido en general en los tiempos posteriores.

Siguen á este una porcion de párrafos en que presenta el autor un gran número de pronósticos y de proposiciones aisladas, manifestadas unas en otro lugar, nuevas otras y verdaderas, y dificiles de esplicar algunas en nuestros dias, y llega por último al pasage relativo á las afecciones periphneumónicas, en que no omite la observacion de ningun signo importante, escepto los que actualmente se deducen de la ausaultacion, percusion y aun sucusion, aconsejando en ellas la sangría, sin temer llevarla hasta el desmayo, en caso de que el dolor sea muy agudo. Acerca de este punto en que se detiene particularmente Mr. Littré, tambien espondré yo lá opinion de nuestro Valles, que dice relativamente á este particular: “Debe tenerse

entendido que los médicos pueden pecar en esto por dos extremos... Por lo cual quisiera yo modificar este consejo relativo al uso de la sangría, para que, á pesar del mandato de Hipócrates, no se lleve hasta el desmayo; pues, aunque no estoy convenido con los que absolutamente se oponen á que en todos casos se practique en tal extremo, sin embargo, en la pleuresía, pulmonía y otras enfermedades thorácicas en que la escrescion es necesaria, pienso que nunca debe hacerse en tales términos, porque en ellas hay que atender mas á la facultad animal que en otras en que solo por la natural se efectuan las cocciones." La potencia *animal*, dice Ponce de Santa Cruz hablando de este género de afecciones en su libro de *Impedimentis magnorum auxiliorum*, p. 308, es la que debe espeler con la tos, y la *natural* la que madura la materia poniéndola en disposicion de ser arrojada. "Claro es, añade, que si no se conserva el vigor y fuerza animal, poco importará que la materia se halle superada y cocida; pues he visto á muchos pleuríticos sofocados con la materia dispuesta á ser espectorada, mas que por falta de potencia animal no pudieron espelerla y sucumbieron..... Asi que los obstáculos que impiden mas las grandes evacuaciones, son el temor de que la facultad animal decaiga, y de que no pueda desembarazarse de la materia superada y cocida." Pienso que la opinion de estos célebres médicos es esacta; pues, aunque en una flegmasia del pulmon, y en ella quiero comprender tambien la pleuresía, en la cual no puede concebirse que cuando es tan intensa que exija el uso de la sangría no se halle tambien irritada la porcion de pulmon adherida á la de membrana que está inflamada, aunque en una flegmasia pulmonal mas ó menos intensa, repito, se evacue sangre hasta ocasionar el desmayo, no por eso se logra desembarazar el órgano de la sangre acumulada en el sitio de la inflamacion. En una simple congestion se concibe que sea fácil; porque consistiendo esta solo en la reunion de mucha cantidad de sangre en los vasos de tal ó cual punto, la sangría, haciendo un vacío relativo en el sitio en donde se practica, atrae hácia éste el humor sanguíneo de todas las demas partes, siendo fácil por lo mismo llegar á reveler del órgano congestionado tal acumulacion, con tanto mejor éxito quanto mayor sea aquella. Mas en las flegmasias no puede aspirarse á semejante resultado; porque la sangre no está en ellas simplemente acumulada en los vasos, sino estravasada en el parenquima del órgano afecto y en nuevas combinaciones con los demas humores que allí afluyen, y por lo tanto nunca llegaria á desalojar este punto, aunque á este fin se estrajese toda la que circula por el cuerpo. Por manera, que abusando de este precioso medio de curacion, no solo

no puede conseguirse el fin apetecido, sino que, en vez de proporcionar tan beneficioso resultado, se disminuyen las fuerzas de la naturaleza hasta el extremo de no poderse verificar la reabsorción de los materiales extravasados en el sitio de la flogosis, dando lugar á ulteriores alteraciones de estos productos. Las evacuaciones sanguíneas deben practicarse en las inflamaciones, para disminuir en lo posible uno de los principales elementos de la vida que en estos casos se activa demasiado, y evitar la nueva acumulación y extravasación de uno de los principales factores que entran en la esencia de tales padecimientos; mas no deben nunca llevarse hasta el extremo de producir un abatimiento de fuerzas que seria perjudicial, reglándose para ello por la constitución y edad del paciente, la estación, índole de la enfermedad y naturaleza del órgano afectado, como Hipócrates aconseja en varios pasajes de los libros que llegó á perfeccionar.

Habla despues el autor hipocrático de los casos en que el dolor reside por debajo del pecho, en los cuales aconseja usar de lavativas en los primeros dias y un suave purgante á el cuarto, si aquellas no producen el efecto propuesto, en cuyo párrafo sin duda quiso referirse á los que padecen dolor en los hipocondrios, como cree Valles, aunque se espresa con la voz pleuríticos, porque *πλευρος* *pleuros* quiere decir lado, y al espresarse con este termino manifestando que *ocupe el dolor la region inferior al pecho*, parece indicar que se halle este en un lado que esté debajo de la cavidad thorácica. Aunque nada dice aqui de evacuaciones sanguíneas, como deja establecido por punto general que convienen en todas las afecciones agudas, y acaba de hablar de ellas, parece que se sobreentiende que debe preceder este auxilio, empleándose tambien lavativas para laxar en los primeros dias, ó echando luego mano de un purgante *suave*, á la época precisamente en que la fuerza de la inflamación debe ceder, cual es el cuarto, si, durante aquellos, no se lo lograra mover el vientre.

El autor hipocrático se ocupa luego del lumbago y del entorpecimiento ocasionado en los miembros por la acumulación de sangre, aconsejando la evacuación de este humor, y pasa despues á hablar de las afecciones espasmódicas ó nerviosas con contracción, en las que establece el uso de las afusiones y fomentos calientes, de las unturas de aceite y materias grasosas, y de algunos antiespasmódicos, en caso de que no sobrevenga fiebre, sueño, orinas ó sudores críticos, porque entonces la enfermedad se resuelve sin necesidad de estos auxilios. Entre estos consejos se encuentra uno que llama especialmen-



te la atencion, habiéndome detenido por él en este párrafo, cual es el de no purgar, sino valerse, para vencer el estreñimiento de vientre, si existiese, de supositorios y los demas remedios que el autor considera apropiados, con lo cual nos da á entender que, en caso de que el espasmo se hubiese estendido hasta las paredes de los intestinos, debe dirigirse sobre todo la curacion á combatirle, para que, vencido, se espelan luego fácilmente los materiales escrementicios, no empleando los purgantes que aumentarían la causa sin corregir los efectos. Realmente es así: sabido es cuán debatida ha sido la cuestion de la oportunidad de tal clase de medicamentos en los espasmos de los intestinos, creyendo unos que no debían absolutamente administrarse por temor de aumentar el mal con la irritacion que causarían, al paso que otros los han juzgado muy útiles para la espulsion de los materiales escrementicios que pudieran con su presencia sostener y aumentar la afeccion que se combatía; pero lo cierto es que el estreñimiento no se vence hasta que se domina el espasmo á beneficio de los emolientes y calmantes, pues bien haya sido esta afeccion causa ó efecto de aquel, siempre resulta que, mientras no cede, es imposible producir sin graves inconvenientes la espulsion de los materiales detenidos, é imprudente dirigir desde luego la curacion á este solo objeto.

Establécese en el párrafo que sigue el principio de que todas las enfermedades se resuelven por expectoracion, diarrea, flujo de orina, ó alguna otra evacuacion (como epistaxis y abscesos), y que el sudor es una evacuacion crítica general, es decir, que puede servir para la resolucion de todas las dolencias agudas. Este punto, juntamente con lo demas relativo á las crisis, formará objeto de discusion particular en otro comento, limitándome al presente á fijar bien sobre él la atencion de los lectores, para tenerle en cuenta en sitio oportuno.

El siguiente pasage relativo al cólera seco y húmedo, que parecen referirse, el primero, como dice Mr. Littré, á nuestro cólico flatulento, y el segundo al verdadero cólera esporádico, es muy notable, no solo por la exactitud de la descripcion de los síntomas, sino tambien por la justa correspondencia que en conjunto se observa en el método curativo. Aconséjase el uso de la leche de burra, cuando el primero es pertinaz, con el objeto de promover evacuaciones alvinas, de la cual dice nuestro Valles que había conseguido excelentes resultados, á pesar de la prevencion con que en su tiempo la miraban los profesores para tal clase de enfermedades, valiéndose de ella con preferencia á las demas leches por ser muy serosa. Este líquido, por sus cua-

lidades embotantes, es un excelente remedio en todos los casos de excitacion nerviosa, y nada extraño es, por lo tanto, que se hubiesen de él obtenido en el actual tan felices efectos.

En otro párrafo se establece que á los sugetos que padezcan disenteria por colicucion, debe administrarse un emético, si se hallan en estado de soportar la evacuacion, ó cocimientos astringentes y frios en el caso contrario, de cuya práctica no distamos en el dia, habiendo adquirido por este uso la hipecacuana, en épocas posteriores, el título de *antidisentérica*. Combátese en un principio el flujo disentérico con los emolientes y calmantes oportunos; mas si, pasada la agudeza, continúa sosteniéndose, por cierto estado de debilidad, abatiendo las fuerzas del enfermo con las frecuentes pérdidas que ocasiona, bien conocido es el uso que se hace entonces de un emético, despues de otros ausilios, sin que podamos explicar bien su accion en tales circunstancias; á pesar de los que la creen revulsiva, hallándose preferida la hipecacuana por la propiedad tónica que suele ejercer sobre los intestinos; asi como tambien es útil, en este caso, la administracion de los cocimientos astringentes á baja temperatura.

El capitulo relativo al anasarca simple y con enfisema se refiere á las mismas enfermedades que con tal nombre se conocen aun en el dia; y échase de ver que ya en tiempos tan remotos se distinguia la especie de anasarca llamada actualmente inflamatoria, pues se aconseja la sangría cuando vá acompañada de opresion, es en época de verano, y el sugeto es jóven y robusto. El pronóstico que de ambas hace el autor hipocrático es grave; y, en efecto, el anasarca esencial no deja de merecer consideracion, siendo sobre todo temible cuando es inflamatorio, y mas si se acompaña del enfisema, porque este suele ocasionar sofocacion por la frecuencia con que se afectan los pulmones.

Tales son los principales puntos que pueden entresacarse de esta coleccion de notas, que merezcan fijar nuestra consideracion por sus relaciones con los conocimientos modernos, ademas de los que Mr. Littré deja bien desarrollados. Se reducen los restantes á trozos dificiles de comprender en el dia, pasages relativos al tratado que antecede, fórmulas sueltas, y enumeracion de enfermedades citadas sin guardar el menor órden. Obsérvase en este libro que, abandonándose hasta cierto punto el plan de vista general seguido en los anteriores, se restringe mas á casos determinados, lo cual no deja de tener valor en la balanza de los signos racionales, al tratar de investigar su origen. No obstante, nuestro ilustrado autor no de-

jó de creer con fundamento que, á pesar de los datos que hay para no aceptar este libro como un trabajo completo del práctico por excelencia, seria leído con interés y curiosidad. Descúbrese en él máximas importantes que no deben desapercibirse, descripciones de enfermedades análogas á las que hoy observamos, y conformidad en el espíritu que preside á los métodos curativos de muchas de ellas, si bien nos separa un largo trecho en cuanto á las teorías con que esplicamos los fenómenos. Esta conveniencia en los resultados, á que venimos á parar despues del curso de tantos siglos que en su tránsito fugaz han borrado las huellas que dejaran impresas en sus obras las creencias antiguas, nos manifiesta de un modo tan palpable como el prisma la composicion de los rayos luminosos, que la ciencia es inmutable en sus verdaderos principios, y que, cualquiera que sea el rumbo que elijamos para darnos razon de su existencia, siempre vendremos á parar á un mismo centro.

171	1.º de la	71	1.º de la
170	21	70	21
169	12	169	12
167	15	167	15
162	1.º de col.	162	1.º de col.
161	10	161	10
154	30	154	30
153	21	153	21
152	32	152	32
151	(otro)	151	(otro)
205	5.º de la	205	5.º de la
204	nota (II)	204	nota (II)
203	8.º de la	203	8.º de la
210	20	210	20
208	1.º	208	1.º
207	10 de col.	207	10 de col.
206	37	206	37



**ERRATA IMPORTANTES**

En la tabla de las obras primarias de Hipócrates que se halla despues de la introduccion de los traductores, se ha omitido, por error de imprenta, el titulo de los Aforismos.

## ERRATAS.

Págin.	Líneas.	Dice.	Léase
IV	26	indicacion	vindicacion
11	7	jatroquimicos	iatroquimicos
11	19	qua vere	quæ veræ
63	3. <sup>a</sup> de not.	<i>quidom</i>	<i>quidem</i>
id.	id.	<i>frigidoe</i>	<i>frigidae</i>
65	4	setadio	estadio.
71	1. <sup>a</sup> de not.	<i>unim</i>	<i>enim</i>
76	21	<i>Macracefalos</i>	<i>Macrocefalos.</i>
126	12	lvido	livido
137	15	cefalagia	cefalalgia
142	1. <sup>a</sup> de not.	<i>hoe</i>	<i>hoc</i>
147	10	siguis	signis
151	30	mipetum	impetum
152	21	lass cuale	las cuales
153	33	dice Alfonso Lopez (Pinciano)	dice Alfonso Lopez Pinciano, refiriéndose al mismo Hipócrates,
205	2. <sup>a</sup> de la nota (II)	Calve	Calvo
id.	3. <sup>a</sup> de id.	<i>sun</i>	<i>sunt</i>
208	20	algunos egemplares ponen.... espesa	debe leerse escasa
219	1. <sup>a</sup>	usstancias	sustancias
225	10 de not.	razoens	razones
308	37	asaultacion	auscultacion

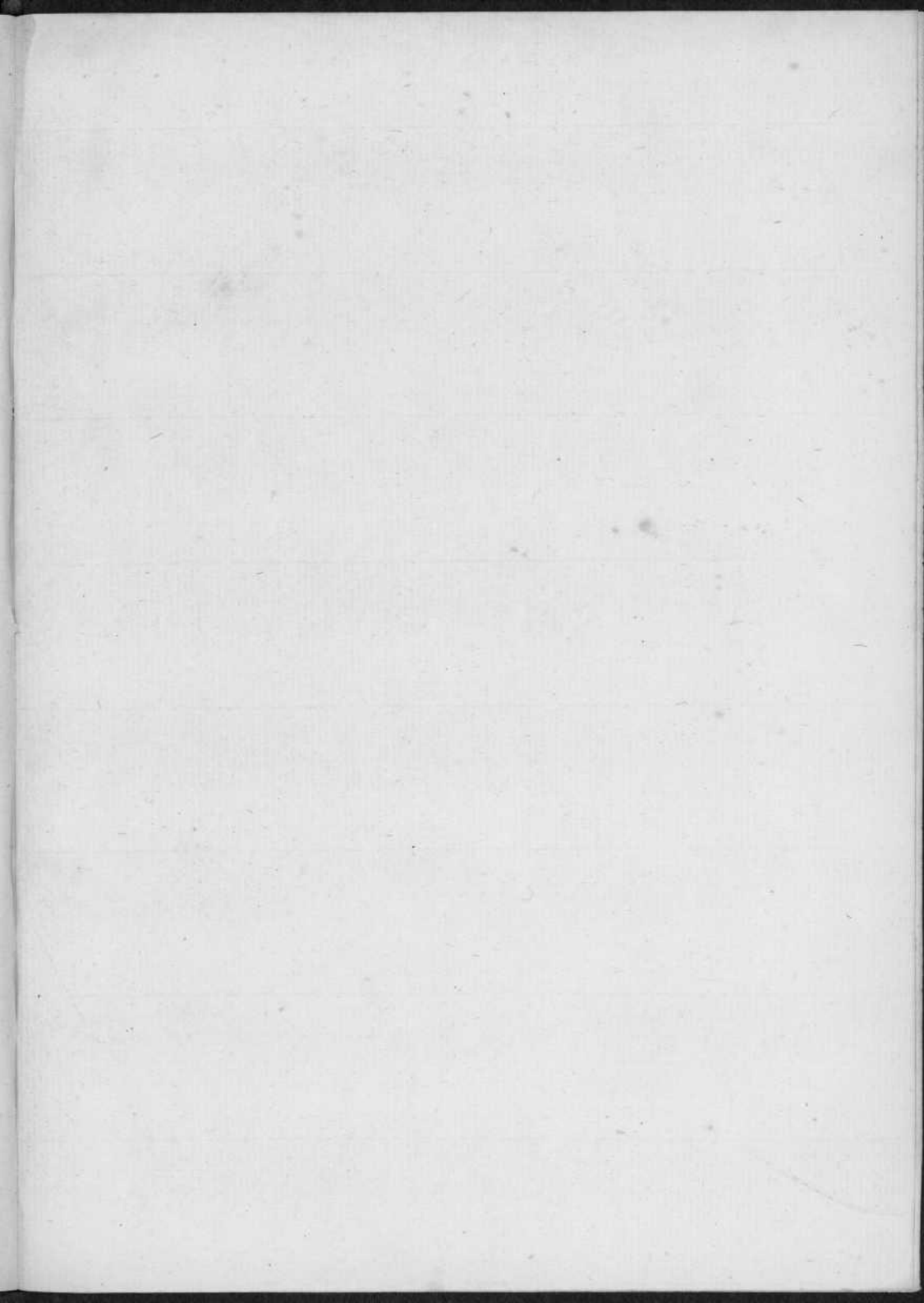
### ERRATA IMPORTANTE.

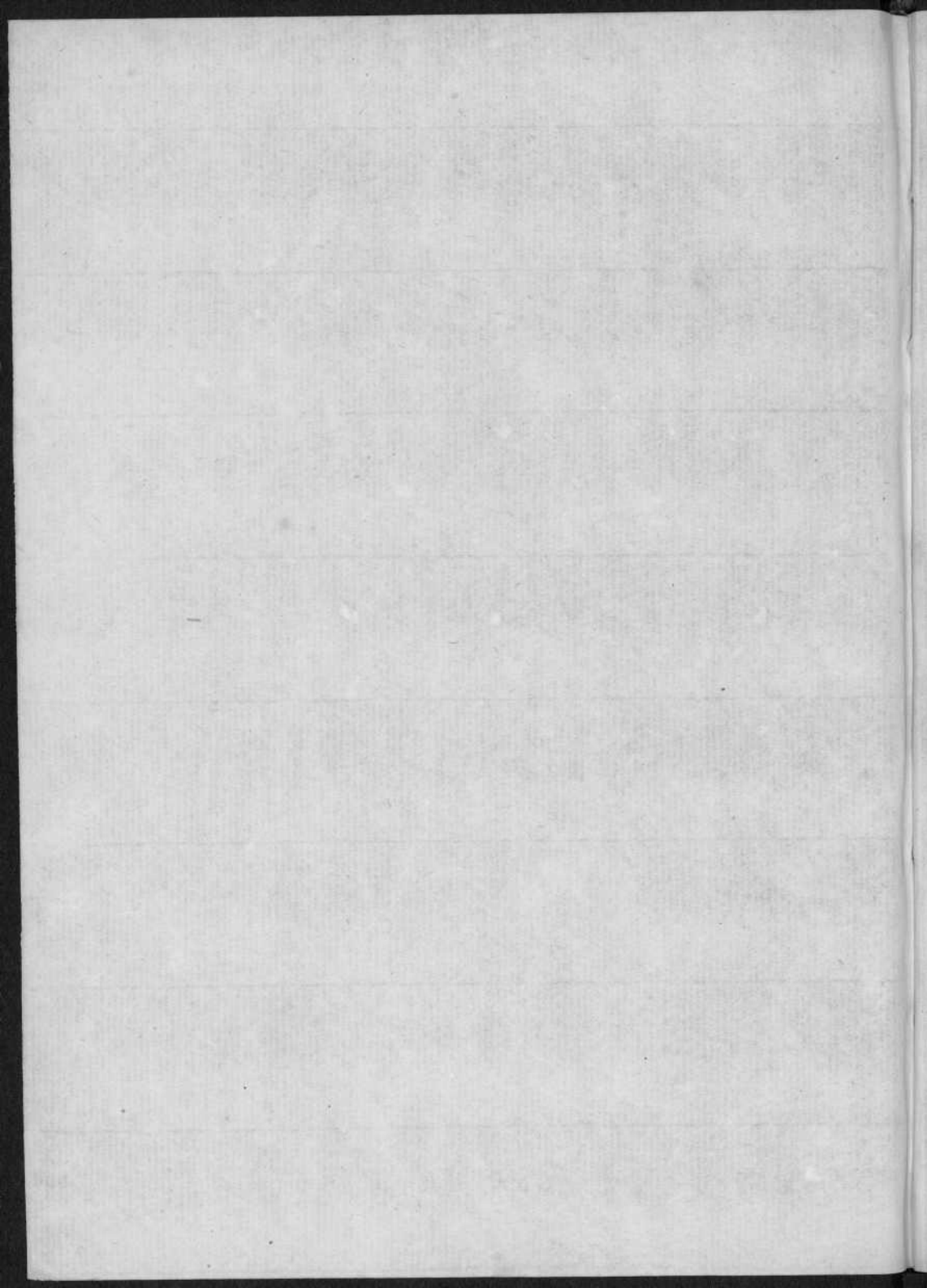
*En la tabla de las obras genuinas de Hipócrates que se halla despues de la Advertencia de los traductores, se ha omitido, por error de imprenta, el tratado de los AFORISMOS.*

## INDICE.

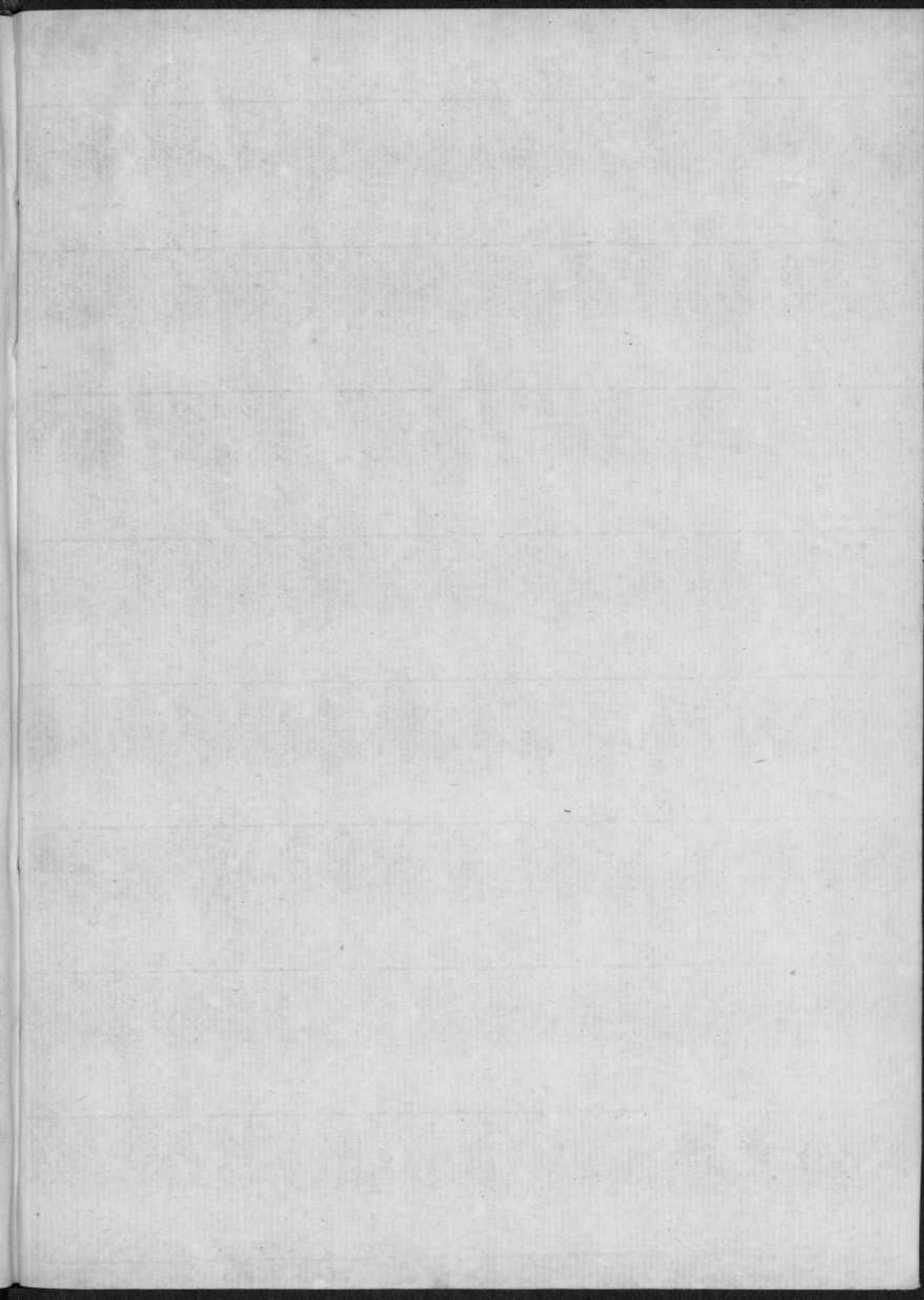
Advertencia de los traductores. . . . .	pág. III
Tabla de los libros genuinos de Hipócrates ( <i>agregando el de los AFORISMOS que se omitió por equivocacion de imprenta</i> ). . . . .	VII
<i>Libro de la MEDICINA ANTIGUA.</i>	
—Comento del autor. . . . .	9
—Bibliografía. . . . .	17
—Esposicion del tratado. . . . .	19
—Comento del editor. . . . .	43
<i>Libro de AIRES, AGUAS Y LUGARES.</i>	
—Comento del autor. . . . .	51
—Bibliografía. . . . .	57
—Esposicion del tratado. . . . .	60
—Adicion. . . . .	88
—Comento del editor. . . . .	95
<i>Libro de los PRONOSTICOS.</i>	
—Comento del autor. . . . .	105
—Bibliografía. . . . .	112
—Esposicion del tratado. . . . .	118
—Testo latino. . . . .	143
—Comento del editor. . . . .	152
<i>Libro del REGIMEN EN LAS ENFERMEDADES AGUDAS.</i>	
—Comento del autor. . . . .	184
—Bibliografía. . . . .	200
—Esposicion del tratado. . . . .	203
—Comento del editor. . . . .	239
APENDICE A ESTE TRATADO.	
—Comento del autor. . . . .	251
—Esposicion del tratado. . . . .	263
—Comento del editor. . . . .	297

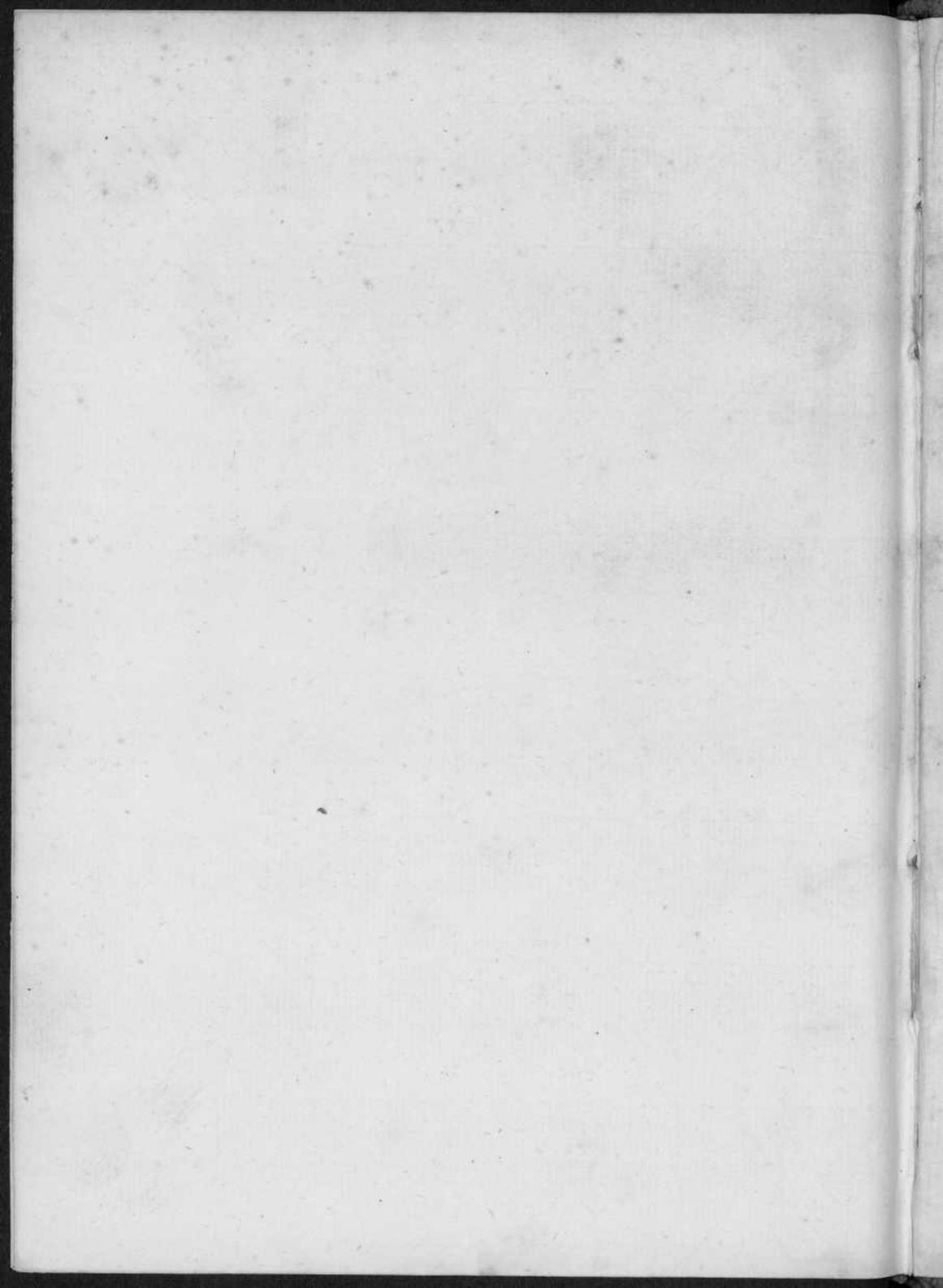












ESTANTE 9.º

Tabla 8.ª

N.º 10



18

OBRAS  
DE  
HIPOCRATE



2



18.433